



El silencio
no me
deja dormir

AMACREMA

D.J.57

Título: El silencio no me deja dormir
Autor: África María Crespo Mazuecos (amacrema)
Ilustración de la portada: Canvas
Sitio web: www.amacrema.com
Diciembre de 2019, edición primera

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total ni parcial de las imágenes o textos de esta obra sin la autorización previa del autor. El material puede estar registrado y protegido, además, por derechos de autor o de reproducción.

El silencio no me deja dormir

África Crespo

A la Lala, por sus sobremesas de los sábados.

Y a la Bis, allá donde estés.

NOTA AL LECTOR

Los personajes que aquí se retratan son, en su mayoría, reales. Otros muchos han sido inventados porque así lo ha exigido el desarrollo de la trama. Sin embargo, las historias han sido inventadas casi en su totalidad, por lo que cualquier parecido con la realidad no será más que una coincidencia. Los ambientes, aunque reales, también han sido adaptados a las exigencias de la evolución de cada una de las historias.

En suma, no hay más interpretación que la que aquí se explica ni más verdad que la que aquí se cuenta: es una novela y como tal, es una ficción.

Capítulo 1

I

Creo que he dejado de sentir. Y digo creo porque no estoy segura de nada. En los últimos días, caras tristes desfilan por mi alcoba hablándome de cosas que no comprendo. Las miro indiferente intentando conocer qué esconden bajo esos rostros desangelados. Supongo que cuando intentan mantener una conversación conmigo creen que estoy atendiéndoles. Pero no lo hago. Ni siquiera sé si lo que respondo se corresponde con lo que ellos me están diciendo.

Todas las tardes y a la misma hora una niña de pelo lacio y claro se acerca a mi cama y me cuenta sus cosas. A ella sí la entiendo. Yo muevo mi cabeza como respuesta a sus preguntas mientras ella relata su largo monólogo diario a asombro de sus mayores. Siempre me da un beso en la mejilla antes de salir de la alcoba. La obligan a irse, a veces sin terminar de contarme lo que ha venido a decirme. Lloro ante su despedida o, al menos, creo hacerlo porque he dejado de controlar mis emociones.

En los últimos días no ha parado de llover. Todas las mañanas una agradable señora con velo de monjita me ayuda a asearme. No. Espera. No quiero engañar a nadie. No me ayuda, me asea ella con un agrado y una delicadeza que ni siquiera sé si merezco. Hace muchos días que he dejado de moverme. Hace muchos días que ya no puedo controlar nada. ¡Me siento tan impotente conmigo misma! Cada noche llamo interrumpidamente a mi hija sin descanso. No quiero hacerlo porque sé que la estoy martirizando aún más.

No sé cuánto tiempo llevo en esta situación que me deshumaniza. Demasiado. Pero supongo que realmente no me quiero ir. Quiero quedarme aquí con mis recuerdos, porque son ya lo único que me queda. Lucho con todas mis fuerzas para no perderlos y, sin embargo, por minutos siento que

se me escapan. Me encantaría contarles a todos lo que siento, pero, alguien ha sellado mis labios con hilo de seda y mis manos no reciben la orden que mi cerebro les manda para descoserlos. Lo siento, pero no puedo hacer nada.

Giro levemente mi cabeza hacia la ventana. Está anocheciendo. Debe ser muy tarde, porque el calor que todavía perciben mis sentidos me indica que aún es verano. Los días de verano son largos. El verano de la Mancha es infernal. ¿Dónde estará mi abanico? Siempre duermo con él entre mi seno, sin embargo, ahora no lo encuentro. Abro muy bien los ojos para mirar a través de mi ventana. No veo nada. No veo a nadie. Una pared blanca es lo único que me alcanza la vista.

Ante la imposibilidad de ver algo interesante, cierro los ojos. Respiro profundo y me detengo unos segundos. Ya no hay nadie. No escucho ningún ruido. En verdad no sé si hay alguien o no. Tal vez también haya perdido el sentido del oído. Intento volver a abrir de nuevo los ojos; quiero apreciar si alguna alcoba tiene encendida ya la luz. Me intriga conocer la ubicación de mi hija en estos instantes. Ya no puedo volver a abrirlos. También me he quedado ciega. Tengo un nudo en la garganta que hace esfuerzos en vano por salir por mis ojos. Yo no les dejo.

Sé que tengo una mano cerca porque me llega el olor a mandarina recién pelada. Puedo escuchar mi propia voz que llama una y otra vez a mi pobre hija. Esta noche tampoco podré dormir. Llevo muchas noches sin dormir. No se escucha nada. A veces pienso que el silencio no me deja dormir. Y eso es absurdo. Voy a recordar, repasarlo todo, a ver si así consigo conciliar el sueño. No quiero contar ovejitas. Ese método hace muchos años que dejó de funcionar.

II

Me duele no poder recordar algún momento de mi infancia. Es muy difícil. Por más que estrujo mi memoria intentando sacar algo en claro no logro visualizar nada. Pienso que, tal vez, mis recuerdos de juventud sean más fuertes y se interpongan sobre ellos. Mi vida se detuvo sin duda a mis veinticuatro años, y mis recuerdos me llevan una y otra vez a aquella fecha que determinó mi vida para siempre.

Hace algunos meses, cuando aún podía permanecer erguida retumbada en mi cómodo sillón, el presentador de un programa de televisión comenzó su tertulia con una serie de preguntas a la gente de la calle. No sé qué programa era, ni quién lo presentaba, pero una de las preguntas me hizo detenerme a pensar la respuesta.

¿Quién gobernaba el país cuándo nació usted? Aquella pregunta me tuvo varios minutos dándole vueltas a la cabeza. *¿Quién gobernaba España el 31 de marzo de 1920?* No podía contestar. Ni siquiera puedo decir que no lo recordaba porque no puedes recordar algo que no sabes.

¿Quién gobernada España en 1920? Pensé que la guerra empezó en el 36, por lo que tuvo que ser alguien antes de Franco y de los republicanos, que comenzaron a gobernar a partir del 31. De eso sí me acordaba. Ante la impotencia de no recordarlo, apagué el televisor. Cerré los ojos y me recosté en aquel sillón orejero verde y granate. ¡Qué pregunta tan complicada! Pensé que mi cabeza estallaría en mil pedazos por los esfuerzos memorísticos a los que la estaba sometiendo. Me asomé ligeramente a la ventana para comprobar que los muchachos iban y venía al instituto como si pasearan los domingos por la tarde. Mochilas para allá, mochilas para acá. Poco les interesaba a ellos lo que sus maestros tuvieran que contarles. Poco les importaba a ellos quien reinara, mandara o gobernara cuando nacieron.

Alfonso XIII reinaba en España en 1920. ¡Ya lo tenía! Ahora estaba preparada para cerrar los ojos y conseguir volver a vivir aquello.

Capítulo 2

I

Nací en un pueblo manchego, tierra de labradores y ganaderos. Uno de esos pueblos con encanto que siempre he creído perdidos de la mano de Dios, sin embargo, con el tiempo supe que ha sido tierra de paso de ilustres y célebres caballeros; lugar de descanso para santos y santas y camino obligado de reyes y reinas. Región famosa por sus deliciosos vinos y sus sabrosos quesos. Nadie se aleja de estas tierras sin degustar los afamados pistos, sus migas o sus gachas repletas de chorizo y tocino y acompañadas con esos bastos panes de pueblo.

Por nuestras calzadas de gravilla pasaron moros y cristianos, árabes y moriscos, quienes levantaron murallas para proteger el castillo, nuestra villa y nuestras gentes. Aún quedan restos de ello para los caminantes curiosos y astutos. Puede convertirse en un estupendo placer para la experiencia y el conocimiento rodear la iglesia parroquial por las callejuelas que fueron muros y observar las casas que un día aparentaron ser auténticos palacetes. Pasear las tardes de domingo otoñales por esas calles recónditas, vacías, cargadas de tanta historia, olfateando pimientos fritos provenientes de alguna de esas casas viejas llenas de vida. O pararse a contemplar el diminuto arroyo que baja con prisa por el río rodeados de hojas que parecen colocadas con arte sobre el suelo de piedra.

Me crié entre calles humildes y vecinos católicos. La iglesia parroquial, sita en la plaza pública del pueblo, estaba rodeada de multitud de ermitas que siempre han venerado culto a su santo o a su santa. Cerca de una de ellas se erigía la casa en la que mi madre me trajo a este mundo. Fue el treinta y uno de marzo de 1920 en la alcoba que mis padres tenían en su vivienda de la calle *Gracia*.

Viví en aquella casa muchos años de mi vida. Tal vez más de los que debería haber vivido. Por ello el recuerdo de la casa sigue en mí tan vigente como antaño.

Aún puedo oler las verdosas hojas de la higuera. Estaba en el centro del patio, junto a un pozo. Aún puedo verla. Mis mayores me contaban que la

higuera recordaba el paso de nuestros antepasados moriscos por nuestra villa. La nuestra era una casa manchega de principios de siglo. Todavía quedan muchas de ellas, pero ya no cumplen la misma función que entonces. Eran casas tan grandes que podían convivir diversas familias en las distintas viviendas que la formaban. Desde la calle, se accedía a un patio central cuadrado.

Abrazando el patio, hileras de columnas formaban soportales que daban paso a cada una de las propiedades. Después del patio teníamos el corral. Allí los vecinos guardaban sus maquinarias del campo y sus animales de granja. Nosotros teníamos un pequeño cerco con varios pares de gallinas. Un cuadrado alejado de la entrada al corral estaba reservado al retrete común. Allí era donde hacíamos nuestras necesidades todos los vecinos. El escusado público.

Sin apenas ser consciente de ello, he conseguido adentrarme de nuevo en las profundidades de una época ya pasada, olvidada para muchos y desconocida para demasiados. El comedor con el sillón orejero lo tengo tan cerca y a la vez tan lejos. Tal vez anduviera alguien allí ahora. Necesito dormirme. Pero sé que si me obsesiono con la idea no me dormiré jamás. Lo mismo me ocurre siempre con los dolores; tanto me obsesiono con lo que me duele que no consigo nunca eliminar el dolor. Lo mejor será continuar reviviendo aquella casa. Pronto será mañana de nuevo. Otro día que comienza, fluye, y termina. Otra noche tranquila, silenciosa, cálida, apacible. Otro día y otra noche que se alternan hasta la eternidad haciéndome sentir agotada.

Poco a poco, consigo que mis pensamientos se fundan con la realidad y siento cómo mis piernas se levantan indistintamente subiendo las escaleras que llegaban a nuestra vivienda, en la segunda planta. No hay nadie. Solo oigo silencio. Un silencio que se rompe con el desquiciado grito de una mujer. Me adentro con sigilo a lo que fue mi infancia. Me detengo paciente ante el comedor donde solía dormir mi hermano Vicente. Su canapé está vacío. Continúa caminando a tientas con una de mis manos acariciando la pared. Necesito entender que estoy de nuevo en mi vieja casa. Descubro que mis hermanos duermen juntos en mi alcoba. Son unos niños. Puedo darme cuenta de que sin saberlo he conseguido llegar a mi infancia. Hace mucho tiempo que no veía a mis hermanos. Duermen o se

hacen los dormidos porque Ana de vez en cuando abre sus pequeños inocentes ojos y dirige aterrada la mirada hacia la alcoba de mis padres. No me miran. No me ven. Intento saludarlos, pero ellos me ignoran. Vuelvo a oír el grito de esa mujer. Ahora me doy cuenta. Es mi madre. Quiero volver a mi realidad, pero es demasiado tarde. Ya estoy dentro de mis pensamientos y me han atrapado. No me dejan salir.

II

Vine al mundo un día de invierno. Era marzo y aunque ya ansiamos que entre la primavera con sus flores y sus lluvias miles, hace aún mucho frío. Aquel día lloviznaba y el cielo mostraba un aspecto invernal. Mi madre ya se había acostumbrado a aquellos dolores. Aquel ya era su cuarto parto. Sin embargo, el primer hijo que tuvo murió sin poder si quiera conocerlo.

Los dormitorios conyugales solían convertirse en reuniones de féminas cuando alguna de ellas se preparaba para traer al mundo una nueva criatura. Sin embargo, el primer alumbramiento de mi madre tuvo complicaciones y la partera tuvo que llamar con urgencia al doctor para que atendiera a mi madre. Parecía que el niño venía de nalgas y aquel no iba a ser un parto sencillo. El doctor iba siempre acompañado por su fiel enfermera. Su autoridad hacía salir a voces a todas las mujeres que se habían dispuesto a ayudar y se encontraban incordiando en el dormitorio. El doctor utilizó unas aparatosas palancas para tirar del feto una vez la enfermera consiguió colocarlo en la posición que era natural para el parto. Mi madre, según recordaban las vecinas, daba unos gritos que espantaba hasta a las tórtolas más madrugadoras. Nadie diría que era una mujer pariendo y no un animal a punto de ser sacrificado. El niño salió destrozado, deformado, reventado, por los tirones que dio el doctor y mi madre quedó muerta después de haber perdido innumerables litros de sangre. La enfermera miró el bebé muerto aún sobre el colchón encharcado antes de liarlo en una toalla limpia. Aún tenía los ojillos abiertos y los puños cerrados.

—Ya estaba muerto —explicó el doctor.

La enfermera lo lió como pudo, sosteniendo alguna débil lágrima que se le escurría por la mejilla. Lo apartó de la escena del crimen y mantuvo su mirada al cuerpo de mi madre, que permanecía inmóvil sobre el colchón. Todos los bajos de su camisón y de la zona media de la cama estaban cubiertos de aquel espantoso líquido rojo que ya empezaba a

convertirse en granate. El médico recogía con rapidez todos los artilugios utilizados.

—Limpia bien a la mujer y dales la mala noticia a sus familiares — explicó.

Se quitó la bata y la guardó en el maletín de piel que lo acompañaba siempre. Se lavó las manos con agua y jabón en el palanganero que las mujeres habían preparado para asistir al parto. El cuerpo del feto envuelto en una toalla blanca aún permanecía sobre la cómoda del dormitorio. Se colgó el maletín y salió como alma que lleva el diablo sin mediar palabra con nadie. La enfermera pidió agua caliente para limpiarla y la partera, que aún esperaba en la vivienda, la ayudó con una esponja a retirar los restos de sangre de sus piernas y de su vulva. El escozor que le produjo aquellos suaves y delicados cuidados la hicieron removerse en el lecho. Ambas mujeres se miraron espantadas y su semblante cambió para dar muestras de alegría y esperanzas. Mi padre salió corriendo tras el doctor para darle la buena nueva y después decirle cuatro cosas que ya solo sabrían ellos dos.

Tras aquel trance, mis padres se animaron en su intento de formar una familia y los posteriores partos de mi madre, aunque dolorosos, no fueron tan traumáticos. Tan solo había pasado un año desde que llegó mi hermano al mundo, cuando mi madre volvió a quedar encinta. Yo llegué a los pocos días de haber cumplido mi hermana Ana sus dos años. Casi eran ellos también dos bebés, dos niños pequeños que aún requerían multitud de cuidados. Por suerte, fui un bebé tranquilo. Solían compararme con mis hermanos, quienes seguían despertando a mis padres con sus llantos por las noches. Cuenta mi madre que, desde mi primera noche de vida, dormía de un tirón sin echar ni una sola lágrima. Al alba, tenía que hacer esfuerzos para despertarme y darme el pecho. Siempre recuerda mi madre como anécdota que me pellizcaban para conseguir despertarme, pero que yo prefería seguir plácidamente dormida entre las sábanas blancas de mi camita. Imagino que, de alguna manera, presagiaba mi destino y quería estar descansada para soportarlo.

III

Nuestra casa de vecinos era amplia y bonita. Además de la famosa higuera, el patio había sido decorado con bonitas petunias, rosas y claveles de las diferentes vecinas que ocupaban la casa. Los pajarillos de colores en las jaulas anunciaban la llegada de un nuevo día con sus alegres cánticos vespertinos cuando ya llegaban los meses primaverales. Había tardes de siesta, durante mi infancia, que me divertía sentarme a escuchar cómo mantenían entre ellos interesantes conversaciones. En las tardes de mayo y junio, cuando el verano quiere llegar, pero aún no se decide, ya se siente durante la sobremesa ambiente de siesta. Es el momento en el que siempre he podido reflexionar y pensar sobre el día o sobre los propósitos del futuro. Me apasionaba pasar las tardes escuchando el cántico de los pájaros callejeros, acompañados entonces con los habitantes de aquella casa manchega.

Vivíamos junto a la ermita de Nuestra Señora de Gracia. Mi madre era muy devota y desde muy pequeños nos acercaba a la iglesia a rezarle a la Virgen para pedirle y darle las gracias. Los domingos acostumbábamos a arreglarnos con los vestidos que mi madre nos confeccionaba personalmente. Ana y yo solíamos vestir siempre iguales, con vestidos de alegres colores, lazos de raso recogiéndonos el pelo y zapatos de charol con calcetines de hilo siempre a juego con nuestras braguitas blancas. Mi hermano gustaba ir el primero, marcando el paso calle adelante y seguido por mi padre al que siempre recuerdo dando pasos firmes sobre el empedrado de la calzada y las manos en los bolsillos. Mi madre solía llevarnos cogidas de la mano, una a cada lado. Había tan poca edad de diferencia entre nosotras que, en alguna ocasión, algún curioso detenía a mi madre para interesarse sobre si éramos gemelas, asombrado por nuestro parecido.

Al salir de la ermita, después de haber escuchado al párroco durante casi una hora me detenía observando el majestuoso teatro que se erigía en el centro de la plaza. Allí acudían los más pudientes, aquellos que vivían

en los palacetes que fueron construidos en el pueblo varios años atrás. Y otros nuevos ricos que paseaban sus abrigo de pieles y sus sombreros hechos en la sombrerería del pueblo. Aquellas elegantes mujeres, sutilmente maquilladas que andaban con gracia sobre delicados tacones y que se sujetaban con el brazo entre el de sus maridos, me hacían inventar historias de galanes y señoras que solían acudir al teatro por la noche a ver alguna interesante zarzuela y después cenar en la terraza del Gran Casino en las noches de verano. El tirón de mi madre que me obligaba a realizar el camino de vuelta a casa me hacía despertar. Soñaba despierta con algún día ser una de esas señoras que llevaban sombreros de fieltro o estolas de piel hechos especialmente para ellas.

En las tardes de verano, las madres ponían capachos llenos de agua en el patio donde los niños nos divertíamos chapoteando y corriendo desnudos de acá para allá. Los tres hermanos saltábamos y nos rebullíamos por el agua hasta que nuestros dedos estaban tan arrugados que bien podríamos haber pasado por viejecitos si nos hubiésemos cubierto la cabeza con un pañuelo y nos hubiésemos vestido de negro. Jugábamos a tirarle a mi hermano de la colilla. A mi hermana y a mí nos hacía una gracia terrible que él tuviese aquel trozo de carne colgado de la entrepierna, mientras que nosotras sólo teníamos un agujero por donde miccionar. El pobre se veía obligado a salir corriendo, huyendo de sus dos vejatorias hermanas.

La puerta de la casa solía permanecer abierta todo el día y, aunque siempre había algún adulto que se encargaba de echarnos un vistazo, mi madre nos tenía prohibido salir a la calle. Los carros y los pocos coches que ya circulaban por el pueblo pasaban apresurados por nuestra calle y no quería lamentar ningún altercado. Algunos niños disfrutaban retando a sus madres y salían corriendo hacia la calle poniendo sus vidas y los corazones de los conductores en peligro. Nosotros jamás osamos contrariar las advertencias de nuestra madre, de la que siempre diré que fue una santa, igual que mi padre. El santo y la santa engendraron un nuevo individuo cuando ya todos pensábamos que la familia había terminado de crecer. Fue así cuando a mis seis años nació mi hermana Alfonsa, a la que siempre llamamos Sita, al acortar el diminutivo de Alfonsita que le pusimos por parecernos siempre muy pequeña. De aquella

manera, el dormitorio de las chicas tendría una inquilina más. Suerte tuvieron mis padres de no tener nada más que un hijo y tres hijas, porque si Sita hubiese sido otro varón hubiese tenido que dormir en el corral, haciendo compañía a las gallinas y saludando a los que el apretón sorprendía por las noches y tenían que salir corriendo al retrete.

IV

Las comunidades de vecinos son muy entretenidas. Siempre hay alguien con quien poder hablar y alguien también con quien discutir. La soledad es muy aburrida. En nuestra casa vivíamos cinco familias. Con la que teníamos mayor contacto era con Catalina. Ella vivía en la parte baja, pero al otro lado. Era joven y muy guapa. Vestía con trajes y vestidos preciosos y muy elegantes. Todo se lo hacía ella siempre. Sabía coser muy bien y también bordaba y hacía ganchillo. Tenía un gusto exquisito para la ropa. Siempre le aconsejamos poner una *boutique* en el pueblo. Sin embargo, asumía que odiaba coser, aunque era la única manera que conocía para mantenerse evadida de su casa.

Catalina no había podido tener hijos. Vivía abajo con su esposo y la madre de este a la que se veía obligada a cuidar. Catalina decía de su suegra que era una cascarrabias y una marimandona. Era una mujer de mucho carácter a la que una horrible enfermedad había dejado inválida en una silla de ruedas. Catalina nos decía que no poderse mover a su antojo la hacía estar de peor humor. A ella le encantaba venirse a casa y jugar con nosotras. Así, podía alejarse un rato de aquella mujer que, según ella, le amargaba la vida. Se tiraban las horas muertas mi madre y ella hablando. Nos enseñaron a bordar a mis hermanas y a mí. Y gracias a ella comíamos rosca utrera en Semana Santa. Siempre conseguía convencer a mi madre para hacer dos o tres platos cuando se acercaba la pascua. Puedo sentir el sabor en mi boca. Me es inconfundible el olor de la miel mezclándose con los piñones.

Limpiábamos bien la mesa del comedor y la embadurnábamos de harina, para que no se pegara la masa. Catalina ya la traía muchas veces hecha porque había que elaborar la mezcla horas antes para dejarla reposar. Tal vez sea ese el motivo por el que no recuerde cómo se preparaba. Cortábamos tiras después de expandir aquella bola de masa amarilla.

Luego, entre todas íbamos cortando piñones mientras madre o Catalina los freían en la cocina. Lo más difícil era mezclarlos con la miel. Alguna vez intenté hacerla después sola, pero siempre me salía horrible. Nos mojábamos los dedos con agua fría para no quemarnos y cogíamos los piñones fundidos en la miel caramelizada para colocarlos con cuidado y rapidez en platos de cristal en forma de una elaborada corona. Se me está haciendo la boca agua. ¡Qué manjar!

Justo encima de Catalina vivía Emilia con su madre. Su padre pasaba largas temporadas fuera y yo ni siquiera lo conocía personalmente. Cuando hablaban de él a mí me parecía el hombre fantasma. Emilia tenía más o menos mi edad. Quizá fuese algo mayor y tuviese la edad de mi hermana Ana; no lo recuerdo. Emilia era poco agraciada. No veía tres en un burro y pronto le pusieron a la pobre gafas de miope. La cara no se le veía por las pecas que le habían crecido en la nariz y en los mofletes. Además, tenía un pelo horrible. Su madre se lo cortaba todas las semanas para que no tuviera piojos. A veces le preguntaban si era un niño o una niña, además, tampoco llevaba pendientes en las orejas. Decían los niños que la madre de Emilia estaba loca, pero ya sabemos cómo son los niños. Déspotas y crueles. La pobre Emilia se enfadaba con todos intentando defender a su madre. Al final, por culpa de sus iras, creyeron que ella había heredado su locura. Creo recordar que el día que la madre de Emilia dio a luz a su segundo hijo, si no estaba loca, se volvió completamente. Tras parir al niño, empezó a gritar y a tirar los cacharros por la ventana. Suerte que ya era de noche y no pasaba nadie por la calle porque si no, a alguno habría escalabrado. El niño sí que nació con algo de retraso. Y esto, aunque nadie lo dijera, era más que evidente. Seguro que su madre se volvió loca al saberlo. Aquella mujer murió años después, al dar a luz su tercer hijo. Niño que también murió en el parto. Así que Emilia tuvo que quedarse a cargo de su hermano retrasado. Pobre Emilia.

V

Mi paso por la escuela fue escaso. Lo imprescindible para poder leer y escribir algunas cosas. No me acuerdo bien. Entraría en ella con seis años y saldría con ocho o nueve, por lo que queda dentro del umbral de los años olvidados. Nos enseñó a leer mi vecino don Gervasio. Era maestro en la escuela de niños y le encantaba estar siempre rodeado de ellos. En la escuela tenía fama de exigente, pero a mí me gustaba mucho estar con él. Defendía la separación de ambos sexos en las escuelas. Decía que no aprendían a la misma velocidad los niños y las niñas, y era mucho mejor que cada uno fuese a su ritmo. También pensaba que los niños debían conocer los dogmas de la fe católica, así como ponerlos en práctica cuando fuera menester. Sus dos hijas eran dos muchachas muy bien educadas. Iban obedientemente a misa y acudían a una maestra que las enseñaba a coser y encaje de bolillos. La mujer de don Gervasio se ocupaba de la casa. Todas las mañanas acudía con mi madre y Catalina al mercado de abastos que colocaban en la plaza. A veces, mis hermanas, sus hijas, Isabel y Carmen, y yo nos íbamos con ellas a hacer la compra.

Don Gervasio se sentaba con nosotros en el patio durante las tardes de verano, en las que el sol aplacaba las ganas de hacer nada, y nos contaba emocionantes historias. Así fue como conocí las leyendas sobre el Cid Campeador, Don Quijote de la Mancha o los cuentos de los hermanos Grimm, que me parecían maravillosos. Se pasaba las tardes contándonos historias de aventuras de moriscos apasionados o de pastores enamorados. Después jugábamos a creernos esas damas de los cuentos, o a esperar a nuestro don Quijote creyendonos Dulcinea del Toboso. Yo siempre me imaginaba ser doña Jimena y aseguraba que don Rodrigo volvería pronto a por mí, en cuanto acabara con sus aventuras.

Viéndome sentada en el primer peldaño de la escalera que daba al piso superior, simulando ser una dama elegante a la espera de su galán caballero, siento cómo mis labios sonrían sutilmente porque en realidad sí

recuerdo episodios de mi infancia, afortunadamente seguían en mi memoria, no los había perdido.

No todo en la vida tiene que ser desgracias. La vida es una oportunidad que nos ha dado Dios maravillosa y tenemos que disfrutarla. Los malos momentos o las malas épocas no son castigos divinos, sino señales de fuerza que se cruzan en nuestro camino para ayudarnos a seguir adelante.

Es difícil recordar los primeros diez años de nuestra vida. De hecho, creo que los niños sólo conservan los recuerdos desagradables. Por ello yo no me acuerdo de nada, o de casi nada. Porque fui una niña feliz. Tuve lo que necesitaba y más de lo que tuvieron otros niños de mi edad. Mis padres se amaban y nos demostraban amor. Mi padre era un santo y mi madre una santa, de eso no me cabe ninguna duda.

VI

Mi padre era un niño cuando empezó a trabajar con los Ronchales. Primero se dedicó a llevar los cántaros de leche allá donde le mandaban. Después, le confiaron las ovejas para salir con ellas al campo a pastar. A mi padre le encantaba salir con su ganado, lo amaba y disfrutaba cada día. Fue esta pasión por esos animales la que impulsó a su único hijo a acompañarlo a diario. No habría cumplido mi hermano Vicente siete años cuando ya se iban juntos a pastar con las ovejas. El sueño de mi padre fue siempre tener su propio ganado. Y cada vez estaba más próximo a conseguirlo, pero siempre surgía algún gasto imprevisto que le hacía dar un paso para atrás en su compra. No quería que su hijo tuviera que trabajar para nadie, como había tenido que hacer él.

Mi padre tuvo una infancia muy difícil. Por ello, tal vez, la recuerda con tanta lucidez. Él deseó salir de su casa desde que falleció su madre, cuando acababa de cumplir apenas los tres años. Mi abuela murió al dar a luz a su segundo hijo, Miguel, y mi abuelo pronto volvió a casarse con una viuda del pueblo vecino. Llamaban a esta moza *la Chasca*, nunca supe muy bien por qué. *La Chasca* y su hija Dolores irrumpieron en la vida de mi padre y en la de mi tío como auténticas arpías. Mi abuelo debía estar ciego, pero aquella mujer solo buscaba un padre para su hija y un sustento para ella misma. Lo enamoró con bonitas palabras de consuelo ante su pérdida y vete tú a saber cómo más. Detestaba a los hijos de su esposo. No soportaba sus juegos de niños, ni sus gritos, ni aguantaba tener que ocuparse de ellos cuando su marido salía al trabajo. Procuraba tenerlos asustados en todo momento para que no la molestasen. Aún le quedan a mi padre cicatrices en la espalda y en sus nalgas de las veces que les quemaba con el candil o con la cera hirviendo de las velas. Ella excusaba siempre esas heridas con los juegos de los niños.

La impotencia de ver como su padre creía a su esposa antes que a ellos les hizo detestarlo a él también. Procuraban no enfadarla, para lo que tenía que estar siempre a su servicio para no tentar a su suerte. Por ello mi padre

empezó a trabajar con los Ronchales. Y fue repartiendo leche por las casas como conoció a mi madre.

Mi madre venía de una familia considerablemente numerosa. Era la mayor de siete hermanos y por ello siempre se vio obligada a ocuparse de ellos. Cada mañana abrió puntualmente al lechero y lo que era una relación cordial entre dos muchachos se forjó, con el tiempo, en una amistad más estrecha. Tenía mi madre dieciocho años recién cumplidos cuando contrajeron matrimonio. Fue una ceremonia sencilla, rodeados de familiares y amigos. Con lo que mi padre conseguía ahorrar a hurtadillas compró la vivienda en la casa donde hemos vivido siempre. Se fueron allí a vivir con un colchón y el puchero. Siempre dicen que no necesitaron nada más. Con el tiempo, mi padre fue ahorrando más y más y compraron los pocos muebles que teníamos.

El duro golpe del primer parto de mi madre les hizo unirse mucho más. Mi padre sintió por unos minutos que la había perdido para siempre, y, cuando ella se removió en el lecho, fue como si hubiese resucitado para darle una segunda oportunidad. No sabía cómo agradecersele a Dios. Tantas horas de rezos y desvelos parecían haber salvado a su mujer, aunque no a su hijo. Mi madre tardó un tiempo en recuperarse físicamente, pero aún tardó más en su recuperación psíquica. Aquel fue un duro golpe para ambos. Mi madre lloraba cada vez que tenía que sacarse una leche que no sería bebida por nadie. Por fortuna, pronto vino al mundo mi hermano Vicente, y después, Ana, Sita y yo no tardamos en hacerle compañía.

Al comienzo de los años treinta, mi padre había ahorrado lo suficiente para comprarse unas ovejas. Gracias al empujón que le dio mi madre, salió corriendo a firmar la compra de un solar para poder guardar el ganado por las noches. Las dudas desvelaron a mi padre durante semanas. No se atrevía a invertir tanto dinero sin pensárselo dos veces, aquello era muy arriesgado y no podía dejar a su familia sin ahorros. Sin embargo, mi madre lo tenía claro, aquello era una inversión a largo plazo y no lo debían dejar pasar ya más tiempo. De hecho, la elección de mis padres no pudo ser mejor ni llegar en el momento más adecuado. Aquellas ovejas nos hicieron la vida mucho más cómoda y con aquellas ovejas el mundo se nos puso patas arriba. A partir de entonces, todo iría de maravilla a una

velocidad de vértigo, que ni siquiera nosotros supimos cómo hacerle frente.

Celebramos la buena fortuna de mi padre con una gran cena en el patio de la higuera con todos los vecinos, en la que no faltó el buen vino y un delicioso queso manchego; los chorizos, las morcillas, la panceta y las chuletillas de cordero acompañaron la velada. Fue una noche de risas y juegos de niños, brindis de mayores, charlas de mujeres. Acabamos bailando al son de la guitarra española del maestro don Gervasio, con quien nos partimos de la risa viéndolo tan contento. La dicha gozaba en aquella casa manchega.

Capítulo 3

I

Mi padre tuvo que arrendar unas parcelas donde ir a pastar con las ovejas. Se ocupó de cuidar la cebada de un hombre que tenía otras ocupaciones. Estos terrenos contaban con una cueva en la que mi padre pasaba largas jornadas. Cada vez era más frecuente que mi hermano se fuera con él. De hecho, mi padre quería que fuera él quien se hiciera con aquellos animales ya que serían su medio de vida. Cuando llegaba el buen tiempo, mi madre, mis hermanas y yo solíamos irnos con ellos a pasar varios días.

Mi madre, gran amante de las plantas y de los vegetales, convenció a mi padre para que le construyera un invernadero. Ella disfrutaba plantando alguna que otra hortaliza mientras nosotras corríamos de allá para acá libres por el campo. Un día, se le escapó al vecino una vaquilla de la cerca. Nosotras estábamos tan entretenidas inventándonos emocionantes historias que no nos percatamos del peligro. Solo vimos que el animal avanzaba apresurado y desafiante hacia nosotras al dar mi madre un horripilante grito de auxilio. Mi padre y mi hermano esquilaban algunas ovejas cuando escucharon el grito ahogado. Ambos miraron asustados hacia el punto exacto por donde se figuraron que llegaba la voz y después, siguieron la mirada de terror de mi madre. Nosotras ya lo habíamos visto y corríamos despavoridas sin encontrar un lugar cercano donde guarecernos. Mi madre chilló de pánico aún más cuando Sita perdió la estabilidad de sus cortas piernecitas y cayó al suelo. Ana y yo volvimos a por ella al tiempo que Vicente conseguía echarse sobre el animal y hacerse con él. Fueron momentos de pánico y terror que por fortuna cesaron pronto. El vecino cogió al animal y lo ató bien en la cerca. Nos pidió mil disculpas, pero eso no solucionó el ataque de ansiedad que se le desencadenó a mi madre y que le tardó mucho tiempo en desaparecer.

Pronto acabó el verano y dejamos atrás el invernadero y sus peligros. Con el tiempo, mi madre se fue reponiendo del susto. Nosotros empezamos a recuperar la anécdota como una aventura graciosa en la que

mi hermano había sido, sin duda, un gran héroe. Sin embargo, mi madre siempre nos regañaba cuando la recuperábamos. Aquello fue un mal trance para ella que prefería olvidar.

Fueron, no obstante, muchos meses los que pasábamos en el invernadero. Nos gustaba salir al campo cuando llegaba el buen tiempo. Aquellas salidas eran para mí una fuente de liberación. Respirar el aire limpio y purificar los pulmones nos hacía bien a todos.

Limpiamos y arreglamos la vieja cueva de pastores. Pusimos cortinas en los huecos por donde entraba la luz y cosimos cojines con telas manchegas de rayas de colores para los poyetes que había a ambos lados de la chimenea. Allí se quedó una antigua tinaja que mi madre se ocupó de limpiarla bien y llenarla de agua fresca. Colocó en un rincón varios estantes y una alacena para poder cocinar los días que pasábamos allí. Nos llevamos entonces diversos enseres para colocarlos en las alacenas, colgamos de los ganchos chorizos para comerlos crudos o secos y metimos en cestas, cubiertas con trapos, comidas envasadas al vacío para todo el verano. Tardamos mucho en limpiar aquellas piedras llenas de polvo, pero sin duda mereció la pena. Me encantaba irme allí y escuchar los sonidos nítidos de la naturaleza cuando, después de comer, todos dormían la siesta. Aquel fue indudablemente el mejor refugio que pudimos nunca poseer. Había días que le suplicábamos a mi madre quedarnos a pasar allí la noche, pero a ella le daba miedo la absoluta oscuridad del campo. Por ello, al ponerse el sol, tomábamos rumbo de vuelta al pueblo con la única borriquilla que poseíamos y cargados de víveres recolectados de nuestro huerto, la leche fresca recién ordeñada por mi padre o el queso fresco.

Caíamos en una profunda tristeza cuando empezaban los fuertes vientos otoñales y veíamos que empezaban a desprenderse de los árboles las primeras hojas. Aquello significaba el fin del verano y el inicio de otro crudo y oscuro frío invernal. Abandonábamos el campo cada día con la pena de que aquel fuera el último. Íbamos al invernadero hasta que el frío o la lluvia anunciaban el final de aquello. Sabíamos por mi padre y mi hermano lo difíciles que eran los fríos días en el campo pastando con las ovejas, pero palos a gusto no duelen, y ellos continuaban yendo a cuidar nuestra entrañable cueva.

II

Los primeros días de agosto celebrábamos las tradicionales ferias y fiestas del pueblo. Los paseos del río se llenaban del alboroto habitual por esta clase de eventos. En la zona de atracciones se amontonaban los jóvenes como yo deseosos de subir al famoso tiovivo y darse una vuelta, mientras degustábamos el algodón dulce que nos dejaba las manos pringosas. En el paseo se sucedían varios turroneiros con multitud de dulces y turroneiros que vender. Los churreros gritaban alegres sus «churros calientes con chocolate, palomitas y llaves de caramelo», las casetas de la rifa amontonaban a más de uno que buscaba suerte entre sus papeletas y las casetas de juguetes consolaban a algún que otro niño llorón por no conseguir sus deseos. Y mientras, la Banda Municipal danzaba alegre de allá para acá con sus pasodobles, amenizando los paseos aquellos días tan llenos de gentes de todas las edades y condiciones e invitando a bailar a los más intrépidos. Las obras de teatro, zarzuelas o el circo se daban en aquellos días con gran asistencia de público. Pero, sin duda alguna, el mayor acontecimiento de la localidad era su famosa corrida de toros celebrada por motivo de las ferias y fiestas.

Eran muchos los habitantes de las comarcas cercanas quienes se acercaban a disfrutar de la fiesta nacional. Nuestra plaza era muy conocida en todos los pueblos de alrededor, aunque desconocíamos que a partir de ese año lo sería del país entero. Las mejores plazas de toros de la comarca competían por conseguir los mejores carteles.

Aquel 11 de agosto de 1934 mi padre decidió invitar a mi madre a los toros. Sabía que a ella le encantaban, pero no era muy habitual que mi padre dejara a sus adoradas ovejas para salir a hacer cualquier otra actividad. Mi padre compró las entradas y fue a llevárselas a mi madre como un chiquillo que ansía enseñar a su madre las notas de la escuela. Mi madre se llenó de euforia, nunca se hubiera imaginado tal iniciativa de su marido.

Cuando llegó el día mi madre preparó un cartapacio con comida para todo un regimiento. Lió en papel varias clases de embutido y compró varias hogazas de pan. Llenó la bota de un buen vino y cortó una cuña de queso de oveja del que ya preparaba mi padre. Nos dejó a mi hermana Ana y a mí al cargo de Sita y Vicente. Recuerdo que pasé aquella tarde viendo cómo se arreglaba mi madre. Orgullosa, se peinó bien con un moño bajo, evitando que se le escapase algún pelo indomable, se colocó una blusa y una falda y echó al bolso un par de pañuelos blancos de tela bordados por ella misma.

Salieron muy temprano de casa. Mi padre había comprado las entradas en la zona del sol, pero bien sabían ellos que por unos de los lados enseguida llegaba la sombra y aquel era el lugar más codiciado. Por ello debía de darse prisa.

Ana y yo recogimos la mesa y fregamos los platos con restos de pisto y huevos fritos que ya habitaban en nuestros estómagos. Sacudimos del mantel las migas de pan y fregamos los vasos del agua y el vino. Cuando acabamos de todo ello, Ana, Sita y Vicente se echaron a la siesta como de costumbre, pero yo aprovechaba como siempre aquellos ratos de descanso para pensar al tiempo que bordaba y escuchaba los sonidos del silencio.

Recuerdo que esa tarde estaba a punto de acabar cuatro cojines a juego para regalárselos a la vecina Catalina cuyo cumpleaños era a finales de agosto. No me dio tiempo a terminar los remates de las últimas flores cuando escuché la agitada voz de mi madre y me asomé por la ventana. Venía desencajada y caminaba con demasiada rapidez por la calle. Mi padre la seguía intentando consolarla, pero un susto había acabado con aquella tarde que parecía haber sido maravillosa para ambos. Ansié que llegaran arriba y me contaran lo sucedido. Los fuertes suspiros de mi madre hicieron que mis hermanas salieran apresuradas del cuarto. Vicente ya había saltado del canapé cuando me sintió revolverme tanto.

Jamás podremos olvidar que compartían cartel personajes del toreo tan conocidos como Simao da Veiga, Domingo Ortega, Armillita Chico y Alfredo Corrochano. Los curiosos deseos del destino hicieron que el maestro Domingo Ortega tuviera un pequeño accidente automovilístico días antes; tal disposición le impidió acudir a su cita en nuestra plaza aquel sábado 11 de agosto de 1934. En su lugar vino por sorpresa un joven

torero sevillano, bien conocido por todos por su vinculación a la llamada generación del 27 —se dice que fue él quien organizó la reunión que homenajeó a Góngora en el Ateneo de Sevilla -, amigo del ilustre poeta y dramaturgo Federico García Lorca: don Ignacio Sánchez Mejías.

Dice la tradición que la leyenda de un torero no se completa si no finaliza su vida con la muerte en el ruedo. Y esto fue lo que debió pensar Sánchez Mejías mientras le hacían la famosa foto en la que toca compungido la cabeza del ya inerte torero Joselito Gómez Ortega, *el Gallo*. Sánchez Mejías se apartó del mundo del toro a raíz de esta muerte, de la que fue testigo, pero decidió volver a los ruedos aquel fatídico día junto a su gran amigo Juan Belmonte y sustituyendo a Domingo Ortega y con la cuadrilla de este. Aunque todo esto lo supe después, por mi curiosa obsesión por enterarme del tema. Hasta entonces, ni siquiera me había interesado por saber quién o quiénes torearían aquella tarde.

Pocos minutos pasaban de las seis de la tarde cuando mis padres cruzaron el marco de la puerta. Sobre todo, mi madre mostraba señales de horror en su rostro. Se la veía triste y asustada. Mi padre, que siempre ha sido una persona mucho más calmada y pacífica, se sentó en el sillón orejero del comedor a contarnos lo ocurrido.

—Un toro ha cogido a Ignacio Sánchez Mejías —dijo con la voz pausada, como si no fuera con él, antes de beber un poco de agua.

Continuó su relato de los hechos, como si lo estuviese viviendo de nuevo, con todo lujo de detalles.

- Domingo Ortega no ha podido venir porque tenía alguna lesión y Sánchez Mejías ha venido en su lugar. Todo parecía tan normal y tan tranquilo que nadie sospechábamos lo que había de pasar minutos después. Era el primer toro de la tarde. El torero salió al ruedo con el desparpajo de costumbre y empezó a jugar con el toro como él suele hacer. Entre el primer y el segundo olé del público, el toro lo ha cogido por la ingle y lo ha volteado. Se lo han pasado corriendo a la enfermería de la plaza. Iba echando mucha sangre. Las voces de los allí presentes se mezclaban con las caras de pánico del público y de las de preocupación de las personas que se acumulaban en el ruedo. Parece ser que no ha querido que lo atienda don Fidel porque a los pocos minutos han salido corriendo en coche dirección a Madrid para que puedan intervenirle profesionales.

Esperemos que se ponga bien y no sea demasiado grave. La sangre es muy escandalosa..

Vi como mi madre escuchaba el relato de mi padre mientras se abanicaba con fuerza sobre el pecho. Ana corrió a traerles agua fresca del pozo. Todos esperamos que aquello fuera un mal susto y pudieran atender con eficacia a aquel joven en Madrid.

Poco a poco se fue extendiendo lo ocurrido por todos los vecinos y esperábamos ansiosas noticias desde la capital. Noticias que parecían no llegar nunca y que ponían a mi madre aún mucho más nerviosa. La pobre no se podía quitar de la cabeza a aquel joven, en quien creía ver a su propio hijo, clavado en una de las astas del toro *Granadino*, mientras daba vueltas una y otra vez sin parar de echar sangre por la pierna y con el resto de compañeros sin ser capaces de detener aquello.

A los pocos días leímos la noticia en el periódico:

El famoso torero, don Ignacio Sánchez Mejías, falleció en el día de ayer, 13 de agosto, en el Sanatorio de los Hermanos Crespo, en Madrid. Las condiciones del largo viaje y del calor del estío le provocaron la gangrena y los médicos no pudieron hacer nada para salvarle la vida. Sánchez Mejías recibió una cornada en la pierna mientras toreaba en la plaza de Manzanares el pasado 11 de agosto. Granadino, toro pequeño y manso, le dio al torero la muerte. El destino ha querido que descanse ya en compañía de su gran amigo y cuñado, el torero apodado "El Gallo". Familiares y amigos lloran la muerte del que es ya una leyenda del mundo de la tauromaquia.

Aquello parecía que, cansado de vivir y de conocer mundo, regresó al mundo del toro para morir, paradójicamente, a manos de uno de ellos. Ironías del destino el nombre del toro, *Granadino*, parecía ser de la familia del topónimo Granada, capital natal de su gran amigo Federico García Lorca.

Con el paso del tiempo, la consternación fue debilitándose en el pueblo, pero no el olvido. Este hecho nunca ha sido olvidado. Todavía hoy se sigue homenajeando al torero cada 11 de agosto y su busto será siempre contemplado por quienes pasean por la plaza donde se encuentra el teatro de nuestro pueblo.

III

Puede que apenas sean estos los pocos recuerdos que conservo de mi infancia. Me entristece bastante no acordarme de más anécdotas vividas con mis padres y mis hermanos cuando aún éramos unos niños que disfrutábamos de cada momento como si fuese el último. Pero el destino me tenía preparados caprichosamente una serie de sucesos que me pondrían a prueba y comprobarían si soy lo suficientemente fuerte para merecer la vida que Dios me había regalado. No me daba cuenta, sin embargo, había comenzado un período diferente en mi vida en el que todo sería jocoso a partir de entonces.

Tuve una adolescencia dichosa, sin duda, y mi juventud no pudo ser mejor. Viví al límite los mejores años de mi vida. Me quité con ímpetu la venda de la inocencia para calzarme los zapatos de tacón que me regaló Catalina. Sin embargo, cuando eres niño todas las tristezas te las dibujan con colores alegres para que no conozcamos lo que es sufrir, pero cuando creces, ya nadie puede pintarte con flores rosas y estrellas amarillas las verdades. La realidad es más cruel que cualquier juego de niños, aunque nos vemos obligados a jugarla de vez en cuando y debemos aprendernos los trucos más importantes para continuar jugando. No podemos perder, ni rendirnos, ni echarnos para atrás.

Sin quererlo mi angustiada memoria siempre me ha trasladado una y otra vez, inconscientemente, a un cuarto, a una cama, a un abrazo, a un día veraniego de hace casi sesenta años. Empiezo a darme cuenta de que siempre he revivido una y otra vez el fin de mi matrimonio, pero nunca me he atrevido a echar marcha atrás y recordar los días previos a que sucediera todo; hacer el esfuerzo por enamorarme de nuevo, como una muchacha que no buscaba mayor maldad que la de ser feliz y mostrarlo.

Pero la realidad duele y mucho. Y hay veces que tanto daño sangra. Quizá sea esa la causa por la que continué el juego sin mirar hacia atrás. Posiblemente, si lo hubiese hecho, si me hubiese detenido en aquel instante, jamás hubiese llegado a la meta.

En marzo de 1935, yo cumplía quince años. La niña bonita.

Capítulo 4

I

Juan José irrumpió en mi vida como un huracán, como un trueno desorbitado, como un tornado inesperado en un lugar alejado del mundo. Apareció como él era, alocado, joven, sin miedos. Vino a enseñarme todo lo que yo no sabía. Apareció en mi vida para mostrarme aquello que la niñez me había estado ocultando y que, en realidad, ansiaba desvelar. Acababa de empezar la primavera de 1935 y, sin apenas darme cuenta, mi vida daría un completo vuelco.

Mi vecina Catalina me regaló por mi quince cumpleaños unos zapatos de tacón preciosos. Mi madre le echó diez mil demonios, no podía soportar que ya me hubiera hecho mayor. Sin embargo, aquel regalo fue para mí el máspreciado que jamás me habían hecho. Anduve por mi casa con ellos puestos cada día. Los velé una noche entera porque no podía dormir y dejar de contemplarlos. Me imaginaba una de esas señoras elegantes que tras ver la función del Gran Teatro se iban con sus bonitos vestidos a bailar al Gran Casino y a charlar con otras damas mientras sus esposos jugaban al mus. Ana se ponía los suyos que tenía guardados en la cómoda y nos poníamos carmín en los labios cuando mi madre salía a hacer la compra. Paseábamos por la casa y por el patio de la higuera cogidas del brazo y haciendo reverencias a los vecinos que se cruzaban en nuestro camino. Ansiábamos salir a la calle, pero parecía que aún no estábamos preparadas para ello.

Coincidiendo con la misma fecha, las ovejas de mi padre dieron más leche de lo que era habitual. Aquello regaló muchos más duros que de costumbre. Cuando mi padre regresó a casa, su euforia le hizo coger en vilo a mi madre y zarandearla por la alcoba. Nosotras corrimos a participar en aquella fiesta improvisada. Le dijo a mi madre que se arregla, que se pusiera lo más hermosa que pudiera porque esa noche saldrían a cenar, a donde ella quisiera lucir algunos de sus vestidos que solía confeccionarse durante las tardes de invierno, pero que luego no habituaba a ponerse por falta de ocasión.

A nosotras nos prometió varias pesetas para comprarnos lo que fuera. Ana y yo nos miramos sorprendidas y airoas desvelándonos con la mirada en lo que habíamos de gastar aquel dinero. Llevábamos meses envidiando los sombreros que con cuidado colocaba el dependiente de la sombrerería en el escaparate de su tienda. Aquellos sombreros de fieltros y pieles que llevaban las señoras habían sido la causa de nuestra envidia hasta ese momento.

—Hoy iremos a misa en La Asunción, madre —advirtió Ana enérgica el día que mi padre nos dio las pesetas.

Solíamos ir siempre a misa a la ermita de Alta Gracia puesto que se encontraba en la plaza que teníamos al final de la calle. Sin embargo, aquella iglesia era la catedral de nuestro pueblo. Se encontraba en la plaza principal, donde íbamos a comprar las hortalizas y las frutas antes de que mi madre plantase su huerto en el invernadero. Allí también nos encontrábamos en ocasiones con algunas compañeras que conocimos en la escuela o con las que íbamos a clase de bordado.

Ana y yo paseábamos por aquella zona a diario y visitábamos el mercado de abastos por gusto y placer. A veces comprábamos pipas o altramuces en los puestecillos improvisados bajo los portales de la plaza. Todo estaba siempre lleno de gente con sus bolsas de tela de la compra, los hombres paseando en bicicleta y las mujeres entrando en la iglesia con sus niños de la mano. Aquella plaza parecía una fiesta sin fin. Se veía a niños jugando con sus trompos o paseándose en bicicletas. Las niñas acompañaban a sus madres paseando a sus muñecas en hermosos cochecitos para bebés. Algunos hombres brindaban con sus vasos de vino en la terraza de la taberna. Esa plaza era, sin duda, la imagen de la vida.

—Lo que queráis, pero llevaos a Sita —contestó mi madre recordándonos que no podíamos dejarla allí sola.

Cada viernes, mi hermana y yo bajábamos a la ermita de la Veracruz a besarle el pie a Nuestro Padre Jesús del Perdón. En aquel trayecto, nos parábamos largo rato a mirar uno a uno los sombreros del escaparate. Todos los días eran los mismos sombreros, acabábamos por aprendérselos de memoria, por ello, cuando cambiaban uno por otro, nos dábamos cuenta al instante. A veces veíamos a las señoras en el interior de la tienda probándose distintos modelos de sombreros. En ocasiones, las

veíamos salir con las grandes cajas circulares de cartón colgadas al hombro con el cordón o llevadas simplemente entre las manos.

Nos arreglamos con unos bonitos vestidos que nuestra madre nos había estado cosiendo en los últimos días. Ella amaba la costura y cualquier excusa era buena para hacernos hermosos vestidos con telas de colores. Nos calzamos sendos zapatos de tacón, nos pusimos sutilmente algo de color en los labios y nos pellizcamos las mejillas. Mi madre, viéndonos tan hermosas, vistió a Sita con uno de los vestidos más bonitos de su cómoda y le puso los zapatos de charol reservados para los días de fiesta.

Cuando las tres estuvimos listas, echamos el monedero al bolso y salimos a la calle dispuestas a comernos el mundo. Veía en Ana mi propio reflejo. Iba bella y sonriente. Su rostro reflejaba el misterio de la felicidad más inigualable. Los movimientos de cuerpo que le provocaban sus zapatos de tacón la hacían parecer una señorita, hija de un gran burgués. Tomamos a Sita cada una de una mano y bajamos por la calle con precaución de no meter los tacones entre los cantos y las piedras.

El escaparate estaba igual que la última vez que lo vimos. Aquel día iba a ser el primero que entrásemos en la tienda que tanto habíamos adorado por el exterior. Nos sentíamos hasta nerviosas por ello. Abrimos la puerta y empezó a sonar la campanilla que anunciaba nuestra triunfal entrada.

Olía a madera y a telas. El dependiente salió de la trastienda dibujando una gran sonrisa en su cara. Dentro había muchos más modelos cuidadosamente colocados en maniqués de bustos de forja o de cartón y en perchas de madera. Nos permitió probarnos uno a otro todos los sombreros de la tienda. Nos explicó que los hacía él y nos contó que la mayoría estaban hechos con piel de liebre o de conejo, tratadas con diversos productos muy fuertes. Otros estaban confeccionados con fieltro o terciopelo y solía rematarlos con forro de colores. Algunos estaban decorados con hermosos bordados, con plumas de colores, con lazos o con cordones. Veía aquellos sombreros decorando el largo y frondoso cabello de Ana.

Después, giraba mi tronco para observar en mi pelo negro, largo y ondulado, otro de ellos reflejado sobre los espejos de marcos dorados que había en las paredes. El lugar era precioso. El mostrador de madera oscura contrastaba con las baldosas hidráulicas de diversas tonalidades verdes y

rojas simulando figuras geométricas. Las paredes estaban empapeladas con telas también verdes. El aroma de aquel lugar era armonioso. Ansié poder permanecer allí durante horas, días, años. Aquello era un placer para la vista, el oído y el tacto, sin duda.

Ambas nos decidimos por sombreros cloché de los años veinte. Eran sombreros de fieltro, de cuerpo cilíndrico y ala mínima. El mío era de color tostado muy claro con un lazo de raso marrón rodeando el sombrero. El de mi hermana, mucho más oscuro, llevaba, además del lazo, un tocado de flores secas en tonos ocres y verdes.

El dependiente nos los colocó con sumo cuidado envueltos en papel de seda blanco y en sus convenientes cajas redondas con cordones blancos. Las cajas eran marrones con las cubiertas rojas. En ambas aparecía la inscripción de la sombrerería. Sacó Ana las ocho pesetas de su monedero y salimos de la tienda como auténticas señoras. Nos metimos en el callejón cercano y sacamos nuestros sombreros con sumo cuidado de no romper el delicado papel de seda. Nos pusimos con delicadeza y desparpajo los sombreros entre risas y gestos modélicos. Cuando estuvimos listas nos tomamos del brazo y Ana cogió a Sita con la otra mano. Y las tres hermanas pusimos rumbo los pocos metros que nos separaban de la plaza.

II

En la plaza nos tropezamos con Conchita y Gabriela que habían ido a pasearse por la zona. Nos saludaron sonrientes desde la puerta de la iglesia y nosotras, tras devolver el saludo, nos acercamos a ellas orgullosas de nuestra dicha.

Y fue entonces cuando me coloqué, sin saberlo, en el camino preciso que el destino me tenía preparado.

No me di cuenta de nada. Ni siquiera puedo recordar dónde estaba o por dónde apareció. Yo miraba atenta el punto exacto de nuestro trayecto cuando un muchacho alto y corpulento se postró ante nosotras.

—Buenos días, señoritas —saludó al tiempo que se elevaba ligeramente su sombrero para volvérselo a poner.

Fue entonces cuando todo empezó a darme vueltas; los sucesos que se sucedieron a partir de entonces fueron ocurriendo sin yo controlarlos, ni decidirlos. En el mismo momento aparecieron unos gitanos a ritmo de copla y guitarra española que venían tocando desde los paseos del río. Varias mujeres vestidas con trajes de sevillanas y algunos hombres dando palmas, cantando y tocando las guitarras se ubicaron en la plaza buscando un público deseoso de darle algunas pesetas sueltas.

—¿Bailas? —le preguntó a Ana otro de los muchachos que de repente nos salieron al paso por todas partes.

—¡Claro! —dijo ella soltando a Sita y dejándola a mi cuidado.

Por más que intenté mostrarle mi desaprobación haciendo forzados movimientos con los ojos no me hizo ningún caso. Ana me miraba radiando una brillante felicidad. Sus labios rojos mostraban una inmensa sonrisa que descubrían sus relucientes dientes blancos. Ana bailaba al ritmo de aquella improvisada música callejera como si hubiese tomado clases de baile y llevara haciéndolo toda su vida. Junto a ellos aparecieron, poco a poco, otras parejas al ritmo de la música y junto a mí se fueron amontonando animados espectadores entre gritos de olé y palmas. Sita también se movía al compás de la copla y de sus palmas. Conchita me

saludó animándome a unirme a ellos. Ahora ella también bailaba junto a un galán muchacho.

—¡Cuidado Magras, que no te vas a ver en otra igual! —gritó el joven que permanecía a mi lado.

Ya me había olvidado de él, pero allí seguía a mi vera, esperando el momento para actuar. Disimulaba bromeando con su amigo que ahora bailaba con mi amiga en el repentino escenario del centro de la plaza.

—¿Tú no bailas? —Preguntó acercando sus labios casi a mis oídos, haciendo que me estremeciera por el vaho de su murmullo.

¿Yo? ¿Bailar? Me temblaba hasta la cinta de raso del sombrero. Me quedé absorta sin saber qué contestar.

—Al menos podrás decirme tu nombre —apuntó rozándome suavemente la cintura.

—Mina —le dije aproximando mis labios a su oreja, igual que había hecho él. La música tan alta no nos permitía escucharnos.

—Bonito sombrero, Mina- me llamo Juan José.

Le di las cajas de los sombreros a Sita y sin saber por qué ni cómo me vi entre la multitud bailando contra mi voluntad con aquel muchacho moreno, apuesto y fuerte que sin dudarle dos veces acudió a mis brazos nada más verme.

Notó mi intranquilidad por haber dejado a mi hermana pequeña sola y me invitó a sentarnos con ella en una de las mesas de la taberna. Tomó tres taburetes y pidió un par de vinos. Yo jamás había bebido vino, pero mi timidez me impidió pedir cualquier otra cosa.

—¿Y tú de dónde has salido, Mina? Creo que no te había visto nunca antes —Me ruboricé un poco antes de contestar. Miré presto de un lado a otro como buscando que alguien saliera en mi ayuda y hablara por mí, pero hasta Sita se había ido corriendo a jugar con algunas muchachas de su edad que andaban por allí.

—Pues no sé —dije tímida, sintiéndome ridícula al mismo tiempo. — Soy de aquí y por aquí paseo a diario —Cambié mi mirada hacia el suelo y me reí de mí misma por no saber cómo dirigirme a aquel muchacho, Juan José.

Aproveché los segundos que tardaba en beber un trago del vaso de vino para fijarme más en él. Tenía el pelo muy negro, parecía recién cortado, al

igual que su barba, recién afeitada. Sus ojos eran negros, profundos e intensos. Miraban al frente, hacia sus amigos que ahora bailan en la pista con mi hermana y mi amiga Conchita. Su sonrisa le provocaba unos graciosos hoyuelos a ambos lados de las mejillas y descubría sus blancos y perfectamente alineados dientes. Volvió a mirarme y yo le sonreí tímida. Sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca al tiempo que me ofrecía uno de ellos con un simple gesto. Yo le negué con la cabeza y le agradecí el ofrecimiento.

Pronto se cansaron de bailar y se acercaron a la mesa sus amigos tomando taburetes de las mesas cercanas. Uno de ellos le dejó una banqueta a mi hermana junto a la mía antes de coger otra para él. Conchita y el otro muchacho también se sentaron.

—Te presento a Mateo, Mina —me presentó al muchacho que la había cortejado —es mi hermana. ¡A que es guapa! —Parecía que se había tomado ya varios vasos de vino.

La felicidad se había convertido en euforia. La verdad es que no podía evitar mirarla de frente y la veía radiante de belleza. Parecía que había vestido sombrero toda su vida.

—Él es Juan José —informé elevando algo la voz porque con la música no se me oía bien.

Juan José le cogió la mano para saludarla educadamente. Al otro chico le decían Magras y sin saber de dónde venía su mote, que parecía ser familiar, así llamé yo desde entonces a aquel rubiete que había seducido a Conchita.

Se nos echó la tarde encima entre vasos de vino dulce, sifón y gaseosa y las campanas de la iglesia nos advirtieron de que era demasiado tarde para seguir allí. Tomamos a Sita y nos despedimos de aquellos muchachos que habían irrumpido en nuestras vidas como auténticas balas.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —Me preguntó Juan José sujetándome del brazo para evitar que me alejara.

—No sé, titubeé, ¿mañana? —Le contesté formulándole otra pregunta. Ni siquiera sabía si mañana podría volver a salir por aquella zona.

—¿Nos vemos mañana hacia las seis de la tarde en la plaza del *Gran Teatro*? —Salió Ana en mi auxilio buscando una solución. Supongo que ella encontró los mismos inconvenientes para encontrar otra cita.

—¡Sí! —Exclamó Conchita. Ellos se miraron y aceptaron la propuesta. Juan José tomó mi mano y se la llevó sutilmente a los labios y la besó.

Sentí cómo se ruborizaban mis mejillas, pero le devolví el saludo con una amplia sonrisa. Aquel muchacho me había, sin duda, encandilado.

Desde aquel momento no pude dejar de pensar en él a todas horas. Un punto nervioso se me colocó en el estómago y no se me volatilizó en mucho tiempo. Recuerdo cómo salimos triunfantes de la plaza las tres hermanas cogidas del brazo y portando orgullosas nuestras cajas de los sombreros.

—¿Quiénes eran esos? —Preguntó Sita cuando ya no alejábamos de la plaza de vuelta a casa. Miré de reojo hacia la mesa que acabábamos de abandonar y allí seguían de fiesta observando cómo nos íbamos alejando. Juan José vio que me volví y subió su vaso al tiempo que me guiñaba un ojo. Yo levanté el brazo para despedirme y le dije a Sita:

—Si quiero que me guardes un secreto amiga, mejor me lo guardas si no te lo digo.

Ana me miró y me sonrió cómplice.

III

El gorjeo alegre de los pájaros hacía evidente la salida del sol. Muchos de ellos anidaban en nuestra higuera los primeros días veraniegos. Las tórtolas también se hacían sentir en las tejas de algunas casas. Por las mañanas, las ventanas de nuestra casa siempre se abrían de par en par para airear las alcobas. Solíamos dejarlas en penumbra a la hora de la siesta y así evitábamos que entrara el calor.

Las mañanas son ruidosas. Las mujeres van y vienen al mercado a comprar y los hombres entran o salen del trabajo y se escuchan las voces felices de los niños jugando por las calles y los patios. Por las tardes solo se percibe el cantar alegre de los pájaros. De tres a seis de la tarde no se oía ni un alma en toda la casa. En nuestra vivienda todos dormían. Mi madre y yo solíamos quedarnos a bordar en el comedor. Lo hacíamos en silencio porque la mayoría de las veces Vicente dormía en su canapé. Oíamos cuarto tras cuarto el replique de las campanas de la iglesia. A veces, el abanico de mi madre emitía un sonido continuo al golpearlo contra su pecho. El sudor hacía que se me quedaran las patas de madera del bastidor marcadas en las piernas. Pero lo mismo me daba. El paso del hilo de un lado a otro emitía un silbido relajante.

La tarde siguiente a nuestra aventura por la plaza no conseguía dar una puntada bien. Miraba embobada por la ventana contando los minutos que quedaban para nuestra cita. Conforme se acercaba el tiempo, me ponía aún más nerviosa. Procuraba esconder mis nervios bajo disimuladas puntadas, pero me veía obligada a deshacer lo ya hecho. Me quedaba pensativa y divagando dejando caer mi cabeza en el cabecero del sillón orejero. Sin duda, aquella fugaz aparición me había perturbado. Acabé por caer rendida durante unos instantes. Ni tan siquiera fui consciente de que me había quedado traspuesta.

Ana me despertó entre sigilos, con delicadeza. Aún no habían dado las seis y ella ya estaba arreglada. Lo sentí por su olor a frescura. Advertimos a nuestra madre de dónde y con quién íbamos a salir, aunque la parte de

los muchachos quedara algo en el aire. Pasamos Ana y yo al cuarto para que me ayudara a vestirme y a peinarme. Sita dormía tranquila la siesta. La noche anterior corrimos a casa de Catalina a pedirle ayuda. Apenas teníamos un par de vestidos cada una y sabíamos que ella tenía cientos en el armario y siempre nos los había ofrecido gustosa.

Redescubrí en su armario un precioso vestido de crepé verde con flores oscuras granates y verdes. El vestido tenía mucha caída y me sentaba perfecto, pero me quedaba demasiado grande. Insistió en arreglarlo esa misma noche para podérmelo poner al día siguiente. El resultado fue espectacular. Me lo ciñó al torso dejándome caer el vuelo hasta las espinillas. Lo sacamos del armario y lo puso Ana en la cama mientras yo me desvestía. Me sujeté el pelo con una traba de mi madre y me coloqué de nuevo el sombrero.

Al lavarme el pelo solía hacerme la toga para estíralo un poco. Lo enrollaba con fuerza y lo mantenía anudado toda la noche. Al amanecer tenía un dolor de cabeza horrible, pero se me pasaba pronto y lucía una larga melena negra y alisada. Decía mi madre que, si queríamos ser bellas, debíamos de sufrir.

Mi desilusión fue inmediata. Cuando llegamos al *panterillo*. Mateo y el Magras ya esperaban con Conchita y algunas chicas más que se habían unido al grupo. Pero Juan José no estaba. Por más que quise mirar bien por allí y por allá por si se había retrasado o estaba por la zona haciendo cualquier cosa. Pero no. No estaba.

Nos sentamos todos en unos de los bancos de piedra comiendo pipas que habíamos comprado en un puesto callejero. Yo no podía pelar ni una sola. Me sentía terriblemente defraudada y no paraba de pensar por qué razón no se había personado en nuestra cita. Veía como todos reían y charlaban airosos; y yo me sentía alejada, distante. Todas las hipótesis terminaban culpándome a mí misma. Tal vez no le entusiasmé demasiado. O no le gusté. O le parecí una muchacha inmadura. O cualquier cosa que perjudicaran a mi persona o a mi tímido comportamiento de la tarde anterior. Llegué a sentirme hasta ridícula con el vestido allí sentada. Pensé en irme, pero no sabía cómo salir de allí. Estaba incómoda y presa en medio de una gran plaza llena de árboles verdes y frondosos. Juan José definitivamente no estaba y todo apuntaba a que tampoco llegaría pronto.

Tengo que asumir que me advertí algo frustrada porque lo que más deseaba era volver a verle.

Mateo encontró el momento adecuado para acercarse a mí y darme el recado de Juan José. Al final me vi obligada a sentirme ridícula por haber tenido tan turbios pensamientos. La taberna que llevaba su tío, dónde él trabajaba, estaba sufriendo los estragos de la crisis. Hacía muchos años que dejaron de exportar vino manchego a Francia y las ventas nacionales estaba cayendo en picado en los últimos meses. Su tío y él se vieron obligados a trabajar días enteros buscando compradores. Su tío se encargaba de ir de un sitio para otro intentando que alguien se interesara por su vino, de excelente calidad, como aseguraban. Pasaba muchas semanas en la capital buscando desesperadamente alguien que diera salida a sus productos vinícolas. Por ello, el trabajo en la taberna se le había multiplicado a Juan José.

Los motivos de su ausencia no tenían nada que ver conmigo y eso me tranquilizó. Pero aquellas explicaciones no sirvieron para alejar de mí mis frustraciones. Me interesé por su taberna y sus horarios de trabajo para planear una visita casual, buscando un recado que me pillara de paso por allí.

IV

Algunos días después Sita enfermó. Mi madre no sabía qué más hacer para que le bajara la fiebre. Ya era verano y no parecía una gripe normal. Acabó por llamar al doctor que acudió allí sin demora. Le aseguró que podría tratarse de una bajada de presiones debido a las altas temperatura o, incluso, una insolación por haber pasado demasiadas horas bajo el sol. El médico le recomendó a mi madre que le diera baños de agua fría cada hora y le recetó unas medicinas para que le bajaran la fiebre y le eliminaran la sensación de flojedad.

Me di cuenta de que era la mejor oportunidad que tenía para salir sola a la calle. Planeé pedirle a Ana que me acompañara porque en verdad me daba una vergüenza abrumadora, pero consideré que con ella la timidez se acrecentaría. Era mejor ir sola y conseguir hacerme con la situación.

Me ofrecí voluntaria para ir a la botica a por las medicinas que le había recetado el doctor. Él mismo me dio las indicaciones precisas para ser concisa con el boticario. Ana se dio cuenta de lo que me arreglé para hacer aquel pequeño recado, pero no hizo ningún comentario. Eché a andar vacilando si era mejor pasar a la ida o la vuelta. Titubeé durante varios instantes hasta que al final me decidí. Mejor a la vuelta. Fui, entonces, por la calle paralela hasta alcanzar la botica. Cuando entré apenas había dos personas esperando su turno. El fuerte olor a medicamentos, aceites y alcoholes hacían de aquel lugar un ambiente inconfundible. Miré el reloj de cuco que se escondía entre las vitrinas de cristal. Veinte minutos quedaban para el cierre de los comercios.

Me impacienté porque empecé a cavilar que él podría marcharse minutos antes de la taberna, o que me retrasara lo suficiente como para no llegar a tiempo a su puesto de trabajo. Una de las mujeres tardó varios minutos en pedir todo lo que deseaba. El tic tac del minuterero del reloj me hacía temblar. Mis dientes tiritaban provocando un soniquete que me ponían aún más nerviosa. Parecía que no llegaría jamás mi turno y que no saldría jamás de aquella sala envuelta de vistosas maderas y estantes con

cristalerías. Sentí que me temblaba todo y no conseguía decirle al boticario lo que debía con plena corrección en mis palabras. Por fortuna, él intuyó saber qué era lo que necesitaba. Al parecer ya se habían dado varios casos semejantes al de mi hermana.

Al salir de la botica mi corazón se disparó de tal manera que pensé que no podría controlarlo. Eché a andar y giré en la esquina que me situaba en la calle de su taberna. Miraba de reojo y con disimulo porque no sabía con exactitud el local que buscaba. Empecé a arrepentirme y consideré el hecho de pasar de largo y dejar de hacer, lo que a mí me estaba pareciendo, el ridículo.

Caminé apresurada mirando hacia la gravilla del suelo. Sopesaba qué decir y cómo decirlo. No debía olvidarme que todo tenía que parecer casualidad. Sin embargo, Juan José estaba limpiando el escaparate cuando alcancé la altura de su taberna. Hablamos durante unos minutos detenidos en la calle. Los colores de mis mejillas fueron desapareciendo conforme iba sintiéndome más cómoda con él. Fue una conversación breve, cordial. Nada importante ni relevante. Pero las miradas hablaban solas.

Desde aquel día, o desde aquellos minutos que duró nuestro encuentro, mis idas y venidas *casuales* a su taberna se hicieron costumbre. Cada día, ya fuera por la mañana o por la tarde, encontraba cualquier excusa para salir de casa en su búsqueda.

Intentábamos encontrar los momentos en los que se encontraba solo en el local. Hablábamos y pasábamos las horas muertas separados por un mostrador de madera carcomido por el paso del tiempo. Recuerdo que alguna vez tuvimos que practicar extirpaciones de alguna espinita que se nos quedaba clavada en la yema de los dedos, debido al mal estado de la encimera. Nos pusimos al día de todo aquello que nos concernía y, poco a poco, fui conociendo en profundidad al hombre que formaría parte de mi vida para siempre. En ocasiones venía Ana conmigo para no levantar sospecha, pero sé que mi madre siempre supo que algún muchacho andaba rondándome.

Pasaron los días y pasaron los meses y lo que parecían citas clandestinas dentro de un local viejo, se convirtieron en paseos o reuniones a escondidas cerca de mi casa. Siempre de que podía se reunía conmigo y el resto del grupo en las tardes veraniegas, cuando salíamos a

pasear pelando pipas o comiendo altramuces. Sin embargo, hasta el momento solo habíamos compartido una agradable amistad, a pesar del pensamiento de muchos.

V

El viernes de feria de aquel año convencimos a nuestros padres para salir con algunas amigas al baile, donde los músicos amenizaban el ambiente. Tomábamos algunas un refresco. Otras solo bailaban. Emilia, Gabriela, Conchita, Ana y yo nos divertíamos aquella tarde de feria. Decidimos acercarnos a la verbena donde las parejas bailaban al ritmo del pasodoble que tocaba la banda. Esta vez, era Ana la que llevaba mi vestido de flores y yo su falda verde y su camisa blanca. La noche invitaba a llevar a los hombros una fina rebeca porque parecía refrescar.

Entre risas y bailes se unieron a nosotras el Magras, Mateo y Juan José. Estuvieron con nosotras el resto de la velada. Nos acercábamos al bar a pedir refrescos con gaseosa y después volvíamos a fundirnos con el barullo de gente que se concentraban en el punto central de la plazoleta. Juan José se acercaba a mí con disimulo, pero con insistencia. Decía cosas graciosas que me hacían reír como una idiota provocando miradas atónitas de los demás. Mi corazón se aceleraba cada vez que él me dirigía la palabra. Temía que se diera cuenta y procuraba no mirarle demasiado. Su sola presencia me ponía nerviosa. Bailamos, reímos, disfrutamos de la juventud, que es muy corta. Y para nosotros lo sería aún más, aunque eso no lo sabíamos entonces. Nos acercamos al *puestecillo* del algodón de azúcar y Juan José insistió en invitarme a una nube rosa de aquellas. Juntos compartimos aquel manjar mientras los demás hacían lo suyo con unos *churrillos* y unas porras.

Paseamos de lado a lado por la feria hablando de majaderías. Yo no paraba de reír y Ana se giraba para mirarme. Solía devolverme una sonrisa de complicidad, esas sonrisas que se devuelven las hermanas cuando se sienten partícipes de algo que solo ellas conocen. Juan José trataba de hacerse el gracioso conmigo y yo no paraba de reír de las sandeces que decía. En ocasiones, las carcajadas no eran más que risa floja, risa de sentimiento vergonzoso por estar con él. Por tenerlo tan cercano. Tan próximo a mí que casi podía oler su aliento y respirar el aire que él mismo

expiraba. Me hacía enmudecer con sus palabras y sentía que mis mejillas se teñían de rojo con cada uno de sus halagos.

Era un joven terriblemente apuesto y fuerte. Era moreno y muy alto, tanto que tenía que alzar la cabeza hacia arriba para poder mirarle a los ojos. Algunas veces, sin darme cuenta, me quedaba observándolo embobada como una idiota. Caminábamos en paralelo por los paseos. Yo llevaba las manos ocupadas sujetándome la rebeca que me había colocado sobre los hombros. Sentía que lo tenía cada vez más cerca. Al principio me escabullía hacia el lado contrario para alejarme algunos pasos más de él, pero aquello era en vano. Asumí que tarde o temprano surgiría una aproximación más íntima; era evidente que nos atraíamos mutuamente y, por mucho tiempo que quisiera distanciar el acercamiento, acabaría por llegar. Finalizamos el paseo en el centro de la plazoleta donde se había formado una improvisada pista de baile y nos unimos a otros muchos bailarines que disfrutaban de las Ferias y Fiestas de su pueblo. Juan José me sujetaba de la cintura con desparpajo, mientras reproducíamos con torpeza los pasos de aquellos bailes. Y yo, al fin, me dejé llevar.

Aún, si cierro los ojos y me relajo, puedo viajar a aquel instante tan lejano para mí ahora en el tiempo y me atrevería a asegurar que la banda de música interpretaba una divertida y alegre copla española.

Tengo los mejores recuerdos de mi vida proyectados en aquella feria de 1935. El país se estaba viniendo abajo y yo, en cambio, radiaba de felicidad y optimismo.

Capítulo 5

I

Poco a poco empezaron a venirse otros muchachos y muchachas del pueblo hasta formar un gran grupo de gente joven dispuesta a pasar un rato divertido.

Íbamos a los paseos del río. Paseábamos. Hablábamos. Reíamos. Los bancos cercanos a las vías del ferrocarril eran nuestro lugar favorito. Allí, Juan José y yo nos conocimos. Allí, Juan José y yo comenzamos a compartir muestras de complicidad. Y fue allí, en aquellos bancos viejos, donde Juan José y yo nos enamoramos. Todos lo sabían, pero yo, aún lo negaba. Tal vez por pavor repetía una y otra vez que solo éramos amigos. Buenos amigos, a los que les gustaba compartir cuitas, departir, soñar.

—Eres hermosa.

Sus palabras me hacían sentir la mujer más dichosa de la tierra. Sabía cómo sonrojarme con cada uno de sus comentarios y yo, por temor a que descubriera mi rubor, evitaba que nuestras miradas se intercambiasen.

—Tienes un cabello precioso, Mina —añadía, mientras enredaba alguno de mis mechones entre sus dedos.

Juan José siempre vestía elegante. Con pantalones de pinzas, camisa de cuello *mao* y chaqueta. En ciertas ocasiones, un pañuelo a modo de corbata adornaba su cuello. Pero lo que siempre llevaba era su adorado reloj de bolsillo. Su padre se lo regaló al cumplir los quince años y era ese su bien máspreciado. Su reloj lo acompañaba siempre. Nunca lo olvidaba. Aquel reloj significaba para él su amuleto de la suerte.

En aquellos momentos no era consciente de lo que aquel hombre estaba suponiendo en mi vida. Aún no sabía que mi destino ya estaba marcado. Y sería él y solo él el causante de mis dichas.

Juan José había nacido en el seno de una acomodada familia. No eran adinerados, ni mucho menos, pero su situación era privilegiada dentro de la humildad de la sociedad de la época. Su padre trabajaba en la fábrica de harinas, una de las industrias con mayor auge de la localidad en aquellos tiempos. El honorario, aunque no muy elevado, les permitía vivir con

cierta soltura. Su madre era costurera y les hacía algún que otro arreglo a las vecinas. Juan José y sus hermanos vendían vino en una cooperativa de un tío suyo. No era la mejor época para la venta de vino en el municipio después de haber exportado vino a Francia, pero le daba unas pesetas con las que vivir. La familia de Juan José era muy afortunada.

Fueron meses de estar más fuera que dentro. Salíamos a todas horas. Y él se encaprichaba de pagar hasta la última peseta. Íbamos muy a menudo a la taberna que había en la plaza. Allí pasamos ratos muy agradables. Era un lugar bastante concurrido, en su mayoría, de clientela masculina. Me sentaba erguida en aquellos taburetes de madera, apoyada sutilmente sobre la mesa redonda. Juan José se encaminaba a la barra concurrida. Aún respiro aquel fuerte olor a puro y a hombre que impregnaba todos los rincones del local. El camarero servía presto chatos de vino, jarrillas de cerveza o copazos de coñac. El mandil blanco, manchado de mugre y de grasa, le reventaba por lo gordo que estaba. Su esposa se oía de vez en cuando en la cocina de la taberna avisándole de que los aperitivos estaban listos. Aceitunas, croquetas, torreznos. Luchando con todas las personas que se amontonaba en la barra, Juan José conseguía llegar al camarero a por nuestros refrigerios. Sifón, gaseosa, limón, vino dulce. Cada día era una historia, un diferente manjar y una conversación amena y agradable.

—Nunca he estado con ningún hombre —le confesé tras tomar varios chatos de vino. Él me sonrió con esa risa burlona y picaresca, sin maldad ni malas intenciones.

—No temas, no voy a hacerte daño. De hecho, pienso hacerte la mujer más feliz del mundo. No voy a permitir que sufras jamás —me decía mirándome con la profundidad de sus ojos.

—Te quiero —Añadió. Y al oír aquellas dos palabras por primera vez, noté cómo se me derramaba la sangre por las venas; cómo mi corazón bombeaba la plasma tan deprisa que pensé que fuera a darme un infarto. El calor ascendía desde los infiernos para anidar en mí.

Aquellas palabras me dejaron helada, petrificada, absorta, inmóvil durante un ligero lapso de tiempo.

Paseábamos por los jardines que quedaban tras la Candelaria. Me dejaba querer y aprendí a querer a un hombre. Tenía miedo, estaba asustada. Desconocía todo lo que pudiera venir después. Ignoraba cuál

sería su siguiente paso. Ni siquiera tenía claro qué era lo que debía hacer, cómo debía reaccionar ante cada momento. Todo era nuevo para mí.

Estaba empezando a quererle. Me trataba con dulzura. Nunca intentó nada fuera de lo normal. De hecho, ni siquiera me besó hasta que yo no le indiqué que estaba preparada.

II

Fue un día de invierno. Hacía mucho frío. Aquel día llevaba un vestido marrón. Un abrigo largo también marrón lo tapaban en gran parte. El vestido lo había cosido yo misma con unos retales que me regaló Catalina en mi cumpleaños. Imagino que durante aquella temporada mis encuentros con un hombre me excitaban tanto que debí perder varios kilos en poco tiempo porque el vestido se me había quedado algo *holguero*. Mis zapatos con pequeño tacón grueso eran de Ana. Se los había tomado prestados para la ocasión. Mi adorado sombrero tapaba mi moño recién hecho. Llevaba guantes y bufanda de lana que había tejido Sita, ya que se le daba de maravilla.

El aire frío me cortaba la cara y me hacía daño en los oídos, pero no me importaba. Aquel día me sentía feliz, dichosa, cómoda. Estaba bien conmigo y con él, con nosotros. La situación en España se estaba volviendo algo complicada, pero en aquellos momentos no me daba cuenta. No percibía hasta qué punto iban a cambiar mi vida las revueltas populares que se estaban dando en diversos puntos del país. Tampoco tenía edad para estar pendiente de esas cosas. Éramos dos jóvenes que estábamos empezando a vivir algo, a sentir cosas nuevas, a descubrir cosas que con nadie antes habíamos podido imaginar. Me sentía a gusto con él, aunque a veces también tenía miedo. Estaba asustada. Miedo a lo desconocido. Pero imagino que sería normal. Era una niña, y estaba aprendiendo a ser mujer.

Ahora lo pienso y siento que aprendí demasiado antes de tiempo. Quizá hubiera sido mejor disfrutar de otras cosas antes de hacerme mayor tan de golpe, pero eso es algo que no puedes decidir. De hecho, las circunstancias históricas no me permitirían, años después, seguir disfrutando de otras cosas. Mi destino me haría madurar muy deprisa, aunque no pudiera ser consciente. Era feliz el tiempo que estaba con él, pero en casa sentía que hacía algo que no estaba bien. Me estaba viendo a escondidas con un hombre (tenía diecisiete años, pero un hombre, al fin y al cabo) y en mi

casa no lo sabían. Me sentía culpable, a veces, cuando salía de casa engañando a mi madre. Me daba vergüenza mirar a mi padre a la cara, pero no obstante, sabía que no hacía nada malo.

Ya se estaba poniendo el sol. Era tarde y pronto tenía que volver a casa. Tampoco quería preocupaciones innecesarias. Llegamos paseando hasta los Cinco Puentes. ¡Santo Dios! Ni siquiera me había dado cuenta de todo lo que habíamos andado. Entre conversación y conversación se nos fue el santo al cielo. Las hojas de los árboles petrificaban gotas de agua que caían con nuestro paso. Pocos eran los que paseaban por allí. Hacía frío, sin embargo, sí nos cruzamos con algunas acarameladas parejas, niños rezagados jugando al trompo, niñas saltando a la comba o jugando al truco, parejas ancianas que demostraban que el amor es para siempre. Realmente me encantaban aquellas tardes invernales de la Mancha, siempre me han gustado y siempre me gustarán.

Íbamos hablando de todo y de nada. Reíamos. Nos mirábamos. Aquel día compartimos muchas cosas. Sentí que yo era para él la persona en la que más confiaba. Compartía conmigo cosas que no compartía con nadie. Sabía sentimientos suyos, pensamientos, reflexiones que ni tan siquiera su mejor amigo podría imaginar; ni su madre, que sería la persona que más lo querría en el mundo, sabía lo que yo sabía sobre él. Y lo mismo ocurría de manera inversa. Le confesé a Juan José las cosas que nunca jamás le confesaría a nadie.

Por primera vez en la vida me sentía protegida. Ya no pensaba solo sobre mí, sino que en mi futuro siempre aparecía él. Mi vida era él e, imagino, que su vida era yo. Entendí lo que era la complicidad en su máxima expresión.

En aquel paseo compartió su preocupación por el futuro. El negocio de su tío iba mal. Mejor dicho, iba muy mal. Cada día vendían menos vino. Yo ya había oído la buena fortuna que tuvo el mercado de vino. Los taberneros y los comerciantes vinícolas vivieron una época esplendorosa porque estuvieron exportando vino al extranjero durante muchos años. Pero ya hacía tiempo de eso.

Pero entonces no conseguían vender vino ni en el pueblo. Continuaba trabajando para su tío día tras día, pero era consciente de que llegaría un día en el que no pudiera darle un jornal. Y luego, ¿qué? ¿Qué haría si no

sabía hacer ninguna otra cosa? Tal vez debería buscar otro empleo por otro lado. Tenía que pensar en el futuro. Y, antes, el futuro no le importaba, pero ahora estaba yo. Me quería y sabía que quería pasar el resto de su vida conmigo. Quería que nos casáramos, compráramos una casa, una vivienda, una habitación dónde compartir nuestra vida. Quería que tuviésemos hijos, formar una familia. Y yo también quería, pero las circunstancias eran muy difíciles para todos en aquellos tiempos.

— No te agobies, Juanjo, ya llegará el momento, somos muy jóvenes. - Sostuve, intentando desviar su atención hacia otros rumbos.

Sabía lo que sentía como si lo estuviera sintiendo yo misma, pero ¿qué otra cosa podía hacer que darle ánimos?

—El trabajo en el campo está muy mal. Cada día hay más trifulcas entre los jornaleros. Hay huelgas día sí y día también. Los jornaleros sobran en el campo. No hay faena para tantos y menos para mí que no sé ni cómo se siega ni cómo se ara. Pensé que mi vida se dedicaría al comercio del vino y no sé hacer otra cosa.

Aquella situación le ponía triste y las cosas en su casa tampoco estaban bien y necesitaba desahogarse. Hacía pocos meses que su padre había dejado de trabajar en la Fábrica de Harinas. La Fábrica de Harinas había dejado de ir a las mil maravillas y preferían contar con trabajadores jóvenes y cualificados.

—Un día —empezó a hablar tras unos segundos de silencio reflexivo —me contó Ramón, el hijo de la boticaria de la calle *Empedrada*, que hubo problemas en la fábrica que linda con la suya. Al parecer unos cuantos obreros se rebotaron porque uno de ellos, incapacitado para trabajar a causa de un accidente laboral, no tenía ningún ingreso para alimentar a su familia. Sus compañeros quisieron pedir por él lo que le correspondía después de tantos años trabajando para la empresa. Pero los jefes de sección se negaban a hablar con sus superiores y llegar a un acuerdo. Al final terminaron llegando a las manos y más de uno salió herido.

Mientras me contaba aquello alguna lágrima vi que le brillaba en el ojo. Tal vez no fueran lágrimas de aflicción, sino de ira e impotencia. Estábamos en manos de los superiores, siempre lo hemos estado y siempre lo estaremos. Debíamos asumirlo y aprender a convivir con ello. Solo nos

quedaba trabajar para poder comer día a día, para poder ser felices de la mejor manera posible. Lo demás, no debería importarnos.

Llegamos a la altura de los cinco puentes y nos sentamos en unos de los bancos del paseo.

—¿Y qué pasará Juanjo? De alguna manera se terminarán poniendo de acuerdo, ¿no? No podemos estar así eternamente. Cada vez las discusiones entre dos sectores de la sociedad son más grandes. Hay que ceder. Hay que respetar las ideas de todos. Tenemos que dejar de pensar que lo nuestro es lo mejor y lo del otro, lo peor. Todo es bueno. Todo es válido. ¡Qué cada uno piense lo que quiera! ¿Por qué no se respeta eso? —Objeté algo indignada.

Demasiadas preguntas para ninguna respuesta. Juan José me miraba con tristeza. Los dos éramos conscientes, a pesar de nuestra juventud, de que estas rencillas terminarían por saltar en mil pedazos. Solo esperábamos que a nosotros no nos salpicara.

En un principio no me daba cuenta, pero, poco a poco, fui fijándome en el trato que a pie de calle se daban los propios vecinos, amigos y hasta familiares, por, simplemente, pensar de manera diferente. Gente que se conocía de toda la vida se negaba el saludo, el médico trataba con rencor y de mala gana a ciertos pacientes enfermos, en la panadería no se hablaban los tenderos. Una mañana observé en el mercado cómo un frutero negó un kilo de tomates a *la* Bernarda por participar su marido en mítines políticos del Gran Teatro. Era consciente, aunque no quisiera verlo, que la situación se nos estaba yendo de las manos. A todos. No había que buscar culpables en nadie. Todos lo éramos. Cada uno a nuestra manera.

—¿Hasta dónde somos capaces de llegar los humanos por defender lo nuestro? —Pregunté sin esperar ninguna respuesta, pero la que recibí, sin duda alguna, me aterró:

—A la guerra, Mina —dijo tragando saliva y sin querer mirarme a la cara—. A matarnos.

El banco estaba frío. Muy frío. Tenía el trasero congelado. Poca luz dejaban ya los últimos rayos de sol de aquel treinta de noviembre de 1935. Una niña paseaba a su bebé en el carrito infantil, mientras su madre paseaba a su hermanito que iba bien *abrigadito* en su cochecito. La niña quería imitar a su madre, era madre ella también, jugaba a serlo. El padre

no iba con ellas, tal vez estuviera trabajando. O quizá las esperaba en casa. La mujer paseaba elegante y miraba a su hija feliz. Madre e hija compartían aquel momento con dicha, agradecidas a la vida. Los guantes de piel me impedían ver si llevaba alguna joya. La niña se divertía con las últimas hojas que dejaba caer el otoño. Los árboles estaban cada vez más desolados. Todas aquellas hojas vertidas en el suelo, húmedas, dejaban al descubierto el esqueleto desnudo del árbol. Ya preparado para pasar el crudo invierno manchego. Invierno seco y frío.

—Pero no es momento de pensar en eso Mina —dijo al fin—, ahora no, hoy no. Quiero aprovechar al máximo el tiempo que estemos juntos. Hoy estamos aquí los dos. Juntos. Sentados en este banco helado. Soportando un frío que pela. Mañana

Dios dirá. El mañana no importa si estoy contigo. Cada día te veo más hermosa, Mina, mi Mina, mi vida, la mujer de mis ojos. Desde el día que nos encontramos en la plaza no concibo un día sin ti. Creo que sería imposible estar en el mundo si no es contigo. Te quiero, Mina. Te quiero hoy, mañana y siempre.

En esos instantes yo lloraba por dentro. Quizá lloraba por fuera, pero no quería que se diera cuenta.

—Bésame —le dije— bésame como si fuera la única vez, como si fuera la última vez que fuésemos a estar juntos.

Pronto se nos echó la noche encima y tuvimos que salir corriendo para que no me gruñeran en casa. No quería que sospecharan nada. Todavía no. Iba a contarles pronto la existencia de Juan José en mi vida, pero cuando viera el momento adecuado. Y, sobre todo, cuando me viera preparada y segura para hacerlo. Por fortuna para mí, al llegar a casa estaban Dámaso y Teresa en casa de visita y no se dieron cuenta de mi retraso. Saludé y pasé a mi alcoba a cambiarme.

Dámaso y Teresa eran amigos de mis padres de toda la vida. Eran amigos de esos a los que ya nunca ves por diversos motivos, pero que fueron tan amigos en el pasado que en cada reencuentro parece no haber pasado el tiempo. Dámaso y Teresa vivían en el barrio de *Madrid Moderno*, a las afueras de la localidad y hacían sus vidas por aquella zona. Por este motivo, les era muy difícil coincidir. Así que, de vez en cuando, se hacían visitas mutuas en las que el queso y el vino no les faltaba nunca.

Tenían cuatro hijos, todos varones, que tenían, más o menos, las mismas edades que nosotros. Cuando éramos niños solíamos acompañar a nuestros padres en sus visitas para jugar, pero, poco a poco, fuimos perdiendo aquella leve amistad que nos unía. Aunque a pesar de todo, la amistad y la cordialidad siempre han estado vigentes entre nosotros. Sita me siguió.

—¿Dónde has estado? —Preguntó curiosa cuando cerró tras de sí la puerta de la alcoba.

Yo le sonreí, pero no le dije nada. No pensaba decirle nada por mucho que me insistiera, todavía no.

—Anda tunante, pon esto sobre la silla y pásame las zapatillas.

Le di mi abrigo para que lo colocara sobre la silla mientras yo me desvestía para ponerme la bata y el camisón.

—¡Sí! Mina, cuéntame, sé que estás con alguien porque oí cómo hablaba Ana con Vicente. Decían que te estás viendo con algún muchacho, aunque no me enteré de nada. Cuéntame, cuéntame, cuéntame. ¡Prometo por toda mi vida entera que no diré anda a nadie!

—¡Ay Sita, Sita! Si quiero que me guardes el secreto amiga, mejor me lo guardas si no te lo digo.

Ante mi negativa, Sita frunció el ceño y bajó los hombros resoplando. No le quedaba de otra que resignarse y respetar mi silencio. Sabía que no iba a sonsacarme nada.

Me detuve unos instantes a observarla. Era una niña hermosa y bastante adorable, aunque a veces tuviera comportamientos traviosos dignos de su edad. Suspiré, recuerdo, con nostalgia recordando la conversación mantenida esa tarde con Juan José. ¿Una guerra? Aquella palabra me parecía algo más allá que horrible. Solo pronunciarla me erizaba el vello y me recorría un espeluznante escalofrío por la espina. Me angustiaba la posibilidad de que fuera verdad que terminaríamos en guerra.

¿Guerra, aquí? No. Impensable. ¿Qué sería de mi pobre hermana entonces? ¿Qué sería de nosotros? Si hubiera alguna guerra Juan José se tendría que ir a luchar en ella. Era un hombre joven y fuerte y no le iba a quedar otro remedio. Pero también tendría que irse mi hermano Vicente, y Mateo el amigo de Ana, y nuestros vecinos y conocidos que por edad estarían obligados a morir sin desearlo.

III

Esas navidades, las que el año 1935 daría paso al 1936, creo que las recordaremos por siempre.

La tarde de fin de año la pasamos en una sala para fiestas del Gran Casino. Días antes me dijo Ana que habían conseguido cuatro entradas para una fiesta de fin de año y Mateo y ella pensaron en nosotros para ir con ellos. Por esos días ya conocían mis padres la existencia de Juan José, pero aún no habíamos hecho las presentaciones formales.

Aquella tarde, el 31 de diciembre de 1935, mi hermana y yo nos pusimos los vestidos nuevos que habíamos estado cosiéndonos para la ocasión. El mío color beige, el suyo verde oscuro. Los dos parecidos, pero a la vez diferentes. Nuestros zapatos con leve tacón nos hacían parecer dos señoritas de alta alcurnia.

Mi madre se sentía orgullosa de nosotras.

—Tened cuidado, mis niñas —nos dijo cuando salíamos— y pasáoslo bien. Aquí tendréis la cena lista y las uvas para despedir el año.

Nos hizo un gesto de complicidad y nos invitó a venir acompañadas a la cena. Obviamente no aceptaríamos, pero agradecimos el gesto de nuestra madre.

Al salir de casa, apoyados sobre la pared, entre risas, allí estaban ellos. Juan José y Mateo. Mateo y Juan José. Ambos vestían pantalón claro de ligera pana, camisa metida por los pantalones y chaquetas marrones abiertas. Mateo llevaba su sombrero puesto, Juan José lo llevaba en la mano. Mateo, vastos zapatos. Juan José llevaba puestas las botas altas que con tanta ilusión se compró ese invierno con las pocas *perras* que había conseguido ahorrar. Ana se echó a reír cuando los vio. Los dos tan caballeros, tan atentos, tan jóvenes, tan fuertes y tan guapos.

—¡Estáis para una foto! —Dijo mi hermana sin perder la risa ocasionada por la felicidad acumulada.

Un fotógrafo inmortalizó aquel momento y aquella instantánea la observaríamos años después con nostalgia y tristeza. Nos evocaría siempre

a una noche en la que no cabía otra cosa que felicidad. Mateo y Juan José aparecen, en aquel viejo retrato, serios, rectos, con los brazos caídos a lo largo de sus altos cuerpos.

La sala de fiestas ya estaba llena cuando llegamos. Nunca había pasado al Gran Casino. Su fachada me parecía esplendorosa y no podía ser menos su interior. El gran edificio daba la bienvenida con una espectacular entrada ornamentada por una majestuosa lámpara enorme y bonitas alfombras. En el centro, una mesa redonda de madera llena de flores decorada la gran sala. Algunos sillones y sillas tapizadas estaban ocupados por señores y señoritas junto a las paredes. Se erguía al fondo la gran escalera que daba acceso a la planta superior donde, imaginaba, se encontrarían las salas de juegos. A la derecha, el bar estaba repleto de hombres cuya mano derecha soportaba un puro y la izquierda una copa de coñac. Observaban interesados la escena de multitud de jóvenes entrando en aquel majestuoso edificio.

Aunque mi hermana tiraba de mí, yo no podía evitar detenerme y fijarme en todos los detalles. Solía especular desde la calle cómo sería aquellas salas. A veces, conseguía ver tímidamente entre la puerta cuando algún caballero entraba o salía del Casino. Sin embargo, todo era tal cual me lo había imaginado. Las mujeres se mostraban finas y elegantes. Sonreían a sus maridos con dulzura y sosiego. Todas ellas intercambiaban miradas curiosas en el afán femenino de verse la más bella y airosa y buscaban sus reflejos en los grandes espejos de marcos dorados que adornaban las paredes de papel pintado.

Juan José me despertó de mi letargo. Se acercó a mí, me acarició la cintura y me besó en la mejilla. Luego me empujó hacia la sala a la que fuimos invitados. Los espejos de las paredes le daban mayor amplitud al gran salón de fiestas. Las sillas fueron retiradas y colocadas en los laterales. Algunos, sentados en ellas, contemplaban con alegría la estampa que se desarrollaba ante sus curiosas miradas. Llegamos entre risas y juegos, abrazos y besos. Éramos jóvenes, estábamos enamorados y disfrutábamos de la vida sin pensar en nada más. Nos acercamos a nuestros amigos que estaban ya allí.

Bailamos alocadamente, entre vasos de refresco y música animada. Conchita se abrazaba *al* Magras con fuerza, como si se le fuera a escapar.

Juanito iba de acá para allá con su vaso en la mano saludando a unos y a otros, se acercaba a grupos de chicas quienes lo desaprobaban con la mirada. Venía bailando la canción sonante muy ridículo, pero a la vez extremadamente gracioso. Nosotros nos partíamos de la risa con él.

Ana y Mateo bailaban agarrados algo alejados del grupo, querían intimidad. Ella reía, él la hacía reír. Emilia y Soledad departían sobre sus vestidos y sus zapatos. Se contaban la una a la otra cómo se los habían hecho, algunos trucos de costura y hablaban sobre el preparado de la pata de gallina que cenarían esa noche. Los observaba a todos felices. Me encantaba ver a todos juntos. Unidos. Divirtiéndonos. Juan José me cogió de la cintura y me besó sin presura.

—Discúlpame si me pongo algo celoso, pero aquellos tipos no dejan de observar tu belleza —confesó señalando con una mirada soez hacia un grupo de jóvenes.

Giré mi mirada hacia aquellos supuestos tipos y me eché a reír. Efectivamente no me quitaban ojo de encima. Yo lo cogí del cuello a dos manos y lo besé.

—Así sabrán que soy tuya —le susurré.

Él sonrió y siguió besándome. Se ponía tan burro a veces que era preferible reírme del asunto que darle importancia. No quería que nadie estropeará esa noche. Nuestra noche.

Al llegar a casa, nos esperaba un rico conejo troceado y pelotas de mazapán que había hecho una de nuestras vecinas. Tras la cena, poco antes de dar la media noche, Sita y yo nos pusimos a repartir las doce uvas en trozos de papel. Doce para cada uno. Doce para cada segundo que restarían al presente año. Doce que indicarían los nuevos doce meses que nos quedarían por vivir. Siempre era mi hermano quien cogía cualquier artilugio y lo hacía sonar coincidiendo con el reloj del comedor. Aquel año, creo recordar que una navaja cerrada y un plato le sirvieron para darnos las campanadas. Sita, Ana y yo nos atragantábamos con cada una. Sita terminaba el minuto con las doce uvas en la boca. Yo aún masticaba alguna que otra. Padre y madre las masticaban y tragaban al instante. Ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

¡Feliz 1936! Nos besamos. Abrazamos. Nos reímos de Sita y sus doce uvas en la boca. Nos felicitamos por el nuevo año entre risas y bocas

llenas. Brindamos con los vasos de vino que teníamos sobre la mesa.
Estábamos felices. Éramos felices.

¡Feliz 1936!

Capítulo 6

I

La trágica noticia de Juan José me pilló de imprevisto. Era mayo. O junio. No lo recuerdo bien. Antes del verano, eso seguro. Llevaba un rato dando rodeos una tarde que nos sentamos en uno de los bancos del Paseo de la Estación. Finalmente tuvo el suficiente valor para decírmelo:

—Tengo que irme a hacer el servicio militar, Mina.

¿Qué? ¿Ya? ¡Pero si aún no había cumplido ni los dieciocho años! ¡Aún le quedaban un par de meses para cumplirlos!

—Llegó la carta a mi casa hace algunos días. Y tengo que incorporarme de inmediato —sostuvo.

La noticia me sentó como morder un ajo en un plato que me estaba sabiendo a gloria. Había guardado hasta el último día para decírmelo. Pensó que, así, el sufrimiento duraría menos. Pero la impotencia por no poder hacer nada era más poderosa que el sentimiento de tristeza. Me pidió, por favor, olvidar lo que podría pasar a partir del día siguiente y vivir aquella tarde como si no fuese la última. Porque no lo sería. O, por lo menos, eso pensábamos.

Ahora sí estoy segura de que él si estaba al corriente o, al menos, se imaginaba cuáles iban a ser los acontecimientos que se preparaban para hundir el país en los próximos meses, pero yo, ignorante, no estaba al tanto. Por lo menos no me hacía a la idea de que la gente deseara matarse y matar con tanto odio. Tras minutos de rabia, me conformé con recibir sus cartas durante los meses que durara su servicio militar.

Pasamos la tarde juntos, paseando por las calles del pueblo que nos había unido. Caminamos sigilosos ante la plaza cogidos de la mano. Intentamos disfrutar del momento. Paseábamos despacio, muy despacio, como si no tuviéramos prisa por alcanzar nuestro destino. Nos cruzamos con algunos vecinos que nos saludaron. Otros no lo hacían. Las personas mayores no suelen fijarse en la gente joven por lo que es difícil ser reconocidos. Avanzamos hasta el Gran Casino y recordamos los bailes de la pasada noche de Fin de Año. Nos detuvimos ante la fachada intentando

ver más allá de la maravillosa entrada, esperando que alguien abriera la puerta.

Parábamos en cada esquina. Recordamos momentos pasados. Imaginamos futuros. Pensamos qué haríamos a su regreso. Él me aseguró que nos casaríamos, pero yo no quise ponerle las cosas tan fáciles y me hice la despistada con el tema.

¡Qué ilusos! Sepa Dios lo que ocurriría con nosotros a partir del día siguiente. Pero pese a todo, era mejor así. ¿Qué de malo tiene soñar? ¿Qué de malo tiene imaginar un futuro deseado? No nos hacíamos daño pensando en lo que ocurriría unos años después. O unos meses, cuando Juan José volviera de hacer esa supuesta mili.

La calle *Empedrada* estaba desierta. Ni un alma nos cruzamos durante ese paseo. La pastelería de la esquina estaba abierta y Juan José me animó a entrar para comprarnos algún capricho de merienda para compartir. Era muy goloso. Le encantaban los dulces. A mí también. Pero siempre los evitaba.

Aquella tarde era mejor olvidar. Pasamos. No había nadie. La pastelera salió de la trastienda al oírnos. El olor del local era característico. Se hacía la boca agua con solo estar allí. Los dulces entraban más por los ojos que por la boca.

—¿Qué desean? —Preguntó la chica joven de bata blanca.

Juan José me miró esperando cumplir mis deseos. Yo le devolví la mirada acompañada de un gesto de indiferencia. Era difícil elegir entre tantos rosquillos de azúcar, mantecados, pestiños, palmeras de chocolate, algunos barquillos de Semana Santa rezagados, buñuelos de chocolate, nata o crema, pepitos, pastas de diversas formas y sabores, bombones, magdalenas de azúcar o chocolate, tartas de manzana, bizcochos de yogurt... No sabía hacia dónde mirar ni qué elegir. Volví a girar la cabeza hacia él repitiendo mi gesto de indiferencia.

—Póngame dos de estos, por favor.

La pastelería era, sin duda, un lugar acogedor. Todo de madera, paredes, suelo, puertas y mostrador; las vitrinas mostrando sus mejores dulces... Salimos de aquel aromático lugar con intención de seguir nuestro paseo.

El reloj de la iglesia marcaba las cinco y diez cuando atravesamos la plaza. Bajamos por la calle *Pablo Iglesias* hasta la plazuela de la *Virgen de*

la Paz, donde nos detuvimos unos minutos. Allí me señaló la casa que había pensado compartir conmigo cuando nos casáramos.

—Mira Mina, ¿ves esa casa verde de ahí? —yo afirmé girando mi cuerpo hacia la dirección que señalaba su dedo—, la vivienda de abajo es propiedad de mis padres y yo siempre he mostrado mis deseos por vivir en ella cuando me case. ¿Qué te parece?

Aquello parecía una petición de matrimonio en toda regla. Yo simplemente le sonreí y volví a observar aquella casa con mayor detenimiento. ¿Cómo sería por dentro? Seguro que allí seríamos muy felices. En esta plazuela podrían jugar nuestros hijos mientras esperan que les tenga terminada la cena las tardes de verano. Creo que no pude evitar sonreír imaginando mis pensamientos.

—Pues me parece maravilloso —suspiré, aunque mostrando una cínica tibieza—, pero antes tendrás que pedirme que me case contigo y yo tendré que aceptar, ¿no?

La verdad es que adoraba sacarle la furia borrica que tenía en su interior. Me parecía graciosísimo verle la cara de “me dejas sin palabras” cada vez que le hacía un comentario de ese tipo.

—¡Vamos a asomarnos por la ventana! —Exclamé evitando su siguiente pregunta.

Corrimos como dos idiotas los escasos metros que nos separaban de la casa verde. No pudimos ver nada porque las persianas estaban extendidas hasta abajo.

—¡Pues claro que nos casaremos, Mina! En cuanto regrese de la *mili* iré a tu casa para hablar con tu padre y le pediré tu mano formalmente. Seremos muy felices tras este muro, ya verás.

Me eché a reír de inmediato. Pero no fue una risa burlona, sino una risa de dicha. Me sentía feliz por poder compartir mi vida con alguien así. Por haberle encontrado y por saber que me pertenecería siempre.

Pasamos el resto de la tarde entre risas, abrazos y besos. Él nunca permitió que yo estuviera triste. Siempre se encargaba de hacer cualquier tontería para sacarme una sonrisa. Daba igual los motivos que tuviera para llorar porque ahí estaba siempre Juan José para demostrarme lo maravillosa que era la vida. Y más bella era aún si podíamos compartirla.

No dejó en toda la tarde de saber perfectamente la rabia que yo estaba sintiendo por dentro ante su partida, pero ya se encargó él de que consiguiera olvidarme de todo eso durante unas horas. Recordó los momentos alegres vividos, las anécdotas de nuestros amigos y amigas que tanto nos hicieron reír, me contó todo lo que ocurría con nosotros a su vuelta. Me abrazó. Me besó con delicadeza. Parece sencilla la vida tras el velo de los deseos. Imaginar y planificar una vida futura, que era muy incierta, me hacía sentirme algo más tranquila. Parecía que con los planes hechos nada podía echarse para atrás.

Pero aquella tarde maravillosa, aquellos planes imaginados a largo plazo, aquellos panes con chocolate que disfrutamos como niños paseando por las calles de nuestro pueblo, fueron motivos sobrantes para llorar con rabia y en silencio aquella noche y otras muchas noches más. Antes de despedirse se sacó su adorado reloj del bolsillo de su pantalón y lo puso en mi mano. Le dio al interruptor que interrumpía el paso de las horas en el movimiento de las manecillas y se despidió abrazándome con fuerza contra su enorme pecho.

—¡Cuídamelo, Mina! Es el regalo más preciado que tengo de mi padre y quisiera que algún día fuera para mi hijo. Por el momento quédatelo tú porque no quiero romperlo. Y no me llores, por favor, que no puedo soportar verte triste. La vida es maravillosa ¿recuerdas? Volveré presto Mina, te lo prometo. Antes de que puedas darte cuenta este reloj volverá a medir las horas que pasemos juntos.

Me mantuve algo reacia a aceptar su reloj, pero él me lo colgó en el cuello y zanjó la conversación.

—¿Cuándo volveré a verte? —Le pregunté aún a sabiendas de que para eso no tendría ya respuesta.

—¡Esta noche! —Contestó para mi sorpresa de forma muy convincente. Mi cara de incredulidad le obligó a explicarme su afirmación. —Yo pienso soñar contigo, esta noche y todas las noches hasta que vuelva a verte -. Le sonreí con las primeras lágrimas en los ojos. —Si tú haces lo mismo, nos veremos en el sueño, ¿no?

Sus palabras sonaban tan convincentes que no me quedó más remedio que prometerle que soñaría con él cada día para encontrarnos en nuestra cita nocturna, noche a noche, a la luz de la luna y lejos de miradas

indiscretas. Me besó con cuidado, pero con pasión y marchó presto calle abajo evitando mirar nuevamente hacia la puerta de mi casa, donde aguardaba yo para verle hasta el último instante. Finalmente, la calle finalizó y giró la esquina, no sin antes detenerse y alzarme el brazo como despedida.

Entré a casa con las lágrimas en los ojos. Entré en mi alcoba y no quise hablar con nadie. Todos respetaron mi decisión.

II

Al día siguiente, sin mayor demora, su madre y yo lo acompañamos a la estación de ferrocarril para que partiera. Su madre consiguió permanecer estable, pero yo no podía evitar llorar de horror ante tal misterio. Juan José no fue el único. Fueron muchos los jóvenes que tuvieron que irse a un destino algo claroscuro apresuradamente. Entre ellos también se encontraba Mateo, que, aunque unos días después, también tuvo que partir, y el Magras que fue con Juan José en busca del mismo destino.

Me percaté de la cantidad de mujeres que nos amontonábamos en los andenes de la estación. Algunas de ellas agitaban blancos pañuelos entre sollozos. Juan José tomó asiento junto a una ventanilla y pudo asomarse para disfrutar unos segundos más de él.

Un frío intensó recorrió todo mi cuerpo erizando mi piel. Tragué saliva al cruzar por mi cabeza la mísera idea de no volver a verlo más. Los pitidos del tren anunciaban su inminente salida. Estiró el brazo para apretarme con firmeza la mano. Pude leer en sus labios un «te quiero» de despedida.

Poco a poco, empezó a echar a andar el tren, abriéndose paso entre la multitud que se amontaba en ambos andenes. «Yo también», conseguí contestarle a pesar de que no logré que las palabras sobresalieran del gran barullo y del estruendo que ya comenzaba a hacer el tren. Vi cómo se fue alejando aquella bestia sin frenos. El corpulento brazo de Juan José se agitaba entre otros muchos dando muestras de despedida. Cada vez podía ver de forma menos clara el suyo y al final el tren se convirtió en un gran vagón con brazos que se dirigía hacia nadie sabía bien dónde lleno de hombres con fuerza y benditas esperanzas.

Volví a casa mezclada entre otras tantas hijas y esposas. El camino de vuelta de la estación del ferrocarril se convirtió en un doloroso trance en el que solo se escuchaban llantos y pisadas. Aún vi a algunos niños corriendo y jugando entre las faldas de sus madres. La madre de Juan José caminaba

a mi lado sin mediar palabra. Aquella situación se me hacía terriblemente incómoda. Deseaba llegar a mi casa cuanto antes.

Ocupé aquellos días bordando flores en diversos retales de tela que me iba encontrando. Pensaba usarlos como manteles cuando me casara con Juan José. Quería pensar que estaría solo unos meses fuera y después volvería para seguir con nuestra vida normal. Sin embargo, ya era bastante mayorcita como para ser consciente de los acontecimientos que empezamos a experimentar, poco a poco, casi sin darnos cuenta, y de la gravedad de la situación.

La información que nos llegaba al pueblo era muy escasa y confusa. Solo algunos privilegiados contaban con radio en sus casas y nosotros no conocíamos a nadie cercano que nos prestara unos minutos de escucha. Tampoco eran de gran fiabilidad los periódicos que llegaban a nuestras analfabetas manos. Pero sí fuimos conscientes de la agitación social y de que la situación se estaba escapando de las manos. Las trifulcas eran cada vez más usuales en las calles. El *Gran Teatro* era testigo muy a menudo de mítines políticos y la *Casa del Pueblo* se llenaba de carteles propagandísticos a favor de uno u otro partido. Las voces manifestantes que se producían en la plaza del *Gran Teatro* las escuchábamos quisiéramos o no por la cercanía de nuestra vivienda. Y, en muchas ocasiones, escuchaba comentarios fuera de tono hacia una o varias personas por pertenecer a un bando o a otro. La prohibición por ir a misa era cada vez más dura en mi casa. Parecía que los asistentes a dicho acto litúrgico recibían comentarios humillantes a la entrada o salida de la parroquia, por lo que era mejor mantenerse al margen de las disputas y permanecer en casa el mayor tiempo posible.

A veces mi padre se enfadaba alarmantemente y nos exigía que tan solo saliésemos a la calle por urgencia, cuando no hubiera más remedio. Sin duda, la cosa se estaba poniendo cada vez más fea ahí fuera. Ciertamente, mis ganas por salir eran nulas, por lo que no me importaba la prohibición. Sin embargo, a veces pensaba que las paredes se me venían abajo y necesitaba salir a que me diera un poco el aire. Pero no podía ser. Mi único refugio aquellos días fue el patio de la higuera. Allí escuchaba los comentarios de unos y de otros y oía a la gente cruzar por la calle

explicando lo que ocurría afuera. Sin embargo, yo no conseguía enterarme de nada.

Mi vecino Gervasio se pasaba las horas maldiciendo a unos y a otros. Yo lo escucha reñir con su esposa porque esta le suplicaba guardar silencio.

—¡Que no pienso callarme! —decía a voces—. ¡Que van a acabar con todo y no se dan cuenta! ¡Que no podemos ni salir a la calle! ¡Pero cómo somos los humanos! Gritaba -¿No habrá otra forma que matarnos para llegar a un acuerdo? Parece que no. Aquí llegan los cuatro listos y los demás no nos queda de otra que callar y atajar las órdenes. Pues estoy harto. ¡Que te digo que no me pienso callar!

Yo lo escuchaba mientras bordaba sentada en el patio. La mayoría de las veces no sabía de qué hablaba o a qué se refería. Quería enterarme, saber qué estaba pasando. El escándalo que escuchaba del exterior me aterraba. En verano, la puerta de la calle solía estar abierta, pero aquel estío nadie se atrevió a intentarlo. A veces sola, a veces con alguna vecina (muchas tardes Catalina salía a coser conmigo bajo el frescor de la higuera), miraba fijamente la puerta cuando escuchaba el escándalo. En ocasiones golpeaban con fuerza sin intención de entrar, solo por causar pánico.

¡Sinvergüenzas!

¡Libertad!

Oía gritar desde la calle.

III

Conforme avanzaba el verano, el miedo se aferró a todos nosotros. La situación, sin duda, ya no podía sostenerse más. Había muchos grupos violentos corriendo de allá para acá por las calles de nuestro pueblo. Se manifestaban. Insultaban a los curas y a las monjas que andaban por las calles. Discutían entre unos y otros.

Hacia mediados de julio, muchos de estos grupos acudían a casa de reconocidos personajes y les amenazaban con salir o, de lo contrario, incendiarían sus casas. Le llevaban esposados a la cárcel entre los gritos y llantos de súplicas de sus madres, mujeres e hijos. La situación era dramática. Me aterraba escuchar los espeluznantes y desesperados gritos desde la puerta. A veces, subía a asomarme con miedo a la ventana. Mi padre me regañaba por ser tan curiosa.

—¡La curiosidad mató al gato! —Me decía.

Debíamos permanecer al margen y no nos sucedería nada. Por las noches oía disparos aislados en medio de un silencio abrumador. Intentaba taparme los oídos con la almohada para no oírlos, pero eran más fuertes que un puñado de plumas y me traspasaban los tímpanos dejándome sin respiración. Podía sentir como mis hermanas también temblaban. Muchas noches dormíamos abrazadas como si así pudiésemos protegernos.

Mi padre y mi hermano estuvieron varios días trayendo víveres para llenar la cocina. La salida a la calle estaba limitada. Solo lo imprescindible. Además, al “toque de queda” debían volver prestos a casa. Teníamos miedo. Los disparos se acompañaban de gritos, llantos, insultos. No podía evitar temer por Juan José.

¿Dónde estaría? ¿Estará bien? ¿Sabría lo que ocurría en el pueblo? ¿Por qué disparaban? ¿De dónde había salido tanto odio?

—¡Maldita guerra! ¡Maldita guerra! —Voceaba don Gervasio en su casa—. ¡Si dejaran ordenar las cosas no estaríamos ahora en esta situación!

La palabra *guerra* me hería el alma. En las guerras la gente se mata. Yo no quería morir, tampoco pretendía matar a nadie. ¿Por qué la gente sí quería morir y matar? No podía comprenderlo. Y, por más que ahora le doy vueltas, tampoco llego a nada.

Fueron meses de mucha angustia ante la ausencia de noticias de Juan José. Afortunadamente, pronto empecé a recibir correspondencia suya que me contaba lo que ocurría. Unas veces estaba en Madrid, otras en Albacete, otros días se acercaba hasta Ciudad Real. Pero nunca pudimos vernos.

Le respondía a aquellas cartas con la ilusión de que las recibiera y supiera que yo también estaba bien. Pero él nunca pudo saber de mí. Sus repentinos cambios de ubicación hacían imposible que mis cartas llegaran a sus manos. Algunas me las devolvieron. Otras se perdieron. En cambio, he podido abrazar y oler todas las cartas que recibí de él durante aquellos tres años que duró la guerra y ahora las conservo guardadas junto a otros recuerdos en una caja de lata. La mayoría de las veces más que cartas eran anotaciones que escribía Juan José en la parte trasera de alguna fotografía o de alguna postal que conseguía comprar en algún puesto callejero de la capital.

Acabo de jurar bandera por las calles de Madrid. El que lleva la bandera es el Magras. Yo voy detrás de él.

1 julio 1936

J.J.

Pienso que en realidad no éramos conscientes de que estábamos inmersos en una guerra. Las noticias eran confusas y diversas. Se hablaba y se oía, pero yo solo puedo narrar lo que viví. Nos dimos cuenta de que algo grave, muy grave, estaba ocurriendo durante la noche del 20 al 21 de julio, noche que ningún vecino pudo dormir. Fueron horas de gritos, disparos nocturnos y aislados, voces amigas y enemigas. ¡Fuego! Olor a quemado cerca de casa. Llantos de niños asustados. Replique incesante de campanas lejanas.

Durante horas no vimos nada. Encerrados en casa, bajo la luz de un candil, escuchamos a gente correr, gritar, aplaudir, bramar de dolor, celebraciones, campanas, estruendos, disparos, silencio. Después de tanto ruido, tanto miedo, tanto horror, solo silencio. Algún chillido aislado de horror lo rompía. Sita sollozaba abrazada a mi madre. Ella rezaba, rosario en mano, mientras la consolaba. Ana perdía la mirada en el horizonte. Mi padre y Vicente salían y entraban al patio de la higuera para intentar enterarse de lo que ocurría fuera. Nadie se atrevía a abrir el portón de la vivienda. Nadie se atrevía a asomarse a la ventana. Nadie hacía ruido. Todos nos refugiábamos en las casas esperando que pasara todo aquello.

Durante aquel calvario, intentaba pensar en Juan José. Recordar los momentos felices que habíamos pasado juntos para esbozar alguna leve sonrisa. Pero nada más lejos de la realidad: aquel fue el momento en el que comprendí que Juan José marchó a la guerra. Me puse a llorar, a llorar desconsoladamente porque fui consciente de que quizá no lo volviera a ver jamás. Sus cartas consolaban mis miedos y me daban esperanza. Pero, a veces, sus cartas tardaban en llegar y me hacían pensar en lo peor.

Somos muchos los que estamos aquí. En esta foto puedes ver a todos mis

Nuevos compañeros. Hace mucho calor.

7 agosto 1936 J.J.

IV

A la mañana siguiente fuimos testigos de lo ocurrido. La parroquia que había junto a mi casa había desaparecido. Milagrosamente, el atrio permanecía de pie mostrando lo que hubo y ya no estaba. Algunos hombres recogían cadáveres del suelo. Muchos eran de los párrocos del pueblo que yacían muertos sobre la calzada. Observábamos horrorizados aquella escena y, aunque muchos intentábamos mirar hacia otro lado, la realidad no se podía obviar. Mujeres lloraban sin consuelo ante tan horrible escena. Corría la sangre por la calle como ríos. Aquello era terrible.

Una mujer gritaba ¡asesinos! Y fue pronto quitada del medio por un numeroso grupo de personas. Nos enteramos de que la parroquia de la *Asunción* había recibido la misma suerte, aunque había permanecido en pie las cuatro paredes que envolvían el templo. Lo mismo ocurrió en la ermita de la *Veracruz*, donde ya nunca más descansaría Nuestro Padre Jesús del Perdón porque había sido cruelmente destrozado. Muchas monjas de clausura habían sido asesinadas, junto a los curas del convento. El convento también había desaparecido. Los muertos tumbados boca abajo sobre un charco de sangre deshumanizaban el espíritu. Quise volver a casa. No quería ser testigo de aquella masacre.

Recuerda nuestra cita en sueños. Te espero cada noche. No lo olvides.

Te amo, J.J.

No tardaron en llevarse también a Vicente. Mi madre quedó destrozada. Recibió una notificación donde le invitaban obligatoriamente a alistarse en el ejército. Su partida a Madrid era inminente. Le preparamos lo más necesario en un cartapacio. Algo de ropa interior, un par de mudas, algunos bocadillos, agua. Él nos miraba sin expresividad en la cara. Sabía dónde iba perfectamente. Sin embargo, preferimos no decir nada. Lo acompañamos todas a la estación. Una por una fuimos despidiéndonos con

un fuerte abrazo. Las lágrimas no cesaban de salir por nuestros ojos. ¿Lo volveríamos a ver? Era una pregunta que nadie hacía, pero que todos teníamos en mente. Me di cuenta de que, desde que despedí a Juan José en el mismo lugar, no habían parado de acudir allí familias a despedirse de sus jóvenes y fuerte varones cuyas vidas estaban ya puestas a disposición de Dios.

Era horrible. Regresamos a casa compungidas. Enganchadas las unas a las otras en completo silencio. Solo las lágrimas de mi madre interrumpían aquel calvario. La llegada a casa coincidió con la de mi padre quien abrazó y besó a mi madre nada más verla.

Mi padre llevaba varios días recogiendo toda la comida que podía del campo. Sabía que de un día para otro no podría regresar allí y que terminarían por destrozarle sus cultivos. Llenamos la cocina y parte de nuestra habitación. Yo pasaría a dormir en el comedor en el canapé que Vicente no necesitaría en algún tiempo. Muchos comercios se vieron obligados a cerrar. Algunos por falta de víveres, otros por fallecimiento del propio dueño o de algún familiar cercano y alguno simplemente por miedo. Esa era la palabra con la que puedo definir toda aquella etapa: miedo.

¿Te gusta mi nuevo hogar, Mina? Son las trincheras donde vivimos.

Hace mucho frío.

25 diciembre 1936 J. J.

Pasado el tiempo sabría lo que ocurrió durante aquellos meses, en mi pueblo y en todo el país, y cuánto tiempo estuvimos así. Pero en aquellos momentos desconocía cualquier futuro cercano. La información que nos llegaba era escasa. Lo único que podría contar eran los sucesos violentos que se sucedían día tras día, noche tras noche, en un sin cesar ir y venir de grupos armados, cada día más fuertes. Violencia que traía consigo miedo y terror. La excusa de salir a comprar algo necesario cada vez era más reducida, porque pocas tiendas quedaban ya abiertas. Por lo que la calle la pisábamos muy poco. Prácticamente nada.

V

Una mañana, mi casa de vecinos fue testigo del horror. Apenas habíamos tomado algún trozo de pan y agua con restos de leche para el desayuno cuando unos gritos se escucharon fuera. Primero, desde la lejanía. Después, cada vez más cercanos, más fuertes. El grupo iba acercándose entre gritos deslamados y golpes violentos. Parecía que esperábamos con miedo a que nos tocará el turno. Se detuvieron a la altura de nuestra casa, que permanecía con la puerta cerrada. Casi todos nos habíamos asomado a la galería del patio de la higuera para enterarnos de lo que ocurría. Pero todos guardábamos un respetuoso silencio, conteniendo la respiración.

Aquellos bárbaros golpearon la puerta con fuerza al tiempo que gritaban al unísono el nombre de don Gervasio. La mujer de don Gervasio se agarraba con fuerza a él llorando.

—¡No salgas! —Le decía la pobre desolada.

—¡Si no sales de inmediato incendiaremos toda la casa! —Se oía vocear fuera.

Aprovecho las últimas motas de luz del día para escribirte estas líneas que ni siquiera sé si te están llegando. Creo que pronto volverán a trasladarnos.

7 octubre 1937

J. J.

Mis hermanas y yo nos agarrábamos con fuerza inconscientemente y sujetábamos con fuerza la baranda mirando desde las alturas el patio de la higuera. Los ojos llorosos eran inevitables. Pero más aún lo eran para don Gervasio, su mujer y sus dos hijas, quienes lo rodeaban sujetándolo con una fuerza inusitada. Aquello era terrible. Una pesadilla de la que estábamos deseando despertar. A pesar de su robustez, don Gervasio no

podía disimular su cara de espanto. Fueron unos minutos críticos y duros para todos nosotros.

—¿Qué van a hacer con él? —Preguntaba Sita a mi padre, quien permanecía callado junto a la puerta de nuestra casa.

La pobre Sita era la única capaz de preguntar algo. Todos los demás parecíamos saber cuál sería el final de aquel pobre hombre. Empezó a despedirse de sus hijas, Carmen e Isabel, dejando a su mujer para el final. Ella no podía soltarlo ni dejar de suplicar que se quedara. Mientras, en la calle, el grupo de gente seguía aporreando la puerta y gritando para que saliera.

Permanecimos allí arriba observando la dramática escena compungidos, como si fuésemos nosotros los que la estuviéramos viviendo, pero con la fortuna de no serlo realmente. Cuando don Gervasio cruzó el marco de la puerta muchos hombres se abalanzaron hacia él. Otros despegaban a la fuerza a su mujer de sus brazos. Pedía clemencia y perdón por su esposo. Pero sus gritos, maldiciones y pataletas no pudieron hacer nada para evitar que se lo llevaran de allí.

—En un par de noches lo fusilarán —dijo Sebastián, el esposo de Catalina, a mi padre entre susurros.

Mis ojos se empañaron de terror e ira. Sin darme cuenta, había cambiado mi miedo por un sentimiento más fuerte. ¿Qué había hecho tan malo don Gervasio para que todas aquellas personas ansiaran su muerte? Demasiadas preguntas para ninguna respuesta.

VI

Aquello se repitió cada día durante mucho tiempo. Si no se detenían en nuestra casa era en otra vecina, y, sino, en otra calle más allá. Pero día tras día aquel grupo de vándalos se llevaban a otro hombre a la cárcel para, después, ser llevados inevitablemente a la muerte. Es trágico decir esto, pero terminé por acostumbrarme a aquello. ¿Hasta cuándo duraría esa situación? No lo sabíamos. Nadie lo sabía. Pasaban los días, pasaban los meses con sus treinta días y pasaron los años, con sus trescientos sesenta y cinco, y parecía que aquel horror no pararía nunca.

Estoy cansado. ¿Hasta cuándo durará esta situación? Madrid era una ciudad bonita. Ahora solo hay destrucción y muerte. Feliz día de los enamorados. 14 febrero 1938

J. J.

Gracias a las cartas de Juan José sabía que seguía vivo y mantenía la esperanza de volverlo a ver. Mataba las horas bordando y haciendo ganchillo. Poco más se podía hacer entre cuatro paredes. Los primeros meses se pasaron más mal que bien, pero se pasaron. Fue aún peor cuando volvió el invierno porque ya no teníamos carbón con el que calentarnos. Tampoco teníamos ningún sitio al que ir a buscarlo. A veces, algún vecino piadoso hacía una gran lumbre en el corral y la rodeábamos todos aprovechando el calor envueltos en capas. Luego, a la noche, padre recogía ascuas para calentar un poco nuestras alcobas.

El frío era intenso y seco, se metía por entre los huesos y era imposible deshacerse de él. Las tiriteras eran constantes. Las fiebres eran también muy comunes y no teníamos medicamentos ni médico que atendiera al enfermo, por lo que aquellas fiebres se alargaban días y días dejando completamente moribundo al convaleciente. La comida fue también escaseando poco a poco. Gachas con harina y leche era lo que hacía madre algunos días, otros machacaban una patata y hacía un machacón soso,

como ella lo denominaba. No había ganas de comer. La falta de comida quitaba cada vez más el hambre. La pena que todos sentíamos nos hacía resignarnos a pasar los días sin apenas dirigirnos la palabra.

Estoy bien, Mina. No te preocupes por mí. No sé cómo estéis viviendo toda esta situación, pero tengo miedo por ti. Te quiero, no lo olvides nunca. Yo estoy bien, de verdad. Puedes verme en la foto divirtiéndome con unos nuevos amigos que he hecho. La foto está tomada en la calle Alcalá de Madrid. Te encantaría pasear por estas calles. Prometo traerte algún día.

1 abril 1938

J. J.

Me veía flaca. Podía pasarme horas sin comer e, incluso, días enteros, no tenía hambre. El ser humano es un animal de costumbres y, si quieres, puedes acostumbrarlo a no comer. El problema llega cuando tampoco le das de beber. Por fortuna, el agua no nos faltó nunca para beber, aunque sí para asearnos. Me sentía sucia. Me veía flaca. Estaba horrible. Sin embargo, creo que me sentía más horrible aún de lo que debía parecer por fuera. Tampoco dormía nada. Gracias a Dios por aquí no oímos los bombardeos que sí se oyeron en otras ciudades (según nos contaron luego). No obstante, los cristales rotos, los gritos de dolor, de miedo, las peleas... eran constantes noche tras noche.

Los pocos cabezazos que conseguía dar me llevaban al mismo infierno. Era un sueño reincidente que no podía soportar y cada vez que cerraba los ojos me veía corriendo hacia la plaza donde veía arder la iglesia. Al principio no había nadie, después un alma endemoniada llegaba corriendo para advertirme: «¡Qué vienen!»

«¡Qué vienen!» decía. Que vienen, ¿quiénes? ¿Quiénes venían con tanto odio? Al instante la mujer desaparecía y por las cuatro callejuelas que dan acceso a la plaza empezaban a llegar prestos mujeres y niños desconsolados portando los cadáveres de sus hombres asesinados. Todos ellos me hacían estremecer de pánico. Conseguía despertar de aquellas horribles pesadillas, pero al volver a la realidad me daba cuenta de que era aún peor.

En uno de esos sueños, una fuerza interior me obligó a quedarme paralizada en el centro de la plaza. Yo pedía clemencia a Dios para que me despertara, pero era en vano. Muchos muertos pasaron sobre mí. Muchos niños lloraban pidiéndome algo de pan. Muchas ancianas se arrodillaban ante la iglesia en llamas pidiendo clemencia. Yo gritaba, pero no conseguía emitir ningún sonido. Nadie podía escucharme. Nadie me ayudaba. Me golpeaban, me herían, me voceaban. A mí nadie me auxiliaba. De repente, dejo de estar en la plaza y me encuentro, no sé cómo, en la calle que conduce a la estación del ferrocarril. Allí veo un cadáver que camina hacia mí. Me siento aterrada. Deseo correr, pero mis piernas no me responden. Mi angustia aumenta cuando me doy cuenta de que estoy descalza. Miro hacia atrás, y todos aquellos seres que me rodeaban en la plaza me persiguen. Se dirigen con paso firme hacia el punto en el que me encuentro. En la otra dirección el cadáver solitario continúa acercándose. Tengo mucho miedo. Quiero llorar. Gritar. Patalear.irme de allí. No puedo hacer nada de eso. Mi cuerpo se mantiene inerte como si fuera ajeno a mi alma. El cadáver va cogiendo forma de hombre y se convierte en Juan José. De repente, me doy cuenta de que puedo hablar. «¿Estás muerto?», le pregunto. Las voces que vienen desde mi espalda me impiden oír lo que me dice. Esas voces me llaman a gritos: ¡Mina! ¡Mina! ¡Mina! No puedo correr.

VII

—¡Mina, despierta ya!

—¡Está muerto! —Le grito a mi hermana angustiada. Abro los ojos y veo a Sita frente a mí con cara de pánico.

—¿Quién está muerto, Mina? Has tenido una pesadilla.

Me pongo en pie y busco el barreño de agua ya usada para aclararme la cara. Su imagen cadavérica me acosaría todos los días desde aquella horrible pesadilla. Durante meses estuve convencida de que Juan José había muerto y que él había conseguido decírmelo mediante aquel sueño.

Cada vez que lograba cerrar los ojos veía su cadáver. Sobre la arena de un campo de batalla, sobre los sacos de cemento que había visto en aquellas fotografías, sobre su cama, sobre mi cama, sobre las vías del ferrocarril. Lo veía por todas partes. Dejé de recibir postales tuyas. Ni postales, ni cartas ni notas, ni nada de nada. Mi vida se había venido abajo por completo. Quería sentir que estaba vivo, pero aquel sueño solo podía ser una señal que él me mandaba.

En el invierno de 1939 se escuchaba silencio. Los muertos ya no podrían hablar y los vivos éramos también muertos, aunque latiera nuestro corazón. Ya nadie gritaba, nadie lloraba, los niños no pedían pan, ningún hombre era ya arrastrado hacia la nada. Parecía que esperásemos el fin de algo. Esperábamos que algo pasara. El inicio, tal vez, de algo nuevo. ¿Pero qué? Hacía frío. Mucho frío. No recuerdo un invierno tan helado. De día, algún pajarillo cantaba alegre a la discreta salida de un leve rayo de sol. Y en cambio nosotros, nosotros nada. Silencio.

A mí, aquel silencio, no me dejaba dormir.

VIII

La oscuridad del invierno quería dar paso a la alegría de la primavera. Pero la estación florida también puede suponer la estación lluviosa. No recuerdo si aquel abril de 1939 llovía o no. Mi desesperación llegaba a tal límite que me dejé llevar por la indiferencia de todo. No comía. No dormía. No podía amar. Y, sin embargo, dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Casi un año entero estuve sobreviviendo sin tener noticias tuyas, sin recibir una de aquellas postales descuidadas que almacenaba con cariño en una caja de hojalata oxidada.

Perdona Mina, no he podido decirte nada antes. ¿Ves esta foto?

Es mi amigo Benito. Pronto te hablaré de él.

28 marzo 1939.

J.J.

Tuvieron que pasar tres años desde el inicio del declive de mi vida. Tres largos años que a mí me parecieron tres largas vidas. Hacia abril de 1939, o quizá un poco antes o un poco después (de todos modos, ese dato realmente no importa), empezaron a llegar los primeros hombres de regreso al pueblo. Llegaban en los trenes destrozados que paraban en nuestra estación destruida. Cuando oíamos gritos de alegría no podíamos evitar asomarnos a las ventanas, a pesar de las prohibiciones parentales. Llegaban por las calles en grupos. Cansados. Con sus cartapacios al hombro, como si nunca se hubieran ido o como si llevaran toda su vida fuera. Poco a poco, se iba disolviendo el grupo porque llegaban a sus domicilios. Mirábamos ansiosas por si reconocíamos a alguna de aquellas caras desoladas.

Mi madre llevaba mucho tiempo esperando alguna carta de su hijo que le dijera que estaba bien. Pero no llegaba. Por fin una vecina le voceó desde la calle un día que corriera a ver si había llegado carta de su hijo. Poco le faltó a mi madre caerse por las escaleras de la prisa. Al abrir el portón se topó con el cuerpo demacrado de Vicente. Se quedó paralizada. No esperaba volver a abrazarlo, aunque ansiaba hacerlo. Mi hermano

volvía de la guerra con la mirada fija en la nada. Escualido. Con la cara poblada de una barba que le hacía difícil identificar. La ropa carcomida por el paso del tiempo desprendía un apestoso hedor. A pesar de todo, una tras otra fuimos abrazándolo. Me asomé a la calle con la esperanza de que Juan José hubiera vuelto también. Pero no lo encontré. Su última carta sirvió para que no volviera a soñar con su cadáver.

He conseguido desprenderme de mis pensamientos y sigo sin poder dormirme. Quiero hacer de nuevo oído para escuchar si alguien vigila mi sueño. No puedo moverme, pero siento una presencia sentada en mi alcoba. Quiero abrir los ojos, pero los tengo sellados. Tengo mucha sed. Recordad aquellos años infames me han abierto el apetito. Deben ser las tantas de la madrugada. Preferiría no mirar el reloj para no desesperarme. ¡Qué narices! ¿Qué importa la hora? ¿Tengo que madrugar mañana para hacer algo? ¡Triste es levantarse y tener mil cosas que hacer, pero más triste es, sin duda, levantarse una mañana y saber que ya lo tienes todo hecho!

Alguien ha mojado suavemente mis labios con un pañuelo mojado. Sigo escuchando mi voz que llama una y otra vez a mi hija. Es mi voz, pero yo no soy quien emite esos sonidos. Tal vez sí que sea, pero como he dicho, llevo mucho tiempo que ya no controlo lo que hago. Intentaré seguir con mis recuerdos, intentaré seguir durmiendo. Nadie me molesta. Todo está en calma.

Quizá ahora, este silencio tampoco me esté dejando dormir.

Capítulo 8

I

Me resultaba muy difícil conciliar el sueño. Nunca había tenido problemas de insomnio, sin embargo, no recordaba la última vez que pude dormir la noche de un tirón. Solía quedarme traspuesta hacia el amanecer, cuando eran ya horas de empezar un nuevo día. Acababa de salir el sol cuando la irritable voz chillona de una mujer en la calle me despertó. Al parecer, habían anunciado la llegada masiva de soldados al pueblo. O, por lo menos, eso era lo que gritaba aquella alocada mujer. No recuerdo con exactitud aquel día, lo que sí sé es que hacía un calor horroroso. Serían las nueve o las diez de la mañana y la fuerza con la que apretaba ya el sol presenciaba un largo día de ahogo infernal.

Ana y yo salimos corriendo hacia la estación con la esperanza de poder encontrarnos, al fin, con ellos. Al llegar a la estación había mucha gente. Los andenes estaban repletos y era imposible diferenciar quiénes estaban allí.

—¡Mira el tren, Mina!

Mi hermana tan solo estaba pendiente del tiempo que le quedaba al tren por llegar. El tren ya se aproximaba de lejos. Ya se oían los pitidos. Ya se veía la luz blanca de su foco delantero.

Éramos muchos los que esperábamos ansiosos aquella mañana en el apeadero. La gente se agolpaba junto a los tablones porque acababan de colocar interminables listas de muertos y desaparecidos. Me encontré entre la angustia e impotencia de aquellas mujeres que se retiraban a la fuerza de esa endemoniada lista sin consuelo y la alegría de las que esperaban con anhelo, junto al andén, la llegada inminente de sus hombres de la guerra.

Poco a poco, nos fuimos haciendo un hueco entre la gente para aproximarnos lo máximo posible a las vías. Fue allí, entre toda esa gente que esperaba esperanzada, y cuando el tren ya paraba ante nosotras, donde vi a su madre que también esperaban ansiosa la inminente parada del tren. Josefa esperaba junto a sus hijas que llegara su hijo. Ellas conocían que

Juan José llegaba en aquel tren y no me habían dicho nada. En ese momento me puse a llorar desconsoladamente. Lloraba de ira, de rabia, de impotencia, pero, sobre todo, lloraba de alegría, porque sentí que había llegado el momento que había ansiado tanto. Lo iba a volver a ver. Al fin.

II

Cientos de hombres se bajaron del tren. Muchos pobres desesperanzados, cansados, inexpresivos, más viejos, más jóvenes, delgados, pálidos, desilusionados, desolados. Almas andantes con ojos perdidos en el horizonte bajaban uno a uno de cada uno de los vagones. Eran las mujeres, en mayor parte, las que corrían a abrazarles. Ellos, se alegraban de volver a ver a sus madres, hijas y esposas. Pero sus rostros reflejaban que los trágicos acontecimientos vividos durante todo el tiempo no les habían dejado indiferentes. Podía escuchar risas, nombres propios gritados a voces llenas de ilusión por el reencuentro, llantos desconsolados, llantos de alegría. Podía ver caras de miedo, alegría, terror, esperanza, futuro, pasado. Cada cara con la que me topaba mostraba un sentimiento distinto. Todas ellas reflejaban el cansancio, el hambre y el miedo. Todas ellas se mostraban como un espejo ante mis ojos y yo, inexpresiva, eché a andar sin percatarme de que Ana se había quedado atrás.

La madre de Juan José seguía allí, inerte. El cuerpo lo mantenía inmóvil, cruzaba las manos a la altura de su boca en un gesto de impaciencia. Deseaba reencontrarse con su hijo. Sus hijas la acompañaban mostrando la misma angustia que su madre. Yo, sin darme cuenta, me iba aproximando lentamente a donde se encontraban ellas. Me había olvidado por completo de mi hermana. La había perdido entre la multitud, pero ni tan siquiera me había dado cuenta de ello. Durante unos minutos me aislé de todo lo que ocurría a mi alrededor y sentí que me había quedado bloqueada a medio camino entre pánico y júbilo. Fue una sensación que me es muy difícil de explicar. Hay que vivirla para saber lo que se siente. Creí que el corazón me estallaría en mil pedazos en cualquier momento.

Tras observar durante segundos a hombres animalizados bajarse de los vagones, vi cómo Juan José bajó del tren. Dejó caer la bolsa que lo acompañaba en el andén al tiempo que su madre se abalanzaba sobre él. Sus hermanas también corrieron a abrazarle. Lo vi más alto, muy delgado,

demacrado. La tez la tenía extremadamente blanca y resaltada muchísimo con su fuerte cabello negro. Sus bolsas ojeras posadas bajo sus ojos tristes reflejaban las largas noches sin dormir, el tiempo pasado sin descansar. La barba demasiado larga le hacía parecer mucho más mayor. Sonreía a su madre como bien podía, mientras ella lloraba sin soltarlo.

Cuando me di cuenta, pocos metros quedaban ya entre su posición y la mía. La multitud que nos separaba no fue impedimento para que él me viera por encima de su madre y sus hermanas. Gran cantidad de mujeres abrazaba con fuerza a sus seres queridos en el espacio que nos separaba. Vi cómo se soltó de su madre como pudo y se dirigió hacia mí. Yo me quedé inerte, paralizada, sentí que mi cuerpo no me respondía, no podía moverme. Cuando él pudo hacer el hueco suficiente para llegar ante mi persona, dijo «Te he echado de menos».

Me abalancé sobre él sin intención alguna de soltarle jamás. Mi llanto era inconsolable. Me temblaban tanto las piernas que temí caer al suelo si él me soltaba. Pero no lo hizo. Se mantuvo callado. Agarrándome con fuerza. No decía nada. Solo me dejaba abrazar y besar sin más. Había soñado tanto tiempo con ese momento que ahora que lo tenía entre mis brazos temí que todo fuera un sueño y fuera pronto a despertar. Fueron muchas noches de angustia y desamparo que me habían ahogado en el horror. Me resultó imposible convencerme a mí misma de que todo eso había acabado.

Ahora que ha pasado el tiempo, recuerdo esos tres años de guerra como un breve lapso en el tiempo. Período en el que los gritos de horror, los niños hambrientos, las iglesias quemadas o las mujeres pidiendo clemencia a Dios por sus esposos o hijos, pudo ser una simple pesadilla que me martirizó noche tras noche, pero que, al fin, pude superar.

Algo se me relajó por dentro cuando vi que Juan José había sobrevivido a todo aquello. Es difícil sentirlo sin vivirlo, pero puedo asemejar aquello a las veces que algo valioso nos desaparece y vivimos un desasosiego hasta que lo volvemos a encontrar. Le atamos una y otra vez los cojones a san Donato y le amenazamos con dejárselos así hasta que aparezca el objeto perdido. Y cuando, al cabo de unas horas o tal vez días o incluso años lo volvemos a ver en el cajón en el que hemos creído buscar mil veces, notamos como el cuerpo se nos relaja y se nos aparta ese peso que nos

había caído encima. Al fin sonreímos y, a veces, se nos olvida desatarle al pobre San Donato sus partes más íntimas y no lo hacemos hasta que, por casualidad, nos encontramos con un pañuelo atado perdido en cualquier rincón olvidado. Así pude sentirme. O, al menos, así puedo explicar cómo creí sentirme.

III

Cuando nos alejamos el uno del otro, descubrimos que su madre y sus hermanas estaban a nuestro lado. Nos observaban sin decir nada, sin molestar, no querían interrumpir nuestro momento.

Los acompañé a su casa y, una vez allí, decidí dejarlo descansar y comer algo. Necesitaba un buen baño y un buen plato de machacón para recuperarse. Nos informó su madre de que acababa de llamar al médico y que se pasaría a primera hora de la tarde. El médico tenía mucho trabajo por aquellos días. Me fui a casa prometiéndole a Juan José volver a la tarde.

Llegué a casa feliz, ilusionada. Deseaba contarles a todos que, por fin, Juan José había regresado sano y salvo. Pero mi dicha duró bien poco. Al entrar en casa oí como alguien lloraba, mejor dicho, berreaba y gritaba de dolor. En el comedor, mi madre y Sita rezaban el rosario con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa?

La respuesta de mi madre resultó ser otra pregunta que deseaba hacerme presto para así aliviar otra pena que la corrompía

—¿Has podido ver a Juan José? —Confirmé con un gesto rápido—. ¿Y está bien? —Necesitaba saber que por lo menos una de sus hijas se había librado de experimentar el trágico desenlace que trae una guerra: la muerte.

—Lo he visto cansado y demacrado, pero se pondrá bien. Esta tarde va a ir a verle un médico.

El llanto amargo, entrecortado, alarmante y angustioso que salía de mi alcoba no podía ser de otra persona que de mi hermana Ana.

La había dejado sola en la estación. Y hasta ese momento no me había dado cuenta de ello. Me sentí tan sucia y egoísta. Dejé a mi hermana abandonada. Jamás pude perdonarme aquello.

—¿Mateo? —Pregunté.

Madre se puso a llorar en silencio sin poder evitarlo por más tiempo. No pudo decir ni una palabra más. Fue Sita la que, entre sollozos, pudo contarme que había llegado un mensajero en el tren con la ficha de defunción de Mateo. Lo fusilaron hace algunas semanas en Barcelona. Mientras huía a Francia con otros compañeros. Iban a hacer todo lo posible por traer su cuerpo al pueblo y darle aquí sepultura, pero iba a ser tremendamente difícil ya que había sido enterrado en una fosa común y sería improbable encontrar su cuerpo entre tantos cadáveres.

Entré a mi alcoba. Ana se aferraba a lo único que le quedaba de él: una fotografía en la que se le veía feliz y lleno de vida. Debió mandársela meses antes porque lucía ya demacrado el uniforme. Me acerqué a ella y, sin poder ni saber decirle nada, la abracé con fuerza. Minutos después, u horas, no lo sé, se separó de mí, se secó las lágrimas y me preguntó con el poco aliento que le quedaba:

—¿Juan José está bien? ¿Lo has visto?

Tras milésimas de segundo de duda, le respondí con una leve afirmación en mi cabeza. Después, volví a abrazarla durante horas.

No creo que pueda llegar a ponerme en su lugar y sentir lo que sintió ella. No pudo despedirse. Se lo habían llevado a la fuerza y eso me hacía sentir tan impotente y tan rabiosa que tal vez hubiese pagado con la misma moneda a quien hubiese hecho falta. Pero eso hubiera significado participar de la guerra que mató a hermanos, amigos y vecinos por pensar de forma diferente, o por creer en distintas cosas. Era mejor dejar las cosas tal cual. Aferrarse a la vida que nos había dado Dios y acatar su voluntad. Rezamos juntas por el alma de Mateo. Ahora, ya solo le quedaba soñar con sus recuerdos.

IV

Antes de la hora de la cena regresé a casa de Juan José. Me abrió una de sus hermanas lista para salir a misa con su madre. Por lo visto, ya habían comenzado con la reconstrucción de las mismas porque la gente necesitaba un lugar santo donde rezar. Me indicaron que estaba en la alcoba y se fueron. Subí a su cuarto y me lo encontré tumbado en la cama.

Tenía mucho mejor aspecto que esta mañana ¡Dónde iba a parar! Sobre la mesilla de noche descansaba un pañuelo bordado de bolsillo, un portarretratos con una foto suya y varios frascos medicinales que, imaginé, le había recetado el doctor. Me abalancé sobre su lecho para abrazarlo. Necesitaba desahogarme y sentirlo a mi lado. Saber que no era un sueño y que realmente era él quien volvía a estar allí, conmigo. Notó que algo que colgaba de mi cuello se le clavaba en el pecho y me lo sustrajo curioso. Era su reloj de cuerda. Lo había llevado colgado en mi cuello todos estos años. Nunca me lo quité desde que me dejó en casa aquella primavera de 1936. Él me sonrió y volvió a ponerlo en el mismo sitio. Quise devolvérselo, pero me respondió con una tajante negativa.

—Ya es tuyo, Mina —me dijo.

Le conté lo que había pasado con Mateo. Mas él ya estaba al tanto. Lo había sabido desde el principio. Me contó que vio a Mateo no hace tanto, antes de que lo mataran.

—Andaba últimamente —quiso explicármelo todo bajando el tono de voz—, demasiado metido en líos de política. No eran momentos de aliarse a bandos porque puedes encontrar lo que él encontró, la muerte. Le avisé de que se anduviera con ojo y fuera consciente de lo que hacía. La última vez que lo vi fue en una taberna de mala muerte. Compartimos unos chatos de vino y buena conversación. Hablamos de vosotras. Recordamos anécdotas de antes de la guerra. Nos echamos unas risas. Le advertí que no eran tiempos de posicionarse, porque no sabíamos cómo acabaría todo esto. Y, de acabar mal para un bando, el otro tomaría inmediatamente represalias contra el contrario. Se oía que ya pronto acabaría la guerra. Yo

opté por la vía más fácil, tal vez la más egoísta o la más cobarde, pero opté por atacar las órdenes que me venían de arriba y luchar por volver con vida. Le aconsejé que siguiera mis pasos, pero no me escuchó. De hecho, tal vez sí que lo hiciera, pero ya era demasiado tarde y estaba ya metido hasta el fondo.

Noté cómo en sus últimas palabras hacía esfuerzos sobrehumanos por reprimir las lágrimas. Pero hubo un momento en el que no pudo más. Se echó a llorar como si fuera un pobre niño desconsolado sobre las faldas de su madre. Lloraba de rabia, de ira, de pena. Yo no dije nada. Estaba junto a él, abrazándole, rozándole, solo quería que sintiera que seguía allí con él. Nunca jamás nada ni nadie podría apartarme ya de su lado.

—Me pidió que si no regresaba le dijera a tu hermana que la quería. — Balbuceó entre los sollozos que le hacían muy difícil continuar con su relato.

Le di que bebiera un poco de agua. No imagino lo duro que debió ser vivir lo que él tuvo que vivir, ver lo que tuvo que ver y ahora, cuando todo había acabado, recordarlo.

—¡Oh Dios! ¿Por qué no se quedaría conmigo aquella noche? ¿Por qué tuvo que conocer a aquellos tipos? Me dijo un amigo, bueno un conocido porque en la guerra no haces amigos, solo conoces a gente con la que estás obligado a convivir, me dijo este compañero de tertulias nocturnas, Benito se llamaba, que al parecer lo mataron al amanecer del 1 de febrero ya en la frontera francesa, junto a otros conocidos suyos. —Volvió a interrumpir sus recuerdos. Bebió de nuevo agua y me besó. Poco después pareció acordarse del tal Benito. —¿Qué habrá sido de Benito? —Se puso a pensar en voz alta, como si no hubiera nadie con él en la habitación, pero no dejó de tocarme en todo momento. —Nos despedimos en la estación de Madrid después de haber compartido el largo viaje hasta allí. Él iba con la ilusión de poder por fin conocer a su hijo. Todos teníamos un motivo por el que vivir, por el que luchar por sobrevivir en medio de tanta muerte. El motivo de Benito era su hijo. El mío eras tú —Interrumpió su relato para besarme y acercarme aún más hacia él. Supongo que él también necesitaba sentirme cerca, saber que yo también era real.

—Tuvo que dejar Benito a su recién estrenada esposa en su casa Torrellano, en Alicante —continuó.

—Estaba encinta de pocos meses y poco antes había sufrido un aborto. Estaban muy ilusionados con la llegada de su primer hijo cuando se enteró Benito de su inmediata incorporación al frente. Desconocíamos si el embarazo había llegado a un feliz término o no. Tampoco si fue varón o hembra. Los continuos cambios de posición hacían imposible recibir correspondencia. El pobre Benito no llegaba a saber cuál sería la impotencia de su mujer por no poder comunicarse con él y anunciarle el nacimiento de su hijo. Sería angustiioso. Era angustiioso para mí no saber si estabas bien o no. No sabía cuál era el estado del pueblo. Carecíamos de total información. Estábamos aislados en todo momento- tragó saliva antes de seguir.

—Solo deseo que su hijo esté bien y que haya podido reencontrarse ya con ellos —El final de su relato coincidió con la despedida de sus hermanos que salían a llevarle a su padre unos trozos de pan con chorizo. Nos quedamos solos.

Aquella tarde me dejé llevar como no lo había hecho nunca antes. Solo pensaba que lo quería con locura y que era terriblemente afortunada por poder volver a disfrutar de sus caricias y de sus besos apasionados. La sola idea de pensar que podría haberlo perdido me hacía temblar. Había que aprovechar el momento y no somos conscientes de esto hasta que no perdemos lo que más amamos o vemos cómo lo pierde alguien de nuestro alrededor.

—Debemos sentirnos afortunados, Mina, porque hay millones de personas en el mundo que mueren sin sentir lo que nosotros sentimos — me dijo tras unos segundos de silencio y volvió a besarme.

No podríamos saber si mañana seguiríamos pudiendo disfrutar el uno del otro. Lo único cierto es que en ese preciso instante estábamos allí, los dos, solos. Fue un momento en el que la complicidad que teníamos el uno puesta en el otro había llegado a su punto más alto. Confirmé que quería estar con él para siempre.

Antes de marcharme a casa le pregunté por lo que le había dicho el médico.

—Volverá en unos días porque quiere hacerme algunas pruebas —me explicó, señaló todos los botes que estaban sobre la mesilla y dijo —Me ha dejado todas esas medicinas para curarme este catarro que me he traído de

recuerdo —Su risa sarcástica acabó con una fuerte tos que no le habían dejado en paz desde que lo vi esta mañana. Mi cara debió reflejar algo diferente a lo que realmente pensaba porque me paró cuando ya cruzaba la puerta para decirme: —Estoy bien, tranquila.

Yo me sentía feliz, egoístamente feliz a sabiendas de lo que encontraría en casa a mi regreso.

V

Las cosas no volvieron nunca a la normalidad. Nunca fueron igual que antes, pero, poco a poco, todos pudimos mirar hacia otro lado y seguir con nuestras vidas. Cada uno como buenamente pudo. Ana hacía lo imposible por aparentar normalidad, pero se tiraba las noches enteras llorando. Era el suyo un llanto silencioso ininterrumpido, comparado con el *chirimiri* de lluvia que cae sin cesar, despacio, pero que cala. Ni Sita ni yo encontrábamos palabras de consuelo. Sí es cierto que cada día estaba mejor. El tiempo todo lo cura, sin embargo, a mí me parecía que el tiempo pasaba muy despacio.

Juan José fue recuperándose despacio de su incómodo catarro traído de la guerra. Tenía días mejores y días peores, pero sus ganas de vivir parecían ser suficientes para sobreponerse. Yo siempre creí que me ocultaba algo. Siempre tuve la mosca detrás de la oreja y pensaba que su enfermedad no era un simple constipado. Aunque, viendo su rápida recuperación, desechaba cualquier absurda hipótesis que no me hacía más que vivir aterrada.

Un nuevo verano ya volvía a castigarnos de nuevo con esas horribles tardes de calor aplastante; calor manchego que ahoga, pero no mata; calor que causaba sensación de cansancio y agotamiento. Por esos días, empezaba a sentirme tremendamente cansada, adormecida, mareada. Todo debía ser consecuencia del calor horroroso de julio, pensaba alejando cualquier otra hipótesis posible a mis cambios físicos. Me mareaba, sentía náuseas. No fui consciente de lo que me estaba ocurriendo hasta que me percaté de que mi período se había retrasado ya varios días. Me asusté muchísimo. Era posible que solo fuera consecuencia de los acontecimientos que estaba viviendo en los últimos meses, pero ya se me habían juntado demasiadas casualidades.

Quise esperar a estar segura antes de provocar falsas alarmas. Me mantuve callada, temiendo por lo que se estaba gestando en mi interior.

Dos semanas después, mi angustia no pudo esperar más y decidí decirle a Juan José lo que me venía temiendo en los últimos días.

—Últimamente no me encuentro bien, Juanjo.

No sabía cómo decírselo, fue más difícil de lo que imaginaba por temor a su reacción. A pesar de la complicidad que yo sentía que teníamos temí su respuesta. Temí por lo que ocurriera después de compartir con él la noticia. Sin embargo, mis rodeos no provocaron otra cosa que un sentimiento de alarma en él. Le asustó que hubiera podido contraer alguna enfermedad grave. Empezó a agobiarme con preguntas que no entendía que vinieran al caso. Preguntas a las que mi respuesta era siempre la misma negación. Preguntas absurdas que no me dejaban pronunciar palabra y que dilataban aún más mis sentimientos de impaciencia.

—¿Tienes constantemente una tos seca que no puedes controlar? —no, le respondía yo—. ¿Sientes fuertes dolores en el pecho?

—¡Que no que no, Juan José! —Parecía querer adivinar todos mis síntomas antes de que yo le dijera nada. Y, aunque ahora sí entiendo por qué, en ese momento no entendía tanta insistente angustia. Él parecía realmente asustado y eso me espantó aún más.

—No, no tengo nada de eso. —Le indiqué—. Mis síntomas son completamente diferentes a los que me estás preguntando. —Titubeé un poco más, pero finalmente se lo dije.

—Estoy embarazada.

Su reacción fue, sin duda, inesperada. Inesperada pero deseada. Descansó inmediatamente aliviado porque me ocurriera algo más grave. Me abrazó, me besó, lo vi tremendamente feliz. Me atrevería a decir incluso que hacía mucho tiempo, tal vez años, que no lo veía tan eufórico.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Pregunté alarmada al parecerme que no se daba cuenta de la gravedad del asunto. La noticia no iba a sentar nada bien ni a mi familia ni a la suya. Sería una deshonra que su hija, que su hijo, hubiera quedado en estado fuera del matrimonio. Ninguno de los dos trabajaba en el momento y me asustaba pensar cómo saldríamos adelante.

—Todo saldrá bien, Mina —dijo—. ¡Es como un milagro! —Parecía que ya se le había ocurrido un plan. —¡Voy a tener un hijo! ¡Un hijo

contigo! ¡Vamos a ser padres de una criatura nuestra! —No tardó en contagiarme su alegría.

Sí, sí, sí. Estaba creciendo en mi interior el fruto de nuestro amor. El punto más alto de nuestra historia. Una historia que supo llegar más allá de toda adversidad, una historia que consiguió burlar a la muerte. Una historia que, aunque en aquel momento no lo sabía, sería capaz de cruzar los límites de la vida. Todo eso era hermoso y maravilloso, pero el amor no daría de comer al niño que ya ansiaba vivir en mi vientre.

—No le diremos nada a nadie. —Mi gesto de asombro le hizo ver que algo así no podía ocultarse durante mucho tiempo—, al menos de momento. Corre a tu casa —me explicó— y diles a todos que nos vamos a casar. Yo voy a la parroquia a hablar con el párroco para que nos dé fecha inmediata para la boda.

En un momento pensé que se había vuelto completamente loco. ¿Casarnos? ¿Así de repente? ¡Todo el mundo sabría el motivo! Motivo que crecía y no podría ocultar eternamente. Realmente era la mejor solución, y no debíamos alargarlo más.

—Les diremos a todos que nos amamos y no podemos pasar ni un segundo más sin ser el uno del otro ante Dios. Explicaremos que la presura es porque deseamos una boda íntima y rápida. Este niño ha sido, Mina, como el empujón que necesitábamos para dar este gran paso. Te quiero Mina, más que a nada en el mundo. Y no sabes lo feliz que me hace saber que llevas en tu vientre el fruto de este amor. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Que nos ha podido pasar.

Siento que me han atrapado mis recuerdos porque vivo desde lejos aquella escena con cierto temor. Veo a dos jóvenes que se abrazan y se besan entre árboles frondosos. Sonríen. Él le toca con dulzura el vientre, mientras ella le devuelve el gesto rozándole la cara. Se ve que se quieren. Nada puede salirles mal a esos dos enamorados que han vivido un horror y la vida les ha brindado la oportunidad de seguir disfrutando el uno del otro. Otra escena llama mi atención. Otra escena que no había recordado nunca. Tal vez porque ese día no me percaté de ello o tal vez porque se me funden los recuerdos. Una mujer, con vestido sin mangas acoplado con elegancia al cuerpo, pañuelo de seda fina cubriéndole el cuello y gafas de sol ocultando su rostro, cruza delante de la pareja sin que estos se

cercioeren de su presencia. Ella sí los mira a ellos. Empuja un cochecito de bebé negro y grande. Las ruedas enormes van haciendo una agradable melodía al roce con la gravilla del suelo. A su lado, una niña de falda corta y calcetines altos, empuja el mismo cochecito, pero de dimensiones inferiores. La niña mira a su madre y se sonríen buscando la complicidad. Nadie se percata de mi presencia. Un coche se detiene ante aquella mujer y luego continúa.

La pareja se levanta del banco en el que han permanecido sentados durante horas y se va aprisa. Yo no puedo modificar mi posición, por lo que pronto se me pierden cogidos de la mano. Avanzan con ganas. Están convencidos de que la vida es solo suya. Creo que ya no puedo volver a la alcoba en la que descansaba antes. Sin embargo, sigo escuchando la respiración que vigila mi sueño. ¡Oigo de vez en cuando una voz que me llama: —Mina! ¡Mina! —Y yo contesto ininterrumpidamente: —¿Qué? ¿qué? —pero descubro que nadie podrá volver a oírme jamás.

 Mi boda está ya cerca, así que creo decidir volver.

Capítulo 8

I

Dicho y hecho. Poco más de un mes después ya éramos marido y mujer. Fue, como acordamos, una boda íntima. Tras la celebración eclesiástica en la ermita Alta Gracia (recién reconstruida) cercana a mi casa, tomamos tortas con chocolate en el patio de la higuera, junto a vecinos y amigos que quisieron acompañarnos ese día. Tal vez fuera mi obsesión y mi conocimiento de lo que llevaba dentro, pero fueron muchas las vecinas las que cuchichearon sobre mi inminente boda. Descubría a más de una mirando y señalándome el vientre, pero yo lo ocultaba y disimulaba bailando y riendo con mi recién estrenado esposo, mis amigas, mis hermanos, vecinos...

Fue toda una fiesta. Todas las bodas son una fiesta, pero aquella lo fue aún más. O por lo menos yo lo vi así. Fue la primera celebración de mi entorno tras la guerra y creo que todos la acogimos con mucha gana. Recuerdo a mi hermana Ana porque procuré estar muy pendiente de ella. No dudo del dolor que sintiera ella por dentro, en su intimidad, pero fue grande el esfuerzo que hizo por congraciarme y hacerme pasar un día feliz. Yo la miraba buscando un gesto de aprobación y ella siempre me devolvía una sonrisa. La vi bailando con unos y otros irradiando belleza.

Me sentí feliz y dichosa. Juan José no paró en todo el día de agasajarme y repetirme lo hermosa que era.

—Deja de decírmelo que al final me lo voy a creer. —Le decía yo al oído mientras bailábamos. Él me sonreía.

—Esta noche no tendremos que soñar para estar juntos, —me dijo recordando nuestra broma.

Hacía mucho tiempo que no había vuelto a decírmelo. Yo me reí, siempre conseguía hacerme reír a carcajadas.

—No, ni esta noche ni ninguna de ahora en adelante. —Posó su frente sobre la mía—, te quiero —dijo, y me besó.

Los cuatro músicos que habían venido a amenizarnos la velada se fueron cuando se puso el sol y, poco a poco, fueron desapareciendo los

invitados. Al final nos quedamos los más íntimos y la familia que aprovechamos hasta el último instante de aquel día tan maravilloso.

Me tiré agotada en una silla. Mis pies ya no me respondían. Ana vino a sentarse junto a mí.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó ella.

—Feliz —le contesté yo. Me abrazó con ansia.

—Te deseo lo mejor, Mina. Deseo que nada ni nadie pueda estropear la felicidad. Eres una afortunada, ¿sabes? —Me golpeó cariñosamente balanceando todo el cuerpo, rodilla con rodilla, hombro con hombro, señalando a Juan José. —¡Menuda facha! Eres la envidia de muchas.

Yo me reí de su ocurrencia. La verdad es que se le veía guapo y fuerte. Bailaba en ese momento con Sita mientras uno de sus hermanos cantaba y los demás golpeaban cualquier cosa poniendo música. Me sentía feliz y afortunada sabiendo que ahora *era mío*.

—¿Es guapo, ¿verdad? —decidí seguir con la broma viendo que estaba bien, al menos en apariencia. Ana me sonrió pícaramente. Se levantó de un brinco, tiró de mis brazos y me invitó a bailar siguiendo el ritmo de aquella música improvisada.

II

Nos instalamos en los bajos de una casa situada en la plaza de La Paz propiedad de los padres de mi esposo. Pocos días antes de la boda fui a mi nuevo hogar junto a mi madre y a mis hermanas para ponerla a punto. La recuerdo triste, sucia, abandonada. Pero con el amor que le pusimos entre todas conseguimos darle calor de hogar en muy poco tiempo.

Mi nueva casa tenía dos alcobas y una cocina. Una alcoba la utilizaríamos como lecho conyugal y la otra como sala de estar.

—Y a ver dónde pondréis a los niños cuando lleguen-, comentó Sita mientras colocábamos el comedor.

—Pues cuando lleguen ya lo pensarán, Alfonsa, de momento no hay más alcobas —señaló mi madre.

Temí que pudieran sospechar de mi estado por lo que no hice comentarios al respecto. Mi hijo dormiría en nuestra alcoba, porque, como decía madre, no había más. Una cama, dos mesillas, un chifonier y una palangana resumían mi nuevo cuarto. Una mesa camilla, dos sillones, dos sillas y un par de vitrinas hacían lo propio del comedor o sala de estar (haría las dos funciones). Algunas fotografías adornaban los muebles y las paredes de la casa, un reloj de cuerda, regalo de mis padres, en una pared del comedor y unos candeleros sobre una barra que hacía de estantería. En la cocina me tendría que conformar con el fuego para hacer las comidas, un puchero y un par de platos, vasos y cubiertos. Fue todo lo que pudimos tener desde el primer día de nuestra boda. A mí, sin embargo, me parecían la mejor dote que podía tener.

La casa donde viviríamos era una casa de vecinos, al igual que en la que había nacido y me había criado. La gran mayoría de las casas del pueblo son de estas características: patio central, unos soportales y viviendas alrededor. La mayoría tenían escaleras que daban a un segundo piso de viviendas. Algunas macetas con flores adornarían mi zona del patio y mis ventanas. Por último, el corral, existente en la mayoría de las casas. Era el lugar donde se guardan los animales (quien los tuviese), las cosechas

de los más afortunados y, lo más importante, el escusado oficial y público: un agujero en el suelo hacía las veces de un retrete.

Días después de la boda tuvimos que anunciar mi estado, sin más demora. Nunca confirmamos que estuviese encinta antes de la boda, todos tuvieron que creerse mi rápido estado de buena esperanza. Sin embargo, supongo que para muchos fue evidente. De todas maneras, la noticia fue motivo de gran alegría para todos. Nuestro hijo, o hija, sería el primer nieto y sobrino de ambas familias y eso es siempre una ventaja. La noticia llenaba de enorme felicidad a mi hermana Ana quien, poco a poco, se fue reponiendo de su dura pérdida.

III

Tras la boda, empezó Juan José a trabajar como gañán con mi padre. No encontró otro trabajo, las cosas estaban muy difíciles aún para la búsqueda de empleo y nosotros necesitábamos con urgencia dinero. No le quedó otro remedio. Le pedí a mi padre el favor y él aceptó sin dudar. Nunca les estaré lo suficientemente agradecida a mis padres, que tanto hicieron por mí. Siempre diré que mi padre era un santo y mi madre una santa. Fue una suerte que mi padre se animara a comprar el ganado porque sería el sustento de todos en esa dura época de crisis.

Mi padre lo compró con el fin de que su hijo Vicente no tuviera que ponerse a trabajar nunca para nadie, como tuvo que hacer él. Juan José llevó al principio verdaderamente mal su nuevo empleo, pero había de acostumbrarse. Llegaba terriblemente cansado todas las noches. Las noches, me refiero, que llegaba porque eran muchas las que tenía que hacer guardia con el ganado en el campo.

Por ello, pasaba mucho tiempo sola en mi nueva casa; motivo por el cual mi hermana Ana acudía regularmente. Nos hacíamos compañía mutuamente aquellas largas tardes del invierno crudísimo de aquel año. En la Mancha el tiempo es muy extremo. En verano el calor es horroroso, no puedes salir a la calle, y el invierno es igual, el frío es espantoso y lo mejor es que te aguardes en casa, bajo un brasero y leche caliente.

Recuerdo con nostalgia ese embarazo. Mi relación matrimonial era perfecta. Juan José me quería y me lo demostraba en todo momento. Esto es algo que no todas podrán decir. Le contaba a mi hermana todas esas cosas y otras muchas; ella compartía conmigo sus recuerdos, anhelos. Aprovechábamos esas tardes Ana y yo para tejerle ropitas y arrullos a mi futuro bebé, le hicimos varias toquillas y muchos pañales de tela. Merendábamos vasos de leche caliente de oveja (que me traía Juan José recién ordeñada) con trozos de pan frito. De manera ocasional, traía Ana tortas y dulces del Buen Gusto, confitería que le pillaba de paso de su casa a la mía. Fueron meses alegres y tranquilos.

Recuperamos la cunita que había hecho mi padre hacía ya tantos años. La limpiamos, pulimos y barnizamos. La pusimos a punto para que fuera usada por mi bebé.

Imaginaba que aquellas tardes le sirvieron a ella de ánimo y de comprensión ante la continuidad de la vida. Debió sentir celos por mi dichosa situación, pero celos sanos que se dice, porque se la veía feliz ante mi felicidad. Solo con ponerme en su pellejo me erizaba los pelos y me hacía llorar.

Fueron nueve meses que se me pasaron como nueve días. Tuve muchas épocas de felicidad en mi vida, desgraciadamente siempre breves porque las épocas trágicas parecían acecharme todo el tiempo. Podría decirse que aquellos meses fueron tremendamente felices y dichosos. Parecía que todo me estaba saliendo a pedir de boca y eso me hacía sentir ante el abismo de un precipicio, cuando no sabes si lanzarte al vacío o darte la vuelta. Tanta felicidad me aterraba. Me daba miedo sentirme en un mundo hadado en el que todo era posible y todo era maravilloso.

Tanto empalago me abrumaba.

IV

Y llegó el día. El frío dejó paso a la primavera. El invierno se alejaba lentamente dejándonos un respiro de días más cálidos y soleados. Días de lluvias torrenciales se mezclaban con días alegres de sol, cantos de pajarillos y palomas, cantos de gallos cercanos, risas de niños que jugaban en las calles. Un lunes, Juan José se levantó temprano para irse a faenar con padre, como todos los días. Pero ese lunes empecé a encontrarme realmente mal por la tarde.

Pedí al mozo de mi vecina Luisa que corriera a buscar a mi esposo. Su hijo estaba a punto de nacer y yo necesitaba tenerlo cerca. Su demora me puso aún más nerviosa. Los dolores eran cada vez más fuertes y la comadrona no paraba de decirme que me relajara porque todavía le quedaba para nacer. Vi preparar sus *apechusques* de partera y sus remedios caseros para atenderme en el parto. Aquello no me gustaba nada, pero las mujeres que estuvieron conmigo me pedían que la dejase hacer. Luisa se llamaba aquella comadrona. Era una mujer joven, muy joven, no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años y no me inspiraba confianza. Supongo que sería su juventud, pero era por lo visto extraordinariamente buena en su oficio y todo saldría bien.

Al llegar la noche yo continuaba en la cama retorciéndome en cada dolor. Parecía que el tiempo no pasaba nunca. Mi esposo seguía sin aparecer. Escuchaba a las vecinas charrar en mi comedor. La partera entraba y salía de mi alcoba. Me miraba, me palpaba, me hacía un daño horrible, me daba potingues para beber y me untaba otros por mis partes. Juan José apareció al fin sin aliento y se acercó a mi cama. Una oveja se había puesto de parto y tuvo que quedarse a ayudar a Vicente. Por eso se había demorado tanto. ¡Estaba la noche de partos hoy!

La noche fue larga. Muy larga. Y los dolores cada vez más intensos. Vino mi madre, mis hermanas, algunas vecinas. Todas querían conocer mi estado.

—Todo va bien. —Les decía la partera que, al parecer era una mujer muy optimista. —Es primeriza y por eso le costará un poco más. Va para rato, márchense a casa que mañana ya tendrán aquí al pequeñín. —La rabia y el dolor me hacían maldecirla.

¡Cómo se notaba que ella no había pasado por esto nunca antes!

—Tampoco lo sabemos —me dijo Juan José, al tiempo que me despertaba de mi estado de éxtasis. El pobre no sabía qué hacer ni qué decirme para aliviarme. La verdad es que no necesitaba que hiciera ni que dijera nada. Solo le pedía que se mantuviera a mi lado y me diese calor.

Aún no había amanecido cuando mis gritos de dolor se transformaron en el llanto de mi hija anunciando que estaba en el mundo. Ahora concebía que merecía la pena tanto dolor y sufrimiento por el que había pasado. Ahora entendía que mi madre hubiera pasado tantas veces por esto. Ahora entendía lo que significaba ser madre. Ahora ya no me parecía inconcebible para mi mente humana que traer una nueva vida al mundo provocara un espantoso dolor. Aquel horrible sufrimiento había merecido la pena.

La niña se llamaría como mi suegra, evidentemente. No había posibilidades de pensarlo ni de hablarlo. Si nacía niño se llamaría Ramón, como el padre de mi esposo. Si era niña, su nombre sería Josefa, como la madre de Juan José. En cuando a los tradicionales nombres de mi parte familiar, ya se utilizarían a partir del tercero. Por el momento, nuestra hija se llamaría Josefa, aunque la llamamos Pepa desde el principio.

V

La pequeña Pepa llenó de satisfacción y alegrías a toda la familia. Todas mis tías ansiaban poder disfrutar de ella. Mis hermanas se turnaban para tenerla en brazos. Y a su padre y a mí se nos caía la baba con ella. Juan José consiguió hacerse con una cámara para inmortalizarme el día del bautizo de Pepa. Ahora me duele mirar la fotografía sabiendo que anduvo detrás de la cámara ese día. Fueron días felices, meses felices que en el fondo me herían en lo más profundo. Tantos años de penas, sufrimientos, de martirios que temía que tanta felicidad se viene fuertemente truncada. Al momento en que venían pensamientos oscuros a mis entendederas borraba de inmediatos esas ideas. Todo era perfecto y maravilloso y seguiría siéndolo. Tenía que seguir siéndolo.

La tos crónica que tenía mi esposo era cada vez más insistente y eso a mí me preocupaba. No podíamos llamar al médico a menudo porque no podíamos permitirnos ese gasto. Tenía que recurrir a los remedios caseros propuestos por mis vecinas: —Un vaso de leche hirviendo con miel hace maravillas, Mina; Pon media cebolla cortada en la habitación mientras duerma. Se le cortará la tos de inmediato; Un pañuelo de alcohol al cuello, mano de santo.

Pero nada parecía suficiente para que le desapareciera la tos a Juan José. Los días que estaba realmente mal se quedaba en cama y me iba yo con Vicente a hacer su trabajo.

VI

Cuando terminaba ya el verano de 1941 mi vida dio un vuelco. Todo lo que parecía ir viento en popa se quebró. Mis sueños se vinieron abajo, mis ilusiones se rompieron en mil pedazos y mi esperanza en Dios fue lo único que me dio esperanza para seguir viviendo. Pero ahora no puedo recordar. No tengo fuerzas para volver a revivir aquellos años. Estoy muy cansada. Tal vez mañana lo haga. Creo haber vuelto a la habitación en la que alguien vigila mi sueño. Sus ronquidos me hacen saber que quien sea que me acompaña duerme. Y yo no puedo dormir. Respiro profundo, emito un ruido de dolor inconscientemente y despierto a mi acompañante. Siento que se acerca a mi cama buscando ayudarme. Yo ya no necesito ayuda. Mantengo los ojos cerrados simulando dormir. Poco a poco, regreso a verlo todo como antes.

Estoy en mi casa, con mi bebé en brazos después de darle de mamar. Ana llega a recogerla para llevársela un rato y poder salir a la peluquería. Juan José duerme en la alcoba todavía. No lo quiero despertar. Me visto, adecento el pelo, aunque observo que no tiene arreglo. Salgo a la calle y la leve brisa me hace ponerme la rebeca de hilo que llevo a los hombros. Pocas veces acudía yo a estos centros, siempre de que podía mi hermana Sita (que últimamente se dedicaba a ir de casa en casa peinando a señoras) me arreglaba ella el cabello. Sin embargo, aquella mañana fui a que me arreglaran un poco el pelo, desgastado por el paso tiempo.

No llegó a una hora desde mi partida de la casa cuando Jacinta, mi vecina del bajo, corrió a buscarme:

—¡Es Juan José, Mina, ha echado una bocanada de sangre! —Gritó desesperada y sin poder contener el aliento después de la carrera desde nuestra casa.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Corrí desolada hacia casa. Al llegar, todas las sábanas estaban manchadas de sangre. Juan José, sentado al borde, me miró con preocupación y miedo.

—Ya he llamado al médico, venía ya para acá-. La pobre Jacinta estaba también muy asustada. Todos lo estábamos. Eso no pintaba nada bien. Tras minutos de espera en el comedor, salió por fin el médico a darnos el parte.

—Tuberculosis. —Dijo viendo nuestras caras de preocupación. Pensó que era mejor no alargar nuestra agonía y saberlo de inmediato.

Mi mundo se vino abajo, ¿qué? No podía creérmelo. Esa enfermedad era horrible. Muchos vecinos que la habían desarrollado ahora estaban muertos. Entré corriendo en la alcoba y no me quedó más remedio que abrazarle y darle consuelo. Estaba aterrado. Yo también lo estaba, pero el miedo que presencié en sus ojos no se lo había visto nunca jamás a nadie.

—Saldremos de esta, Juanjo, te lo juro. —Y no dije nada más, solo continué allí de rodillas ante él durante horas.

¿Saldríamos de esta? Realmente no estaba tan segura de ello. Un escalofrío helado poblaba mi cuerpo y un nudo intenso se me hizo en la garganta. Todos los sentimientos afloraron en mi interior y luchaban por salir, pero yo debía soportarlos y controlarlos para evitar entristecer más a mi esposo. Permanecimos abrazados largo rato. Como si el tiempo se hubiese paralizado.

Cuando llegó su madre junto a sus hermanas enteradas de lo ocurrido, salí del cuarto dejándoles a solas. Bajé al corral, el calor era sofocante. No debían ser más de las siete de la tarde y el sol calentaba con rabia sobre mi cabeza. Sentí angustia. Ganas de vomitar. Mareos. Ira. Dolor.

Me encerré con las pocas gallinas que teníamos en el corral y me puse a llorar con rabia. ¡No podía ser! ¿Por qué? ¿Por qué él? ¡Por favor Dios ayúdame, ayúdalo a superar esto! ¡No te lo lleves, por favor! Quise gritar fuerte. Mis ganas de llorar me ahogaban. Sentía que no podía respirar. Las lágrimas se me acumulaban en los ojos sin poder salir. Pataleé con fuerza lo que encontré a mi alrededor. ¿Qué sería de mí? ¿Y de mi hija? ¡Esto era horrible! ¿Qué vamos a hacer? ¡Seguro que tendrá cura! ¿Y si no la tiene? ¡Oh Dios mío! Dame fuerzas, ¡dame fuerzas para poder soportar esto! Sentí miedo, angustia, horror. El calor sofocante me quemaba por dentro.

Hace ya muchos años de aquella terrible noticia y, sin embargo, ¡qué curioso! recuerdo a la perfección cómo me sentí. En aquel momento creí que todo mi mundo se había venido abajo, que todo había llegado a su fin, que no podía sentirme más desgraciada. Me maldecía por cada segundo de

felicidad que había creído no desvanecerse jamás. Pero también me maldije por no haber aprovechado aún más el tiempo. Recuerdo el tiempo que pasé encerrada con las gallinas. Estas se paseaban a mi alrededor sin ni siquiera detenerse en mi persona. Yo las observaba una a una buscando una rápida solución para hacer frente a todo aquello. Si cierro los ojos, aun puedo ver con total transparencia como una se levantó tras dejar un huevo en su lugar. Yo me acerqué a cogerlo. Aún estaba caliente. Lo sujeté bien con la mano, pero sin hacer demasiada fuerza para evitar romperlo y volví a hacer frente de mi realidad.

VII

No sé si pasaron minutos u horas cuando conseguí controlarme y volver en sí. Llorando y maldiciendo al mundo no conseguiría nada. Alguna solución habría de haber. La enfermedad era horrible, eso lo sabía. Pero no sabíamos cuánto de grave era en su cuerpo. Me juré a mí misma que no permitiría a nada ni a nadie que volvieran a quitármelo otra vez. No. Me adecené las ropas y el pelo y volví a la alcoba donde seguían las hermanas y la madre de mi marido. Intenté mostrar al menos una leve sonrisa, pero todo aquello era insoportable. Decidí ir a buscar a la niña y regresar después. Necesitaba también desahogarme con alguien.

Al llegar a la casa, Sita jugaba con Pepa en el campo de la higuera. Las saludé y subí a buscar a Ana. La interrumpí de sus labores al entrar al comedor y echarme a llorar como una muchacha sin consuelo. Ella hizo lo imposible por consolarme, pero fue en vano.

—Seguro que habrá medicinas que lo curen, Mina.

Sus palabras eran inmunes a mi desangelada alma. No había nada que se me pudiera decir. Dejé el huevo sobre la mesa, que aún lo sujetaba en mi mano, y bajé al patio a recoger a mi hija para volver juntas a casa.

¡Pobre de mí! En aquellos momentos no tenía consciencia, ni la más mínima, de que aquello era simplemente el principio de un declive que me debilitaría hasta llevarme al nihilismo. No obstante, no sé de dónde saqué las fuerzas suficientes para enfrentarme a todo aquello y sacar a mi familia adelante. Al menos, debía hacerlo por mi hija.

Capítulo 9

I

Los medicamentos que le recetó el doctor parecieron hacerle pronto efecto, pero estaba débil. No podía trabajar y menos en el campo. Debía estar tranquilo y reposar el mayor tiempo posible. Yo continué trabajando con mi hermano en su lugar. Nos venía bien a ambos. La niña pasaba la mayor parte del día con mis hermanas ya que el médico nos había aconsejado mantenerla alejada de su padre. Era horrible para él y para mí. Juan José adoraba a nuestra hija y era un tormento mantenerlo alejado de ella.

Nos contó el doctor que había unas inyecciones que se ponían en Madrid que estaban dando muy buenos resultados. Eran *inyecciones de oro* que debían suministrarse cada tres o seis meses durante al menos un año. No nos aseguraba que fueran a curar su enfermedad, pero por lo menos, sí lo ayudarían a sobrellevarla mejor y a alargarle la vida.

Ante nuestro interés, el doctor nos proporcionó más información sobre el tratamiento. Nos explicó con pelos y señales en qué consistía, los experimentos que habían hecho y los resultados positivos en muchas personas tuberculosas. Pero, el tratamiento estaba fuera de nuestro alcance. No podíamos pagarlo.

—Ahorraremos, Juanjo. —No podía quedarme de brazos cruzados. Podría conseguir el dinero necesario para pagar aquel tratamiento. Más vale arrepentirse de lo que se ha hecho y no arrepentirse de lo que no nos hemos atrevido a hacer. Solo se me tenía que ocurrir alguna buena manera de conseguir dinero de manera rápida. Era evidente que el trabajo en el campo no nos daría más que para comer.

Debía pensar en alguna otra idea para conseguir dinero. Pero ¿qué sabía hacer yo? Juan José se burlaba de mi disponibilidad porque nunca había trabajado antes, eran siempre mi padre y mi hermano Vicente los que se ocuparon de alimentarnos a todas. Nosotras nos quedábamos en casa haciendo las tareas del hogar, bordando y tejiendo. Siempre había sido así, mi padre no hubiera permitido que me pusiera a trabajar. Pero ahora era

distinto, mi esposo no podría ganar tanto dinero. Además, el tiempo corría en contra nuestra y no sabíamos cuánto tiempo teníamos.

Lo primero que pensé fue en ponerme a tejer o a bordar. Se me daba bastante bien. Los arrullos y las toquitas que le habíamos hecho a Pepa habían quedado preciosas y a todo el mundo le gustaban. Quizá podría ponerme a tejer mantitas para bebés. Podría comprar lanas de todos los colores en alguna fábrica, para que los costes fueran menores, y ponerme día y noche a hacer arrullos y tocas. Después haría por pedidos, pero en principio tendría que tener género para enseñar.

Ya visualizaba mi comedor lleno de mantitas de bebés por todos lados y multitud de mujeres en estado o con niños recién nacidos tomando té en casa mientras terminaba de bordarle los nombres de sus bebés en los arrullos. Pero, la tos lejana desde la alcoba de Juan José me hizo despertar y volver a la realidad. No podía meter en casa a ningún bebé ni a ninguna mujer preñada. Mi esposo tenía tuberculosis y no podía arriesgarse a contagiárselo a alguien. De todas maneras, no creo que ninguna mujer en su sano juicio trajera a su bebé a mi casa. Los arrullos, tocas, nombres bordados, hilos y lanas de colores desaparecieron de un plumazo de mi mente.

El reloj de la iglesia, que replicaba las horas desde la lejanía, me recordaba que era tarde y debía ir a la cama. Reposé algunos segundos más en el sillón orejero.

¿Qué hago? ¿Qué hago? La pregunta me martirizaba una y otra vez. No tenía ni idea. El nuevo repique de campanas me hizo levantar de un salto. Bueno, pensé, será mejor que me vaya a la cama. Mañana pensaré en algo mejor. Y me acosté.

II

Estuve días dándole vueltas a la cabeza. Nada de lo que se me ocurría parecía ser una buena idea. Todos mis métodos gananciales se echaban por tierra por uno u otro motivo. Me sentía impotente, realmente no sabía hacer nada. Los días pasaban y, aunque Juan José mostraba mejoría seguía débil. Lo veía disimular ante mí y cuando me daba la vuelta se retorció de dolor echándose la mano en el pecho. Me sentía obligada a hacerme con el dinero suficiente para que lo atendieran en Madrid. Porque si no... ¿Si no qué Mina? ¿Si no qué? ¿Se moriría? Era duro pronunciar aquellas palabras. Es duro pensar en la muerte cuando solo tienes veintidós años.

Una tarde, mientras frotaba los pañales de Pepa en el corral junto a otras vecinas sentí que se me iluminaban las entendederas. Me acordé del oficio de Juan José antes de la guerra. El vino. Pocas tabernas habían vuelto a resurgir durante estos meses posteriores a la contienda. Tal vez podríamos vender vino o incluso, volver a comercializar con Francia. Mi esposo conocía el negocio y podría ayudarme a ponerlo en marcha, aunque tuviera que guardar reposo.

Aquella noche, después de acostar a la niña, le pedí que se quedara en la mesa un rato más porque teníamos que hablar.

Recuerdo su cara ante mis palabras, *tenemos que hablar*, y me retuerzo de la risa. Me siguió la mirada con una cara de horror que cualquiera diría que estaba huyendo de sus brazos. Dormí enseguida a Pepa. Se pasaba el día de aquí para allá, todo el día jugando con sus tías y por la noche caía rendida la pobre. Volví a la mesa donde Juan José esperaba ansioso.

—¿Qué te parece si ponemos una taberna? —Le solté sin pensármelo apenas. Su primera reacción, como cabía de esperar, fue reír a carcajadas. Pero yo me mantuve completamente seria porque le estaba hablando completamente en serio. Lo había estado pensando durante todo el día y aquello me pareció una idea estupenda. Como vio que yo no movía un ápice mis labios en deseo de sonreír, decidió callarse.

—¿Y cómo lo piensas hacer? —No sé si con intención de quitarme la idea o como recaudando información para sopesarla, empezamos a desarrollar mi idea.

—Pues he pensado buscar una casa con sótano a modo de bodega y con un recibidor para atender al público-. Su cara atónita me relataba que no le gustaba mucho mi idea.

—Pero eso sería ilegal, Mina. Para poner una taberna necesitas liar mucho papeleo, eso no se hace de la noche a la mañana-. Odiaba que se pusiera tan serio y más cuando me daba la sensación de que me estaba regañando como un padre a su hija.

—Muchas mujeres vendieron vino de la manera en la que te estoy explicando durante la guerra. Hicieron dinero para poder, al menos, alimentar a sus hijos. Ahora pienso que podré conseguir dinero bastante para tu tratamiento. Además, podríamos intentar venderle vino a Francia, como hacías con tu tío.

Aquello fue la guinda que le faltó a Juan José para echarse a reír escandalosamente. Yo le chisté presto señalándole en dirección a la alcoba. La niña dormía y podría despertarla.

—¿A Francia? Conforme está la situación ahora en Europa ¿tú crees que van a querer que les vendas vino mientras están matándose a cañonazos? —Le hice un gesto de indiferencia con los hombros, no entendía por qué no era una buena idea aquello. Tal vez no les vendiera vino a los franceses, ni a los ingleses ni a los portugueses, pero por lo menos a las mujeres del pueblo para sus esposos, eso sí.

—Estas como una regadera, Mina.

Se levantó y se acercó a mí con intenciones poco pulcras, y eso me hizo sonreír. —¿Esto significa que aceptas mi propuesta? —Pensé mientras me besaba el cuello que lo había convencido, mi idea no parecía tan descabellada.

—Esto significa que lo voy a pensar, ¿vienes a la cama?

—Te recuerdo que está la niña dormida.

—Tal vez la idea de buscar otra casa mayor no sea tan mala...

Se rió, sin apartar sus brazos de mi cuerpo ni su boca de mi cuello, yo le devolví la sonrisa. En el fondo me gustaba sentirme amada.

III

Empecé a pasear con la niña muy a menudo con la intención de buscar alguna vivienda que estuviera en alquiler. A veces se venían mis hermanas con nosotras desconociendo por completo mis planes. A Ana se lo conté pronto. En uno de esos paseos buscando nueva casa en los que Sita no pudo venirse con nosotras. Mi hermana llevaba a la niña en brazos y le iba haciendo carantoñas.

—Ya he pensado cómo hacerme de dinero. —Me miró buscando la respuesta en mis ojos, sin embargo, mi mirada se había quedado paralizada ante una casa que sería perfecta. —He pensado montar una taberna pequeñita. —Esperé a que pasara un coche que cruzaba en ese momento y me acerqué a ver esa casa.

Se alquila esta vivienda, explicaba un cartel en la ventana inferior. Llamé con furia a la puerta, pero nadie abrió.

—¿Es que piensas alquilar la casa, Mina? —Olvidé que había dejado a Ana a medias con la información y estaría expectante.

—Quiero encontrar una casa mayor que la nuestra, que tenga sótano propio para usarlo como bodega y alguna entrada amplia para recibir al público. —Yo seguía golpeando la puerta, pero nada.

—¿Y eso es legal? —Ana sujetaba con fuerza a la niña que luchaba con bajarse al suelo.

—No, no lo es, pero tengo que intentarlo. —No pudo contestarme porque una mujer se asomó a su puerta alarmada por mis golpes. Me indicó que no vivía ya nadie y me dio una dirección en la que preguntar.

Fuimos Ana y yo tres calles más lejanas donde nos atendió una mujer vestida de negro con un aspecto muy descuidado. Nos invitó a entrar en su casa, pero nosotras no quisimos pasar más que a la entrada. Tenía en la entrada, frente a la puerta, un pequeño altar lleno de velas rojas, estampas de santos y de vírgenes, fotografías carcomidas por el paso del tiempo; y, en el centro, un gran busto de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Olía a rancio y a viejo.

Pepa se quedó como petrificada mientras estuvimos en aquella casa. Ninguna podíamos evitar mirar hacia aquel santuario improvisado. Le pregunté por el alquiler de la vivienda, que era a lo que habíamos ido hasta allí. Aquella mujer parecía aun mayor de lo que era. El pelo rizado y electrificado mezclaba mechones grises y blancos aleatoriamente. Se notaba que no se lo había lavado en semanas. Las gafas de miope no le disimulaban el entrecejo que unía las dos cejas en una, ni le ocultaban las manchas de la piel. Conocía a esa mujer de oídas y no la recordaba tan mayor. Parecía que habían pasado mil años por ella. El babi negro que llevaba estaba repleto de manchas de grasa. Y el mandil, que era blanco, había adoptado una tonalidad amarilla. Pensé que la vivienda que pretendía alquilar estaría igual o peor que aquella señora. Sin embargo, la alquilaba por cuatro duros porque necesitaba el dinero para comer (no tenía otros ingresos) y eso me venía a las mil maravillas.

Le comenté que me parecía un precio razonable, pero debía consultarlo con mi esposo y le prometí volver después con él. Ella no dudó reservarme la casa hasta el día siguiente. Antes de salir, Ana le preguntó sobre el hombre que aparecía una y otra vez en aquellas fotografías. Me había dado a la niña, a la que tomaba yo en brazos, para acercarse bien y observar con detenimiento cada una de aquellas imágenes.

—Es mi hijo. —Nos explicó—. Estuvo los días siguientes a la guerra escondido en el sótano de la casa de la calle Carrilejos, —que era la que yo quería alquilar y no puedo negar que esa confesión me empujó a echarme para atrás—, pero al final alguien lo delató y se lo llevaron. —Tuvo que mantener el aliento compungido para no echarse a llorar de inmediato—. No lo volvimos a ver.

Pude ver que a Ana también se le escaparon las lágrimas. Abrí la puerta ordenándole a mi hermana marcharnos y nos despedimos de aquella señora hasta el día siguiente. Ana no volvió a hablar en el resto del paseo.

Le comenté a Juan José lo ocurrido y él me invitó a verla antes de opinar. Al día siguiente fuimos a hablar con aquella señora con intención de alquilarla. En nuestra segunda visita, nos obligó a entrar al comedor mientras arreglaban los papeles. Pasamos a la sala donde aún se veían los restos de almuerzo sobre la mesa. El hule que la cubría estaba pringoso y sucio. Migas revoloteaban entre envoltorios de chorizo y cortezas de queso

bien apuradas. Algunos vasos de cristal mostraban al trasluz huellas de dedos y motas secas del líquido que contuvo en el pasado. Me senté en una de las sillas con la espalda erguida y las manos sobre mis piernas. No quería tocar nada. Me alegré de no haberme traído a la niña. Juan José trató con aquella mujer el precio del alquiler y firmaron un papel que nos señalaba como inquilinos de la vivienda.

Mientras tanto yo, sin pronunciar una palabra, no podía evitar fijarme en cada uno de los detalles de aquel destartado lugar. Todos los rincones de aquella habitación estaban adornados con esculturas de vírgenes y santos. Las velas rojas no conseguían disimular el olor a agrio que desprendía aquella mujer y toda su casa. Algunas fotos colgaban de las paredes. Pude apreciar también recuadrados con tonalidades más claras que evidenciaban la existencia de un cuadro que había sido quitado. Los cojines de los sillones borrraban por la mugre las telas originales. No estuvimos mucho tiempo allí, tal vez veinte minutos, pero fueron suficientes para que todo aquello me produjera un espantoso dolor de cabeza.

Al salir, observé de nuevo la cara de Jesús del Perdón ensangrentada. Sentí que me observaba sigiloso y busqué en sus ojos una señal de aprobación hacia todo aquello. Pero no recibí nada. Sus ojos permanecían con el mismo gesto de dolor y agonía que antes. Junto a la escultura, la imagen de un chico joven y fuerte abrazado a la mujer que ahora intentaba alquilarnos su casa. Parecía mucho más joven y más aseada, pero, sobre todo, se la veía feliz, ajena al futuro que le esperaba a ella, que nos esperaba a todos.

Salí de aquella casa con una desangelada sensación metida en el cuerpo. No había abierto la boca en todo el rato que estuvimos allí y, sin embargo, no podía hacer ningún comentario. Juan José me cogió de los hombros llevándome hacia él al tiempo que me mostraba las llaves de nuestro nuevo hogar. Yo mantenía las manos en los bolsillos y la mirada perdida en la nada.

IV

Juan José vino conmigo a la fábrica a conseguir algunas garrafas de vino. Lo compraríamos tinto de mesa primero, para probar. Después podríamos también llevarnos blanco u otros alcoholes que vendían allí. Me aconsejó ir juntos porque posiblemente conmigo no harían tratos. Yo paseé curiosa entre los pasillos la fábrica mientras mi marido hacía los negocios pertinentes. «Como esto es cosa de hombres...» le dejé caer de forma completamente irónica antes de marcharme. El olor a vino me recordaba a los años anteriores a la guerra, cuando fui alguna vez a ver a Juan José a su taberna. No podía evitar sentir algo de melancolía. Parecía que habían pasado siglos desde aquello y, sin embargo, solo había pasado algunos años. Muchos de los trabajadores se me quedaban mirando a mi paso, pero yo hacía caso omiso a sus comentarios y miradas indiscretas.

Cuando regresé ya nos estaban preparando dos bidones para llevarnos. Los dejaríamos en el sótano, pensamos, aunque cuando llegamos allí vimos que no sería buena idea. Fuimos arrastrando el carro con ruedas que nos habían prestado hasta nuestra nueva casa. Aquello pesaba un quintal y hubiese sido imposible moverlo yo sola. Al abrir la trampilla que daba acceso al sótano desde la entrada, descubrimos que era mejor limpiarla primero. Dejamos, entonces, las tinajas allí mismo y volvimos a nuestra casa con la ilusión de empezar a la mañana siguiente con la mudanza. Lo veía animado y eso me daba fuerzas. Confiaba en aquello tuviera futuro o, por lo menos, nos diera para alimentar a nuestra hija, lo primero, y para costear su medicación.

Con las pocas *perras* que tenía ahorradas (una siempre debe de disponer de un *colchón* por lo que pueda pasar) tuve para pagar el primer mes de alquiler y las dos tinajas de vino. Como Juan José estaba mejor y se veía con fuerzas, aprovechamos esos momentos para hacer juntos la mudanza.

La casa era muy pequeña, pero era para nosotros solos, no era una vivienda de vecinos. La planta del sótano la dejaríamos como bodega para guardar las tinajas. En la planta baja teníamos una habitación que haría las

funciones de cocina y sala de estar y otra alcoba que la dejaríamos, de momento como nuestra.

Arriba, había otra dependencia algo mayor, y decidimos que allí dormiría Pepa. Tenía un gran balcón que ocupaba toda la fachada de la casa. Le decoré acogedora su alcoba para que la niña tuviera un entorno feliz. Puse una tabla en la pared donde colocar sus escasos juguetes: dos muñecas de trapo cosidas por sus tías y una casita de madera que le había hecho su padre. Bordé en su vieja colcha su nombre y una muñeca, no demasiado grande porque no tenía tiempo. Nuestra alcoba no tenía más que la cama, las mesillas de noche, un palanganero y el chifonier que ya teníamos en la alcoba de nuestra antigua casa. En la entrada, haciendo más clandestino aún nuestro propósito, la entrada al sótano se encontraba tras una trampilla del mismo suelo. Solo se apreciaba un enganche de hierro con el que tirar, porque las baldosas eran las mismas sobre la trampilla que sobre el verdadero pavimento.

Estuve más de una semana limpiando y poniendo a punto nuestro nuevo hogar. Habían pasado años, diría yo, desde la última vez que alguien limpió aquella casa. Recuerdo que el polvo acumulado se elevaba ya varios centímetros del suelo. Terminé con las rodillas llenas de moratones de las horas que me pasé en el suelo frotando para conseguir ver las baldosas. Juan José pidió ayuda a Vicente para arreglar las humedades de las paredes, sobre todo de la habitación de arriba. Tenía algunas goteras en el techo que debían tapar, porque si no, en las próximas lluvias se nos empaparía todo. La cocina estaba horrorosa. Grasa de años se acumulaba entre los azulejos. Y la mesa y las sillas oxidadas no tenían remedio, por lo que las tiré sin pensármelo.

Una vez arreglada la casa y convertida en un hogar habitable, dediqué el resto de mi tiempo a adecentar la bodega. Aunque bajé al sótano cuando alquilamos la casa para comprobar lo acertado de mi decisión, no había vuelto a hacerlo porque preferí centrarme primero en el resto de la casa. Le pedí a Juan José que me dejara terminar y que él se metiera a descansar en la cama. Fueron semanas de trabajo y cada vez lo notaba más agotado. Yo también estaba extremadamente cansada, pero el tiempo que pasaba sentada recomponiendo fuerzas era tiempo que perdía para ponerme a vender vino.

Recordaba que el sótano estaba asqueroso, pero cuando llegó el día de ponerme a la faena creo que lo vi aún más horrible y sucio. Bajé allí una mañana bien temprano, me senté sobre el penúltimo escalón de la escalera para observar, como si viese una fotografía, el desastroso lugar que yo pretendía convertir en una zona higiénica. Nadie había vivido allí tras la guerra y era evidente que aquel escalofriante lugar había sido el refugio de alguna persona durante los años bélicos. Aún permanecían perecederos restos de alimentos ya comidos por las ratas y demás animales repugnantes que se escondían de mí, seguro, en esos momentos. Papeles, panfletos tirados por el suelo animaban a la república, cubos tirados imaginé que habrían hecho la función de retretes. Varias sillas oxidadas y una mesa carcomida por ratones era el mobiliario que en mejores condiciones se encontraba. Una destrozada máquina de coser *Singer* guardaba ser usada en un rincón oscuro, cuadros y espejos se amontonaban sobre una pared blanca *cascañillada* y, debajo de la escalera, montones de muebles rotos recordaban las grandes salas donde un día ocuparon un importante lugar. Sentada en aquel peldaño, quise ponerme a llorar ante la impotencia de no saber cómo convertiría aquel desolado lugar en un sitio agradable, donde entrarían mujeres a comprar el vino a sus maridos para el momento de la comida.

Me agobiaba también la idea de que estaba sola, porque Juan José no podía hacer más esfuerzos y ni siquiera lo desperté para que me ayudara. Al principio me desmoroné bastante. Pero me di cuenta de que sentada en la angustiada escalera, agobiada, no iba a resolverme nada. Así que, empecé por arrancar el trapo verde y gris, roto y empolvado, que tapaba la única trampilla por la que podía pasar la luz del sol. Las arañas salieron escopetadas tras ser despertadas y desarraigadas de su hogar, el polvo que saltó por los aires me hizo expulsar un estornudo tras otro y el leve rayo de sol que quería entrar mostraba una imagen aún más desoladora de aquella habitación.

Sentí unas horribles ganas de llorar y no pude evitarlo. Estaba desesperada.

V

Volví a sentarme en el peldaño de la escalera cuando escuché que alguien golpeaba suavemente la puerta. Subí corriendo a abrir ansiosa por saber quién era. Ana apareció, de la misma manera que, intuyo, el Arcángel Gabriel se le apareció a María, con una bolsa de rosquillos en una mano y una bandeja del Buen Gusto en la otra. Una agradable sonrisa sobró para indicarme que estaba dispuesta a ayudarme en lo que hiciera falta. Me retiré de la entrada para que pasara y nos acomodamos en el comedor. Aún estaban todos durmiendo y se notaba en el silencio. Desplegamos la pastelería en mi mesa y fui a por dos vasos de leche a la cocina.

Me contó cómo iba todo por casa, hacía días que no me pasaba por allí porque no había tenido tiempo de nada. Y me contó que se estaba Vicente viendo con una muchacha. Me dio un poco de coraje porque no me había dicho él nada, pero al final entendí que no quisiera difundir demasiado la noticia. Le conté yo también cómo había ido todo y no tuve más remedio que terminar llorando y desahogando mis calvarios. No me gustaba llorar delante de ella, porque bastante tenía ya, pero esa vez fueron fuerzas ajenas a mí las que me obligaron a hacerlo.

—¡Ya no puedo más, Ana! —Estuve hablándole entre sigilosos sollozos evitando que Juan José despertara y me escuchara. Ella mantuvo silencio y me escuchó. —Hemos tardado más de dos semanas en adecentar esta casa y el sótano está horrible. ¡Posiblemente tardaré, por lo menos, otras dos semanas en limpiarlo y sacar los trastos viejos! La niña también me necesita, tiene que comer y asearse y yo no me puedo dividir. Me duele la espalda horrores de estar todo el día agachada y de levantar peso. Y Juan José está cada día más débil y más flaco. Tengo miedo, Ana, mucho miedo.

Ella se acercó a mí y me tocó el brazo como símbolo de apoyo. Sus ojos se mostraban atribulados.

—Y si no me hago con, al menos, cinco mil pesetas, jamás podremos ir a Madrid por lo menos a intentarlo. ¡Ni siquiera sabemos que esas inyecciones vayan a funcionar!

—Pero tienes que pensar que aun os tenéis, Mina. —Ante mi desesperación, mi hermana decidió ponerse tipo sacerdote y animarme un poco—. Piensa lo que habéis podido disfrutar que otros no han podido hacerlo. —La miré con ternura y desconsuelo con los ojos llenos de lágrimas. Ella siguió hablando de manera muy pausada, rota por un dolor que llevaba dentro demasiado tiempo y que no la dejaba en paz. —Tenéis una hija preciosa y él ahora está bien. Deberíais aprovechar todo esto. Sois jóvenes, os queréis ¿qué más puedes pedirle a la vida, Mina? ¡Lo tienes todo! Ella se alegraba por mí, sin duda, pero sí había algo que nos faltaba.

—¿Salud? —Le respondí a una pregunta que no esperaba respuesta.

—Pero estoy segura de que reuniréis el dinero suficiente para ir a Madrid y que le pongan el tratamiento. —No entendía su positivismo.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si el medicamento ese no sirve para curarle? —Pensé que no había palabras que me sacaran de aquello.

—Eso no lo podremos saber si no lo intentáis. Tendrás que vivir con ello, Mina. Pero no puedes pensar así, tienes que ser más positiva y confiar en Dios y en los médicos. La esperanza es lo último que se pierde, ¿recuerdas? —Yo asentí con la cabeza y con un leve sonido casi inaudible. —Anda, sécate esas lágrimas que te hacen parecer muy fea y te saldrán arrugas antes de tiempo —dijo mientras me pasaba sus mangas por la cara, —y vamos a arreglar ese sótano. Que entre las dos lo preparamos en un periquete.

Ana siempre sabía conseguir robarme una sonrisa. Me sequé las lágrimas con las yemas de los dedos y recogí todo el despliegue de dulces que habíamos organizado. Lo dejé a la vista para que Juan José y la niña pudiesen desayunar al despertar y bajamos las dos decididas a ponernos manos a la obra.

VI

Empezamos por subir la máquina de coser porque pensamos que podríamos darle algún uso. La cogimos las dos con fuerza y, poco a poco, la fuimos subiendo escalón tras escalón. Le quitamos la máquina para aligerarla de peso, pero las patas de hierro pesaban horrores y nos vimos negras hasta que conseguimos llegar con ella a la entrada.

Después volvimos abajo y empezamos a sacar fuera toda la basura que había allí acumulada. Cuanto más removíamos aquello más polvo se levantaba y más animales despertaban de su descanso. Ana y yo perdimos horas matando ratones con nuestras escobas. Sin miramientos y con crueldad, fuimos persiguiendo a los pobres roedores que ansiaban por encontrar un lugar donde refugiarse o un agujero por el que huir. Sacamos los muebles viejos y los fuimos llevando al corralillo que teníamos en la casa. Pensé en ir a preguntarle a nuestra casera sobre el futuro de aquellos muebles.

Con el sótano vacío, barrimos varias veces el suelo. Pero por mucho que lo barríamos, la porquería no parecía nunca desaparecer. Después decidimos terminar por descascarillar las paredes porque, a veces, se hacían añicos ellas solas y ponían todo el piso perdido. Luego, con algo de cemento, arena y agua que les había sobrado a Juan José y a Vicente en el arreglo de las goteras, apañamos nosotras las paredes del sótano. Subió Ana arriba mientras yo terminaba de recoger la última montaña de polvo barrida y bajó con un retal de tela. Vi como pretendía colocarlo en el ventanuco para hacer de aquel espacio un lugar acogedor. Yo mientras, busqué maderas pequeñas para ponerles trozos de queso y fabricar un caza ratones.

Terminamos hacia la hora de comer y, aunque le supliqué para que se quedara con nosotros, no quiso hacerlo. Prometió volver al día siguiente y ayudarme con la clientela. Yo me reí por su fe de tener ya mañana clientes. Nos despedimos con un fuerte abrazo y un beso en la puerta y esperé allí

parada hasta que giró la esquina. Mientras esperaba pensé que necesitaba colocar alguna señal en la puerta para que supieran que allí se vendía vino.

Juan José se entretenía pelando patatas, mientras yo aseaba a la niña. Después, me metí en la cocina y preparé algo de machacón con los pocos ingredientes de que disponía. Me sorprendía a mí misma con la imaginación que le echaba para preparar cualquier cosa con tan poco.

Después de comer me eché un rato a la siesta. Estaba destrozada. Me despertaron, al rato, fuertes golpes que provenían de abajo. Me levanté y fui en busca de aquello que se atrevió osar mi sueño. Ví a Juan José colocando las garrafas grandes en el sótano y unos sifones más pequeños en el descanso de la escalera. Yo me quedé observándolo largo rato porque no sintió mi presencia. Llevaba la camisa medio abierta y las mangas arremangadas. Se le veía flaco, pero sus espaldas fuertes y amplias no evidenciaban la existencia de ninguna enfermedad. Los zapatos se veían viejos y de color blanco, a pesar de ser marrones. Pedí al cielo poder limpiarlos porque comprar otros sería imposible en esos momentos. Juan José seguía a los suyos buscando el lugar idóneo para sus garrafas. Mi discreción hacía imposible notar mi presencia.

—¿Qué haces? —Se volvió hacia a mí de un sobresalto.

—¡Qué susto me has dado! No te esperaba. ¿Has descansado? —Yo hice un movimiento de cabeza afirmativo mientras descendía por las escaleras. Le retiré las manos de lo que estaba haciendo y busqué sus abrazos y su protección.

—¿Qué estás haciendo? —Repetí.

—He pensado ponerte esos sifones más pequeños cerca de la trampilla para que no tengas que bajar hasta aquí abajo. Así, con el grifo te será sencillo servirlo en las botellas. He ido, además, —dijo señalando una caja que no había visto antes—, a por unas cuantas botellas de cristal por si alguien no trae la suya. —Yo afirmaba encantada a cada cosa que me decía.

—Tenemos que poner algo en la puerta para que sepan dónde estamos. Un cartel o algo, ¿no? —Me cogió de la mano y subimos despacio la escalera.

—No podemos poner ningún cartel, Mina, no podemos escribir que vendemos vino para poder negarlo en el caso en que fuera necesario. —

Abrió la puerta de la calle y con una mano me invitó a salir fuera. Vi, entonces, atado a la ventana una escobilla con un trapo liado—. Se llama ramo. Así todos los vecinos sabrán que en esta casa se vende vino. —Hice un gesto ingenuo aceptando la explicación y me acerqué a ello para verlo mejor—. Si alguna vez viene alguien, Mina, escúchame bien. —Yo lo estaba escuchando perfectamente, pero él se había puesto demasiado serio y entendí que buscaba mis ojos para hablarme. Me di media vuelta y le gesticulé para que siguiera. —Si en algún momento alguien viene y te pregunta si aquí vendemos vino, niégalo, ¿comprendes? —Yo afirmé con la cabeza—. Cada vez que alguien llame a la puerta baja la trampilla antes de abrir. ¡Qué no se te olvide jamás, Mina! Si viene alguien a comprar, entonces la abres y le sirves lo que desee. Pero no te fíes de nadie. —Su voz protectora me estaba asustando un poco—. Nadie dudará de la palabra de una joven madre de familia. —Por fin empezó a hablar más meloso y eso me relajó.

—Todo saldrá bien —le tranquilicé después de darle un beso. Él se abalanzó sobre mí y lo arrastré dentro de la casa. Podrían vernos los vecinos.

Capítulo 10

I

Estuve una semana entera, con sus siete días, sentada en una mecedora junto a la puerta de la calle, matando el tiempo bordando flores para hacer manteles o contándole cuentos a mi hija, quien a menudo, me acompañaba en la espera. Nadie llamó buscando comprar vino. Nadie. Al principio, cada segundo que pasaba ansiaba que llegara el siguiente porque pensaba que cada vez faltaba menos para tener mi primer cliente. Pero esa ilusión fue desvaneciéndose poco a poco al ver que pasaban las horas, pasaban los días y nadie llamaba. Llegué a pensar que mi idea fue realmente una pérdida de tiempo.

Pasados los ocho primeros días de espera alguien llamó a la puerta. Mi corazón palpitó tan deprisa que olvidé percatarme de si la trampilla estaba abierta o cerrada (como me había advertido Juan José) o si había clavado la aguja en la tela para no perderla. Me estiré la ropa y abrí la puerta con una espléndida sonrisa dibujada en la cara.

—¡Vaya cara, hija! ¡Cualquiera diría que te alegras de verme! —Una figura masculina apareció junto a mi casa. Era mi padre. En una mano llevaba un conejillo degollado y despellejado que había cazado en el campo. En la otra una pequeña cántara de leche de oveja recién ordeñada.

—Pase, padre, pase. ¡Claro que me alegro de verle! Solo que esperaba que fueras otra persona. —Mis padres no estaban al tanto de mis negocios y menos de que no fueran muy legales. Y era mejor que siguiera siendo así.

Le invité a sentarse en el comedor mientras yo cortaba en tajadas el conejo en la cocina. —¡Qué fuertes que son los huesos, padre! —Le dije haciendo esfuerzos descomunales para partir aquellos huesos. No dudo que temía que en ese momento llegara alguien, casualmente, a comprar vino. Sin embargo, en el fondo deseaba que así fuera. Con ello, podría dejar de mentirle a mi padre. Las mentiras tienen las patas muy cortas. Pero no llegó nadie. Mi padre se fue de mi casa después de estar largo rato

departiendo conmigo. Nadie llamó a mi puerta. Al despedir a mi padre, volví a ocupar la mecedora durante otros tantos días más.

Isabel fue mi primera clienta. Era una mujer corpulenta y muy paleta. Vivía dos casas más lejos a la mía. Tenía cinco hijos, todos varones, y siempre se la veía de acá para allá luchando por controlar a los muchachos. A veces en balde. Se aproximaba la hora de comer y yo estaba ya pensando ir a la cocina para preparar alguna cosa. Alguien llamó a la puerta. Me sentí entre la ilusión y los nervios. Antes de abrir me aseguré, esta vez sí, de que tenía cerrada la trampilla del sótano. Abrí. Me encontré a una mujer despeinada, con el mandil puesto y con un fuerte olor a comida. Llevaba a su hijo pequeño en brazos que debía rondar la edad de Pepa. La mano que tenía libre portaba una botella de cristal vacía. Iba mojada, por lo que pensé que la acaba de fregar.

—Hola, ¿Mina? —Asentí al tiempo que elevaba el brazo izquierdo mostrando la botella.

—Vengo a por una botella de vino, es aquí donde lo venden, ¿no? —La invité a pasar haciendo un gesto cariñoso al niño. Este me devolvió una mueca desagradable.

—Pase, por favor, ¿Isabel, ¿verdad? —Soltó al niño en el suelo, lo que me hizo no perderle el ojo en todo momento.

—Sí, soy tu vecina, la que vive dos casas más para allá. —Gesticuló. —Es que verás, —empezó a explicarme todo su día mientras yo abría la trampilla y bajé los tres escalones que me separaban del sifón. Empecé a llenarle la botella, —resulta que a mi esposo le gusta comer siempre con vino y el niño, este no, el otro más mayor, el cuarto, ha vertido todo el vino que me quedaba en el suelo del comedor, ¡y en qué me he visto de limpiarlo! ¡Se me ha quedado un olor a vino en *to'* la casa que ni te imaginas!

Yo no paré de sonreírle y asentir para que supiera que la estaba escuchando. Le di la botella llena, son dos pesetas. —Ella sacó algunos duros del bolsillo del mandil.

—Aquí los tienes, *muchísmas* gracias, ¡de menuda *m'has librao'*! ¡Si llega mi marido y no tengo ni un vaso vino! —Volví a cerrar la trampilla antes de abrirle la puerta de la calle.

—Muchas gracias a ti, Isabel. —Esperé en la puerta hasta que se entró en su casa y nos devolvimos ambas el saludo. Al cerrar la puerta, fui corriendo y dando saltos hacia la cocina. ¡Acababa de vender mi primera botella de vino! Iba a sacar las sobras de la mazamorrila del día anterior, pero pensé que había que celebrarlo. Abrí el mueble de la cocina, saqué la harina de almortas y me dispuse a preparar unas exquisitas gachas manchegas.

II

Después de Isabel se animaron muchas más. Al principio solo fueron las vecinas de la calle y después las del barrio, pero, poco a poco, la calidad de mi vino se fue extendiendo y vinieron de todo el pueblo a comprarme el vino. Pasé de tirarme las horas muertas en la mecedora a no poder sentarme en todo el día. Había días que tenía que venir mi hermana Ana para ayudarme con las clientas mientras yo me ocupaba de la casa o de mi hija.

Mujer tras mujer se acercaba hasta mi casa con la botella vacía para que yo se la llenara. Me sentía orgullosa de mí misma cuando varias mujeres se me amontonaban en la entrada. Pensé en poner un par de sillas para que pudieran sentarse mientras esperaban. Muchas me transmitían lo que les había gustado a sus maridos mi vino y eso me agradaba aún más.

La entrada de mi casa se terminó convirtiendo en el centro de cotilleos por excelencia. Mientras esperaban su turno, una a una iba relatándonos el último chisme que hubiese oído. Decían cosas tan disparatadas que yo me partía de la risa.

—¿Pero sabes que eso es cierto, Joaquina? —A veces no me quedaba más remedio que preguntar.

—Pues claro, si está ahorrando el padre para ir a buscarla a América que se ha ido con el tío ese.

—Pues cómo le pase lo que al tío de la Paca, la del minero, sí la hermana de la que se quedó *preñá* del querido. —Tantas explicaciones me perdía y supongo que al resto también, pero para que se ahorrara tantos tíos, primos y cuñados, asentíamos prestas y así seguía contando. —Pues se fue la muchacha con uno a las Indias o por ahí y no ha vuelto nunca. Dicen que tuvo siete u ocho hijos y al final la dejó *abandonaica* a la pobre.

Tenía que estar muy pendiente de que me pagaran las dos pesetas por cada botella que llenaba. Las que venían sin botella les cobraba cinco, porque se llevaban también la botella. Lo bueno era que después la podrían rellenar.

—Pues que vaya pronto —decía la otra—, que luego ya se sabe. Al final vienen con críos que ni saben quién es el padre.

Al tiempo que salían unas entraban otras y yo no tenía tiempo ni para respirar.

—¡Y la hija de Flor, la esposa del aguador de mi barrio! —Decía una al tiempo que el resto asentíamos, —¡dicen que está en estado! ¡Menudo escándalo!

Todas terminaban comentando y dando su opinión al respecto.

—Pues yo he oído que ha ido la partera a sustraerle el problema —y hacía el gesto como si se lo sustrajeran a ella.

—¡Qué dices Vicenta! Si sabe quién es el padre y a mí me han dicho que el muchacho va a hacerse cargo —decía otra moviendo los brazos simulando entender.

—Pues ya verán lo que hacen, porque eso... no se puede disimular —y gesticulaba una barriga en su vientre.

La mayoría de los días estaba Pepa revoloteando por ahí como un pollito detrás de la gallina. Tenía completamente prohibido bajar al sótano. La escalera era muy peligrosa porque no tenía barandilla, además de ser bastante difícil descender por la puerta del suelo. Muchas veces se la llevaba a mis padres para que se hiciesen cargo. Allí sabía que Sita jugaría con ella y la tendría entretenida. Se la llevaba con la excusa de que se mantuviera unas horas alejada de su padre. Sabía que ellos siempre aceptaban encantados. Les gustaba estar con mi hija y Pepa disfrutaba muchísimo con sus abuelos y sus tías.

Juan José tenía días mejores y días peores. Los días que no se encontraba bien los pasaba tumbado en la cama o recostado en el sillón del comedor. El médico advirtió que si volviera a toser sangre lo avisáramos a prisa. Sin embargo, por fortuna, ya no le volvió a pasar. Supongo que fue un aviso para que nos percatásemos de lo que estaba ocurriendo y tuviésemos tiempo para ponerle remedio. Juan José muchas veces se entretenía escuchando las idas y venidas de las vecinas y luego por la noche compartíamos los comentarios de unas y de otras. Había veces que estábamos hasta las tantas recordando los chismes más graciosos.

—¡Entonces quién decíais que estaba preñada? —Preguntaba irónico. Yo me echaba a reír y le contestaba en el mismo tono.

—¡Yo que sé! ¡Todas las solteras del pueblo!

Me sentía afortunada por tenerle a mi lado. Supongo que él pensaba lo mismo porque cada día, cada minuto, que estábamos juntos procuraba que lo disfrutásemos al máximo olvidándonos de la enfermedad que nos tenía martirizados. El bote de cristal en el que guardaba las pesetas que ganaba se iba llenando poco a poco. Cada noche, después de la cena, contábamos juntos lo que habíamos conseguido. Sentía enorme satisfacción cada noche en esos momentos. Mi trabajo estaba dando sus frutos. Había merecido la pena. No hay en esta vida cosa más aborrecía que una cartera vacía.

III

Solía terminar muy tarde por la noche de fregar las gotas de vino que se caían al suelo. Caía rendida en la cama y por las mañanas sentía que me clavaban agujas en los ojos cuando quería levantarme. Ana llegó una tarde con la intención de hacerse cargo de vender el vino.

—Salir los tres, yo me encargo de todo, no te preocupes. —Yo ni loca dejaría a mi hermana con ese cargo. Aquello era cosa mía y yo tenía que hacer frente.

—No, Ana, de verdad. Muchas gracias, pero tengo que quedarme yo. —Ella insistió y yo sabía que no pararía hasta conseguirlo.

—Que te he dicho que hoy me ocupo yo y punto. Coge a tu marido y a tu hija y acercaos a San Antón que es hoy la hoguera. —El rifirrafe que sí que no duró varios minutos. Aquello parecía una estúpida conversación de besugos en el que ninguna de las dos íbamos a dar nuestro brazo a torcer. Ana aprovechó que Juan José pasaba de dar un paseo a la niña para convencerlo a él.

—Estoy aquí intentando convencer a tu amada esposa para que os vayáis a dar un paseo los tres. Pero es más terca que una mula y no quiere. —A Juan José le pareció una idea brillante y puso una cara burlona de pena que Pepa imitó. Todos nos echamos a reír. A mí no me quedó más remedio que aceptar. ¡Quién se negaría ante tales caritas!

Entré en mi cuarto y me vestí con la única falda y la única blusa que tenía. Puse la bata sobre la cómoda. Me peiné con un moño bajo, me puse unas gotas de perfume, me calcé los zapatos, arreglé también a la niña e indiqué la ropa a Juan José. A eso de las seis estábamos los tres en la puerta de casa de punta en blanco. Juan José se puso la boina que compramos en la sombrerería para que no le diera el frío en la cabeza y nos dispusimos a salir. No me quedaba muy tranquila con dejar a mi hermana sola toda la tarde. Le di muchas indicaciones de lo que debía hacer y lo que no debía hacer.

—Y cada vez que llamen a la puerta, antes de abrir, cierras la trampilla.

—Que sí, pensada, anda, que os divirtáis.

—Y si pasa algo nos mandas a alguien corriendo, que vamos a estar en San Antón todo el rato, ¡eh! —Ella se reía de manera burlona, pero yo le hablaba muy en serio.

—¡Que sí! Adiós hermana. ¡Cuidado que no se os pierda la niña entre el barullo! —La miré con gesto afirmativo y echamos a andar.

Hacía mucho tiempo que no veía las fiestas de San Antón. El aire hacía que la ceniza se desprendiera de la lumbre y tuvimos que ponernos por la parte de atrás. Varios muleros subidos a sus mulas daban vueltas a la ermita. Tres mandaba la tradición para bendecir a los animales. Varios niños con sus perros o sus gatos hacían lo mismo guiados por sus madres. El tendero del puesto de pipas gritaba sus productos, lo mismo que la mujer de los barquillos de canela. Nos acercamos a comprarle uno a la niña. Saludamos a varias personas, pero no recuerdo pararme a hablar con nadie. Tal vez breves conversaciones de qué tal, bien y tú, bien y tus padres, bien en casa están resguardados de este frío que hace, bueno, da recuerdos, gracias y vosotros, qué hermosa está la cría, ya ves, ellos van p'arriba y nosotros p'abajo, ¿Cómo vas, Juan José? Bien, gracias. ¡Mina, cuánto tiempo! He oído que vendes vino en tu casa, ¿no? A ver si algún día de estos me acerco.

Bajamos hasta el río a seguir con nuestro paseo. Vimos que el retratista andaba por ahí haciendo retratos a la gente. Solía pasearse de pueblo en pueblo con animales de cartón para los niños y diversos paisajes que utilizaba de alegres fondos para sus retratos.

—¿Quieres que nos hagamos una foto con la niña? —Me dijo Juan José al tiempo que se echaba la mano al bolsillo buscando unos duros para pagarla.

—Vale, podríamos ponerla en el comedor. —Nos acercamos al retratista y, tras esperar nuestro turno, posamos para él. No quisimos que nos pusieran ante ningún fondo, sino que preferimos retratarnos allí, en la calle. Yo sostenía a la niña en brazos mientras mi esposo se acercaba a nosotras cogiéndome del hombro. Sonreí tímidamente.

—¡Listo! —dijo el fotógrafo. Nos dio las indicaciones necesarias de cuándo recogerla al tiempo que se metía el dinero que le habíamos dado sin ni siquiera mirarlo. Le di la niña porque mi espalda no podía soportar

tanto peso y seguimos con nuestro camino. Subimos a la plaza por la calle de las posadas. Buenas tardes, ¿de paseo? Sí, hemos salido a dar una vuelta por San Antón. ¿Qué tal todo? Bien gracias. Da recuerdos a tu hermana que hace mucho que no la veo.

Y seguíamos caminando. En la plaza a todas horas había niños jugando al trompo o niñas saltando a la cuerda. Volvimos hacia San Antón y yo no pude evitar pararme en *La bota de oro* a contemplar los zapatos tras el cristal. ¡Son tan bonitos! Pensaba.

—Si tuviese que comprarme algunos no sabría cuáles porque todos me gustan. —Le decía a mi esposo. Él me sonreía con rabia por no poder darme el capricho. Yo no necesitaba ningunos zapatos bonitos para estar con él. Con los que tenía eran suficientes.

Al entrar en casa descubrimos a las vecinas hablando de nosotros.

—Pues podían llamar a un curandero porque el matasanos ese que viene a verlo no le soluciona nada. Yo lo veo muy demacrado. Ya no es el hombre guapo y fuerte que se fue a la guerra.

—¡Es que ha luchado en una guerra! ¿Cómo quieres que esté? Además, el matasanos como tú lo llamas está haciendo todo lo posible por curar a mi cuñado. —Oía que mi hermana no dudaba en defendernos.

—Si yo no digo nada, mujer, no te enfades, que yo solo pretendo ayudar.

Juan José echó abajo mi intención de quedarme un poco más tras la puerta escuchando. Abrió decididamente y entramos.

—¡Buenas tardes! Ya estamos aquí —Me reí del ímpetu con el que había entrado.

—Qué bien se te ve Juan José. Identifiqué la voz que criticaba ahora con la cara.

—Es que ahora me encuentro de maravilla señora.

Mi hermana y yo nos sonreímos mutuamente. Supongo que comprendió que habíamos escuchado, al menos, las últimas palabras.

Cuando salieron las mujeres que esperaban su turno entramos en el comedor a contar el dinero. Nos quedamos sorprendidos de la cantidad de vino que había vendido aquella tarde. Ella sonreía orgullosa. Saqué del bote de cristal algunas pesetas y se las puse en la mano.

—No, no, no, Mina. He venido a hacerte favor de hermana, no como trabajadora contratada. Necesitáis el dinero. —Yo quise insistir porque el trabajo hay que pagarlo y más si está bien hecho. Juan José jugaba con la niña simulando ignorar la conversación.

—Anda Ana, acéptalo, si es ridículo el dinero que te ofrezco. Pero has perdido la tarde entera aquí encerrada soportando los chismes de todo el vecindario mientras nosotros nos divertíamos en la calle. —Ella puso las cuatro monedas que le había dado sobre la mesa.

—Os merecéis eso y más, Mina. Lo hago con gusto y volvería todas las tardes para que pudieseis salir los tres. Debéis aprovechar cada segundo, cada momento que podáis compartir. La vida son dos días, Mina, y uno lo perdemos durmiendo. —Abracé a mi hermana justo a tiempo porque sus húmedos ojos indicaban que pronto iba a ponerse a llorar. Al soltarnos tuvo que pasarse los dedos por la cara y adsorber los mocos. Se acercó a la niña, la cogió en brazos y la llenó de besos. Se despidió de Juan José y la acompañé a la puerta.

—Gracias, Ana. Por todo. —Hizo el esfuerzo de sonreírme, pero sus lágrimas eran más fuertes. Se giró y echó a andar por la calle. Era muy de noche y estaba muy oscuro. Le grité si quería que la acompañásemos a casa.

—¡Disfrutad cada momento! —Me voceó burlona ya casi en la esquina. Suspiré de alegría ante las palabras de mi hermana y entré. Juan José esperaba con la niña medio dormida en brazos.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—Nada —dijo él.

—¿Entonces? —Moví indiferente los hombros.

—Admiraba la belleza.

IV

Habíamos conseguido hacernos del suficiente dinero en relativamente poco tiempo. Solo unos meses nos bastaron para poder marchar a Madrid. Lo hablamos con el doctor del pueblo y consiguió concertarnos la cita con la clínica madrileña para marzo. Pasaríamos tres días en Madrid. Dos noches. Nos aconsejaron un hostel cercano para pasar la noche. Era barato.

Dediqué una mañana a ocuparme de todo. Ana se quedó de nuevo a cargo de mi negocio. No me quedaba otra opción y sabía que ella lo hacía gustosa. Llamé a la posada de Madrid desde la centralita telefónica de la calle San Marcos al número que me habían facilitado. Un hombre bastante educado me recordó no olvidarnos el libro de familia para poder darnos la habitación. Yo asentí y colgué aprisa. Después fui a la estación del expreso para informarme de la compra de billetes y el precio. Decidí comprarlos en el momento y volví a casa. Estaba rendida de andar toda la mañana de acá para allá. Era un pueblo, pero las distancias eran largas.

Aún quedaba casi un mes para nuestra partida y yo ya lo tenía todo listo. Esperábamos ansiosos entre la ilusión y el miedo. Me asustaba no saber qué ocurriría, lo que nos diría el médico, lo que le harían a mi esposo en aquella clínica, lo que nos encontraríamos al llegar a una ciudad tan grande. Me asustaba todo. Pero quien no arriesga no gana. Teníamos que intentarlo y no había gastado tantos esfuerzos vendiendo vino arriesgándome a ser descubierta por los fiscales para ahora echarme para atrás.

Él no decía nada, pero su mirada perdida en el infinito me hacía barruntar el terror que también él presenciaba. Ante él procuré no mostrarme nunca decaída. Al contrario, siempre le demostraba positivismo y entusiasmo por lo que nos depararía el futuro. Lo recuerdo sentado en la mecedora los ratos en los que no acudía ninguna clienta, agitando su cuerpo de adelante hacia atrás, como si quisiera relajarse, o como si quisiera recibir una iluminación divina que le presagiase el futuro.

Los suspiros de preocupación se mezclaban con mis besos y abrazos de apoyo.

—Todo va a salir bien —le decía una y otra vez sin recibir más respuesta que un gesto de insegura aprobación. Miraba a la niña con tristeza. ¿Qué podría habersele pasado por la cabeza en aquellos momentos? No lo sabía, nunca lo sabré. Pero supongo que nadie podría imaginar qué sentiría mirando a su hija de apenas tres años y empezando a dar por hecho que no la verás crecer. Es horrible. Simulaba ordenar y limpiar el sótano los ratos de angustia. Sabía que allí podía desahogarme y llorar sin ser vista ni oída.

No parábamos de recibir botellas vacías ansiando ser llenadas. Conseguí otro bote de cristal y empecé a ahorrar de nuevo. El médico nos dijo que tendríamos que ir varias veces a Madrid. Una no sería suficiente. Los días previos al viaje creí sentirme muy desagradable con mis clientas. Yo les servía el vino, les cobraba las dos pesetas y las despedía. Sin más dilaciones. Algunas me deseaban suerte, otras no me decían nada, pero me hacían algún guiño de simpatía. Todas sabían que no estaba pasando momentos fáciles y me comprendían.

La noche anterior a nuestra partida la pasamos sentados en el comedor. Nos mirábamos y nos sonreíamos, pero no cruzábamos apenas palabra. Él insistía en que me fuese a la cama, pero yo sabía que no podría dormir. Prefería quedarme con él en vigilia toda la noche. Los nervios de todo me descompusieron el cuerpo. Los retortijones me mataban y me veía obligada a salir al corral cada medio minuto. Juan José, en cambio, apenas se movió. Perdía la mirada y no decía nada. Parecía estar muy tranquilo. Pero sabía que no lo estaba. La tos crónica que lo martirizaba era el único ruido que hacía. En una de mis vueltas del corral lo descubrí inclinado hacia adelante. Con los codos sobre las rodillas y las manos tapándose el rostro. Pensé que lloraba. Pero cuando me sintió entrar se rectó de nuevo y golpeó levemente uno de sus muslos para que yo tomara asiento sobre él. Lo abracé sujetando la cabeza sobre mi pecho. No tenía nada que decirme. No tenía nada que decirle yo a él.

Permanecimos en aquella postura horas. Sentía sus brazos rodeando todo mi cuerpo. Supliqué a Dios y a los santos que no se lo llevaran. Recé

en silencio una y otra vez. Tenía miedo y consiguió traspasármelo con su cuerpo. ¿Por qué él? ¿Por qué nosotros?

Pudimos tocar la felicidad con las manos, pudimos sobrevivir a una guerra que se había llevado familias enteras por delante, tuvimos a una hija sana (y aún no lo sabía, pero una nueva personita ya empezaba a palpar en mi vientre), no hacíamos daño a nadie, nos queríamos. ¿Entonces? ¿Qué motivo le habíamos dado a Dios para que nos mandara una enfermedad mortal? ¿Qué mal habíamos hecho? Demasiadas preguntas para ninguna respuesta. Pero ante los problemas no servía de nada preocuparse, sino que debíamos ocuparnos de solucionarlos. Me quedé dormida en el placer de sentir sus brazos protegiéndome. Cuando me desperté, me sobresalté pensando que perderíamos el tren.

—Aún tenemos tiempo —me dijo frotándose los ojos. Él también se había quedado traspuesto. Pasé a la alcoba a asearme, a preparar la escasa maleta y a vestirme. Mientras hacía todo eso Juan José pasó con un gran paquete en las manos.

—¿Y eso? —No dudo que me intrigaba.

—Tu regalo de cumpleaños —extendió el paquete para que yo pudiese alcanzarlo.

—¡Pero si queda casi un mes! —Hacían muchos años que no recibía un regalo por mi cumpleaños.

—Pero no sabemos lo que pueda pasar de aquí a un mes. —Volvió a extendérmelo esta vez con mayor fuerza.

—¿Y cómo te has gastado el dinero que no tenemos? —No pude evitar ponerme algo furiosa. Luego lo pensé. El pobre había guardado cuatro perras para darme una sorpresa y yo parecía estar desdeñándole el agasajo.

Me acerqué a él y tomé el paquete. Las magnitudes del mismo me obligaron a ponerlo sobre la cama para poder abrirlo. Era un precioso sombrero cloché de fieltro marrón, con una flor del mismo tejido a un lado, que había elogiado en la sombrerería días ha. Era parecido al primero que me compré hacía ya muchos años. No pude evitar echarme a llorar. No me esperaba aquel detalle. Temí que hubiese sido demasiado caro. Él me sonrió al tiempo que me abrazaba.

—¡Pero no llores, mujer! ¿Por qué lloras?

—Porque es precioso, Juanjo.

—Pues ese no es motivo de llorar, es motivo de sonreírme y darme las gracias, sin más, ¿no? —Yo asentí conteniendo más lágrimas. —Seguro que vas a ser la dama más hermosa de todo Madrid con este sombrero.

Terminamos de prepararnos. Fuimos hasta el *panterillo* dónde había quedado con mi madre y mis hermanas para que se quedaran con la niña y nos acompañaran a la estación.

Me gustaría saber si amanece o no amanece. Me he adentrado tanto en mi propia historia que he perdido la razón del tiempo. ¿Cuándo se hará de nuevo de día? Se me está haciendo la noche eterna. Siento que está durando tanto o más que mi propia vida. ¿Hay alguien ahí? Nadie contesta.

Capítulo 11

I

El 4 de marzo de 1943 yo tenía veintitrés años, las pesetas suficientes ahorradas y cientos de ganas por viajar con mi esposo a la capital española. Varios meses de duro trabajo y desvelos me había costado ganar tanto dinero, pero al fin lo había conseguido. Juan José recibiría la medicina que necesitaba y un buen doctor lo examinaría en un hospital decente.

Mis hermanas, mi madre y mi suegra nos acompañaron con la niña a la estación para despedirnos. Tuvimos que esperar largo rato en el andén hasta que por fin apareció el rápido. Hacía mucho frío. A pesar de llevar un fuerte abrigo sentía traspasar el aire helado hasta mis huesos. El abrigo de paño me caía hasta los pies, al cuello una bufanda de lana marrón me protegía la garganta, unos guantes evitarían que mis manos se agrietaran y mi nuevo sombrero *cloché* cubrían mi cabeza. Juan José siempre fue más caluroso que yo. A él con una boina que cubriera su cabeza le bastaba para sentirse caliente. En una maleta marrón guardamos todo lo que necesitaríamos tres días en Madrid. Metí en ella varios jabones, un par de toallas, dos mudas para cambiarnos y los papeles que nos había ido dando el doctor.

Juan José llevaba la maleta. Yo portaba colgado al hombro un inmenso bolso que pesaba un quintal. Llevaba a mano los billetes del tren, los medicamentos más urgentes, el dinero y una pálida barra de labios. Esta era mi complemento indispensable para disimular mi cara de cansancio, de tristeza y de desesperación.

Mientras yo besaba y abrazaba, entre la nostalgia y la esperanza, a mi madre y a mis hermanas. Juan José sostenía a nuestra hija en brazos al tiempo que besaba a su madre. Nuestra niña sólo tenía tres años y no entendía por qué sus padres tenían que ausentarse varios días. Besamos y abrazamos con mimo a la niña y la dejó en el suelo junto a mi madre. Al sentarme en el tren, observé por la ventanilla cómo Ana volvía a cogerla para poder decirnos adiós con su pequeña y delicada mano.

Salimos temprano de casa dejando atrás un día oscuro y lluvioso. La travesía era larga. Muy larga. Sin embargo, deseé que se paralizara el tiempo y no llegásemos jamás a nuestro destino. Me acomodé en nuestros asientos y apoyé suavemente mi cuerpo sobre el de Juan José. Él retiró su brazo derecho para rodearme el cuerpo, acercarme aún más a su pecho y abrazarme con sutil fuerza contra su cuerpo robusto.

Aquella era la primera vez que yo salía de mi pueblo y estaba terriblemente asustada. Paradójicamente, aquel miedo tal vez a lo desconocido pronto se intercaló con el deseo de conocer aquello que tenía ante mis ojos. Todo lo que veía me llamaba la atención. Llevaba los ojos bien abiertos para no perderme detalle alguno. Atravesábamos tierras manchegas sin detenernos apenas. El continuo traqueteo del tren me sumergía en un mundo feliz. Acompasaba aquel sonido con el toqueteo impaciente de mis dedos sobre el asiento., Meñique, anular, corazón, índice y vuelta a empezar. Mi mirada se fundía con el horizonte verde de prados, olivos y viñas.

En un breve parpadeo, aquellas tierras tan familiares dieron paso a tierras ajenas, desconocidas. La gente se detenía a nuestro paso y nos observaba como el que se para a contemplar la vida pasar. Pensaba en el tiempo que llevábamos ya viajando y en lo largo que distábamos ya de nuestra hija. ¿Estaría bien? ¿Lloraría nuestra ausencia? No podía saberlo, solo podía confiar en quien había decidido dejarla al cargo. Miraba el reloj de Juan José que me colgaba del cuello y contaba los minutos y las horas que llevábamos en aquel tren. Sumaba horas, restaba minutos. Horas y minutos de sueños y esperanzas.

II

Llegamos a la estación madrileña ya pasado el mediodía. Al bajarnos del tren me percaté de lo distinto que era todo aquello con respecto a lo que acababa de dejar atrás. No podía hacerme a la idea de que en tan solo horas hubiese cambiado tanto lo que se mostraba ante mis ojos.

Muchos trenes iguales que el nuestro se detenía en vías paralelas, otros se marchaban y otros, detenidos en los andenes, esperaban la orden para comenzar su travesía. La gente no caminaba, corría de un lado para otro buscando despavorida sus trenes, el punto de información o la salida. Nadie miraba a nadie. Nadie hablaba con nadie. Todos corrían con la mirada fija en ninguna parte. La gente era muy diferente. Las ropas, los peinados, los complementos.

Todo lo veía bien distinto, pero a la vez similar a lo conocido. Yo no podía evitar parar a observar a toda aquella masa humana que iba de un lado a otro sin fijarse en nadie. Yo los contemplaba y trataba de imaginar quiénes eran, dónde iban y quién o quiénes les esperaban tras el viaje de regreso. Gritos de emociones tras encuentros tardíos se mezclaban con los silbidos de un tren que ya partía. Los trenes echaban un humo espeso que me impedía mirar hacia otros andenes.

Juan José no me soltó en todo momento y me arrastraba junto a él por entre la gente, buscando desesperadamente la salida de aquel inmenso espacio. A veces no podíamos avanzar, otras aprovechábamos el espacio para caminar más apresurados. No teníamos prisa, pero tampoco tiempo que perder.

Cuando al fin conseguimos tocar la calle, una bofetada de aire frío nos sacudió la cara. Tuve que cubrirme hasta la nariz con mi bufanda, sin soltar a Juan José. Si me escabullía de mi esposo estaría perdida.

Recuerdo que sonreí de felicidad al sentir que al fin estábamos allí. La velocidad de los coches y el ajeteo de la gente no me dejaban ninguna duda: ya pisábamos Madrid. Me quedaba anonadada mirando los impresionantes edificios que aparecieron, como de la nada, ante mis ojos.

—Tenemos que encontrar el tranvía.

Aquella ciudad me asustaba al tiempo que me impresionaba. Quien no ha estado allí no puede entenderlo. Mi *yo* interior deseaba salir corriendo y patear aquella ciudad de inmediato; mi *yo* exterior, mucho más responsable, me mantenía aparentemente tranquila a la espera de que alguien nos acercara al hostal.

Descubrimos casi por casualidad, que unos metros más hacia la izquierda había una concentración de coches negros con un gran letrero en la parte alta donde ponía *Taxi*. Parecían aguardar a la cantidad de viajeros que las puertas de la estación vomitaban constantemente. Pronto descubrimos, siguiendo la dirección de toda esa gente, la parada del tranvía más próxima. Cogió la maleta, que la había dejado en el suelo, me tomó del brazo y caminamos hacia allá. Una vez en la parada, Juan José preguntó a los que allí aguardaban para informarse del tranvía que debíamos coger para llegar lo más cerca posible al hostal.

Me fascinó montar en aquel vagón del tranvía. Muchos hombres, mujeres y niños nos apretujábamos para dar cabida a otros tantos. Juan José se agarraba a la barra con un brazo y sostenía nuestra maleta con el otro. Yo hacía lo imposible por mantener mi estabilidad apoyada sobre su cuerpo. Recorrimos numerosas calles madrileñas hasta llegar a nuestro destino. Yo me quedé bien pasmada frente a uno de los ventanales de aquel antiguo tren para no perderme ni un solo empedrado del pavimento. Atravesamos museos, parques, impresionantes edificios.

—¡Mira la Cibeles! ¡Qué bonita! ¡Mira cómo nos recibe grandiosa!

Juan José ya había estado allí antes, pero podía intuir en sus ojos que esta vez lo veía todo de manera diferente.

—¡La Puerta de Alcalá!

Él quería que me fijara en todo y yo no daba abasto con mis movimientos de cabeza.

—¡Esto es Gran Vía, Mina! ¡Mira qué edificios!

Era tan fascinante que mi memoria aún recuerda todo aquello sin necesidad de que una cámara fotográfica inmortalizara el momento. Sin embargo, no puedo negar que me hubiese gustado tenerla. Ahora, solo quedaba mi vieja y desgastada memoria para mantenerlos con vida. Cuando muera, habrán desaparecido para siempre.

III

Por fin llegamos al hostel. Apenas ocupaba espacio la fachada en la calle. Nos lo recomendaron unos conocidos del doctor por proximidad al ambulatorio. Si respiro hondo creo que puedo visualizarlo a la perfección. Un hombre atento con gafas nos pide el libro de familia para poder darnos una habitación. Comprueba con nuestras tarjetas identificativas que somos un matrimonio y nos da la llave.

—Aquí tienen. La tercera planta. Disfruten de su estancia.

Cogí yo el gran llavero que sujetaba la llave y subimos hasta la tercera planta por unas minúsculas escaleras de madera. Juan José me seguía portando nuestro único equipaje. El suelo de madera sonorizaba mis pasos a pesar de que mis zapatos apenas tenían tacón. Habitación siete. Abrí la puerta despacio. No se veía nada. Estaba completamente a oscuras. Le di al interruptor para encender la luz sin moverme de la puerta. Tengo que asumir que tenía recelos ante lo que pudiera ver en el interior. Con la leve luz eléctrica que iluminó la habitación entramos en ella con sigilo. Era muy pequeña. Una cama ocupaba prácticamente todo el espacio. Teníamos un viejo palanganero y una cajonera.

La ventana era extremadamente diminuta. Dejé mi bolso sobre la cama y corrí a asomarme. Ansiaba volver a descubrir Madrid. Volver a ver aquellos preciosos edificios y sentirme tan alta como ellos. Quería conocer lo que veíamos desde nuestra habitación de un hostel fundido entre las calles de Madrid. Abrí los visillos color blanco roto presta. Y... ¿Nada?

No se veía nada. Tan ilusionada aparté las cortinas, que me di fuertemente de bruces contra un muro blanco. Una carcajada me sorprendió a mis espaldas. Era Juan José que ya se imaginaba que aquel ventanuco no daría a ningún sitio interesante.

—¡No te rías malnacido! Pensé que daría a la calle —No me sentó nada bien su risa burlona, en cambio ahora no puedo evitar retorcerme de la risa ¡Qué inocente!

—Tenías que haberte visto la cara. —Dijo, sin poder parar de reír.

Me encuentro feliz recordando aquello y desearía poder volver a vivirlo. ¡Lo encuentro tan lejos ahora! Siento que se me está escapando alguna lágrima inocente y noto cómo corre por mi mejilla hasta que mis labios la detienen. Prefiero concentrarme en volver a aquel hostal, a aquel día en Madrid y con él, el amor de mi vida, mi razón de vivir.

—Tenías que haberte visto la cara, Mina, parecía que alguien te echaba un cubo de agua fría tras la ventana -, tuvo que tirarse a la cama de la risa que le ocasionaba mi confusión.

—¡Ahora verás! ¡Te vas a enterar! —Me abalancé sobre él en la cama y nos revolcamos como niños entre risas y juegos. Nos empezamos a besar, primero con furia y luego con apasionado deseo.

—¿Quieres descubrir Madrid a pie de calle? —Me propuso salir a patear la ciudad. Por supuesto, me negué. Era tarde y él debía estar descansado para que al día siguiente lo viera el médico. —¡Anda no seas tonta! Verás cómo te gusta. ¡No vamos a haber llegado hasta aquí para encerrarnos entre estas cuatro paredes!

¿Por qué siempre me convencía de todo? Debo ser una mujer muy convencible.

IV

Madrid era aún más espectacular a pie. Entramos por una calle y salíamos por otra sin un rumbo fijo. Nadie nos esperaba en ninguna parte. Nadie aguardaba que volviésemos a casa. Éramos libres de todo. Aquellos edificios me sumergían entre las amplias aceras y los bonitos escaparates. Tenía que detenerme uno a uno para observar bien la ropa y las decoraciones en ellos. Mujeres elegantes, como solo había visto en el *Gran Casino*, conversaban animadas ante los escaparates de impresionantes *boutiques*. Los hombres se veían caballerosos y sofisticados. Los coches se cruzaban de allí para acá sin cuidar atropellar a alguien. La gente aguardaba su turno para cruzar las calles.

De calle a calle al fin aparecimos en la *Gran Vía*. Me pareció aún más hermosa desde las grandes aceras. Observé cómo varias personas entraban y salían de un bar en aquella calle. Me detuve unos instantes para quedarme con el nombre de aquel singular lugar: *Bar Chicote*, se llamaba. Los edificios me atrapaban. Me sentía una gota de lluvia clavada en una ventana. Alzaba con fuerzas la cabeza para no perderme nada. El cielo estaba de un espléndido color azul. Se veía la vida pasar a gran velocidad. O al menos así me sentía yo ante el rápido ir y venir de las gentes, de los coches. Los edificios blancos daban aires de grandeza.

Comercio tras comercio; restaurante tras restaurante, llegamos a dar a una enorme plaza. Quise detenerme para contemplarlo todo con calma. Iba enganchada al brazo de mi esposo y tuve que tirar de él para que parara, al menos, unos segundos. La masa humana iba de un lado a otro de la plaza, otros se detenían como nosotros a otear y otros simplemente esperaban. Giré varias veces sobre mí misma. No quería que nada se escapara a mi mirada curiosa. Cerraba los ojos intentando eternizar cada segundo, cada imagen, cada olor. Continuamos el paseo por la calle *Preciados*. De sus comercios entraban y salían mujeres de todo tipo que se apresuraban por comprarse bonitos vestidos y zapatos de charol. Envidiaba aquellas señoras de abrigos de visón y pensaba en lo triste que es la vida del pobre.

Llegamos ante la majestuosa *Puerta del Sol* y me detuve asombrada por la altitud del reloj tan nombrado por muchos, pero tan inimaginable para mí. El reloj marcaba más de las ocho.

—Es tarde Juanjo, y todavía tenemos que llegar de vuelta al hostel.

No quería interrumpir aquel paseo fascinante que estábamos dando. Era la primera vez que nuestros pies caminaban juntos por otros suelos. Sin embargo, debía volver a la realidad y ser consciente de lo que era correcto en ese momento.

—Está bien, daremos la vuelta por esa calle y buscaremos algún sitio para cenar.

Me señaló la calle que crecía como la pata a una araña y avanzamos majestuosos a través de ella. *Calle Del Arenal* pude leer en un letrero pegado a la fachada de uno de los edificios. Era más estrecha que la *Gran Vía*, pero los edificios eran igual de fascinantes. Uno me llamó especialmente la atención. Era blanco también, mostrando aires de grandeza. Cada balcón terminaba en preciosas balaustradas blancas ocupando dos ventanales. Entre balcón y balcón, bustos de mujeres y hombres adornaban el edificio. Toda esa ornamentación acababa con un mirador cuyo único ojo era un ventanuco circular. ¿Quién viviría ahí? ¿Cómo sería vivir en aquel edificio? ¡Cómo me hubiese encantado ver alguna de aquellas viviendas! ¡Distarían tanto de nuestra casa! Permanecimos largo rato en la entrada de un callejón. Pero no nos atrevimos a pasar por él a pesar de que la muchedumbre entraba sin pudor de aquella minúscula calle perdida entre tanta grandiosidad.

Decidimos volver por el mismo sitio, y cenar camino al hostel. En la misma calle *Preciados*, por la que acabábamos de pasar, algo me detuvo. Algo o alguien que antes no me había llamado la atención. Tal vez antes no estuviera allí. O tal vez mis ojos fueran apreciando el otro extremo de la calzada. Entre la gente descubrí a una mujer muy anciana sentada tras una gran caja de música de madera. La mujer tenía la cara completamente arrugada. Una mano se la resguardaba del frío, pero con la otra movía la manivela que emitía el sonido musical. Bien sujeto a su cabeza, un pañuelo apenas dejaba que se asomasen varios mechones de cabello blanco sobre su frente. Una toca negra cubría su menudo cuerpo. Nadie parecía percatarse de ella. Nadie la escuchaba. Nadie la miraba. Me acerqué

despacio a ella y cuando llegué a una distancia prudencial, me detuve a escucharla.

Quise hacer memoria, pero aseguro que jamás había oído algo tan maravilloso. Discúlpame si me detengo ante aquella mujer a volver a escucharla. Siento cómo corren las notas musicales por mis venas y, al llegar al corazón, éste las bombea de nuevo para que no paren de hacer una y otra vez el mismo recorrido por todo mi cuerpo. Se me eriza la piel. Podría estar horas recordando aquella agradable y mágica melodía. Juan José me sonrío al tiempo que me abraza por detrás y me balancea al compás de la música.

V

Cenamos en un minúsculo mesón dos calles paralelas a la de nuestro hostel. El mesonero nos acompañó a una mesa al final de un estrecho pasillo. Dos sillas negras, idénticas, rodeaban una pequeña mesa adornada con una vela blanca. Una hoja mostraba el menú del que disponían, pero el camarero nos recomendó probar el cocido madrileño.

Allí descubrí que los garbanzos con caldo y con patatas que comíamos en casa no eran cocido. Otra pareja saboreaba aquel manjar en la mesa cercana a la nuestra. La sotana que vestía aquel hombre, joven y apuesto, me revelaba su condición religiosa. Ella aparentaba ser una mujer adinerada. Vestía un traje morado ribeteado con cintas negras. Era precioso. La falda le bajaba hasta los pies, por lo que no podía verle los zapatos. Un bolso pequeño del mismo tejido del traje colgaba en el respaldo de su silla. Su abrigo negro, estaba cuidadosamente doblado y colocado en otra silla desocupada. No podía evitar observar a aquella peculiar pareja. ¿Quiénes serían? ¿Por qué estaban allí? ¿Estarían viviendo algún amor clandestino y pecaminoso? ¿De qué hablarían? No podía seguir para nada la conversación porque notaba que hablaban muy flojito. No sé lo que se estarían diciendo, pero, sin duda, no querían que les escuchara nadie.

—Deja de mirar, Mina, o se darán cuenta.

Estaba siendo demasiado descarada, pero aquella pareja me llamó muchísimo la atención.

—¿Te has fijado? —intenté trasmitirle mi curiosidad, aunque en vano.

—¿En qué Mina? —Observaba la hoja del menú mientras me preguntaba, así que era evidente que no se estaba fijando en nada.

—Él es un cura, lleva sotana, fíjate -. Al menos conseguí que Juan José se diera la vuelta y los observara.

—¿Y qué? —Me preguntó simulando cierto interés.

—¿Cómo que y qué? ¡Qué es un cura! ¡Y está con una mujer! —no podía creerme que algo tan escandaloso no le llamara la atención.

—Bueno, serán amigos. O hermanos. Quién sabe. —Le alzó la mano al mesonero para que nos dijera el dinero que debíamos pagarle.

—¿Y si están viviendo una apasionada historia de amor? ¿Y si sin darnos cuenta los hemos descubierto? Este mesón es muy pequeño y está alejado del centro. Además, ahora mismo aquí no hay casi nadie, mira. — Yo le hablaba muy bajito para evitar que me escucharan. Juan José me sonrió al tiempo que pagó al señor que se nos acercó.

—Anda, romántica —Juan José decidió poner fin a mis majaderías y me alcanzó el abrigo que había colgado en una percha—, vamos a dormir que ya es tarde y mañana nos espera un día duro.

Me coloqué bien el abrigo y la bufanda y me dispuse a seguir a Juan José dirección a la calle. Antes, me detuve para observar de nuevo a aquella señora. No podía alejar mi curiosidad. Ella desvió su mirada y sus ojos se cruzaron con los míos. Yo rápidamente me di la vuelta y salí de allí despavorida. Aquellos ojos no me transmitieron felicidad, sino todo lo contrario. Eran unos ojos fríos, asustados, tristes. En un principio, un escalofrío se apoderó de mi cuerpo, después no pude evitar sentir pena por aquella mujer. ¿Qué le ocurrirían? ¿Quiénes eran y por qué estaba allí?

No era mi problema.

Volvimos a aquella habitación triste y sombría. Sin embargo, aquella noche yo la vi como el lugar más maravilloso del mundo.

—Te quiero, sabes. —Juan José se sentó a mi lado en la cama y comenzó a besarme tan suavemente que deseé parar la vida en aquel preciso instante. Ojalá con el simple gesto de parar mi reloj de bolsillo hubiese podido detener el tiempo. Disfrutamos de la noche como dos jóvenes que éramos. Aprovechamos el tiempo que teníamos igual que dos chiquillos en sus últimos segundos de juegos en el parque.

VI

A la mañana siguiente, muy temprano, Juan José y yo pasábamos cogidos de la mano el umbral de la clínica que prometía salvarnos la vida. Juan José me sonreía; sin embargo, podía sentir el miedo en sus ojos.

Una enfermera de cofia azul y bata blanca nos pidió educadamente que esperásemos en una sala.

—Guapa, ¿verdad? —Yo le di un codazo celoso en el brazo mientras sonreía su burlona broma. Sólo pretendía incomodarme. Supongo. Espero.

El doctor don Claudio nos atendió muy amablemente, pero nos tuvo toda la mañana de punta a punta de la clínica, de prueba en prueba, de enfermera en enfermera, hasta que, al fin, ambos nos sentamos asustados en el viejo despacho de aquel señor tan mayor.

—Tiene los pulmones muy encharcados, Juan José. —Olía a medicina. No me gustaba ese olor. —La enfermedad está más avanzada de lo que el doctor de su municipio me había comentado. —Tragué saliva y me dispuse a continuar escuchando lo que aquel hombre quería decirnos. —Verán, la medicina que aquí podemos darle no eliminará la enfermedad. Solo podemos conseguir detenerla durante algún tiempo.

Algo duro, frío, gordo y fuerte me subió desde mi estómago hasta la garganta y se detuvo a anidar allí. Solo eran mis ojos los que hacían fuerza para el deshago. Allí no, por favor. Me suplicaba a mí misma, porque aquel no era el lugar idóneo para montar el espectáculo. —Vamos a ponerte tres inyecciones de oro —continuó explicándonos el doctor—, cada tres o seis meses. Con ellas conseguiremos que la enfermedad no vaya a más y así podremos controlarla, pero no hacerla desaparecer.

Tuve que volver yo sola a aquella fría y desolada sala de espera mientras le inyectaban aquel curable. Las enfermeras cruzaban de un pasillo a otro saludándome a su paso. Mis ojos estaban llorosos, aunque yo hacía enormes esfuerzos por no ponerme a llorar. Sin embargo, mis ojos lloraban y mi corazón también lo hacía. Miles de ideas chocaban y

saltaban en mi cabeza. Miles de ideas y de imágenes que se superponían una a otra sin dejar que pudiera aclarar todo aquello.

Inyección de oro. Enfermedad avanzada. Muerte. Vida. Esperanza. Dios. Pepa. No podría vivir sin él. Le quiero. Olor a medicamento podrido. Y mucho. Bailes del *Gran Casino*. Muy fuerte. La tos. La sangre. La reciente conversación con el doctor don Claudio se me entremezclaba con el paseo por Madrid, con la melodía de la caja de música. Fe. El tren. El vino es rojo. Los gañanes guían a sus ovejas. Llueve. El reloj de la *Puerta del Sol* indica que es tarde.

Creo que me desvanecí.

VII

Algunas gotas de lluvia comenzaron a caer aquel triste cinco de marzo. Gotas de lluvia que, mezcladas con las lágrimas de mis ojos, embadurnaban todas aquellas maravillosas calles y grandilocuentes edificios de Madrid. Parecía el fin de todo y, sin embargo, tan solo era el principio.

Caminamos cogidos del brazo dirección al hostel sin apenas dirigirnos la palabra. Debía ser la hora de comer, pero no tenía ningún hambre. Él tampoco dijo nada. Seguimos en silencio cruzando una calle tras otra, girando en las esquinas pertinentes, esquivando a las personas que caminaban en sentido contrario. Iba tan ensimismada que tardé mucho en darme cuenta de que era él quien llevaba todo aquello dentro. Yo solo era su compañera, su cómplice, su consuelo, su esposa. No me estaba dando cuenta de que, por mucho que yo sintiese su dolor, era eso, su dolor, que yo realmente no sentía. Podía compartirlo, acompañarlo, padecerlo, pero yo no lo sentía. Solo podía imaginarlo, pero nada más. Yo no tenía tuberculosis.

Lo miré de reojo. Quería saber si estaba echando alguna lágrima. Ninguna.

¿Qué sentiría? Supongo que tendría miedo. O a lo mejor no lo tenía. ¿Estaría asustado? ¿Por qué no lloraba? Imagino que querrían aparentar fortaleza frente a mí. Los hombres no lloran. Los hombres no muestran sus sentimientos. Al menos eso me había dicho siempre. A pesar de todo, creo que no puede ser bueno ni recomendable para nadie interiorizar tanto dolor, físico o moral, y no compartirlo con nadie. Algún día todo reventaría y sería el fin.

Llegamos al hostel sin apenas dirigirnos la palabra. Mientras yo me quitaba el abrigo y los zapatos, Juan José se tumbó en la cama pensativo.

—¿Qué piensas? —Sabía que no me dirían nada, pero, al menos, debía intentarlo. Él continuó mirando al techo como si ocurriera allí arriba algo interesante.

—En nada. —Seguí quitándome el resto de la ropa hasta quedarme en combinación. El médico nos dijo que tal vez las inyecciones que le había puesto le provocaran cansancio y mareos, por lo que debíamos quedarnos en aquella habitación el resto del día.

—¿Por qué, Mina? —Estaba ordenando mi ropa en uno de los cajones de la cómoda cuando me di cuenta de que, en realidad, sí quería hablar.

—¿Por que qué? —Sabía perfectamente qué me quería decir, aunque preferí hacerme la ignorante y expresar que no sabía a qué se refería.

—Que por qué estás soportando esto, Mina. Eres hermosa, joven. Podrías estar viviendo feliz con otro hombre que no esté enfermo y en cambio... —Interrumpió su discurso entre el deseo de avanzar y el deber de detenerse. No quería hacerme daño y, sin embargo, me lo estaba haciendo. —Me voy a morir, Mina.

Yo quise interrumpirle para que no siguiera por ahí. No se iba a morir. Estaba segura de que saldríamos de esta. Podía curarse y yo sabía que Dios nos ayudaría. Un gesto de su mano derecha me impidió hablar y él continuó con lo suyo.

—Sé que voy a morirme y, aunque no sé cuándo, sé que pronto. —Se detuvo un rato y volvió a dirigir su mirada al techo. Había goteras. La pintura estaba carcomida por el tiempo. Una bombilla colgaba desde el centro—. Eres tan hermosa Mina que temo morir y verte en brazos de otro hombre. —Yo le sonreí ante las sandeces que estaba expulsando por su boca. ¿Otro hombre? ¿Yo? Creo que ni siquiera estaría preparada para estar con otro hombre. Solo lo había conocido a él. Solo me había besado él. Y nadie más que él tocaría este cuerpo que es mío—. Voy a dejarte muy joven viuda y me siento un egoísta por desear que no te vayas nunca con nadie. Si los muertos ven, moriría mil veces si te veo con otro hombre.

Me tumbé junto a él buscando que sus robustos brazos cubrieran todo mi cuerpo.

—Te juro que no habrá más hombre en mi vida que el que ahora mismo me abraza en esta habitación. —Él levantó levemente la cabeza para mirarme detenidamente.

—¿Estás segura de lo que dices? No me lo creo. Los seres humanos somos seres sociales por naturaleza, no podemos estar solos. Nos moriríamos de tristeza..

Pensé que aquel era el momento idóneo para decirle lo que venía rondándome varios días por la cabeza.

—Pero yo no voy a estar nunca sola. Tengo a mis padres, a mis hermanos y tengo a Pepa... —dije mientras me echaba cuidadosamente la mano al vientre sabiendo lo que ocultaba allí.

—Pero me refiero a un hombre, Mina. —Cogí su mano y me la llevé con cuidado a mis entrañas.

—Y seguro que pronto tendremos uno. —Tenía plena seguridad de que aquel bebé que crecía en mi vientre sería un niño. No sabría explicar por qué lo sabía, pero estaba tan segura que hasta me atrevería a bordarle y tejerle todo en azul. Apretó fuertemente los labios revelándome la ilusión de tan grata noticia. Dudó unos segundos cómo reaccionar. Al final me abrazó con tal fuerza que temí que el feto me saliese por la boca—. ¡Cuidado caballero que estoy encinta! —Le dije. Él me soltó me miró y volvió a abrazarme. Esta vez con más cuidado.

Nuestro primer viaje a Madrid acabó entre la ilusión y la esperanza. Entre la expectación de la vida y el miedo a la muerte. Volvimos a casa confiados en que, en nuestra próxima visita, aquel doctor don Claudio tuviera mejores noticias para nosotros. Este nuevo ser que comenzaba a gestarse en mi interior era una señal divina de vida y debíamos aferrarnos a eso.

VIII

La vuelta a la normalidad significó también la vuelta a la realidad. No dijimos nada sobre mi embarazo porque era demasiado pronto. Regresamos con la ilusión de haber conocido sitios nuevos y de haber recibido extraordinarias atenciones médicas en la capital. No quisimos atormentar a nadie con las probabilidades que había de que Juan José no pudiera curarse. Decidimos confiar en la buena voluntad de Dios y continuar con nuestras vidas.

Fueron meses en lo que Juan José se sentía bien. Pudimos hacer vida normal. Juntos atendíamos el negocio del vino. Él se ocupaba de ir a por tinajas a la fábrica mientras yo atendía a las vecinas y les llenaba con cuidado las botellas de cristal que llevaban a mi casa.

Guiados por los rumores que siempre surgen en los pueblos, fueron a mi casa varias veces unos inspectores a comprobar si era allí donde se estaba vendiendo vino de forma clandestina. Yo siempre cerraba la trampilla del suelo cuando alguien llamaba a la puerta, por precaución. Si era una vecina, volvía a abrirla y bajaba los peldaños que me separaban de las garrafas.

Un mañana, dos fiscales llamaron fuertemente a la puerta. Me estremecí en aquel instante y vuelvo a sentir el temblor al oír nuevamente esos duros golpes en la puerta de mi casa. Aquellos golpes aun retumban en mi cabeza.

La trampilla que daba acceso al sótano desde el pasillo de entrada estaba cerrada. Aquellos señores me explicaron claramente que no podía vender vino en esa situación.

—Yo no vendo vino —les dije guardando las formas y sin ningún temblor de voz. De reojo miraba yo el ramo que colgaba de mi fachada. Los señores intentaban hacerse un hueco con la mirada y ver más allá de la entrada. Buscaban alguna evidencia que me delatara. Mientras tanto, indagaba en mi cerebro alguna excusa rápida y verídica como explicación a aquella escobilla con un trapo que colgaba al lado de mi puerta.

—Yo no vendo vino, señores. Y si lo desean pueden entrar a comprobarlo. —Me arrepentí de mis palabras al tiempo que mi boca las emitía.

¿Pueden entrar a comprobarlo? ¿Estaba loca? ¿Y si hubiesen entrado? ¿Y si hubiesen descubierto las tinajas? ¿Qué hubiese pasado? ¿Nos hubieran llevado a la cárcel? Los fiscales dieron media vuelta y se fueron. Uno de ellos, cuando yo ya me disponía a cerrar la puerta, se dio media vuelta para advertirme:

—Deje de vender vino señora, porque volveremos.

Por suerte, Juan José no estaba en casa en ese momento. Había salido a comprar algunas cosas que le encargué. Yo me quedé sentada en una silla del comedor esperando ansiosa su regreso. Sentía angustia por dentro. Aquellos hombres supieron que yo mentía. No eran tontos. ¿Y si volvían? ¿Y si volvían mientras estuviera echando vino en la botella de alguna vecina? Estuve dándole vueltas a la cabeza durante horas. Hasta que, por fin, Juan José llegó a casa. Saludó desde la puerta, se quitó los zapatos en la entrada, como a mí me gustaba que hiciera y entró contento con un puñado de pajarillos que le habían regalado para que los friera. Me eché a llorar.

—¿Pero ha pasado algo? ¿Se han dado cuenta de algo? —Mi reacción le preocupó.

—No, no, pero yo he pasado mucho miedo, Juanjo ¿y si regresan? ¿Qué les digo? ¿Qué vamos a hacer si descubren todo esto? —Señalaba hacia la entrada de la casa al tiempo que absorbía el llanto.

—Tal vez deberíamos plantearnos dejar esto, Mina. —No podía permitir que tuviera esa idea. Dejaríamos de ganar dinero rápido y eso era ahora lo único que debía preocuparnos. Me negué en rotundo—. Si regresan podría ser el final, lo sabes, ¿no? —Ascendí de inmediato los hombros revelándole la indiferencia que sentía ante aquello.

—Prefiero estar en la cárcel antes de ver que te pierdo por no haber hecho nada.

A veces, cuando no se tiene nada más que decir, lo mejor es no decir nada. Eso debió pensar Juan José porque me besó en la frente y se levantó. Cogió los pajarillos que había dejado sobre la mesa y entró a la cocina con intención de desplumarnos. Yo me mantuve inerte en la silla observándolo.

IX

Aquella noche, o a la noche siguiente, no recuerdo porque fueron días bastante confusos, estaba en el sótano sustituyendo las garrafas vacías por las llenas que habíamos traído. Supongo que estaba haciendo demasiados esfuerzos para el estado en el que me encontraba. De repente, un fuerte pinchazo en el vientre me hizo caer al suelo. No pude percatarme de que algo así me sucedería porque hasta ese momento yo me encontraba perfectamente. No pude hacer nada por evitarlo. Juan José se encontraba cerca y escuchó mi grito de dolor por lo que acudió corriendo a socorrerme. A su «¡oh, Dios mío!» yo me llevé la mano a mi falda y noté que tenía algo húmero. No recordaba haberme vertido ninguna garrafa de vino. Y no lo había hecho. Era sangre. Mi propia sangre que salía sin reparo de mi zona íntima.

Como pudo, me tomó en brazos y me llevó a la alcoba. Me dejó con cuidado sobre la cama y me dio un beso con el que pretendió en vano tranquilizarme. Salió a la calle y le pidió a un vecino que corriera a avisar al doctor. Todos pensaron que algo le ocurría a él, pero no. Esta vez era yo la que convalecía en la cama. Nadie sabía que volvía a estar en estado, por lo que era yo la única que temía por la vida de mi hijo. Juan José volvió a la cama a darme apoyo conyugal, pero sentía que no habría nada que hacer. Estaba sangrando mucho. El dolor punzante no desaparecía y creí ver los ojos de mi esposo húmedos ante aquella situación. Era la primera vez que creía ver que estaba llorando.

El doctor salió de la alcoba pidiéndole a mi marido descanso para mí. Cerraron la puerta y él apagó la única vela que alumbraba parte del espacio. Los oír hablar mientras llegaban a la puerta, pero por más oído que hacía no conseguía entender nada de lo que decían. Me llevé la mano al vientre haciendo infantiles pucheros que no podía controlar.

Vuelvo a hacer lo mismo ignorando que alguien pueda estar contemplándome en este cuarto oscuro. Había perdido el único suspiro de vida al que podíamos agarrarnos.

Capítulo 12

I

Anduvimos varias horas entre los caminos de *El Retiro*. Apenas empezaba a ponerse el sol y ya cantaban los últimos pájaros del día. Hacía calor. El segundo viaje a Madrid no fue tan glorioso como el primero. Demasiadas emociones para tan poco tiempo. Demasiadas violentas sensaciones como para soportarlo. La brisa del lago movía mis cabellos por mi cara. Sentía cada segundo el roce de la mano de Juan José en mi cintura. Caminaba algo curvado desde hacía algunos días. No lo habíamos hablado, pero era evidente. Estaba cansado. Cansado de esperar lo que ocurriría después. Cansado de luchar contra lo imposible. Cansado de viajar a Madrid sin apenas esperanzas.

Señoras y señores paseaban por aquellos amplios caminos agarrados del brazo. Muchos niños corrían de allá para acá sin atender las señas de sus madres. Me acordé de Pepa y me pregunté sobre lo que estaría haciendo en ese preciso instante. El frescor de aquel parque olvidaba en buena medida los meses en los que nos encontrábamos. No obstante, el sudor se me acumulaba en brazos y frente sin poder hacer nada para evitarlo.

Hacía muchos días que Juan José no decía nada. Ya no hablaba de futuro, no hacía bromas, ni siquiera se enfadaba y eso que era su especialidad. Parecía que la vida había empezado a no importarle. Me dolía en el alma verle así. Aislado del mundo. Aislado casi de mí. Intentaba hacer parecer que todo era igual, que la vida seguía, que aquello era una horrible pesadilla de la que estábamos a punto de despertar. Pero en el fondo no me hacía sentir así. Nuestra hija cada vez pasaba más tiempo alejada de nosotros. La llevábamos a casa de mis padres o de los suyos y allí pasaba jornadas enteras. El doctor nos repetía una y otra vez los riesgos a los que exponíamos a la niña dejándola en casa. Peligros que también me perjudicaban a mí, aunque realmente me daba igual ser infectada.

Desde el aborto no habíamos vuelto a hablar del tema. La ilusión en la que vivimos varias semanas nuestra nueva paternidad se había

desvanecido por completo. Aquella esperanza de vida había muerto. Cuando me hube recuperado continué con la taberna clandestina. Seguíamos necesitando el dinero. Juan José se pasaba días enteros acostado en la cama. Lo observaba mirando a través de la ventana sin pestañear, sin mover un músculo, sin rascarse, apenas respiraba. Parecía un ser inerte ya sin vida. Un ser que esperaba que alguien le revelara qué hacer después.

Yo me sentía vacía por dentro. Pensaba que no podía hacer nada por él. Y él debía pensar lo mismo. El aborto me había supuesto el mayor trance de mi vida. Nunca imaginé que algo así pudiera sucederme. Aquello era lo típico que le ocurren a otros, pero no a uno mismo. Me pasaba los días con los ojos humedecidos. Sonreía a las vecinas que se acercaban a por vino casi sujetándome los labios con pinzas a las mejillas. No podía sonreír.

Se oía música en uno de los paseos alejados del lago. Sin indicarnos nada, caminamos en esa dirección siguiendo la melodía que nos acompañaba. Nuestras pisadas se habían conectado. Miraba al suelo entretenida con el acorde dado por nuestras piernas. El sonido de nuestros pies con la gravilla del camino hacía iguales nuestros pasos. Alcé la mirada y vi un pelotón de gente rodeando algo que no alcanzaba ver.

Nos acercamos y buscamos hacernos un hueco entre la multitud. Fui apartando a aquellas personas hasta que conseguí ser testigo de lo que allí ocurría. Un hombre y una mujer bailaban al ritmo de una melodía desconocida para mis oídos. Era maravilloso cómo fundían sus cuerpos en solo uno oleando las caderas despacio. Sus ojos se unían paralelamente a la perfección. Sus manos se asían sin apenas rozarse. El vaivén de sus cuerpos me atrapó hasta tal punto que me dejé llevar por la música. Me balanceaba de un lado para otro con los ojos entrecerrados para mis adentros.

—¿Bailamos? —Escuché que una voz cercana me rozaba ya sin dejarme contestar. Juan José me giró suavemente hacia él. Extendió sus brazos dejándome espacio para acomodar mi cuerpo con el suyo.

Fuimos los primeros, pero solo rompimos el hielo de todas las parejas que estaban allí contemplando pasivos la escena. Nos pusimos a bailar al mismo ritmo lento de los bailarines. Poco a poco, el resto ya se encontraba balanceándose acompañando el sonido armónico del acordeón. Me sentía

aislada del mundo. Hacía días, semanas, que no nos habíamos ni tan siquiera rozado. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentir su respiración apoyada en su pecho. Creí haber olvidado su olor corporal en sus manos y cuello. Sin embargo, todo parecía seguir igual que antes. Igual que siempre.

—Perdóname —me suspiró al oído. Yo no supe qué contestarle.

II

El ritual del segundo viaje a Madrid fue el mismo. A los tres meses de la primera visita teníamos cita para la siguiente. Mismo tren, mismo hostel, misma clínica, mismo doctor. Sin embargo, nada fue igual que la primera vez. Sabíamos a lo que íbamos. Y eso, a veces es un punto a favor, pero también es un punto en contra. Volvieron a hacerle radiografías en los pulmones antes de inyectarle la medicación. No había que ser doctor para identificar la masa negra que se veía en ellos. Parecía más grande que la anterior. Y, aunque yo sabía que no iban a ser buenas noticias, no puedo negar que me dolió en el alma no escuchar una leve mejoría. La próxima cita la teníamos para seis meses después. Rozando las navidades. Veía tan lejana la fecha que dudé que fuésemos a volver a ver Madrid. No obstante, el hilo de esperanza seguía vivo.

Volvimos a casa con la intención de empezar de nuevo como pareja. No podíamos permitir que aquello nos debilitara y nos alejara el uno del otro. Entendimos que debíamos poner fin a semanas de aislamiento y evasión a la que nos habíamos sometido el uno sobre el otro, el otro sobre el uno.

Por aquellas fechas, lluvias torrenciales no nos daban tregua. Llovía sin parar y, aunque los agricultores y la gente del campo saltaba de alegría porque hacía meses que no llovía, a mí me perjudicó bastante. Volví a pasar las horas muertas en la mecedora mientras Juan José reposaba en la cama.

El único sonido de la lluvia golpear con fuerza la puerta, la ventana y el pavimento me impedían dormir. Mataba el tiempo bordando al tiempo que las toses de mi marido me retumbaban en el cerebro. Una noche de aquellas en las que no paraba de llover y yo sabía que aquel ruidoso silencio no iba a dejarme dormir, Juan José fue a buscarme a la mecedora. Juró encontrarse mucho mejor. Yo no le creí. Sus ojeras y su tez pálida no me decían eso.

—Vente a la cama, Mina —me dijo apoyado en el marco de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí observándome. Sus palabras me

sobresaltaron en el sitio.

—No quiero molestarte, subiré a dormir a la cama de la niña. Tú duerme.

Todas las noches le mentía diciéndole que subiría a la cama de nuestra hija a dormir, sin embargo, pasaba las noches en vela en aquella mecedora incómoda y roída por los años. No tenía sueño ni estaba cansada. Las pocas cabezadas inevitables las daba sobre aquella madera.

—No me vas a molestar. Vente conmigo, por favor, necesito sentirte cerca. —Lo miré con la poca luz que alumbraba una vela. Me suplicaba con los ojos que lo acompañara. Tragué fuertemente saliva antes de dejar la labor sobre el asiento a levantarme.

—¡Estás helado! —Casi sin rozarme la piel pude sentir el frío de su cuerpo.

—Tengo frío —me invitó a acercarme a él para calentarlo un poco.

—Voy a cerrar la ventana del comedor que creo que está abierta. —Fui a cerrarla y volví con él—. ¿Cómo te encuentras?

Sin contestar empezó a acariciarme suavemente la cara. Quería sin duda moldear sus manos con mi cuerpo. Petrificar mis rasgos sobre sus manos para que jamás pudiesen perecer. No decía nada, solo me tocaba con tal suavidad que apenas podía sentirlo. Yo lo dejé hacer. No dije nada. No hice nada. No moví ni un músculo. Creo que tampoco respiraba. Solo pestañeaba aguantándole fija la mirada.

—¿Estás seguro? —le pregunté cuando sus manos cambiaron de parte del cuerpo.

Él me puso un dedo sobre los labios y con un suspiro me mandó callar. Entendí entonces que aquella noche no me dejaría dormir.

III

A los pocos días dejó de llover. Pudimos ir a ver salir a Nuestro Padre Jesús del Perdón en procesión ese catorce de septiembre. Fuimos con la niña acompañando al Cristo portando velas rojas. La mejoría de Juan José fue sensacional. Cualquiera podría negar lo que llevaba dentro. Todo hacía indicar que acabaríamos bien aquel 1943.

Al paso por casa de mis padres saludamos con euforia a mis padres y mis hermanas que observaban el paso de la procesión desde el balcón de casa. Habían adornado los balcones con los mantos que hicimos hacía años. La niña caminaba de mi mano y mi esposo lo hacía justo detrás de mí. Intentaba dirigir la mirada hacia el suelo o hacia mi hija, pero era inevitable ir saludando a los vecinos que esperaban en las aceras el paso del Patrón. Quise ponerme en el lado derecho puesto que Jesús mira hacia ese lado, mismo motivo que incitaba al resto del pueblo a ponerse en el mismo lado de la calzada. Apenas unos pocos aguardaban nuestro paso a la izquierda.

Ya habíamos saludado a mi familia que miraba desde el balcón, ya habíamos parado varias veces como penitencia, ya pasábamos la calle *Virgen de Gracia* cuando me vine al suelo. Recuerdo el movimiento con ímpetu que hicimos hacia mi balcón, recuerdo sentir que me flaqueaban las piernas, recuerdo que un soplo de aire apagó mi vela. Después solo me recuerdo en mi antigua cama de infancia rodeada por todos.

—Te has desmayado, Mina. —Mi hermana Ana me tomaba la mano arrodillada en el suelo junto a la cama que durante tantos años compartimos.

—Ya hemos llamado al doctor, no te preocupes. - Aunque mi madre se veía aún más preocupada de lo que podía parecer estar yo.

Busqué angustiada a Juan José y lo hallé con la mirada perdida apoyado en el marco de la puerta. No me miraba. No miraba a nadie. Solo sostenía su cabeza con su mano.

—¿Y Pepa? —Mis ojos no pudieron dar con ella en ningún punto de la alcoba.

Se ha quedado abajo con Sita y Catalina. Estará jugando con ellas. —Vi que mi hermano Vicente también estaba allí, pálido, igual que mi esposo.

El doctor tardó muchísimo en llegar. Se disculpó porque la procesión no le permitió llegar antes. Yo ya me encontraba perfectamente, como si nada hubiese pasado. Intenté levantarme, verme postrada en una cama rodeada por todos como si estuviesen despidiéndose de mí, me abrumaba.

El doctor echó a todo el mundo de la alcoba. A Juan José también a pesar de haber intentado convencerlo de lo contrario.

—Todos fuera, por favor —repitió con más saña.

Me auscultó con el fonendoscopio durante mucho tiempo. Por delante, por detrás. Parecía no dar con la causa de mi desvanecimiento. Palpó largo rato mi vientre y sonrió.

—¿Cuánto hace que no te viene el periodo, Mina? —Le devolví la sonrisa sabiendo lo que estaba pensando.

Pensé durante unos segundos una respuesta para el doctor. No lo recordaba. No sabía cuándo debería haberme venido. No me había constatado de que no me había bajado.

—Desde luego que más de veintiocho días, señorita. —Viendo mi demora contestó él su propia pregunta. Empezó a guardar sus utensilios en el maletín después de abrir la puerta permitiendo la entrada de todos los que aguardaban al otro lado.

—¡No llores! —Escuché decir a Ana. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había puesto a llorar tras las insinuaciones del doctor.

—¿Se encuentra bien? —No fue una pregunta, fue una súplica de mi esposo al doctor por conocer inmediatamente el veredicto.

—Perfectamente, caballero —suspiro de alivio buscando mis ojos antes de dejar terminar al doctor de hablar, -ella y su hijo, que lleva dentro. — Las palabras coincidieron con nuestro cruce de miradas.

—¡No me habías dicho nada, *pillina*! —Sentí a Ana decir a mi lado—. Visto está que no perdéis el tiempo. —Todos se echaron a reír con los comentarios de mi hermana.

—Dejarnos solos —les pedí a todos entre sollozos. Uno a uno fue abandonando la habitación. No sin antes darnos un beso de felicitación.

Juan José se veía espléndido. Radiaba felicidad. En cambio, yo, estaba aterrada.

—¡Pero deja de llorar, mujer! ¡Cualquiera diría que ha muerto alguien!
—Eliminó los pocos pasos que aún nos separaban y se sentó en la cama a mi lado.

—¿Y si vuelve a estropearse, Juanjo? —Suspiró unos segundos y guardó silencio. Aquel silencio me ardía por dentro como una bala amarilla. Se acomodó aún más y protegió mi vientre con su enorme mano.

—Esta vez va a salir bien.

Algunos tambores aún retumbaban en la calle. El ajetreo de idas y venidas no había cesado en todo el rato. La puerta, que había permanecido entornada, se abrió sigilosa y lentamente. Una niñita morena con dos lazos a los lados sujetando sus rizos pedía permiso para entrar. Le sonreímos concediéndole su petición y subió con nosotros a la cama.

—Es imposible que no sea así.

IV

Me mantuvieron postrada en aquella cama un par de días. Yo me encontraba bien, pero el miedo enturbiaba mis entendederas y asumí que era mejor aquello que arriesgarme a perderlo de nuevo. Ese embarazo era un milagro. A veces, dudaba que aquello fuese real y evitaba ir al retrete por miedo a haber manchado.

La pobre Ana se ocupó de todo en mi ausencia. Ella atendía mi casa y mi hija mientras Juan José atendía a las clientas. Se encontraba perfectamente. No sabía si alegrarme o echarme a temblar de miedo. Suponía que debía aprovechar aquello. Cuando mis carceleros me permitieron marchar a mi casa intenté disfrutar de cada instante y de cada simpleza.

Decidimos reservar algunas horas del día para salir con la niña a pasear. Empezaba el otoño. Las hojas marrones manchaban el suelo empedrado. Fueron días de sol, temperatura agradable y noches de juegos. Hicimos bastante dinero con el vino. Ya tenía ahorrado lo suficiente para ir dos veces más a Madrid. Todo lo que seguíamos ganando lo invertíamos en cosas necesarias como comida, agua o ropa para la niña. Empezamos a relajarnos y a olvidar los ahogos económicos que durante tanto tiempo nos habían atormentado.

Empecé a descubrir las cosas que nunca había pensado que podrían hacerme feliz. Pasear a orillas del río, buscando las hojas caídas más hermosas sintiendo las gotas de lluvia que aun resbalaban de los árboles me parecía un placer. Era un goce descubrir olores antes ignorados. Comer pan frito con chorizo se había convertido en un manjar para el paladar. Robar un beso o una caricia a Juan José se había transformado en mi único objetivo diario. O comer un trozo de tocino cortado suavemente con la navaja empezaba a no parecerme tan cavernícola.

Por aquellos días descubrí que la vida sí podía ser maravillosa. No solo eran penas y llantos, las risas y agasajos también existían. Juan José y yo no nos separábamos ni un segundo. Ibamos pegados a todos sitios. Juntos

al mercado. Juntos a por el pan. Juntos a por agua. Juntos a por vino. Juntos de paseo. Debimos parecer una pareja empalagosa aquellos meses. Pero también debimos ser la envidia de muchos matrimonios condenados al tedio.

Juan José disfrutó a su hija como ningún padre lo hacía. Jugaba con ella a todo lo que se les pudiese ocurrir. Acababa reventado de lanzarla una y otra vez al vacío y darle volteretas sin hartarse. Ella se lo pasaba en grande. Por las noches caía rendida de inmediato dejándome a su padre aquellas horas de silencio para que yo también pudiese disfrutar de él.

Conseguimos que ningún día fuese igual al anterior. Hicimos de cada momento un recuerdo imborrable en nuestras memorias. En cambio, siempre me ha dolido recordar aquellos días. Cuando estaba triste ansiaba estar contenta, cuando la felicidad llamaba a mi puerta me aterraba salir a abrir. Parecía no estar hecha ni para el frío ni para el calor.

Es curioso. Es la primera vez que recuerdo esos días esplendorosos sin sentir dolor. Las lágrimas que deseo expulsar son de alegría, no de tristeza. Me alegro que sea así, porque me he pasado demasiados años intentando olvidar para no venirme abajo. Arrastré conmigo a demasiadas personas con todo aquello. Sin embargo, tal vez si no me hubiese llevado a uno tras otro conmigo no hubiese conseguido tirar para adelante. Quiero arrepentirme y no puedo. A lo mejor, no desee demasiado tal arrepentimiento.

Tuvieron que golpearme duramente una vez tras otra para que me levantara por fin y continuara viviendo. Pero tuve que llevarme por delante a demasiadas personas que penaron por mí lo que yo no pené por ellas. Ojalá pudiese volver a verlas y decirles que lo siento y que no me di cuenta de lo que fueron capaces de hacer por mí cuando yo no quería escuchar a nadie. A veces, caminar ladera arriba sin descanso, merece la pena si cuando llegas gritas al mundo que los amas. Indudablemente, aquellos fueron los años más venturosos de mi vida. Y quién sabe, tal vez ahora pueda decidir volverlos a vivir de nuevo.

V

Adornamos el comedor con guirnaldas de colores antes de partir a Madrid de nuevo. Retales de tela que yo misma había adornado sirvieron para convertir nuestro hogar en navideño. Cogimos del campo algunas varas secas para colgarles varios trozos de telas de colores. Así tendríamos árbol de navidad.

Hacía un frío horrible, pero al llegar a Madrid creo que ese frío se incrementó aún más. No había manera de entrar en calor. Los jerséis de lana que nos llevamos puestos parecían finas prendas de hilo porque apenas nos abrigaban.

El traqueteo del tren me hizo ir y venir al escusado para devolver decenas de veces. No se me asentaba nada en el cuerpo. En las idas y venidas que hacía con urgencia, Juan José se quedó dormido en nuestros asientos impidiendo que yo pudiese acomodarme en mi lugar. Permanecí quieta observándolo con mesura hasta que el tren se detuvo en la siguiente estación. Entonces él se despertó con el freno del expreso y me vio petrificada frente a él. Noté en su cara la pregunta que quiso hacerme, pero que no se atrevió a formular.

¿Qué haces ahí de pie? Hubiese preguntado y yo le hubiera contestado: Nada, ¿es que no te puedo mirar? Él hubiese aceptado mi respuesta y ahí hubiese acabado nuestra conversación. Sin embargo, esa conversación nunca tuvo lugar. Solo se apartó dejándome espacio. Me miró, me sonrió al tiempo que me golpeaba cariñosamente la punta de mi nariz chata y siguió con la mirada hasta detenerla en la ventanilla. Yo lo observé durante unos segundos más. Después, acompañé su mirada hacia las verdes siembras. Y así, sin decirnos nada, volvimos a cruzar las puertas de la estación madrileña casi acostumbrados a la rapidez extrema que contagiaba aquella ciudad.

Llegamos de noche y muy tarde. Yo estaba terriblemente cansada y decidimos irnos directamente al hostel. Habíamos convertido aquel cuarto en nuestro segundo hogar. Un hostel al que jamás hubiera podido regresar

porque me traía demasiados bonitos y dolorosos recuerdos. Aún puedo percibir el olor a madera húmeda que se inhalaba y ver las oscuras flores grises que simulaba el papel pintado despegado por algunas esquinas. Me resulta asombrosa cómo puede funcionar la memoria humana aun habiendo pasado ya tantos años.

Le contamos a don Claudio nada más verle mi nuevo estado. Él se alegró mucho por nosotros. Sin embargo, el doctor nos pidió no castigarnos con falsas esperanzas, aunque la mejoría física fuera evidente. Nos mostró las radiografías de sus pulmones. No necesitábamos haber cursado la carrera de doctor para percatarnos de que aquellas manchas no eran normales.

—Pero, ¿y no podemos hacer nada don Claudio? —Le supliqué angustiada.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano. Ahora solo podemos esperar. Las inyecciones le están haciendo mucho bien. Basta con ver lo fuerte que está desde la última vez que nos vimos. Tan solo les advierto de que no conseguimos eliminarla y siempre la tendrá ahí. Puede recaer en cualquier momento. O, incluso, expandirse, aunque Dios no lo quiera. Les daré cita para después de Navidad. Para entonces veremos cómo ha evolucionado.

—Pues yo me encuentro más fuerte que un toro —me confesó Juan José al salir del despacho.

Yo solté una carcajada de deshago ante mi eminente llanto desconsolado. No sabía si reír o llorar. No sabía si correr hacia adelante o huir hacia atrás. Achaqué mis dudas a las hormonas de mi embarazo. Salimos de la clínica con la intención de comernos el mundo poco a poco, saboreándolo bien.

Volvimos a recorrer las calles que un día nos fundieron y neutralizaron. Algunas calles ya lucían las luces navideñas. Cada calle, cada casa, cada comercio adornado me embelesaba como una boba. Cruzamos la *Puerta del Sol* casi sin percatarnos de ello. Fuimos en dirección paralela a la otra vez. Seguimos a la multitud que se acumulaba dirigiendo sus pasos hacia un mismo destino. Muchos intentaban ganarse algunas monedas tocando villancicos por la calle. Los niños se agolpaban en los escaparates de juguetes intentando aclarar qué pedirle a los Reyes Magos.

Entré en una de esas tiendas deteniendo nuestro paseo hacia ninguna parte. Fue fascinante contemplar todo lo que allí había. Me paseé entre los estrechos pasillos desilusionándome a cada juguete por no poder comprar nada. Cansada de esa búsqueda sin hallazgos me dirigí a la salida. Juan José pagaba algo en el mostrador. Me acerqué intrigada antes de que lo empaquetaran en papel de celofán. Eran unas muñecas recortables. Me encantaron.

Seguimos por el mismo sitio, detrás de todo el mundo, hasta dar con una inmensa plaza. Nunca la había visto antes. Varias callejuelas daban paso al interior y soportales con columnas la rodeaban, pero sería tres, ¡qué digo tres! Diez veces mayor que la de nuestro pueblo. Pensé que en aquella plaza podría perderse alguien sin dificultades. Estaba casi toda ocupada por un mercadillo exclusivo de adornos navideños. No había visto en mi vida cosa semejante. La gente se agolpaba comprando pinos y figuritas para el belén.

Me acerqué a uno de ellos superando ligeros obstáculos humanos. Envidié aquellas preciosidades y quise comprar un par de figuras. Juan José no dudó en invitarme a hacerlo. No podía creer lo derrochador que estaba. Entre tanta Virgen María, tanto San José, tantas mulas y tantos bueyes no sabía por cual decidirme. Tanteaba entre varias figuras de vírgenes con niño incluido cuando mis ojos se despistaron hacia algo que les llamó la atención. Un niño Jesús de plástico descansaba sobre su pesebre del mismo material. Más que una figurita navideña parecía un muñeco para jugar. Lo compré sin pensármelo. Salí del tumulto contenta con mi nueva adquisición y Juan José me esperaba de brazos cruzados donde menos gente había. Corrí a enseñarle lo que había comprado.

—¿Y la Virgen y San José? —Le extrañó que no hubiese comprado la familia completa.

—No los necesitamos -, le dije haciéndome la interesante.

Cogió el pesebre y al niño para mirarlo con mayor detenimiento, me tomó con un brazo de los hombros y echamos a andar evitando golpearnos con otras personas.

VI

Volvimos de aquel viaje con unas ganas inmensas por disfrutar de nosotros y con los nuestros. Llegamos cargados de obsequios, ilusiones y anhelos. Pondríamos todo nuestro empeño en que todo fuese mejor y con el ímpetu de crear situaciones inesperadas para ambos. Juan José volvió a hacer bromas a cada rato y a reírse con cariño de todo lo que ocurriera. Echaba de menos sus tonterías que tanto me hacían reír, sus torpezas en la cocina cuando quería sorprenderme con alguna comida, cuando lo único que conseguía era ponerlo todo perdido, sus intentos por maravillarme nunca eran en vano.

A veces lo descubría despierto al amanecer observándome o esperando a que abriera el ojo para poder disfrutar de mí sin despertarme. Otros días era yo quien acompañaba con mi mirada sus respiraciones profundas mientras dormía con la boca entreabierta y apoyando la cabeza sobre una de sus enormes manos.

Decidí que esas navidades no podían ser igual que todas. Pensé preparar la cena en casa. No tendríamos tal vez mucho que comer, pero estaba segura de que vino no nos iba a faltar. Pedí a mis hermanas ayuda para trasladar unas cuantas sillas y un par de mesas de casa de mis padres a la mía. Toda la mañana del 24 de diciembre estuvimos en ello. Retiramos todo del comedor para poder instalar allí dos mesas más y muchas sillas alrededor. Por la tarde, Ana y Sita estuvieron conmigo preparando la cena de la noche. Me trajo padre un par de conejos que cortamos como pudimos y lo echamos al puchero con agua, patatas y varios tomates maduros que compré en el mercado.

—¿Puedo coger algo de vino, Mina? —Me preguntó Sita con rebanadas de pan duro en las manos.

—Si, claro. Ahí tengo una botella. —Le indiqué el rincón de la cocina en el que guardaba una botella de vino para nuestro uso. Echó algo de vino en un plato y empezó a mojar las rebanadas de pan.

—Así tendremos un delicioso postre también. —Después echó algo de aceite en la sartén *gacha miguera* que teníamos en el corral y la puso sobre el fuego para freír el pan con vino. Aquello empezó a oler maravilloso.

Vinieron todos. Mis padres, mis hermanas, Vicente y su mujer, Catalina, los padres de Juan José y alguna de sus hermanas. Me sentí feliz rodeada de todos los que nos querían. Estuvimos hasta las tantas cantando villancicos con la zambomba que llevó Vicente y que él mismo había fabricado. El buen vino de mesa no nos faltó y no creo que nadie se quedara con hambre. Mi hija se lo pasó también en grande jugando con sus tías y sintiéndose el centro de atención por todos los que allí estábamos.

Me pregunto por qué los momentos felices no duran toda la vida. Tal vez porque si así fuera no disfrutaríamos tanto de ellos y no los cogeríamos con gana. Ahora puedo asomarse a aquella ventana que recogía la escena de una familia feliz, reunida en Nochebuena, comiendo pan frito con vino y cantando villancicos hasta que la afonía zanjara el festín. Juego a imaginar lo que se les pasaba a cada uno de los asistentes por la cabeza. Puedo sentirme satisfecha de las caras de felicidad que mostraba cada uno de ellos. Incluido Juan José e incluida yo. Lo único que puedo asegurar con franqueza es lo que disfruté yo. Y solo pensaba que la vida era maravillosa y que no podía permitir que nada ni nadie me hiciesen pensar en lo contrario.

Capítulo 13

I

Acabamos el 1943 con los sueños puestos en que el 1944 fuese mejor. Volvía a sonreírnos la vida. Parecía que ninguna enfermedad había intentado amargárnosla. Mi vientre crecía cada día indicándonos que aquella vida no dudaría en llegar al mundo y llenarnos de alegría y felicidad a todos. Me cuidaba mucho de no coger peso ni hacer ejercicios que pudiesen dañar a mi bebé.

Me pasaba las horas en la entrada de casa abriendo y cerrando la puerta a las vecinas que se acercaban a comprar vino y a departir. Me había convertido en confidente de muchas de ellas. Terminaron tomando como excusa ir a comprar vino y así poder desahogarse un poco conmigo. No sabía qué hacía yo para que todas vieran en mí una buena confidente, supongo que porque nunca revelé a nadie aquellas confesiones. Era para ellas como una ayuda espiritual. Eso me servía para evadirme de mis preocupaciones y darme cuenta de que había gente que estaba peor que yo.

Pude conocer los pormenores que se cocían en cada casa. Familias que aparentemente eran normales, pero que realmente escondían problemas graves. Supe quién luchaba día a día por un esposo dependiente del alcohol, quién temía por la llegada de este a casa para ponerle la mano encima, quién sufría diariamente por no quedar encinta y temer por ser despreciada. Pero también, me revelaban noticias felices, como un posible hijo en camino, un nuevo matrimonio de un hijo o una hija o un nuevo empleo lejos de nuestro pueblo que llevaría consigo años prósperos para todos ellos.

Ana se pasaba muchas tardes a acompañarme mientras Sita solía quedarse con mi hija. Algunas mañanas, era Juan José quien se ocupaba de todo para ir yo al mercado a por algunas frutas y hortalizas. Lo habían instalado provisionalmente en la plazoleta de San Antón ya que en la plaza de la iglesia habían colocado un obelisco en memoria a los muertos en la guerra. El nuevo monumento adornaba la plaza en el centro y eso hacía imposible que los mercaderes pudieran colocar allí sus puestos. Además,

reconstruían a contrarreloj las iglesias que habían sido destruidas durante la contienda.

Cogía mi bolsa de tela y marchaba al mercado. Todo el mundo me preguntaba atento y alegre por saber que las cosas empezaban a irnos bien de nuevo. Hablaba con unas y con otras sobre mi negocio, mi hija o la salud de mi esposo. Al igual que ellas, les preguntaba yo por los suyos. Muchas mujeres vestían de luto aquellos años. Las tareas de reconstrucción nos recordaban los años bélicos que queríamos olvidar.

Juan José se encargaba de ir a la vinícola a por las tinajas de vino. Luego se ocupaba de bajarlas al sótano y de rellenarme las garrafas. No me dejaba hacer nada de esfuerzos. Decía que subir y bajar una y otra vez los tres o cuatro peldaños que separaban la entrada del descansillo de las escaleras dónde teníamos las garrafas sería suficiente. Yo me encontraba perfectamente. Algunas náuseas matinales, pero ya está, nada raro. Él insistía en no permitirme hacer nada.

II

Aquella Semana Santa de 1944 decidimos ver los pasos desde los balcones de casa de mis padres. Puesto que estábamos *de carrera* colocábamos banderas y mantones de manila bordados por nosotras galardonando los balcones. Todas las calles por las que pasaban las procesiones lucían preciosas esos días. Había quienes colocaban sus palmas y ramas de olivo tras ser bendecidas el Domingo de Ramos.

El Viernes Santo hizo un día espléndido. El sol brillaba en lo más alto y las nubes brillaban por su ausencia. Decidimos dar el típico paseo a la ermita del Cristo por la mañana, como es habitual hacer ese día. Por la noche la pasaríamos en casa de mis padres comiendo rosca utrera, bartolillos y torrijas mientras veíamos los Cristos y las Vírgenes pasar a nuestros pies. Nos encargaríamos de recoger algunos pétalos de flores para echárselo a las Vírgenes.

Sin embargo, todos los planes se vieron truncados desagradablemente después de comer. Hacemos siempre los planes con la ilusión de llevarlos a la práctica en el momento oportuno. Nunca esperamos que no podamos realizarlos cuando los hemos estado planeando tanto que podemos llegar a visualizarlos antes de que sucedan. Por ello siempre he procurado añadir la muletilla *si Dios quiere* a todo lo que planifico. Pasaré a verte, *si Dios quiere*; mañana nos vemos, *si Dios quiere*; vendremos el mes que viene, *si Dios quiere*. Juan José solía reírse de mi obsesión, pero yo siempre le recordaba la historia del hombre que quiso ir a arar y Dios no quiso que lo hiciera.

Cuentan que intentaba dormir una vez un hombre en la cama junto a su esposa. Éste le dijo a ella que al día siguiente iría a arar a las seis, pasase lo que pasase. Ella le advirtió que iría a arar *si Dios quería*. Él se entercó en ir quisiera Dios o no quisiera. A la mañana siguiente, se despertó este buen hombre temprano, muy temprano, para cumplir su propósito. Cuando llegó a las cuadras, el burro estaba muerto.

Por ello sé que, al despedirnos la noche del Jueves Santo hasta la noche del Viernes Santo, dije *hasta mañana, si Dios quiere*. Y sé también que Dios no quiso que esa noche viésemos pasar las procesiones desde los balcones ornamentados ni desde ningún otro lugar. Todo iba bien, todo volvía a ser perfecto. El día era brillante, resplandecía el sol, pero no apretaba el calor. El cielo lucía su mejor azul. Después de comer, *peyás* de pan con espinacas simulando el potaje de Semana Santa, Juan José no quiso echarse un rato.

—Me encuentro bien —dijo.

Y como sabía que era más terco que una mula no le insistí más. Subí a la niña para que durmiera un rato la siesta. Yo me bajé a esperar por si alguna vecina necesitaba vino para la noche mientras escuchaba a mi esposo cambiar de aquí para acá las tinajas en el sótano. Empecé a oírle toser como hacía mucho tiempo no lo oía. En una de esas toses pensé que se ahogaba. Bajé corriendo a comprobar que todo estaba bien cuando me topé con toda su mano y su camisa ensangrentadas. Siguió tosiendo porque no podía controlarse y en cada tos salía más y más sangre. Nos sentamos en el peldaño intentando que se relajara y dejara de toser. A duras penas conseguimos subir los escalones del sótano y llegar a la alcoba para que se recostara. Cuando se hubo tumbado corrí a buscar al doctor con el miedo agarrotado a mis músculos. Apenas podía mover mis piernas. Me cogía el vientre con miedo a dañar al feto. Los pocos vecinos que se cruzaron en mi camino se retiraban para no detenerme. Me sentí como inmersa en una horrible pesadilla en la que te persiguen y no puedes correr.

Llegué a la casa del doctor sin poder contener el aliento. Tardaron varios minutos en abrirme la puerta que a mí me parecieron años. Su esposa salió despeinada y me explicó que dormía, iba a despertarlo y pronto se acercaría a mi casa. Resignada, no tuve más remedio que volver a casa. Esta vez despacio, sin correr. A veces sentía que las piernas no me responderían y caería al suelo en cualquier momento. Iba paso a paso agarrándome a las fachadas de las casas. Sentía que todos me miraban, pero me daba igual. Solo ansiaba regresar de una vez por todas.

Vi a Juan José más pálido que las sábanas que lo envolvían. Tiritaba de frío, aunque ya no había vomitado más sangre. Esperé sentada al filo de la cama intentando contener las lágrimas. Esperaba el golpe de la puerta que

indicaría la llegada del doctor, pero pasaban los minutos y las horas y no llegaba. Fuera ya se oían retumbar las cornetas y tambores que indicaban el comienzo de la procesión.

No me atrevía a girarme y mirarlo. Me sentía destrozada. ¡Todo parecía ir tan bien! Él tampoco me decía ni una palabra. Solo tosía levemente de vez en cuando y se removía entre las sábanas lo que hacía que yo me moviese también inevitablemente. Escuchaba las risas de la gente pasar por la calle. Las cornetas y tambores tocaban al unísono el himno. Los niños correteaban y jugaban a llegar los primeros a ninguna parte. Tocaba con fuerza el reloj que colgaba de mi cuello. Estaba paralizada. No podía moverme. No decía nada. Solo callaba. Al fin, esos tambores se mezclaron con los golpes en la puerta del doctor. Pasó sabiendo ya lo que ocurría.

Lo estuvo examinando un buen rato. Al final solo nos recetó unos medicamentos para apaciguar el dolor.

—Está muy mal, Mina —me dijo al salir a despedirlo. Hablaba tan flojo que apenas podía escucharlo—. Que se tome esos jarabes para adormecerlo y que no sienta dolor, pero... —Calló unos segundos porque no sabía cómo decirme lo que yo temía que me iba a decir—, ...tal vez no se recupere. —Dejé de contener las lágrimas y empecé a expulsarlas sin consuelo—. Debes ser fuerte, Mina. Él necesita más que nunca que permanezcas a su lado. —Me tomó del brazo para que pudiese sentir su cercanía—. Habéis conseguido mucho con las visitas a Madrid, pero a veces la enfermedad es más fuerte que cualquier medicina y no podemos hacer nada.

Cerré la puerta con una inexplicable sensación de angustia enturbiando mis entrañas. Sucios pensamientos destrozaban mi mente. No me atrevía a regresar a la alcoba. Me quedé varios minutos paralizada junto a la puerta. Necesitaba gritar de impotencia. Me maldecía a mí misma por las esperanzas alcanzadas. Me daba cuenta de lo feliz que estaba siendo mi vida solo unas horas antes. Empecé a hacerme preguntas sobre qué hubiese podido hacer para evitar esto. ¿Y si esta mañana no hubiésemos salido a pasear? ¿Y si después de comer se hubiese echado a la siesta?

¿Y si Dios no quería que envejeciéramos juntos? Las voces del doctor retumbaban una y otra vez en mi cerebro. El replique de los tambores señalaban la cercanía de la procesión. Recordé que posiblemente nos

estuvieran esperando todos en casa. No íbamos a llegar. Tampoco me apetecía decirle a nadie lo que ocurría. La rabia y la ira habían invadido mi cuerpo y mi único deseo era salir corriendo al pico más alto y lejano de todo y gritar. Pero no lo hice. No hice nada de eso. Me sequé las lágrimas de la cara y entré de nuevo a la alcoba. Juan José estaba medio dormido con la cabeza de perfil. Me escuchó acercarme y giró la cabeza para mirarme. En muy poco tiempo su aspecto se había demacrado. El color blanco predominaba en toda la piel que tenía al descubierto. Me sonrió a duras penas y me dijo que tenía frío. Abrí los cajones buscando algo que ponerle para que entrara en calor. Encontré un jersey negro de algodón que a punto estuve de tirar a la basura. “Quien guarda, halla” pensé; y lo saqué de entre el resto de jerséis mientras lo desdoblaba. Le ayudé a erguirse y después metí su cabeza por el orificio correspondiente y estiré el jersey para que pudiese meter mejor los brazos.

—¿Mejor? —Él afirmó con un simple movimiento de cabeza. Le coloqué la almohada para que no estuviese tumbado del todo, lo arropé bien y salí apagando la luz de la alcoba. No necesitó que le dijera que durmiera ni que descansara. Él solo cayó rendido en cuanto salí.

Empezaba ya el mes de mayo y ese solía ser un mal mes para las tardes. La gente ya se echaba a la siesta y permanecían enclaustrados en casa hasta pasar las horas críticas. Hacer algo a esas horas era un verdadero placer porque nada ni nadie te interrumpe. Además, en casa de uno todos duermen también y nadie te incordia. Solo el arrullo de las tórtolas rompía aquel maravilloso silencio. Ese silencio que, a veces, no deja dormir. Estaba bordando una cadeneta alrededor de un arrullo para mi bebé al que tan solo le quedaba algo más de un mes para nacer. No me había puesto dedal porque me resultaba incómodo para coser. Si me costaba más de la cuenta conseguir introducir la aguja, me valía de la misma tela para empujarla. Aquella tarde varias veces me la clavé en los dedos. Cada vez en uno diferente. Pensé que llevaría un pequeño agujerito en cada una de mis yemas. De vez en cuando sentía a mi bebé dar alguna de esas vueltas que daba. Suponía que la tranquilidad y la paz que ambos respirábamos también le gustaba. El viento me sorprendía a veces golpeando las ventanas y puertas, sobre todo la del corral que parecía hacer corriente.

Bordaba sumergida en mis más profundos pensamientos. Recordaba momentos gloriosos del pasado y también planeaba, en vano, futuros. Aún pensaba que Juan José podría reponerse como tantas otras veces había hecho. De momento continuaba tumbado en la cama sin fuerzas para levantarse o para comer. Le ayudaba a asearse cada mañana y lo único que conseguía que se echara a la boca era caldo de cebolla que hacía cuando no me quedaba más remedio. Por las noches solía pasarlas en la alcoba de arriba, con nuestra hija. Él no protestaba, no tenía ganas ni de eso.

Seguía yo con el dibujo de mi arrullo cuando llamaron a la puerta. Sin sobresaltos, puesto que estaba ya acostumbrada a ello, dejé la labor en la mecedora y abrí la puerta. Dos señores con muy buen porte aparecieron ante mis ojos. Llevaba uno de ellos un maletín en la mano y el otro una libreta en la que iba apuntando.

—¿Mina Sánchez? —Preguntó uno de ellos. Yo moví la cabeza de arriba abajo sin pestañear. Sentí cómo el corazón se me paralizó de inmediato. Recordé que había olvidado cerrar la trampilla del sótano. Aquellos educados señores no estaban allí para comprar vino. Ambos se retiraron el sombrero de la cabeza al tiempo que pedían permiso para entrar. Yo me aparté de la puerta dejándoles paso. Miraron de un lado para otro. Me mostraron la libreta que portaban. —Buenas tardes, señora. Disculpe nuestra intromisión, pero tenemos pruebas fehacientes de que usted está vendiendo vino en su casa. —Yo enmudecí.

—Eso está prohibido, señora. —El otro de los hombres parecía sí tener lengua con la que hablar. Uno de ellos se asomó a la trampilla del sótano que permanecía ignorantemente abierta. Bajó los pocos peldaños que nos separaban de las garrafas. El otro le dio a la luz y bajó también. Ví como seguían bajando hasta el sótano. Imaginé que aquellos señores no estaban ciegos. Las tinajas no estaban ocultas de ninguna manera, ni las botellas de cristal vacías, ni los sifones para facilitar llenar botellas.

—Señora Sánchez, este negocio que tiene usted aquí montado es ilegal. Nos veremos obligados a tomar medidas.

Dicen que vale más una imagen que mil palabras. Yo me tomé literal el refrán y les pedí que me siguieran algunos pasos más allá. Abrí la puerta y allí estaba Juan José medio dormido en la cama. Apenas pudo inmutarse ante nuestra inesperada visita.

—Por esto me veo obligada a vender vino, señores.

Salimos de la alcoba y no dijeron nada. Se miraron entre ellos haciéndose gestos que yo no alcancé ver. Después uno de ellos se dio media vuelta para hablarme.

—Mire, eh..., Mina —volvió a mirar su libreta para recordar mi nombre—, lo pasaremos por alto. Pero tiene usted que retirar el ramo de su fachada porque hace evidente lo que vende aquí. Si vienen otros compañeros nuestros tal vez no tengan la misma compasión que hemos tenido nosotros. —Aseguré hacerlo de inmediato.

—Agradecida, señores. —Alzaron el sombrero como gesto de educación antes de ponérselo de nuevo y salieron. Esperé detrás de la puerta el tiempo que calculé que podrían girar alguna de las esquinas de la calle. Abrí con sigilo y, tras asegurar que nadie me observaba, arranqué el ramo que Juan José había colocado tiempo ha.

IV

Volví a pasarme las noches en vela. El insomnio volvía a apoderarse de mí sin que yo pudiese hacer nada. Jugaba con mi hija a *pun puñete* para que cogiese pronto el sueño. Poníamos aleatoriamente nuestros puños formando una torre por la que después bajaría un hipotético gatito. No entendía cómo podía hacerle tanta gracia aquel juego. O le contaba aquel cuento recuento que nunca acababa. Ella sí acaba por quedarse rendida en mis faldas. La acomodaba en la cama y la arropaba. Yo me adaptaba a su cuerpo para no molestarla y tarareaba levemente aquellas canciones de cuna que alguna vez nos cantó mi madre. No me podía dormir. Sentí como mi bebé pataleaba por las noches sin querer tampoco dormir. Abajo Juan José también dormía. Se me rompía el alma al dejarlo solo noche tras noche. Sin embargo, no quería molestar su sueño.

Terminaba ya el mes de mayo y los días cada vez eran más largos y el sol calentaba con más fuerza. Las vecinas parecían haberse enterado de que la fiscalía andaba tras de mí y apenas se acercaba alguna a comprar vino. Muchas tardes venía Ana a hacerme compañía o a jugar un poco con la niña. Pasaba días enteros con nosotras. Se ocupaba de hacer la comida porque yo apenas tenía ganas. Mi barriga era enorme y cada día podía hacer menos cosas. Me fatigaba muchísimo también.

Mientras cenábamos el pan de ajo que había hecho mi hermana, Pepa la convenció para que se quedara con ella a dormir. Al subirse a la alcoba le advertí a Ana de que no la dejara bajar para nada. Juan José tenía muy mal aspecto y no era conveniente que lo viese así. Aún así, por las noches le permitía acercarse a él para darles las buenas noches.

Ana y Pepa se subieron entre risas y cantos alegres al cuarto. Yo acabé de recoger. Le llevé algo de pan de ajo en un plato y un vaso de agua a Juan José. Apenas pudo probar bocado.

—¿Estás peor? —Temí la respuesta.

—Peor no, pero no tengo apetito, Mina. Agua sí, acércame el vaso. —
Le sujeté el vaso mientras bebía. En su roce de las manos con las mías

sentí el frío que tenía. No conseguí entenderlo porque hacía calor—. Quédate conmigo, Mina. —Más que una petición aquello pareció una súplica. Yo gesticulé afirmativamente al tiempo que dejaba el vaso en la mesilla. Me quité la ropa hasta quedarme en combinación bajo la mirada atenta de mi esposo.

—Estas preciosa —me dijo. Yo reí.

—Pero mírame Juanjo, ¡estoy gordísima! —Me tocaba mi enorme barrigona al mismo tiempo.

—Eso no es estar gorda, es estar preñada. Las mujeres preñadas estáis aún más hermosas. —Le volví a sonreír y corrí con él a la cama. Se echó a un lado para dejarme hueco—. ¿Se mueve? —Preguntó tocándome el vientre.

—Me patalea con saña-. Bromeé.

—Pues tendré que decirle yo un par de cosas a esta personita cuando nazca. ¿Qué es eso de hacerle daño a una madre? —Chanceó él también. Estiró su brazo para que yo pudiese acomodarme en su pecho. -¡Qué bien hueles! - Aspiró mi esencia corporal como si quisiera meterme dentro de su olfato y guardarme allí para siempre.

—Te quiero —le dije.

—Yo mucho más —me susurró.

—Eso es imposible —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no puedes quererme más de lo que yo te quiero a ti.

Él sonrió sin más. Se encontraba tan cansado que no quiso discutirme aquellas bobadas. Permanecimos largo rato en silencio. Pronto escuché su respiración más profunda. Eso me indicaba que ya estaba dormido. Disfruté de aquellos minutos acariciando su torso cubierto por varias capas de ropa.

—¿Te has dormido ya? —Me preguntó al rato.

—No —le dije.

—¿Y vas a hacerlo ya? —El silencio impregnaba aquel cuarto. No oía nada ni a nadie. —Supongo que sí. —Realmente ansiaba hacerlo.

—Entonces ahora nos vemos, pues. —Apoyé el codo sobre la cama para enderezarme y poder mirarle a la cara. Me acarició la espalda

explicándome. —Yo pienso soñar contigo toda la noche y, si tú haces lo mismo, evidentemente nos veremos en el sueño, ¿no?

Sonreí confirmando sus suposiciones y volvía a acomodarme en su pecho.

La verdad, es que si lo pienso sí debería ser así. De hecho, lo es. Cada vez que sueño con él lo veo, lo toco, lo beso y hablo con él. Si coincidiéramos, podríamos seguir juntos dormidos. Me reí de su ocurrencia y me quedé dormida. Entre sueños oía como Juan José llamaba sin cesar una y otra vez a nuestra hija. Al día siguiente supe que la niña lo escuchaba, pero Ana había decidido hacerme caso en mi advertencia y no dejó que la niña bajase en ningún momento. ¡Pepa! ¡Pepa! Es exactamente lo mismo que yo hago en estos instantes y hasta ahora no he podido darme cuenta.

V

Los arrullos de las tórtolas contestaban a los cantos de los torcaces. A duras penas los escuchaba entre sueños porque dormía plácidamente como hacía días que no lo hacía. Los rayos solares entraban a nuestra alcoba destacando las motas de polvo acumuladas de un día para otro. Olía a día resplandeciente. El cielo amanecía decorado con alguna nube esponjosa de un color limpio blanco. Todo apuntaba a que aquel sería uno de esos en los que apetece salir a la calle a pasear y sentarse en el *panterriño* a pasar toda la tarde observando a la gente ir y venir de un lado para otro. Parecía ser uno de esos días en los que no apetece hacer nada, aunque tengas que hacer mucho.

Me rebullí un poco en la cama asegurando mi eterno placer. Sonreía sin saberlo apenas. Un rayo de sol fue a ponerse justo en mi ojo. Esto hizo que me despertara. Respiré profundo y, tras algunos minutos más de vacilaciones, abrí al completo mis ojos. Efectivamente, el cielo estaba tal y como yo me lo andaba imaginando. Jugué durante un rato a imaginar figuras con la única nube que alcanzaba ver por la ventana. Estaba todo tan silencioso y tan tranquilo que olvidé que dormía sobre el cuerpo de Juan José. Dudé sobre si despertarlo o no. Me erguí para mirarlo y así decidir. Empecé a agitar mi mano sobre su pecho con suavidad. No se despertaba. Ni siquiera hacía el menor gesto. Parecía no sentirme. Agité mi mano aún más rápido y más deprisa. Susurré su nombre una y otra vez. No se movía. Le toqué la cara para darle unas palmaditas a ver si así conseguía despertarlo al fin.

No se movía. ¡Juanjo! ¡Juanjo! Decía. Nada. ¡Juan José! ¡Juan José! ¡Despierta! No se inmutaba. Lo zarandeeé con mucha más fuerza al tiempo que ya no susurraba ni decía su nombre, sino que lo gritaba. ¡Juan José! ¡Juan José! ¡Despierta, por favor! Al escándalo de mis gritos bajó corriendo Ana las escaleras atándose la bata.

—Mina, ¿qué pasa? —Bajó despeinada, con toda la melena suelta y en la cara como si fuese la Virgen de los Chorreones.

—¡Qué no se despierta, Ana! ¡Haz algo!

Yo continué zarandeándolo y gritando su nombre. Él no me respondía. Tenía el mismo porte que la noche anterior, cuando hablábamos y reíamos. El pelo moreno recién cortado, la barba de tres días que ya asomaba, el jersey negro que le puse hacía algunos días. Las manos grandes, blancas y huesudas caían a lo largo de su corpulento cuerpo. Ana empezó a llorar apoyada contra la pared. No decía nada. No hacía nada. Ni siquiera me sujetaba para que yo dejara de balancear de aquella manera tan brusca a mi esposo. Me agoté en poco tiempo. Mi preñez no me permitió hacer más esfuerzos.

—¡Juan José! ¡Juan José!

—¡Despierta, por favor! —Me abalancé en la cama sobre él abrazándolo. No sentía que sus brazos respondiesen a mi abrazo. Seguía sin despertarse.

Tuvieron que pasar varias horas para que yo comprendiera que ya no iba a despertar nunca.

—Yo pienso soñar contigo toda la noche y, si tú haces lo mismo, evidentemente nos veremos en el sueño, ¿no? —Creí oírle repetir de nuevo.

VI

Después de pasarme todo el día en la alcoba de arriba refugiándome en mis recuerdos, me armé del valor suficiente para enfrentarme a la realidad. Me aseé un poco. Le pedí a Ana que buscara un vestido negro que ponerme. Algo difícil viendo mi enorme barriga. Recogí mi pelo en un moño bajo y me puse una redecilla negra para que no se me escapara ningún mechón. Polvoreé un poco mi cara porque de tanto llorar se me habían hinchado hasta los mofletes. Bajé a la planta baja. Mi madre rezaba el rosario sentada en la mecedora. Cuando sintió que bajaba me miró, pero no me dijo nada. Sita jugaba con la niña en el comedor. Mi alcoba estaba vacía. La ventana estaba abierta de par en par y alguien había quitado las sábanas. Mis sollozos se mezclaban con las risotadas de mi niña jugando a *pun puñete* con mi hermana.

—Tu suegra ha pensado que era mejor velarlo en su casa, *en su alcoba de siempre*, ha dicho -espetó imitando sus palabras.

Era incapaz ni tan siquiera de enfadarme. «Que hagan lo que les dé la gana», pensé. Me senté en uno de los peldaños de la escalera y Ana se acercó a sentarse a mi lado.

—Cuando quieras vamos para allá.

La miré intentando suplicarle que me dijera que aquello no era cierto. Que todo era una broma y que Juan José cruzaría el umbral de la puerta diciendo alguna tontería en cualquier momento. No podía controlar que las lágrimas no salieran de mis ojos. Sin embargo, pensaba que ya no podía llorar más. Ana respiró profundo y cogió mi cabeza para que la apoyase en su cuerpo. Estuvimos abrazadas largo rato. Cuando abrí los ojos y me separé de ella descubrí que mi hija estaba observándome. Tenía los ojos también llorosos.

Le habían puesto un vestido negro de cretona que no le llegaba ni a las rodillas. Verla así me destrozó aún más por dentro. No obstante, me levanté como pude sujetándome el vientre y fui a besarla.

—Vámonos ya, nos estarán esperando.

Deseé poder quedarme allí y no ir a ver a nadie, pero no me quedaba otro remedio. Siempre había odiado los velatorios. Hay quienes van realmente por acompañar tu duelo, pero otros van solo por cumplir y lo único que hacen es incordiar. No quería ver a nadie y tendría que soportar los comentarios de unas y de otras, porque todas tendrían, seguro, algo que opinar.

Cogí a mi hija de la mano y salimos dirección a casa de mis suegros. Aún no conseguía comprender por qué habían decidido llevárselo allí. Pero aquello daba ya igual, no iba a volver, y tenía que hacerme a la idea. ¡Todo parecía ir tan bien! Pensaba con rabia. Mi madre no decía nada. Sus ojos se perdían en el abismo sin echar ni una lágrima, sin acercarse a nadie y sin dejar que nadie se acercase a ella. Mi padre iba en primer lugar, después seguía sus pasos yo con mi hija, mis hermanas nos pisaban la sombra y después, lejos, mi madre caminaba a duras penas por el empedrado de la calzada.

Al fin llegamos. Todo fueron abrazos y palabras de consuelo hacia mi persona y la de mi hija. Miraba a las personas que se acercaban a mí sin decirles nada. ¿Qué les iba a decir? Ellas no entendían nada. Me senté junto a mi suegra y mi hija en las sillas que ya habían colocado en el comedor. Habían pasado el día adecuando la casa para el velatorio. No me habían tenido en cuenta para nada. Ni las flores, ni los mensajes de despedida, nada.

—Hemos preferido dejarte reponer, Mina. Espero que no te importe — me decía mi suegra entre sollozos.

La mirada sin rencor, pero no le decía nada. Ansiaba que acabara todo aquello. Quería volver a casa y llorar tranquila la muerte de mi esposo. Con el paso de las horas la gente se iba marchando y cada vez quedaba la casa más tranquila y desolada. El olor a vela era lo único que recuerdo de aquellas horas de vigiliias y desvelos. La niña se quedó dormida en la silla apoyada en mi regazo. Apenas quedaba nadie rezando el rosario en el comedor. Se oía hablar a algunos hombres fuera. Mi suegra, mis cuñadas, mis hermanas y mi madre rezaban el rosario ininterrumpidamente, a veces de forma individual y otras en colectivo.

Acomodé a la niña en la silla y le eché la toca negra que cubría mi cuerpo y me acerqué a la alcoba donde descansaba mi esposo. Me acerqué

sigilosa, como si temiera despertarle. La cara la tenía igual que esta mañana. Alguien se había encargado de quitarle el jersey negro y ponerle un traje elegante y sofisticado. Algún quinqué y varias velas oscilaban la única luz que lo alumbraba. El olor a vela consumida se mezclaba con el de las flores que adornaban el cuarto. Se veía galán como siempre. No me atrevía a tocarlo a pesar de desear hacerlo. Rocé suavemente sus mejillas con la punta de mis dedos comprobando que estaba aún más frío que esta mañana. No podía creer que nunca más fuera a tocarme, a hablarme, a bromear conmigo, a enfurecerme, a acariciarme, a besarme con dulzura en los labios como quien toca pétalos de azahar. Me quité la alianza y se la coloqué en el dedo meñique. Quise quitarle la suya para quedármela yo, pero en el último momento decidí no hacerlo. No me preguntes por qué porque yo tampoco he podido entenderlo nunca.

La alcoba estaba preciosa llena de flores. Recordé la noche en que volví de la guerra y yací allí con él. Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado aquello. Ahora veía que yacía él solo en aquella misma cama. Sonreí por el doble significado de la palabra. Miento. No sonreí. Pasó mucho tiempo hasta que conseguí volver a reír. Realmente sonrío ahora al recordar aquello e imagino que en aquel momento también lo hice.

Volví al comedor y la escena seguía siendo la misma. Nada había cambiado. Miré el reloj que llevaba colgado y le rogué a Dios porque pasaran las horas más deprisa. Aquella pintaba ser una noche muy larga.

VII

Al día siguiente, seguimos todos al coche fúnebre que portaba los restos de Juan José. El sepelio fue tranquilo, aunque fueron muchos los que se acercaron a acompañarnos. Yo agradecida eternamente a aquellas personas. Llegamos al cementerio agotados por el calor que apretaba con fuerza aquel dos de junio. Los enterradores se ocuparon de darle sepultura y descanso eterno. Permanecimos inertes ante el hueco en el que había sido sepultado.

El gorjeo de los pájaros y el arrullo de las palomas se mezclaban de vez en cuanto con algún sollozo de los que estábamos allí. Yo no lloraba. Las lágrimas se me habían secado aquella mañana. Observaba todo aquello con la angustia contenida. Mi hija me sujetaba fuertemente de la mano. Las dos mirábamos al unísono cómo un señor obeso y sucio y otro flaco y sucio también bajaban con cuidado el ataúd donde descansaba mi esposo y su padre. Llevaba un ramo de claveles blancos y Pepa, dos rosas blancas. Cuando hubieron finalizado el descenso de la caja, empuje con suavidad a mi hija para que le echara las flores a su padre. Después hice yo lo mismo. No pude seguir conteniendo las lágrimas, me derrumbé. Entre varias personas me sacaron de allí por temor a lo que llevaba dentro. Sentí que las contracciones me empezaban antes de tiempo.

Me llevaron hasta casa de mis padres. Descubrí que mi madre estaba allí. Hasta ese momento no me percaté de que no había estado en el sepelio. Lloraba a pleno pulmón suplicándole clemencia a Dios. Quiso disimular el verme entrar, pero yo ya la había visto. Me ayudaron a acostarme en la cama y llamaron al médico.

—Todo está bien. Pero debe descansar porque el bebé está a punto.

Me quedé en aquella cama días y días, noches y noches. No quería levantarme ni permitía visitas. Me disculpaba con la advertencia de descansar para no poner en peligro al bebé, pero mis excusas no hacían más que beneficiar mis deseos de soledad. No me daba cuenta y mis desprecios hacia los demás y hacia mí misma estaban destrozando a otra

persona. Por las noches no dormía. El silencio de la noche era interrumpido a veces por los sollozos de mi madre al otro lado de la vivienda.

—¡Tan joven y con dos criaturas, Dios mío! ¡Ayúdala! ¡Ayúdala Dios mío! ¡Ayúdala! —Y seguía llorando.

Mi vida se detuvo aquellos días. Mis sueños se cercenaron para siempre. Mis ilusiones, mis planes de futuro, mis esperanzas, mis deseos, todo se rompió en mil pedazos. Podría contar mi experiencia al paso por esta desdichada vida hasta aquellos días, sin embargo, tan solo tenía veinticuatro años y *si Dios quería*, me quedaban otros tantos por vivir. La realidad siempre duele. Y mucho. Y llega un momento en el que no nos queda más remedio que afrontarlo. Cuanto antes se haga mejor. La vida es un juego. Esto nos lo han dicho muchas veces. Un juego que no podemos abandonar y que, aun perdiendo y cayéndonos al vacío, debemos volver a tirar los dados para seguir avanzando. No vale rendirse. Solo acabaremos cuando lleguemos a la meta.

Decidí entonces que había llegado el momento de seguir con el juego, ya me había detenido bastante. Cogí metafóricamente los dados y los tiré con fuerza sobre el tablero. Ya solo faltaba esperar impacientes cuál sería la siguiente casilla y el próximo reto al que debíamos enfrentarnos.

Capítulo 14

I

Tuve que dejar el negocio del vino y, con ello, la casa en la que había estado viviendo en los últimos años. Mi hermano Vicente y mi padre se ocuparon de sacar de allí los muebles que me correspondía y de anunciarle a la casera que dejaba el alquiler de su vivienda. La casa volvió a ponerse el cartel de *Se alquila esta vivienda* que hube guardado.

Cambiaba mi postura de la cama a una silla frente a la ventana y vuelta a empezar. Solo salía de la alcoba cuando mi esfínter no aguantaba más. Alguna de mis hermanas me llevaba en un plato mi ración de comida, pero normalmente la despreciaba. No tenía hambre. Miraba atenta por la ventana. La gente fluía. Iban a lo suyo. Inmersos en sus conversaciones. Nunca vi a nadie que se preocupara por alzar la cabeza hacia donde yo me encontraba. Pensaba en mi hija y en el que había de llegar inminentemente y no sabía cómo afrontar aquello. Algo debía pensar para conseguir tirar para adelante. Sin embargo, siempre solucionaba mis vanos pensamientos en resolverlos luego. “San Luego es muy malo”, me martirizaba el refrán castellano en mi cabeza cada vez que evitaba buscar alguna solución. Debía ponerme a trabajar. Aquello era obvio. No podría permanecer allí enclaustrada eternamente.

Algunas vecinas del pueblo se acercaban a preguntar por mi estado. Escuchaba de fondo cómo mi hermana le daba explicaciones a quien fuera y después me disculpaba. Respetaban mi decisión de no tratar con nadie. Estaba tan sumida en mí misma y en mi dolor que no era consciente de que con ello estaba hiriendo también a los que me querían. Nadie quería verme así. Supongo que sería más fácil para ellos volver a verme aparentemente bien más pronto que tarde. Pero no podía esconder mis sentimientos. Pensaba en Ana mucho en aquellos días. Por mucho que quise imaginar lo que sintió por la muerte de Mateo, ahora me percaté de que no me hacía ni la más remota idea. Tal vez por ello, no me agobiaba ni me cansaba con sus entradas a aquel cuarto. Simplemente se hacía notar

fuera para que yo supiera que estaba cerca. Ella pensaría que si yo quería que me acompañara me encargaría yo misma de hacérselo saber.

Los días se simultaneaban terriblemente monótonos. Todos los días se ponía el sol, este daba paso a la luna y al amanecer volvía el sol a elevarse por entre los tejados de las casas. Así un día tras otro. Sin tregua. Sin cambio. De vez en cuando pasaba alguna nube. Después desaparecía. El verano empezaba a apretar de nuevo. Otra vez el calor, pensaba al tiempo que reprochaba al mundo todo. Y nada. ¿Qué culpa tendría aquella señora anciana que cruzaba por la calzada? Ninguna. ¿Qué cambiaría ese niño de pantalón corto a su ingle y calcetines altos si yo le suplicara a Dios que lo hiciera? Nada. Podría escribir miles de hojas en blanco para expresar lo que sentía. Podría romper cientos de lapiceros machacándolos contra la nada para que el mundo sepa que había muerto. Y, sin embargo, a quién le importaba aquello. A parte de a mí, a nadie.

Pude evitar que ni mi madre ni mis hermanas permanecieran en mi alcoba más del segundo que se tarda en dejar un plato sobre la mesilla. Pude evitar que ninguna vecina pasara a besarme como señal de consuelo por el luto. Pude evitar comer nada que no me apeteciera. Pude evitar ver el sol salir de nuevo cerrando con fuerza los ojos. Pero, no pude evitar que mi hijo quisiera llegar ya al mundo diecisiete días después de la muerte de su padre. Las contracciones me empezaron una noche, pero no fueron realmente insoportables hasta la mañana siguiente, cuando informé de ello a mi hermana Ana, que dormía en el canapé del comedor.

II

Llamaron a la comadrona y al médico. Mi estado físico y mental obligó a acarrear con tanto personal sanitario. Al principio fui más reacia con todos lo que quisieron ayudarme, pero cuando los dolores se fueron haciendo cada vez más intensos me di cuenta de que no podemos estar solos. Me dejé hacer. Sabía que si no lo hacía algo podría torcerse en el último momento. Además de la partera, solo mi hermana Ana estuvo conmigo. Los demás esperaban ansiosos en el comedor. Fueron horas en las que el dolor logró borrar mis pensamientos. Me centré en que naciera sano nuestro hijo y punto. No quería pensar en nada más. El parto fue mucho más rápido que el de mi hija. Tal vez el miedo a lo que ya sabes que duele te hace ir más deprisa para que finalice lo antes posible. Anocheceía cuando la partera puso a mi hijo entre mis brazos.

—¡Es un varón! —gritó Ana al exterior, pero sin retirarse de mi lado. Varias vecinas se habían acercado a enterarse por mi salud invitadas por el ajetreo y la curiosidad.

Estaba arrugado, morado y pringado de una mucosidad blanca, por lo que no podíamos reconocer parecidos. Después de limpiarme y cubrirme, la comadrona dejó paso a los que se agolpaban ansiosos por conocer al pequeño. La alcoba se convirtió en un centro de peregrinación. Parecía que todas aquellas personas ansiaban el momento oportuno por cruzar el marco de la puerta y *abriguar* lo que había en el interior. Creí reconocer a más desconocidos que a mi propia familia entre todos aquellos curiosos. Pensé que estaría horrorosa, recién parida, dolorida y cansada. Pero poco podía hacer por aquellas personas que solo quería comprobar que tanto mi hijo como yo nos encontrábamos en perfecto estado y que todo había salido bien.

—Menos mal que no te ha castigado Dios llevándose también a tu hijo. Aunque nunca es tarde, —dijo santiguándose— ¡qué Dios nos pille confesaos! —Y se quedó tan ancha.

Besé con suavidad la frente de mi pequeño que dormía plácidamente entre mis brazos.

—No digas eso mujer, el niño está perfectamente y no le va a pasar nada —le contestó otra.

—Pues el nieto de la espartera se murió a los cuatro días de nacer por una infección de no sé qué aire de esos. —Opinó otra señora sin darse cuenta de que su comentario estaba fuera de lugar.

—Bueno, bueno, dejaos de necedades señoras. ¿Y qué nombre le vas a poner, Mina? —Se notó perfectamente que lo único que quiso fue desviar la conversación antes de que me pusiera furiosa y las echara a todas de allí. A pesar de saberlo, me contuve y decidí hacer oídos sordos ante las palabras necias.

—Pues Ramón como su abuelo, que es lo que toca. —No me hacía gracia la idea de tener que ponerle a mi hijo el nombre de mi suegro después de fallecido mi esposo, pero las cosas eran así. No había elección antroponímica en aquella época.

—Esta criatura tiene que llamarse Juan José como su padre. —No me había percatado de la presencia de mi suegra en la estancia, pero se había acercado a conocer a su nieto ante las noticias que de seguro le llegaron hasta su casa. —Juego mayor quita menor, hija mía —me dijo mirándome directamente a mí al tiempo que se acercaba y estiraba los brazos para que le dejase tomar al bebé. Respiré y sonreí de alivio ante su permiso, porque ansiaba que mi hijo se llamara de aquella manera: Juan José.

III

Estuve todo el verano en casa de mis padres. Cada día daba un paso más allá buscando el consuelo y la conversación. No podía hundirme en mí misma. Tenía que buscar la manera de trabajar para hacerme yo el cargo de mis hijos. Sabía que mis padres estaban dispuestos a hacer todo por mí y por ellos, pero yo no podía permitirlo.

El pequeño Juan José era un comilón, dormilón y tranquilón. Pero cuando abría el ojo y empezaba a berrear por cualquier razón salían zumbando hasta las palomas que descansaban en los tejados de alrededor. Acababa agotada de mecerlo de allí para acá para que se relajara. Gracias a eso, conseguí dormir algunas horas. La niña lo trataba como un muñeco. Jugaba con él simulando que era una marioneta aun cuando dormía. Le chistábamos a la pobre a menudo para que lo dejase tranquilo. Sobre todo, cuando habíamos tardado horas en dormirlo. La pobre se pasaba las horas en el corral jugando al truco ella sola tirando una piedra una y otra vez al tiempo que saltaba a la pata coja.

Mi madre era la que tenía un comportamiento ajeno al resto. Todos estábamos al tanto de que nuestra madre no estaba bien, era más que evidente, pero no nos decíamos nada. Callábamos y seguíamos con nuestras tareas. Sita salía todas las mañanas a peinar a unas y a otras en sus casas. Ana se ocupaba de la casa y de la comida. Terminé por ayudarla en sus labores porque, si no, pensé que se me vendría el mundo abajo de nuevo. Empecé a asumir lo que había. No tenía elección ni se podría echar marcha atrás. Tampoco podía cambiar los sucesos. Así que... Preparar la comida para todos era una buena manera de cambiar los conceptos muerte, sangre, tristeza, desolación o calvario, por la de patatas, ajos, cebollas, huevos y apios.

Aún era demasiado pronto, pero le pedí a mi hermano que preguntase a sus compañeros entre los capataces si podrían ofrecerme algún trabajo en el campo. Ya había pasado meses ayudando a Vicente con el ganado, así que pensé que cualquier trabajo en el campo sería igual de costoso. Me

daba igual lo que fuese, estaba dispuesta a asumir toda responsabilidad con tal de sacar a mis niños adelante. No estaba dispuesta a que nadie tuviera que terminar echándome en cara que los estaba olvidando porque eso no era en absoluto verdad. Madre se pasaba las horas sentada en una silla adormilada. Perdía la mirada dejándola fija en un punto. No hacía nada. Apenas se levantaba. Y si lo hacía caminaba sigilosa procurando no toparse con nada. Su aspecto mostraba una gran desolación fantasmal. Parecía un cadáver vagando por la casa. A veces se atormentaba a sí misma repitiéndose lo mismo una y otra vez.

«Sola y con dos criaturas. Tan joven.» «¡Qué lástima de mi hija!» «¡Qué lástima de mi hija!»

Parecía que iba perdiendo la cabeza cada vez más. La fue perdiendo hasta quedarse completamente sin ella. Durante mucho tiempo permaneció en silencio. De vez en cuando suspiraba, como quien espera que llegue la clemencia divina, pero esta se hace esperar. Ella creía respetarme guardando el luto. Mi vestido negro de franela parecía más ligero que el suyo de acrílico. Pensaba que aquel vestido debía picarle y agobiarle, pero no protestaba ni se quejaba de nada. Solo esperaba que llegara el día siguiente y así, día a día.

Con un retal de algodón negro, le hice yo a mi hija un vestido precioso para que lo luciera a diario. Con él pasaría el verano sin que le agobiara el calor. Para la llegada del invierno ya conseguiría hacerme de un retal más grande de alpaca para hacerle uno nuevo y un abrigo de paño del mismo color.

IV

Ese mismo septiembre, sin mayor demora, empecé mis jornadas en el campo. A finales de septiembre empezaba la época de la vendimia y un amigo de Vicente me hizo un hueco entre sus jornaleros. Nunca había vendimiado, pero había trabajado con el vino y suponía que algo tendrían que ver los dos trabajos. La verdad es que nada. Vender vino en casa a las vecinas chismosas que se acercaban era mucho más cómodo y sencillo. Me iba jornadas enteras de sol a sol. Sabía cuándo me iba, pero era una incógnita mi vuelta. Salíamos del pueblo antes de que amaneciera, para llegar al tiempo que salía el sol. Y hasta que el sol no había casi desaparecido no recogíamos para encaminarnos de vuelta a casa. Llegaba derrotada y no tenía más ganas que echarme en la cama y dormir hasta el día siguiente.

Los riñones me ardían del dolor. Pasaba más de doce horas agachada cortando racimo a racimo. Al principio cortaba más veces mis propias manos que las uvas. Me alzaba quejándome y con mi mano ensangrentada. Entonces los hombres que había a mi alrededor me enseñaban cómo cortar la hemorragia.

—Así, mira, muchacha —me explicaban metiendo la mano entre la tierra y sacándola de nuevo.

—¿Ves? Ya no hay sangre.

Yo temí infectar las heridas y al principio era recelosa de seguir aquellas indicaciones. Al final por cada corte que me hacía, hundía mi mano en la tierra húmeda y seguía con mi trabajo. No podía detenerme. Si me quedaba atrás me reñían. Compartía los ratos de descanso y almuerzo con las otras mujeres que también vendimiaban conmigo. El sol apretaba con fuerza. A veces creía que derretiría mi cerebro. Me tocaba a veces la cabeza y sentía que me ardía el pelo. Si algún día lloviznaba no parecía importarle a nadie. Seguíamos cortando racimos de uvas sin detenernos ni para retirarnos los mechones de cabello que se escaparan del resto. Era un trabajo a contra reloj. El capataz nos exigía rapidez y corrección. Era

claro. Así me pasé más de un mes. Apenas vi a mis hijos. Al medio día parábamos aproximadamente una hora para comer. Cada cual se alimentaba con lo que hubiese llevado. Yo por las noches me preparaba en el zurrón pan con longaniza y bebía agua del botijo común. Pasaba mucha hambre.

Mi cuerpo estaba repleto de arañazos. Mis brazos tan cortos me obligaban a adentrarme bajo las cepas para cortar los racimos más profundos. Eso hacía rozarme con todas las ramas posibles y hacerme fáciles arañazos. Cuando llenaba los capachos de racimos los portaba al hombro y los llevaba al carro tirado por las mulas. Después vuelta a empezar. Cuando me despertaba por las mañanas, lloraba de pena por mí misma. Un día tras otro se hacía aquello insoportable. Estaba tan agotada que afortunadamente no me quedaba tiempo para pensar en nada más que en uvas, viñedos, vides, cepas y *capachillos* llenos.

V

Poco más de un mes estuve vendimiando. Acabó la época de la vendimia y regresé a casa tan molida que no podía hacer otra cosa que descansar. Cerca de tres días los pasaría durmiendo. Y no soñaba en otra cosa que, en uvas, viñedos y un capataz que no paraba de exigirme rapidez. Me levantaba más cansada de lo que me había acostado y pasaba los días también metida en la cama.

Me buscó mi padre faena en casa de unos labradores que cosechaban azafrán. Toda la familia se dedicaba a la recogida de la flor, pero una de las hijas se encontraba indispuesta y les venía bien otra mano. Me llevó mi padre con el borrico hasta los campos de estos señores. Debido a la lejanía del pueblo me vi obligada a quedarme allí hasta que acabara la recolección. Mis hermanas me prometieron hacerse cargo de mis hijos mientras tanto. Mi madre no podía hacerse cargo de nadie, había perdido por completo la cabeza y no sabíamos qué hacer con ella.

El primer día que llegué allí no tenía ni idea de cómo se recogía azafrán ni cómo se obtenía aquella colorada especia para las comidas. Sustancia que conocía de oídas, pero que jamás había tenido el gusto de probar y dudo mucho que mi bolsillo alcanzara tal manjar. Lo llamaban el oro rojo. Era un bien tan preciado que el primer día me pidieron no hacer nada y solo observar. Me pagarían igual, así que no me pareció mala idea. Pude entonces comprobar que el amor no se ofrece solo a las personas, sino que también puede darse a otras clases de entidades que también forman parte de la vida. Y era ese amor, precisamente, el que conseguía que aquella flor tan fina y elegante diera como fruto un rojizo aderezo capaz de convertir un simple potaje en una exquisitez no apta para ciertos paladares.

Nos levantamos hacia las seis de la mañana. Eran los primeros días de noviembre y el frío se iba notando cada vez más. El azafrán es una flor color lila muy delicada. Hay que recogerla al amanecer, antes de que la flor se abra y esto ocurre al salir el sol. Por lo tanto, el horario de recolección solía ser de seis a diez de la mañana, aproximadamente. Si el

día amanecía nublado daba más tregua y se podía extender la jornada hasta las doce del mediodía, pero no más. El clima idóneo para cultivar esta flor tan dulce y aromática es el frío intenso en el invierno y el calor seco en el verano. No conocía entonces mejor terreno que el manchego para su cultivo.

Observé a aquella familia tratar con mimo sus flores para después imitarlos a la perfección. Cada uno portaba un cesto de esparto para conservar perfectamente sus propiedades. Me contaron que la humedad de otro tipo de capacho o de cesto podría ponerla blanda y estropearla. Una a una las iba deslizado con sumo cuidado del tallo al que estaban unidas en la tierra. El tallo es muy débil por lo que no se debe tirar bruscamente de ellas. Parecía algo sencillo, pero cuando me puse a ello no lo era tanto. Hay que tener un enorme esmero y prestar total atención a lo que se está haciendo. Se toma la lila flor, cuya fragancia es fascinante, y se extrae como si se tocara el agua fresca de un manantial con la punta de la yema de los dedos. La rosa había que mimarla, al menor descuido se maltrataba y perdía aromas y propiedades. Es un proceso tan largo, costoso y artesanal que dejó de extrañarme su precio.

Me contó el labriego que el azafrán era una rosa que ya cultivaban los antiguos egipcios. Lo consideraban esencia seductora. Los griegos descubrieron en sus propiedades aromáticas ese perfume sensual y lo utilizaban con ese fin seductor. Había quienes lo consideraban un afrodisíaco. Es la especia más cara del mundo.

Fueron los árabes quienes introdujeron el azafrán en España. “Azafrán” quería decir el *color de la luz*. Ellos lo utilizaban como medicina curativa. Aquí, nosotros la utilizamos para dar sabor y aroma a nuestras comidas. Cualquier receta culinaria da un selecto giro al añadirle algo de azafrán. Todas las comidas toman ese color amarillo dorado, tan parecido al oro real que no me extraña que recibiera ese apodo de “oro rojo”.

Era el ingrediente estrella de los guisos manchegos. Aunque sin duda, la especialidad de la familia era la perdiz en escabeche, a la que añadían breves motas de la esencia y convertían aquel plato en algo extraordinariamente digno de dioses. Me prometieron preparármelo al final de la faena para que pudiera comprobar por mi propio paladar aquel maravilloso sabor.

Tras la recogida de la flor se procedía a mondarla. Todo se hacía en la misma jornada. No se podía dejar nada para el día siguiente porque se corría el riesgo de que se estropearan las flores. Me enseñó una de las hermanas que para mondarla se doblaban únicamente dos pétalos de la flor. Con sumo cuidado para no romperlos. Al hacerlo pude apreciar el interior de la rosa. El color lila jugaba con el rojo de los estigmas y el amarillo de los estambres. Cada rosa tenía tres estigmas unidos en la base por el pistilo. A los estigmas también se les llamaba “hebras”, era el nombre más coloquial que empleaban. La muchacha dobló con una delicadeza sorprendente los dos pétalos, elegidos aparentemente al azar, y con las yemas de los dedos sustrajo los tres estigmas rojos de la flor.

—Y esto ya no nos sirve —señaló, refiriéndose a la flor que se llevó al olfato para disfrutar de su aroma.

Cuando llegó la hora de finalizar con la tarea de recolección nos dirigimos todos hasta el portalón de la casa. Allí nos sentamos alrededor de una mesa con todas las flores recogidas sobre el tablero. Fue magnífica la ambientación que se produjo gracias a tan poderoso aroma de la rosa del azafrán. El “*desbrín* de la rosa” se llamaba técnicamente aquello de mondarla. Lo hacían, me explicaron, para evitar que la humedad que poseían los estigmas estropeará el trabajo. Después era necesario tostar la especia de inmediato. Tras el tueste, adquirirían su aspecto definitivo: ese rojo brillante que ya estaba preparado para cocinar cualquier manjar. Vi como todos trabajaban con cuidado y delicadeza, pero a gran velocidad.

Parecía que no pensaban lo que hacían, lo hacían sin más.

—Llevamos haciéndolo desde niños —me explicó uno de los muchachos ante mi cara de horror sorprendente por su desparpajo.

Por cada flor que yo conseguía mondar, ellos ya llevaban la docena. Sin embargo, con el paso de los días, la práctica y la experiencia pude ponerme al mismo nivel que ellos. Y si no en su totalidad, sí en parte.

Aprendí a sustraer la rosa del tallo con firmeza y suavidad. La dejaba en el cesto cuidando de no espachurrarla y después, aprendí el arte de mondar la flor al tiempo que conseguía intervenir en las conversaciones. Aquel trabajo sí me encantó. Se me hacían los días muy largos porque solíamos estar mondando y esperando al tueste hasta cerca de las dos de la

madrugada, pero con gente entrañable y amigable todo se hace más llevadero. Extrañaba mucho a mis niños, pero imagino que ellos algún día entenderían el porqué de mis ausencias.

Necesitábamos unas noventa mil rosas para adquirir un solo kilo de azafrán. Los datos explican su elevado precio. Después de tostar ese oro rojo lo guardaban en arcones de madera gruesa para evitar que les diera el frío, el calor y la humedad. Terminábamos los días escuchando el leve golpeteo del cristal que producían las copas de vino. No celebrábamos más que el trabajo bien hecho y la oportunidad de la vida. Y por el futuro. Porque todo aquello que desaparece significa que hay mucho más lo que nos queda por vivir. Con ellos aprendí a disfrutar de los pequeños detalles, los alegres regalos que nos ofrece la vida. Presentes tan diminutos que se nos escabullen si pasamos por encima de ellos.

Me pagaban con dinero, pero también me daban un puñadito de azafrán. Aprovechaba las visitas a casa para condimentar los guisos con unas motitas de azafrán. No había duda de que enriquecía mucho la gastronomía. El resto de la especia la vendía mi hermana Ana en el mercado de abastos.

VI

Pasaba con aquella familia los días con sus noches, y las noches rodeando la mesa mondando flores eran muy largas, por lo que pude hacer amistad con todos ellos. Se trataba de una buena familia. Solían vivir en la casa del campo casi todo el año, con buenas lumbres y pucheros soportaban el frío del invierno, decían. En verano tenía que sembrar el azafrán y para ello también necesitaban del cuidado y cariño de todos ellos. El matrimonio había tenido muchos hijos. Ya estaban mayores, pero demostraban una fortaleza garrafal aguantando horas agachados, tratando con mimo su bien máspreciado. Ella tenía una voz tan dulce que bien podría haber sido maestra. Reía a carcajadas cuando le refería aquello. La pobre nos sabía ni escribir si quiera. El esposo fue quien me contó todas las historias con respecto al azafrán, su origen y características. Lo sabía todo sobre la especia. Habían tenido ocho hijos. Los dos mayores habían muerto en la guerra.

—¡Me los mataron, hija mía! —me decía ella sin evitar el escape de alguna lagrimita. La tercera, con veinticinco años acababa de tener su cuarto hijo. Era ella la que no podía estar con nosotros porque había cogido una horrible infección de sobreparto.

—¡No paro de rezarle a Dios para que no se la lleve también a ella! — Me contaba su madre.

Rosa, la cuarta, tenía mi edad y un niño de dos años. Hicimos buenas migas juntas. Ella me contó que también esperó a su novio para que volviese de la guerra. Por suerte para ella todo parecía irles viento en popa. Le contaba mi drama, porque me era difícil relatar todos mis padecimientos de un tirón. Los cuatro más pequeños trabajaban igual que el resto. Era un hembra y tres varones. El más pequeño tenía solo diez años y nos sacaba ventaja a todos. Era hábil y rápido y con sus tiernas manos infantiles mondaba varias rosas por minuto. Aquel muchacho era fascinante.

La época del azafrán llegó a su fin y tuve que volver a casa. A mi regreso descubrí que todo seguía igual. Había empezado mi hija en la escuela y se pasaba las tardes repasando el abecedario en una libreta. Mi niño estaba cada día más grande y más hermoso. Los había echado de menos. Y ellos a mí también.

Madre seguía igual. O incluso me atrevería a decir que estaba peor. Mi padre estaba terriblemente preocupado por ella. Le dolía en el alma verla así. Intentaba hablarle o convencerla para salir a pasear, pero ella parecía vivir en un mundo paralelo al nuestro y no se inmutaba, parecía no recibir las señales. Me contó mi padre que a veces la descubría llorando y llamándome. Pero cuando él aparecía ella volvía a su estado de aislamiento.

Mis hermanas lo ayudaban a asearla, pero darle de comer se había convertido en un calvario. Con mi vuelta intenté recomponerla, pero en vano. Cuando le hablaba, no me miraba y cuando la tocaba, no parecía sentir mi tacto. Era como si no estuviera allí y una estatua la hubiese sustituido. Me ardía el alma verla en ese estado. Siempre pensé que fueron mis circunstancias y la pena que la acongojó los motivos por lo que se evadió del mundo. Daba la sensación de que se había cansado de vivir y esa fue la única forma que encontró para conseguirlo.

Antes de que acabaran esas navidades volví al campo en busca de nueva faena. Recordaba con dolor las pascuas anteriores. Sin embargo, tras perder horas, minutos y segundos llorando concluía que aquello no me servía para nada. Era la época de olivos y aceitunas. Cuando llegué a los campos de olivares, los trabajadores ya habían comenzado con la tarea. Mi función era pasearme de rodillas entre las olivas. Debía recoger las aceitunas que habían caído al suelo y no hubiesen entrado dentro de los mantos que usaban para recolectar las que caían tras el vareo del árbol. Esto mismo lo hacían otras mujeres, pero con las aceitunas que hubiesen caído solas de los árboles, antes de varear el árbol.

No sé si fue peor eso o vendimiar. El trabajo en el campo es terriblemente cansado. También me fui de quintería y allí nada de buenos guisos con azafrán, comimos durante los casi tres meses que estuvimos trabajando sopa sin fideos. De vez en cuando sí me encontraba alguno aislado, pero muy de vez en cuando. Había quienes se ocupaban de la

comida. Éramos muchos y los fideos no abundaban en demasía. Entonces, estas mujeres rebajaban con agua el puchero para obtener mayor cantidad de comida. Lo que yo degustaba en mi exquisito paladar era agua caliente y turbia. Y con eso en el cuerpo, de sol a sol, recogía de rodillas las aceitunas más rezagadas. Por las noches nos hacíamos friegas de vinagre para curar las heridas y las ampollas que nos salían.

Parece que el hombre es un animal de costumbres y al final se me hizo callo tal en la rodilla que pensé no andar con los pies nunca más. Allí también hice amistades, pero todas las mujeres eran mayores que yo y los hombres parecían ignorarnos.

—¡Esto no es trabajo de mujeres! —creí escuchar a uno de ellos mientras vareaba.

Si el azafrán requiere cuidado y esmero, no parecía que la aceituna lo requiriera igual. Los hombres vareaban el olivo con saña y barrían las hojas con mucha fuerza para que ninguna oliva se quedara perdida entre las ramas. Aquellos hombres no podrían recoger flores de azafrán, reía al pensarlo, destrozarían todo el campo de rosas.

Con el paso del tiempo, fui haciéndome a ello. Me veía flaca. Tenía que anudarme la falda negra porque cada vez me sobraba más tela. Pasé un frío horroroso. Enero en el campo de la Mancha suele traer nieblas espesas que impiden la visión más allá de un metro. Esa humedad te mojaba el pelo y la cara y no te deshacías del frío en toda la jornada. Sentías cómo se apoderaba de tu cuerpo, traspasaba tu piel, tus músculos y atrapaba tus huesos.

Mitad de diciembre, enero y algo de febrero para terminar con toda la recogida de hectáreas y hectáreas de olivas. Regresé a casa con tiritonas que no desaparecieron en varios días.

VII

Una fresca mañana de abril, madre nos dejó sin apenas notarlo. Pareció quedarse dormida en el sillón orejero que durante tanto tiempo había estado ocupando. No dijo nada. No se quejó ni protestó por nada. Cerró los ojos y se fue.

Volver a vivir un velatorio y un sepelio no fue fácil para nadie, pero menos aun para mí. Volví a sumirme en mí misma. Aún no estaba repuesta y mi pena se unió a otra pena resultando una pena más grande.

Ana y Sita se ocuparon de todo. Mi padre pareció coger la enfermedad de mi madre tras su muerte. Ahora era él quien parecía aislado del mundo. Mis pensamientos de los motivos de la muerte de mi madre eran tan fuertes que cegaron mi entendimiento. Nadie podía quitarme de la cabeza que su muerte fue causada por mi pérdida. Tampoco llegué a entender por qué sintió tal pena mi madre. Se guardó en sí misma viéndome sufrir y trabajar hasta la consumación total; eso la llevó al final.

Mi dolor fue aún más intenso cuando creí ver el reflejo de aquello en mi padre. No podía soportar que mi pena, mi soledad y mis hijos huérfanos de padre, acabara con la vida de mis padres. Mi madre ya había muerto. Fue un velatorio tristísimo en el que yo no pude contener mi pena ni un segundo. Cada vecina se arrimaba a mí y se fundía conmigo en un caluroso abrazo. Yo no respondía a ninguno de ellos. No podía moverme. Tampoco deseaba compartir mi pena con nadie, pero debía ser agradecida con todos y aceptar sus buenas intenciones.

Procuré no dejar a mi padre solo ni por un segundo. Sabía perfectamente lo que estaba sintiendo, la ira y la rabia que lo consumía por dentro. No podía permitir que él también se dejara morir en un sillón orejero.

Salía con él diariamente en busca de Vicente y las ovejas. Hablábamos largo y tendido sobre el campo, el tiempo y el buen pasto. Procurábamos no hablar de madre, ni de Juan José, que en paz descansen. Si lo recordábamos era al revivir alguna anécdota graciosa en la que aparecieran

ellos. No sé de dónde sacaba el humor para hacer reír a mi padre y tampoco sé de dónde sacara él las ganas para agasajarme con sus sonrisas, pero nos complementábamos el uno y el otro y conseguíamos hacer de nuestra pérdida un recuerdo bonito.

Con el paso de los días comprobé que mi padre se espabilaba. Recuperó las ganas de seguir adelante. De ver crecer a sus nietos y esperar la llegada de muchos más. Por aquel entonces Vicente y Catalina acababan de tener a su segundo hijo. Se llamó Juan, igual que mi padre. Cuando se juntaban todos en casa, el patio de la higuera parecía un auténtico jardín infantil. Muchos de los vecinos habían tenido también hijos o nietos.

Viendo jugar a mis hijos y a mis sobrinos me recordaba a las tardes de verano en las que jugaba con mis hermanos. No podía evitar sentir nostalgia por aquellos años. Echaba la vista atrás y me daba cuenta de lo inocente que era y que éramos todos. No sabíamos por aquellos entonces todo lo que sucedería y las vueltas que daría la vida. Vueltas que acaban por poner a cada uno en su lugar.

Le pedí a mi padre que no nos dejara, al menos de momento, que la pena no le hundiera en el abismo y que pensara en disfrutar de sus nietos el tiempo que Dios le dejara en este mundo.

—Aprovecha lo que sea que te quede, padre —le dije al tiempo que me daba cuenta de que yo misma ya había aprendido esa lección.

Capítulo 15

I

—Me caso —dijo; y calló el tiempo suficiente para que yo asumiera lo que acababa de confesarme.

Tardé en encontrar respuesta. Por aquel entonces yo había encontrado un lugar de lavandera en una buena casa. Me estaba cambiando en la alcoba por la noche, al volver del trabajo. Comprobé que mis hijos dormían. Procuraba no despertarlos. Mi hermana se acercó a mi estancia con intención de hablar largo rato. Andaba ya varios días intentando decirme algo y yo intuía que no sabía cómo hacerlo. Seguí quitándome el babi mientras me ponía el camisón. Pero, dejé de hacerlo para sentarme en la cama y escucharla hablar.

Di con mi nuevo empleo casi por casualidad, mientras mondaba rosas de azafrán con mi familia de labriegos en el campo. Una de las hermanas trabajaba como niñera de tres niños y supo, por su señora, que andaba como loca buscando a una buena lavandera. Me dijo la señora, Victoria se llamaba, que necesitaba de alguien que se dedicara únicamente a la colada. Entraría a las ocho y saldría cuando ya lo tuviera todo hecho. A veces me daban las diez o las once de la noche.

La casa estaba en la calle *Reyes Católicos*. Era una casa hermosa por fuera, pero más aún lo era por dentro. Sus dueños la tuvieron mucho tiempo abandonada. Se marcharon a Marruecos poco antes de comenzar la guerra porque el marido de la señora era una personalidad importante y no quisieron buscarse problemas. Regresaron pasados los años de revueltas. Cuando ya todo parecía más calmado.

Victoria era una mujer muy bella y elegante. Siempre llevaba el pelo recogido en un moño italiano para dejar ver con claridad sus enormes pendientes de oro y su collar de perlas. Solía vestir con falda de tubo hasta debajo de las rodillas. Parecía tener una diferente para cada día de la semana. Nunca repetía, o muy pocas veces. Un pequeño tacón la elevaba del suelo unos centímetros. Las camisas que vestía siempre eran de seda fina o de organza. La fragancia que se ponía a diario dejaba tras de sí el

aroma fresco y agradable del perfume. Se sabía por dónde había pasado por el aroma que dejaba su perfume. Sus labios siempre pintados de rojo dejaban manchado el cigarrillo que con tanta elegancia sujetaba mientras tomaba té con amigas en la sala de estar.

A su marido lo veía bien poco. Era un señor canoso y con barba que llevaba siempre olor a puro. La estética no parecía afectarle ni preocuparle tanto como a su esposa. Se iba al amanecer y regresaba a la noche. A veces me lo cruzaba en la puerta cuando yo ya me iba o ni siquiera eso. Llegué a pensar que jamás había visto a sus hijos.

Tenían tres niños. Dos niñas y el pequeño era un varón. Las niñas eran rubias, con las melenas largas siempre semirrecogidas. El niño, en cambio, era muy moreno. Me atrevía a ridiculizar la diferencia entre las niñas y el niño. No parecían haber nacido de los mismos padres. El niño era callado, silencioso y tímido. Las niñas eran muy revoltosas y contestonas. Solían discutir entre ellas por todo y nunca se conformaban con nada. Me asomaba a su cuarto y descubría varias Mariquitas Pérez tiradas por los suelos, despeinadas y desnudas. El niño sí cuidaba sus juguetes. Observaba cómo colocaba con mimo sus coches de madera en los estantes, midiendo los centímetros que distaban uno de otro. Era sorprendente.

—No sabía que estabas viéndote con alguien —hablábamos con susurros. Sabíamos que si levantábamos la voz el pequeño Juan José se despertaría. Era de sueño fácil.

—Es que al principio no quise ilusionarme. —Lo había pasado tan mal con la pérdida de Mateo que temía que volvieran a destrozarle el corazón.

—Ya no va a volver a pasar lo mismo, Ana, puedes estar tranquila.

Ella suspiraba entre el miedo y la ilusión. Habían vuelto a brillarle los ojos y yo no había tenido tiempo para darme cuenta.

—A veces pienso que le estoy fallando —miraba de vez en cuando al cielo, como si los restos de goteras fueran a darle alguna respuesta.

—El amor es una goma, Ana —le dije sabiendo lo que ella quería explicar, aunque no supiera cómo—, puedes estirla y amar a todos los que quieras. Y eso no va a significar que dejes de amar a otras personas.

Ella consideró unos instantes su respuesta:

—Ya, pero si tiras mucho de una goma se puede romper. —Le sonreí viendo que tenía razón.

—Solo si lo haces con fuerza y rapidez. Si vas despacio y con cariño, la goma no se te tiene por qué romper.

Parecí convencerla. Después me contó quién era él. Lo hizo de forma rápida y concisa porque era tarde y yo al día siguiente tenía que madrugar. Aquel apuesto galán que había conseguido enamorar a mi hermana se llamaba Manuel. Trabajaba como capataz al mando de una cuadrilla de agricultores. El destino quiso que se encontraran por casualidad a la salida de la escuela. Ana recogía a Pepa y él aguardaba con un amigo la salida del hijo de este. Cuatro palabras tontas e insensatas sirvieron para cuajar una amistad que con el tiempo se consolidaría en algo más. Habían estado viéndose varios meses. Él, que vivía en *Madrid Moderno*, iba a verla en bicicleta todas las tardes. Ella se atrevía a hablarle y a revelarle sus sensaciones y sentimientos.

No lo sabía, pero se había vuelto a enamorar y no podía dejarlo pasar. Decidió tomar como suyos los consejos que me dio antaño y aceptó su petición de matrimonio. A todos nos pilló desprevenidos porque no nos esperábamos que Ana hubiese encontrado a un nuevo amor.

II

En la calle *Agustina de Aragón* pondría su hogar de recién casada. Rabié mucho por no poder ayudarla en la mudanza y en los preparativos, pero tenía que trabajar. Durante mucho tiempo ansiaba hacerme del suficiente dinero para comprarme alguna propiedad a la que irme a vivir con mis hijos. No quería dejar a mi padre solo, pero lo lógico era que me sacara las habichuelas yo sola del fuego.

Sita y ella se ocuparon de todo. Se llevaban a mis hijos a la nueva casa mientras ellas limpiaban y colocaban los muebles. Una tarde me alarmó la visita inesperada de Sita a la casa en la que lavaba. Era sábado por la tarde. Lo recuerdo porque los sábados solía hacer la colada de los más pequeños de la casa. Abrí la puerta a mi hermana con un trajecito de la Mariquita Pérez limpio, planchado y listo para colocarlo en su lugar. Sus ojos de terror me asustaron tanto que se me cayó todo al suelo. Algo le había pasado a mi pequeño Juan José. Pedí el permiso pertinente y, aunque no lo recibí del todo, (Victoria tomaba el té con las amigas y no era momento para molestarla) corrí con mi hermana a la casa de Ana.

Cuando llegué la cabeza de mi pequeño estaba completamente ensangrentada. En un principio me puse como una energúmena con mis hermanas. Después, entendí que no habían tenido la culpa de nada. Juan José lloraba con rabia queriendo evitar que nadie le tocara la cabeza. Nosotras lo sujetábamos con fuerza para hallar la herida y curarle. El aspecto de aquello cada vez era más repugnante. Decidimos llamar al médico con urgencia.

—¡Mi niño! ¡Mi niño! —Gritaba entre sollozos.

Juan José estaba muy asustado y dolido y no quería dejar al médico tocarle. Este se las vio y se las deseó para curarle la herida. Se le había infectado y por eso estaba adquiriendo un color tan desagradable.

Cuando se hubo calmado, el ambiente y el niño, me contaron los sucesos. Juan José era un niño muy travieso. Había que tener mil ojos puestos en él porque no se le ocurría nada bueno. Siempre andaba detrás

de hacer alguna trastada. Esta vez se le ocurrió saltar de tres en tres las escaleras que tenía Ana en el corral y que daban acceso al segundo piso. Estuvo toda la tarde repitiendo su hazaña sin hartarse hasta que tropezó y cayó al suelo desde varios metros de altura.

—¡Para haberse matado! —Dije.

Le regañé por inquieto y le pedí a su hermana que se hiciera cargo de él. Yo tenía que volver a la faena. Afortunadamente, todo quedó en un susto. El doctor curó su herida y nos dejó unos aceites para ponérselos en la frente cada cierta hora. Lo difícil ahora era procurar que el niño no volviera a abrirse la misma herida.

III

Estuve lavando en aquella casa hasta 1948. Unos tres años en total. Acaba rendida, pero, al menos, el trabajo no era tan agotador como el del campo. Me enteré allí de todos los entresijos de la alta sociedad de la localidad. Descubrí que, a pesar de discutir sobre la igualdad entre ricos y pobres, no nos parecíamos en nada. Las preocupaciones de aquella mujer no se parecían ni por asomo a las mías. A veces me parecían hasta ridículas las conversaciones que mantenían las tardes del té.

Té tan fino y elegante que yo jamás había probado. No sabía si su sabor era dulce o amargo, agradable o desagradable. A aquellas mujeres parecían encantarles porque se pasaban las tardes cacareando mientras tomaban una y otra taza y fumaban elegantes cigarrillos sujetos con delicadeza entre los finos dedos blancos y las uñas perfectamente pintadas de rojo. Hablaban de moda, de París, de *boutiques* madrileñas (que se conocían todas), de sus horrorosos maridos, del odio que sentían hacia ellos, de lo poco que soportaban a sus hijos.

Me reía de lo poco que escuchaba por no llorar. No podía entender tal desprecio hacia sus esposos. Yo aún amaba al mío, después de la muerte y hasta la eternidad. Tampoco el rechazo hacia sus hijos porque para mí los míos significaban la vida entera. Vida mía, pero también el resto de vida que aún existía de mi esposo.

Aquellas amigas fardaban con el resto de sus nuevas adquisiciones en el vestuario, sus próximos viajes a París o a Nueva York o las buenísimas notas de sus hijos. Yo no podía alardear de nada de eso. Lejos quedaba de mí visitar París o pasear por esas grandes avenidas sobre las que hablaban de Nueva York. Mi único objetivo era comprar una vivienda donde poder vivir con mis dos hijos.

Me maravillaba con cada uno de los objetos de aquella casa. Los cuadros mostraban antepasados ilustres de aquella familia. Las vajillas se exponían en las vitrinas como auténticas joyas de colección. Entrar en aquella casa era adentrarse en un mundo completamente distinto al mío.

Suelos de cerámica roja, paredes de tela pintada, muebles de madera de arce decoraban la cocina. Las vitrinas de nogal se veían por cualquier rincón de la casa. Caras figuras traídas de marruecos daban un aire especial y oriental a aquellas estancias. Las flores y las macetas abundaban por todos lados haciendo que el olor a rosa y a jazmín envolviera toda la casa. Las piezas del salón eran de ébano con adornos dorados, mobiliario conservado por el paso de los años y algunos hasta de siglos. Cada mueble tenía su propia historia. Habían sido transportados y restaurados en numerosas ocasiones. Aquellos muebles eran, sin duda, lo más valioso de toda la casa.

En los tres años que estuve casi viviendo allí, pude darme cuenta de muchas cosas. Yo siempre he sido una persona muy discreta. Nunca he querido que se metan en mis cosas y no me iba a meter yo en la de los demás. Así que yo me tomaba al pie de la letra el dicho ese de *ver, oír y callar*. Pero, aunque una quiera, no es ciega. Y los ojos lo ven todo. Al igual que una no es tonta, y lo que recogen los ojos lo asimila el cerebro dando ciertas explicaciones. Y como otro dicho dice *piensa mal y acertarás*, empecé a descubrir que la señora recibía visitas clandestinas tras las reuniones en torno al té con sus amigas.

A mí nadie tenía que darme explicaciones en esa casa. Yo tampoco las pedía, sin embargo, Victoria se comportaba de un modo extremadamente extraño cuando recibíamos la visita de un morito vendedor de alfombras. Victoria le había comprado tantas que ya no sabía ni dónde ponerlas. Me pedía lavarlas mientras ella iba con el morito a buscar el dinero a su alcoba. Supongo yo que lo tendrían bien escondido porque tardaban en bajar, algunos días hasta horas. Y yo, repito, *ver, oír y callar*. Se iba el morito y colocábamos la alfombra. Y yo seguía con mi tarea. Lavaba y planchaba lo que me ordenara la señora. Al paso de los días y al paso de alfombras, también, Victoria empezó a confesar que se sentía sola.

—Me siento sola, falta de cariño, mis hijos no me quieren, a mi esposo no le importo. —Y yo, que no tenía, ni quería, nada que opinar, sacudía las alfombras y sacudía mi cabeza asintiendo escuchar.

Me extrañó que me estuviera ayudando a poner la alfombra a punto. Realmente era preciosa con unos ornatos exóticos y orientales que

obligaban a detenerse a contemplarla largo rato y descubrir los secretos que, indudablemente, escondía.

—Cuando estuvimos en Marruecos pensé que todo iba a cambiar — Empezó a hablarme sin que yo la interrumpiera para nada—. Llevábamos a Juana con tres añitos y a Gabriela con solo un mes. Parecía que todo iba a ser perfecto, pensé que éramos la pareja perfecta. Un cambio de aires nos venía a pedir de boca. Pero las reuniones de mi esposo se alargaban siempre hasta altas horas de la mañana y yo me sentía tan sola que... Las niñas tenían una *nanny*. Se supone que yo no podía cuidar de ellas porque no era mi ocupación. La niñera se pasaba con ellas todo el día. Las bañaba, les daba de comer, las enseñaba a leer y escribir, les contaba cuentos. Por eso ahora pienso que no me quieren. Yo decidí dedicarme a otras cosas para no hundirme. Visitaba las mejores *boutiques*, me paseaba por las peluquerías más selectas y me planteé hacerme todos los tratamientos de belleza posibles. —Se detuvo unos instantes mientras dejábamos la alfombra que nos ocupaba bien doblada sobre una silla y cogíamos otra para limpiarla.

—Conocí a Naguid en unos baños turcos —continuó—. Se portó conmigo tan bien que creí sentirme realmente mujer. Nunca antes me había sentido así. Durante mucho tiempo solo fui un objeto de fecundación para mi marido. Además, fracasado, porque no le daba el varón que tanto ansiaba. Con Naguid era distinto. Ví que me trataba de manera diferente. Buscaba siempre tener detalle conmigo. Me entregué a él en cuerpo y alma. Siempre he creído que mi esposo estuvo al tanto de mis idas y venidas, pero, si lo supo, nunca le importó. Quedé encinta. Mi esposo no me tomaba, así que era difícil hacerle pensar que era suyo. Durante mucho tiempo busqué la manera de deshacerme del problema. Sin embargo, cuando hallé el método perfecto para hacerlo, no tuve el valor suficiente. Fui una cobarde. Sabía que a la larga me acusarían de adúltera y tendría que alejarme de mis hijas. No tuve de otra y le confesé a mi esposo todo. Su reacción fue completamente inesperada para mí —cogió aire y tras moquear y suspirar, continuó con su monólogo que había empezado a interesarme—. No dijo nada. Se levantó y se fue. No sin antes advertirme de que procurase no volver a ponerme en contacto con ese hombre. Él se ocuparía de acabar con el problema. Dijo que haría desaparecer al hombre

que había acabado con su honor. Siempre ha tenido mucho poder y ha sabido cómo aprovecharlo. No se manchó las manos de sangre- No sé en qué momento fue, pero para ese punto de la conversación ya estábamos las dos sentadas en mi área de lavado y yo le sostenía las manos con fuerza.

—Naguid se dedicaba al transporte de objetos valiosos —prosiguió—. Un día, accidentalmente el coche en el que iba cayó por la calzada, provocando la muerte repentina de su único ocupante. Lloré en silencio su muerte. Me había enamorado de él como nunca antes lo había hecho de nadie. Él también se había enamorado de mí y lo único que había conseguido con eso fue encontrar su muerte. —Interrumpió un largo rato la historia para secarse las lágrimas que corrían por sus pómulos sonrosados.

—En cuanto a mí... Siempre supo que lo que más me dolería sería la indiferencia. No me dijo ni me reprochó nada. Evitó provocar un escándalo. Dejó de hablarme para siempre en la intimidad. En público simulaba normalidad. Me obligó a hacer a mí lo mismo. Al principio intenté buscar su perdón. Le supliqué hasta la saciedad, me arrodillé y humillé, pero acepté que no iba a conseguir nada. Me sentía repugnante por dentro cuando me acercaba a él para preguntarle por cualquier cosa y no recibía ninguna respuesta. Consiguió hacerme sentir como una parte más del mobiliario. Ni siquiera me miraba. Empecé a asumir que mi vida sería un infierno a partir de entonces. Al poco tiempo nació Jesús, algo que removió más los rumores por su escaso parecido con nadie de la familia.

Fue entonces cuando recordé mi primera impresión sobre los niños de esa casa. Si yo desde el primer momento advertí que no provenían de los mismos padres, se hacía evidente que nadie lo haría. El niño no se parecía en nada a sus hermanas desde el principio. El niño era sumamente noble y responsable. Las niñas unas terribles consentidas que nada les importaba llevarse el mundo por delante.

—Por suerte nos vinimos aquí, donde nadie nos conoce y donde nadie opina sobre nosotros —continuó mucho más tranquila. —Yo aparento normalidad. Mi esposo pasa el día entero fuera afligiéndome en lo más profundo de mi ser y yo busco amargarle a él también la vida con amantes que cambio cuando me viene en gana. Temo por Jesús. A él tampoco lo mira ni le hace el menor caso. Se me parte el alma cuando él le pregunta

algo a su padre y lo único que recibe es desprecio, malas contestaciones o castigos. A las niñas les da todo lo que pidan y más y mi hijo todo lo que tiene es porque yo me he preocupado de comprárselo. Esto es terrible, Mina.

Se inclinó en mí buscando un abrazo que no le negué. Me di cuenta entonces de la suerte que había tenido a pesar de no tener tanta elegancia como ella, ni muebles de ébano, ni paredes de papel pintado. Aparentaba tenerlo todo, mostraba al mundo su más preciosa sonrisa con sus labios rojos y sus dientes blancos, sin embargo, en su más profunda intimidad era terriblemente desgraciada. Y no lo digo yo, lo decía ella.

Sin quererlo, me convertí en cómplice de sus secretos. Aquello era algo que me causaba un miedo horroroso. Temía toparme con su esposo y que descubriera en mis ojos todo lo que yo sabía sobre la intimidad de su familia. No acababa de entender qué don poseía mi persona para que todo el mundo me buscara como confesora y desahogo de sus secretos e inquietudes. Yo había aprendido a escuchar atenta, a no opinar si no me lo pedían y a encerrar en mí y olvidar todo lo que me contasen. Tal vez ese fuera el secreto: la discreción absoluta. Desde que me declaró todas sus cuitas empecé a verla con otros ojos. Intercambiábamos miradas cómplices más de amigas que de señora y criada, que era lo suyo. No obstante, procuraba no cruzarme demasiado con ella. Hacía la colada de una estancia cuando ella estaba en otra y de la siguiente cuando ella había cambiado de ubicación.

Conseguía, a veces, evitarla. Otras no eran tan sencillo. La casa era grande, pero no tenía pérdida. Me recordaba mucho a la casa de mis padres.

Se accedía a un gran patio, pero este no tenía ni pozo ni higuera. Las diferentes estancias estaban alrededor: dos salas de estar, un comedor, un despacho, dos alcobas para los criados, la cocina y la habitación de lavar y planchar. El corral había dejado de serlo porque estaba tan decorado de flores y árboles que más parecía un jardín. La parte de arriba tenía el resto de alcobas para cada miembro de la familia y una capilla para rezar. La casa tenía las mismas características que la nuestra, sin embargo, allí no había viviendas ni vecinos, era una única vivienda para una única familia. El silencio rompía la tranquilidad del patio y el jardín, cosa que jamás

ocurría en nuestra casa donde siempre encontrabas a alguien con quien cruzar algunas palabras.

Me fijaba a diario en aquel pobre niño destronado. Podía ver la tristeza en sus ojos. Jugaba solo, sus hermanas le impedían entrar en sus juegos. Si conseguía ser aceptado, lo humillaban o lo usaban de *conejillo de indias* en sus experimentados juegos. Era horrible ver cómo se comportaban aquellas niñas con su hermano. Supongo que eso era lo que le habían inculcado.

—Ojalá pudiese divorciarme de él para siempre —me dijo Victoria mientras me sorprendió observando a sus hijos que jugaban en el jardín.

Yo planchaba sábanas y toallas en el cuarto de lavar. Allí tenía una pila, una tabla y una plancha de hierro que calentaba. Desde aquel habitáculo tenía unas preciosas vistas al jardín, lleno de hermosas flores y majestuosos árboles. Muchas veces era el lugar de juegos de los niños, sobre todo cuando el tiempo era agradable o cuando su madre les voceaba no querer verlos ni oírlos.

—No puede hacer usted eso señora. Piense qué sería de sus hijos —le contesté indiscretamente mirando hacia dónde se encontraban los niños sin dejar de lado mi labor.

Ligeramente levantadas las mangas de su camisa, creí ver cicatrices en las muñecas. Al darse cuenta del cambio en la dirección de mis ojos, se bajó de inmediato las mangas y salió de la habitación. Me dejó completamente espantada. No podía evitar observar a aquellos niños que tanto tenían y me acordaba de mis hijos, de las tardes de paseo con mi esposo, de los días en Madrid. Me daba cuenta de lo feliz que había sido durante aquellos años de mi vida. Felicidad que empañé de sangre tras su muerte y que, poco a poco, estaba consiguiendo superarlo. Volví en mí para mirar a aquellos niños de nuevo. Pensé en cómo serían aquellas muchachas cuando fuesen adultas. Y sentí cómo el sudor frío me cruzaba por la espalda al darme cuenta de mi fortuna por haber disfrutado un tiempo de la felicidad plena que da el amor, amor de un hombre y amor de unos hijos; felicidad que Victoria nunca sintió y que, desgraciadamente, no sentiría jamás.

IV

Durante los tres años que estuve en aquella casa me di cuenta de lo feliz que era y de la suerte que tenía con todos los que me rodeaban. En mi casa había amor. Sabía que tenía a cualquiera de mis hermanas para departir, desahogarme o echar unas risas recordando anécdotas. Mis hijos parecían felices y, aunque no tuvieran cientos de muñecas y coches para jugar, se inventaban divertidos juegos con los que se lo pasaban en grande con otros niños. La mayoría de las tardes, mis hermanas se iban a la nueva casa de Ana para ponerla a punto. Y mientras, mis niños jugaban al *pilla pilla* o al crucea calles con los niños del barrio. Aún había pocos coches y, además, la calle de mi hermana era poco transitada, por lo que no había peligro alguno.

En esos años celebramos la boda de Ana. Por fin había motivo de alegría y baile en nuestra familia. Fue una boda tranquila en cuanto a altercados se refiere, porque comimos, bebimos y bailamos hasta altas horas de la madrugada. Mi hermana radiaba felicidad allá por donde pasaba. Me sentí orgullosa por ella. Realmente se merecía volver a sonreírle al amor después de tantos años empañados de sangre. Iba hermosa con el vestido que ella misma se confeccionó. La convencimos para que se comprara una preciosa mantilla española que había visto en el escaparate de una selecta *boutique* de nuestro pueblo. Le daba apuro gastarse tanto dinero, pero la convencimos y después se sintió orgullosa de ello. Le sentaba fenomenal y le hacía parecer una mujer importante. No dudé nunca de que había elegido bien y que sería eternamente feliz. Se lo merecía.

Haciendo balance de mi experiencia a mi paso por aquella casa llena de elegancia y nobleza, me doy cuenta de las lecciones que me dio la vida. Empecé a no añorar lo que no poseía y a apreciar lo que sí tenía. Diferenciar lo que se quiere de lo que se necesita parece algo sencillo de decir, pero de hacer es más complicado. Hay que darse cuenta de cuáles son las prioridades y sopesar cada una de ellas.

Aprendí a no angustiarme ni sofocarme por lo que deseaba y no podía adquirir y opté por disfrutar de lo que tenía a mi alcance. Gozaba de cada segundo que pasaba con mis hijos, de sus juegos, sus comidas, sus miedos y sus preocupaciones infantiles. Celebraba los cuatro duros que ganaba porque significaban estar más cerca de mis objetivos. Procuraba sacar tajada de cada segundo de vida que me regalaba Dios, sin desperdiciar ni un gramo. Lo mismo que hacía con mis seres queridos que seguían en la tierra y dejé de anhelar tanto a los muertos. Los muertos, muertos están y debemos dejarles descansar. Aprendí a dejar de sufrir por ellos, por mi madre, por Juan José, era obvio que estaban en un lugar mágico esperando que yo llegara a reunirme con ellos. Me sentía satisfecha con mi vida por haberme permitido disfrutar del amor verdadero, haberlo conocido y haberlo gozado. Y me animaba por poder seguir amando a lo que quedaba de ese amor mundano, mis hijos. Sus hijos. Nuestros hijos.

Sin embargo, también aprendí que llorar no es malo. Desahogarse es beneficioso para la salud, igual que reír a diario, comer o dormir. Y debemos agradecer poder hacer esto con gente que nos ama y nos acompaña en el camino de la vida. La vida se nos va a acabar, queramos o no, pero no podemos sentarnos en un sillón a esperar cómo y cuándo va a llegar el fin. Tampoco podemos permitir a nadie amado que lo haga. La vida es un regalo y hay que jugar con él. Romperlo y volverlo a arreglar de nuevo. Cuidarlo, mimarlo y compartirlo.

Trabajar en aquella casa cambió por completo mi perspectiva de ver el mundo. Me enseñó muchas cosas. Pero, me enseñó, sobre todo, a quererme a mí misma. Algo que jamás había considerado.

Años después de haberme ido de aquella casa, me enteré de que Victoria había decidido poner fin a su vida. Lloré por ella en silencio hasta que al final sonreí porque había conseguido ser feliz. Sus actos la fueron llevando hasta la nulidad y no fue capaz de sobrellevar aquello. De una manera trágica y triste, había conseguido aquella mujer, que aparentaba tenerlo todo, encontrar la felicidad eterna. ¡Qué Dios la guarde en su gloria! Pobre mujer.

Nunca supe después qué fue de sus tres hijos: Juana, Gabriela y el pequeño Jesús.

Capítulo 16

I

El transcurso de mi vida acabó con mi periodo de esposa, pero no con el de madre, ni abuela ni tampoco bisabuela. Seguía siendo mujer, en suma. Agoté aquello hasta la eternidad.

Dejé de trabajar para la familia de Victoria cuando abrieron una sala de cine en el pueblo; Cine *Avenida* se llamaba. Necesitaba algo estable y con horario más flexible para dedicarme a mi familia. Me enteré de que abrirían esta nueva sala y que necesitarían empleados. Yo me acerqué allí con intención de prestar el único servicio que yo conocía: limpiar. Sin embargo, otras muchas mujeres sabían hacer lo mismo que yo. Creí ser original en mi propósito y me encontré con multitud de señoras y señoritas que buscaban, igual que yo, un empleo.

Tuve la suerte de encontrarme entre las cinco afortunadas que se dedicarían al servicio de la limpieza. Trabajaríamos únicamente por la mañana. Por las tardes habría sesiones cinematográficas y nos iríamos turnando de dos en dos para hacer guardia y recoger la guarrería que la gente tiraba entre las butacas. Aquellos años, sin duda, volvieron a darle color a mi vida. Pareció que todo cambió, aunque nunca me olvidé de mis recuerdos.

Aprovechaba las tardes de trabajo para ver las películas. Descubrí lo que me encantaba el cine. Nunca antes había estado en ninguno. Había oído hablar de él porque salas de cine había habido en muchas ocasiones (y seguía habiendo varias), pero no me había planteado ninguna vez ir al cine como forma de ocio. Tampoco es que mi vida me hubiese puesto las cosas fáciles nunca para el ocio.

Aquella magia del blanco y negro que hacía intuir los colores, la elegancia y belleza de aquellas mujeres y la galantería de aquellos hombres.

Me enamoré con *Casablanca* o con *Vacaciones en Roma*, donde viajé a una ciudad maravillosa lejos siempre de mi alcance. Recordé a mi vieja amiga Victoria con el visionado de *Gilda*, tan elegante, bella e infeliz. Y

descubrí la extraordinaria magia de la navidad con *Qué bello es vivir*. Envidiábamos la belleza de aquellas extraordinarias divas, Grace Kelly, Jean Simmons, Audrey Hepburn, Ava Gardner o Rita Hayworth, y soñábamos con ser amadas por hombres de la talla de Humphrey Bogart o James Stewart.

Disfruté de ese mundo de evasión y diversión que no me lo daba la vida real. Jugaba a imaginar ser una gran actriz de Hollywood, a vivir sus apasionantes historias y a bailar y cantar como ellas. Nunca dejé de trabajar en salas de cine.

II

Gracias a mi nuevo empleo como limpiadora cinematográfica pude comprar la vivienda para irme con mis hijos. Estuve mirando varias antes de decidirme. Comprar un hogar no es tarea fácil. Descubrí que vendían mi antigua casa. Me produjo una gran sensación de nostalgia al ver el cartel colocado en la ventana inferior. Pensé que aquella señora estropeada por la pena había decidido venderla y así quitarse un peso de encima. Continué mi búsqueda haciendo caso omiso a aquella casa. Busqué algo nuevo y con varias habitaciones para que cada uno pudiésemos tener nuestro propio espacio. Realmente no me importaba la soledad de una casa individual, pero en el fondo siempre fui buscando la vivienda de una casa de vecinos. Es agradable poder entablar conversación con alguien cuando lo precisas y tener las posibilidades para hacerlo. Además, ese tipo de casa era en la que siempre había vivido. La encontré a los pocos meses de entrar en el cine. Ya había ahorrado el dinero suficiente después de cubrir las necesidades esenciales de mis hijos. Mi padre se alegró superficialmente por haber conseguido mi objetivo, pero sé que no llevó bien nuestra separación. Para él mis hijos eran la vida que le faltaba y ahora le costaría levantarse sin oír el escándalo que producen los niños en la misma casa.

—Vendremos todas las tardes —le prometí. Sin embargo, no conseguí convencerle.

La vivienda era espaciosa y luminosa, como a mí me gustaba. Tenía dos alcobas, un comedor y la cocina. Vivíamos abajo, compartiendo la casa con tres familias más. El patio central aparentaba ser mucho más pequeño que el de mi antigua casa. Sin embargo, era irregular, tenía muchos recovecos que daban a más parte de patio. La fachada era muy pequeña, pero la profundidad de la casa era enorme. Nos encontrábamos en la calle Lope de Vega, un lugar bastante céntrico para no tener que preocuparme de las salidas y entradas de mis hijos.

Mi vivienda era la única que tenía una de las ventanas a la calle. El resto daban al patio o al corral trasero que compartíamos con la casa de atrás. En la alcoba que daba a la calle decidí instalar el comedor. Sería la estancia más habitada por todos, las alcobas son solo para dormir y no necesitábamos observar a ningún vecino cruzar por la calle. La decoré con todo el gusto que pude. Adornando cada rincón con fotografías y flores. La naturaleza es el mejor elemento decorativo y daban algo de color y alegría a nuestras vidas todavía pintadas en blanco y negro. Pedí a un retratista que me hiciera en grande la última fotografía que nos hicimos Pepa y yo con Juan José para que presidiera el comedor. Nos la hizo en forma redondeada y en cuanto la tuve le puse un marco marrón que me costó bastante caro, pero aquello mereció la pena. Un par de sillones orejeros, varias sillas de madera, una mesa camilla, una vitrina y una cómoda convirtieron aquel espacio en un acogedor comedor. En cuanto a las alcobas, acordamos compartir mi hija y yo una de ellas y la otra sería para mi hijo.

Aún era un niño, pero se convertiría más pronto que tarde en un hombre y exigiría su espacio e intimidad.

Tenía muy poco tiempo para poner todo a punto. Mi hermana Sita me ayudó muchísimo con todo. Me daba apuro pedirle su tiempo, estaba empezando a conocer a un hombre y yo entendía que prefiriera pasar las horas con él.

—No te preocupes, Sita, ya lo haré yo, tú vete y disfruta. —Ella me sonreía y, tras dejármelo casi todo hecho, se iba con una sonrisa de oreja a oreja a encontrarse con su querido.

III

Aprovechaba las tardes libres para ocuparme de la casa y de mis hijos. Juan José era muy travieso. Me costaba que hiciese las cosas que le ordenaba. Se iba a la escuela a regañadientes perdiendo por el camino las libretas y los lapiceros. Decidí hacerle un cartapacio de badana para que fuese más cómodo. Pero era un destrozón y lo rompía cada dos por tres. Recuerdo los días que me dio porque se negó a hacer la comunión. Volvía llorando de la escuela porque querían llevarlo a la iglesia para tomar el cuerpo de Cristo.

—¡Y yo no quiero comerme el cuerpo de nadie, madre! —Decía emperrado.

—¡Pero mira que irritación estás cogiendo, hijo! ¡Que tienes que hacer la Comunión! —Y lo mandaba de vuelta a la escuela, renegado. Varios días repitió la escena hasta que, por fin, entró Dios en él y las maestras consiguieron convencerlo.

Enseñé a mi hija a cocinar los platos claves. Solía dejarlo todo preparado para solo tenerlo que calentar. Así, podrían comer, aunque yo no estuviera. De todas maneras, hasta que la niña no se fue convirtiendo en una mujercita, alguna de mis hermanas se pasaba siempre para ayudarla. La apunté como aprendiz de modista en casa de unas costureras. Allí pudo empezar a ganarse sus primeros duros. Eran pocos, pero algo podíamos comprar, aunque fuese el pan de cada día. Cuando Juan José cumplió algunos años más lo puse a trabajar. También me armaba una odisea cada vez que tenía que salir por la puerta, nunca quiso hacer nada. Luego se divertía y lo pasaba bien, pero el primer contacto era duro.

—Hijo, los niños también trabajan —le decía, -todos tenemos que colaborar, que, si no, no comemos.

Su primer trabajo fue en el cine, manejando el cinematógrafo. Iba él con otro niño, solo tenía que colocar la cinta y proyectar la película. Después, la rebobinaban y la dejaban a punto para la próxima proyección. Estuvo allí varios años, hasta que el encargado del cine donde yo trabajaba

abrió un bar en la calle Toledo, *La Favorita* se llamaba. Lo contrató como camarero y aquello le gustaba mucho más.

—¡Es que me aburro! —Me decía cuando no quería ir al cine a ocuparse del cinematógrafo.

Empezaron a proyectar películas infantiles y aquello le gustaba algo más. De todos modos, a él nunca le fue el cine. Era inquieto, y el cine exige todo lo contrario. No sabía sumirse en un estado supremo de relajación, parecía que yo no le había enseñado a eso. Prefería jugar, correr y hacer travesuras de niño, como lo que era. Me recordaba mucho a su padre, siempre buscando la broma y la diversión. Tenía la misma ansia de vida dibujada en la cara.

IV

Es sorprendente lo rápido que se va pasando el tiempo conforme te vas haciendo mayor. Pasaba los días, los meses y los años trabajando y apenas me di cuenta de que mis hijos fueron creciendo. Un día, de la noche a la mañana, llegó Pepa diciéndome que estaba pensando casarse. No había cumplido los veintidós años, pero aseguraba haber conocido al hombre el cual quería que formara parte de su vida y con quien formar una familia. Poco más se pudo decir ante sus palabras de júbilo tan airoas y convincentes. Pasaba tantas horas en los cines que aquel día me di cuenta de que mi niñita era ya toda una mujer, que había aprendido a llevar una casa como nadie. Tuvo mi aprobación desde el principio. Lo más importante para mí fue su felicidad plena y así la veía yo durante aquellos meses.

Una mañana la convencí para que comiera con nosotros José, que así se llamaba el muchacho. Yo prometí ocuparme de todo mientras ella se preparaba. Hice algunos aperitivos que compré temprano en el mercado. Coloqué uno de los manteles de tela de cuadros *vichy* amarillos que poco antes había decorado con graciosas flores azules sobre la mesa redonda del comedor. Puse en el centro un pequeño jarrón con flores azules, blancas y amarillas de plástico que también compré aquella mañana. Puse los platos sobre bajo platos improvisados con cartones de colores y coloqué frente a ellos vasos de cristal para el vino. Pepa quedó, sin duda, sorprendida por tanta parafernalia, pero ella se lo merecía todo.

Pasamos una velada agradable los cuatro. José parecía un buen muchacho. Era alto, fuerte y tenía los ojos claros. Hizo muy buenas migas con Juan José y eso a mi hija le gustó. Quedamos en vernos a menudo para preparar todo aquello concerniente a la boda. Sin embargo, yo solo acudí cuando mi hija así me lo pidió. Sabía que aquello era algo suyo, íntimo de pareja y las madres estábamos fuera de todo aquello a lo que no nos dejasen entrar.

Fueron meses de melancolía para mí. Recordaba los meses previos a mi boda con Juan José, cuando mi embarazo era un secreto que solo conocíamos él y yo. Fueron semanas de auténtica felicidad y gloria. A veces me daba por llorar y otras me sonreía a mí misma por la inocencia de aquellos años en los que el fin de una guerra pareció venir entre la alegría y el miedo al después.

Ana y yo nos ocupamos de coser los vestidos que llevaríamos aquel día. Pepa se probó tanto el mío como el de su tía Ana y al final, decidimos hacer una mezcla de ambos modelos para que los luciera en aquel día tan importante para ella. Algunos años antes, mi hermana había tenido un niño, casualmente llamado también José, y nos hacía compañía aquel niño tan tranquilo con pacientes juegos. Fueron semanas y meses divertidos, de prisas y risas. También ayudamos a Pepa a formar su nuevo hogar en la casa donde compartiría su vida con su esposo. Estaba cerca de las vías del ferrocarril y nos dimos buenas palizas sobre todo con el transporte de cajas pesadas entre enseres de menaje, cama y aseo.

V

No sé en qué momento enfermó mi padre. Supongo que esperó a reunirse con mi madre el tiempo suficiente para que yo dejara de necesitarlo. Cuando mi hija Pepa se casó ya hacía algunos años que también lo hizo la pequeña Sita. Todo daba a entender que aguantó el tiempo suficiente para tranquilizar a mi madre de que todos estábamos bien y teníamos la vida resuelta.

Nunca me quedé tranquila cuando me fui definitivamente de mi casa, con mis dos hijos, pero era sin duda lo que debía hacer. Me estaba ya pareciendo un abuso que no quería alargar más en el tiempo. Pero, a pesar de lo que yo pudiera pensar, sé que mi padre disfrutaba de mi compañía y de las risas que mis hijos le brindaban cada segundo del día. Por eso mi partida fue un tremendo golpe para él. Con el tiempo, los hermanos nos fuimos alejando y él se vio cada vez más solo y ermitaño. Al principio, iba casi a diario, o sino mandaba a mis hijos con Ana o con Sita a visitar a su abuelo. Sin embargo, esas visitas diarias se fueron prolongando más con el paso del tiempo y lo que pasaba cada día fue pasando cada dos o cada semana. Por ello explico que no sé con exactitud cuándo enfermó mi padre.

La boda de mi hija me tuvo durante mucho tiempo ensimismada. Quería que todo saliera a pedir de boca y quería ayudarla en todo lo que mi tiempo disponible diera de sí. Por ello creo que descuidé todo lo demás. Pepa se casó en un primaveral día de marzo y todo salió según lo previsto. Bebimos, comimos, bailamos, nos divertimos sin pensar en nada negativo que hubiera ocurrido o que el futuro nos estuviera esperando vivir. La sensación que me produjo ver a mis dos hijos bailando sobre la pista de baile de esos salones de boda fue tan maravillosa que aún se me eriza el vello de los brazos si la recuerdo.

Algunas noches después de aquel día alguien llamó sigilosamente con los nudillos en mi ventana. Juan José dormía profundamente en su alcoba y yo aún dormitaba en el sillón orejero sin decidirme a ir a la cama. Era

Sita, padre se encontraba mal. Me puse cualquier cosa a toda prisa y salí con ella rumbo a nuestra casa de la infancia. Su tos era ensordecedora y su respiración, entrecortada, daba muestras de que algo en su interior no marchaba bien.

—Le queda poco —nos dijo el doctor.

Sita y yo nos apretábamos la mano sin mediar palabra. Ambas llorábamos en silencio la inevitable muerte de mi padre. Estaba tumbado en la cama meditando y llamando a mi madre. Aquella situación daba escalofríos. Pocos minutos después Ana y Vicente se reunieron con nosotras. Y esperamos. Esperamos que Dios quisiera llevárselo en algún momento.

Nos turnábamos para tomarle la mano y hacerle sentir que no estaba solo. Le hablábamos, aunque a veces no nos contestase o sus respuestas no fueran en relación con nuestras conversaciones. De vez en cuando le mojábamos los labios con delicadeza con un pañuelo blanco de tela. Sus labios tan agrietados temblaban de frío cuando ya llegaba el verano caluroso de estas tierras manchegas. No sé el tiempo que pasó. Yo entraba y salía de una alcoba que cada vez olía peor a muerte y despedida.

Miradas indiscretas se acercaban a interesarse por mi padre. Vecinos entraban y salían deseando una recuperación que no parecía que fuera a llegar nunca. Fue una semana de tortura, pero llegó el segundo que su cuerpo se congeló tan deprisa que Sita, que era la que se encontraba con él en ese momento, gritó como alma que lleva el diablo ante aquel cuerpo arrugado y helado que segundos previos sujetaba con firmeza. Al fin terminó la agonía de mi padre y pudo reunirse con mi madre en el cielo, porque nunca negaré que mi padre fue un santo y mi madre una santa. Y no solo por todo y cuanto hicieron por mí, sino por todo y cuando hicieron por todo el mundo que tuvieran a su alrededor.

Su despedida fue sobria y rápida. Así lo quisimos sus hijos, despedirnos de él en la intimidad y consolarnos a los hermanos ya huérfanos para siempre. Nos repartimos las pertenencias de mis padres como bien pudimos. Sacamos recuerdos de infancia que ni siquiera pensábamos que pudieran seguir guardados. Recogimos todo aquello que pudiera tener algún valor sentimental o alguno significado para alguno de nosotros. No tenían muchos lujos, ni dinero ni joyas. Lo poco que había lo repartieron

en vida o lo gastaron ellos mientras pudieron disfrutarlo. Aunque tenía mi padre ahorradas algunas pesetas, eso no nos ayudó más que para pagar deudas o para desahogarnos algo nosotros mismos. Mis padres nunca tuvieron grandes caprichos ni objetos de valor, fueron muy humildes. Pero en su humildad estuvo su bondad y su sencillez que nos inculcaron siempre.

VI

Tras la muerte de mi padre la vida me volvió a sonreír una vez más. Parece que es cierto eso que dicen de que la vida es un ciclo y unos se van y otros vienen, y otros muchos nos quedamos observando lo que pasa, pasivos, viviendo la vida que dicen que es corta, pero no especifican cuánto. Pronto anunció Pepa que estaba encinta. Y mi júbilo inicial dio paso a una crisis existencial terrible. ¿Abuela? ¿Iba a ser abuela? ¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Tan joven?

Tal vez no era tan joven y los años ya me iban pasando sin casi darme cuenta. Creo que fue entonces cuando me sentí mayor. Había pasado mi vida trabajando y ni siquiera me preocupaba de averiguar ni cómo era mi aspecto. Creo que me quedé con la imagen de aquella joven viuda de veinticuatro años, siempre vestida de negro y con el pelo recogido en un moño bajo. Mi pelo se había teñido de blanco bajo aquella redecilla negra que lo cubrí.

Abuela. Aquella palabra ya eran palabras mayores.

Meses después llegó al mundo la pequeña María, una niña muy espabilada y astuta que sin duda llegaría lejos. Hasta yo misma me impresionaba de lo rápido que parecía aprender aquella niñita de tirabuzones rubios que nos traía de cabeza a todos. No había cumplido apenas los dos años, cuando Pepa vino a darme una mala noticia.

—Tenemos que irnos, madre.

—¿Cómo? ¿A dónde? —Yo me ocupaba de darle un yogur a María cuando mi hija me soltó aquellas palabras que dañaban mi tímpano y retumban en lo más profundo de mi alma.

—José está desesperado. No encuentra trabajo aquí y parece que en Valencia sí podrá trabajar en la construcción.

Aquello sin duda eran las noticias que vagaban por el pueblo en los últimos tiempos. La crisis ya había tocado fondo en nuestro pequeño pueblo y los jóvenes no encontraban la forma de ganarse la vida. Decían que en la costa mediterránea estaban empezando a construir hoteles y

zonas turísticas de veraneo para españoles y extranjeros que quisieran disfrutar de las playas. Ya habían partido muchos del centro de la Península hacia aquellos lugares. Unos se dirigían al sur, otros cruzaban el Mediterráneo hasta las Islas Baleares y, al parecer, el marido de mi hija se le había antojado probar suerte en la Comunidad Valencia, que, dentro de lo que cabía, estaba lo suficientemente cerca de su casa para que su mujer pudiera irse convencida.

Aún me recuerdo en el andén de la estación despidiéndolos con las lágrimas en los ojos. Recordaba que una vez fui yo la que, montada en un tren parecido a ese, me despedía con la esperanza puesta en buscar un nuevo futuro. Entonces era ella la que, sobre los brazos de su tía y mostrando sus tirabuzones rubios, nos decía adiós a su padre y a mí con una pequeñísima mano. Ahora era yo sola la que me despedía, junto a mi hijo que cada vez se acercaba más a la edad de su padre cuando nos conocimos y su parecido era cada vez más indiscutible a aquel varón joven y guapo que un día me enamoró.

Él pronto empezó a andar con chicas y chicos. El trabajo en el bar lo hizo popular, cosa que no me extrañaba porque era realmente apuesto. Y no lo digo yo, que soy su madre, sino señoritas de bien que me paraban por la calle para decirme lo guapo y apuesto que era mi hijo y que les diera la oportunidad de poder cortejarlo. Yo me mondaba de la risa con aquellas declaraciones de amor. Se las contaba a la noche cuando nos juntábamos a departir durante horas en el comedor de la casa.

Consiguió ahorrar cuatro duros y con ello regalarme una pequeña radio gracias a la cual me divertía de lo lindo las tardes de descanso.

—¡Ay mi niño! ¡Pero cuando te has gastado!

—Eso no se pregunta madre, que es un regalo —contestaba tajante en su respuesta.

Disfruté como una niña de aquel transistor. Me pasaba las tardes muertas escuchando las radionovelas que nos tenían enganchadas a todas las vecinas. Después, las compartíamos y criticábamos a los personajes como si de una familia vecina más se tratasen aquellas historias que entraron a formar parte de mi vida. Escuchaba los boletines informativos sobre la situación económica del país, rezando para que todo se arreglase pronto y que mi hija pudiera volver. También bailaba y cantaba con la

música de las grandes de España en aquellos años como la gran Lola Flores o la bellísima Sara Montiel. Llegué a aprenderme de memoria todas sus canciones.

Gracias a aquel aparato no me sentía tan sola. Pepa no estaba y lo único que sabía de ella era gracias a las cartas que nos escribíamos, pero pasaba mucho tiempo de carta a carta por lo que no teníamos demasiado contacto. Y Juan José se pasaba los días enteros en el bar y después gustaba salir de paseo con los amigos. Era lo que yo llamo un auténtico *callejero*, le gustaba estar más fuera que dentro.

También abrieron otros cines en la calle *Empedrada* y pronto me trasladaron a trabajar allí. Estábamos dos solas y eso hacía tener un sueldo mayor, pero también más horas de trabajo. Sin embargo, disfruté mucho de aquellos años porque llegué a sentir a las hijas de mi jefe como mías propias. Todas ellas me recordaban a mi hija y ellas mismas me pedían ser sus sustitutas para que yo no me sintiera tan huérfana de hija. Trabé una gran amistad que duraría para toda la vida, relación que pasó de generación en generación y que nosotras forjamos aquellos años en los que el cine se hizo un hueco importante en la vida de los españoles. Fueron niñas de bien que tuvieron muchos privilegios. Eso les ayudó a salir de aquel pueblucho e irse a estudiar y a culturizarse, lo que les hizo de tener trabajos mucho mejores de los que pude tener yo.

Eran niñas muy guapas y tenían mucho éxito. Les gustaba preguntarme dudas que nunca se las hubiesen preguntado a una madre y yo gustosa se las contestaba, a pesar de no tener una gran experiencia en el amor. ¡Hacía ya tanto tiempo que enviudé! ¡Tantos años ya que murió Juan José! Aquello me parecía una eternidad. Había perdido lo poco que sabía con respecto al amor y a los hombres. No obstante, las tertulias con aquellas muchachas siempre han ocupado un lugar importante en mi vida y en mi corazón.

VII

Las noticias de Pepa y María me llegaban con cuentagotas, no obstante, me llegaban, por ello me empezó a preocupar que pasaran los meses y no supiera nada de ellas. Llegué incluso a plantearme ir a buscarla a Játiva, pueblo donde vivían, para asegurarme de que todo iba bien. Pero, cuando ya me parecía estar al límite de la desesperación, me llegó una carta suya.

Madre, siento mucho este silencio, pero he pasado muchos meses sin saber bien qué decir. Necesito que te hagas cargo de María un tiempo. Yo me reuniré con vosotras cuando pueda. Antes necesito solucionar algo importante. La niña llegará en el tren el viernes. Cuidamela. Un beso enorme, Pepa.

5 de julio 1970

Cuando vi a mi nieta no me podía creer que fuera ella. No se parecía en nada a la niñita que despedí en aquel mismo andén cuatro años antes. Ella se quedó algo quieta y tímida, pero pronto salí a abrazarla y ella se alegró enormemente de estar conmigo. Me acompañó mi hijo a la estación y nos ayudó con el equipaje que traía la pequeña. Apenas nos contó nada de lo que estaba ocurriendo en Játiva. Tan solo nos dijo que su madre vendría también pronto de vuelta. Yo no le hice más preguntas. Me limité a cuidar de ella.

Pasó un verano, pienso, de lo más agradable. Pedí aquellas primeras semanas tiempo de vacaciones en el trabajo para ocuparme plenamente de ella y no hubo ningún problema. Durante esos días la instalé en una de las alcobas y decoré la estancia para que ella pudiera sentirse a gusto. Me ayudaba en la cocina y juntas preparábamos deliciosas meriendas de pan frito en vino o emparedados de mantequilla.

Volví a no tener noticias de mi hija, parecía que había vuelto a desaparecer de nuevo y se había ocupado de dejar a su hija en buenas manos. No podía quitarme de la cabeza dudas y temores que siempre me

hacían pensar en lo peor. Pero aquella niña se convirtió de nuevo en mi alegría de vivir.

Esa situación entre la alegría y la incertidumbre se juntó con las idas y venidas de mi hijo con una muchacha del pueblo. Él no me decía nada, pero yo, como madre que era, tuve la mosca detrás de la oreja durante mucho tiempo. Por ello no podía negar que aquellos cuidados que se daba, las camisas bien abrochadas y bien planchadas, el perfume y esas cosas singulares que hasta entonces no hacía, empezaran a ser un ritual en su día a día. Y así, anduve yo preguntándole cada vez que cruzaba la puerta y él contestándome, una vez fuera de casa, monosílabos de indiferencia o sonrisas picaronas que no hacían más que confirmar lo que yo ya daba por hecho.

Tuve que volver a trabajar antes de que acabara el verano. Me llevaba a la niña cada día y ella esperaba entretenida sentada en una de las butacas del final de cine. A veces se recorría los pasillos de los asientos buscando monedas olvidadas o cromos desperdigados por el suelo mientras yo barría los desperdicios de gusanitos o palomitas que la gente dejaba tirados después de la sesión. Solía ver las películas infantiles los días en los que yo trabajaba a las horas de la proyección.

Empezó a entrarme la duda sobre si matricularla en algún colegio, ya que no sabía si pasaría conmigo el invierno o volverían a por ella para llevársela de vuelta. Decidí dejar una plaza para ella apalabrada y así no perder la escolarización en el caso de que se quedara conmigo una larga temporada. Yo seguía bañada en aquella incertidumbre. No sabía qué le incitaba a mi hija el alejarse de la suya, yo sabía que algo debía estar pasándole, pero ¿qué? Tantas preguntas me angustiaban día tras día, noche tras noche, y fueron semanas de un no poder dormir continuado.

María no preguntaba nunca por nada. Parecía saberlo todo, pero su discreción la hacía sentirse en la más auténtica normalidad conmigo. Yo a ella tampoco le pregunté jamás. Se pasaba las horas leyendo libros infantiles que alguna amiga o vecina del barrio le prestaba. Le encantaban las letras. Devoraba los libros tan deprisa que me fascinaba que se enterase de todos ellos. Parecía que le faltaba tiempo para leerlo todo, para aprender sobre cualquier cosa. Ella no mostraba el menor deseo de volver a Játiva.

VIII

Una nueva carta de mi hija me sorprendió al volver del trabajo. María estaba en la calle, jugando con varias amiguillas vecinas del barrio a peinar a las muñecas. Viéndola tan gustosa me apené porque ella no tenía ninguna de aquellas muñecas que con tanta alegría peinaba. Entré en la casa después de saludarla, abrazarla y recibir un abrazo suyo. La carta estaba sobre la mesa del comedor, cerrada. Imaginé que Juan José la había dejado allí.

Vuelvo en una semana, madre.

Pepa

Septiembre de 1970

No puedo negar que la sorpresa y la extrañeza se mezclaron con la ilusión, pero las ganas de volver a verla eran mucho mayores que cualquier otro sentimiento. Ocupé el tiempo que faltaba hasta su regreso ordenando y limpiando la casa, compré comida que sabía que le iba a gustar y le dije a su hija que pronto estaría su madre con nosotras.

—¡De veras, abuela! —Su respuesta de admiración hacía evidente que no se lo esperaba y que ansiaba la vuelta de su madre.

Aquella semana se me hizo interminable. Recuerdo que fue, además, la semana en la que conocí a la muchacha que traía de cabeza a mi hijo. Fue una mañana temprano, después de dejar a María en el colegio. Yo solía volver pronto a casa, pero ese día decidí acercarme al mercado a comprar algunas hortalizas que nos hacían falta. De camino me pillaba el bar donde trabajaba mi hijo y decidí entrar a saludarlo y conversar con él. Cuando me vio descorrer las cortinas que colgaban sobre la puerta y mirar hacia el interior del local buscándolo con la mirada, palideció. Una chica morena con el pelito corto se apoyada en la barra sentada sobre un taburete con las piernas cruzadas y tomando un café con leche.

Juan José quedó mudo. Ella, de momento no entendió nada, después me miró y fue cuando lo comprendió: era su madre. Me acerqué tras dar con él con la mirada y noté como la vergüenza lo superó de tal manera que me di cuenta de que aquella señorita que permanecía inerte con la taza sujeta con una mano era la mujer que parecía haberle robado el corazón.

Le sonreí antes de acercarme aún más a la barra a besar a mi hijo. Él me devolvió el saludo completamente pálido, apenas le salían las palabras. Empecé a hablar sin parar evitando de aquella manera causar una sensación de incomodidad ante tal situación. Acabé por presentarme con educación y de forma agradable. Y procuré salir de prisa, imaginé que ellos ansiaban que me fuera cuanto antes de aquel bar.

Aún me río recordando aquella anécdota que tanto enmudeció a mi hijo. Un muchacho que jamás enmudecía por nada. Después de aquel “encontronazo” empecé a relacionarme mucho más con ella y la situación se fue formalizando cada vez más.

Pasó la semana y María y yo acudimos de nuevo a la estación para buscar a Pepa. Pronto oímos los pitidos del tren cada vez más cercanos a nosotras. La niña me cogía la mano con fuerza y yo, de vez en cuando, le acariciaba la cara con la mano libre. Parecía nerviosa. El tren se detuvo y no pude evitar sentir un nudo en el estómago. Ansiaba ver a mi hija. Algunas personas se bajaron antes que ella. A lo lejos, en los últimos vagones, un hombre bajaba un par de maletas y las dejaba en el suelo. Después la vi a ella.

Llegaba muy delgada. Con una camisa blanca sin mangas y una falda ajustada marrón que le hacían más evidente la excesiva delgadez. Sobre ella, un bebé pequeño de apenas cinco o seis meses. María seguía sin soltarme la mano mientras nos íbamos acercando hacia ella. Cuando las puertas del tren se cerraron y se anunció su inminente salida, María se soltó de mi mano y corrió hacia su madre todo lo que podía. Yo no me cansé de gritarle que se alejara de las vías porque el tren echaría a andar en milésimas de segundo.

Cuando nos aproximamos, la abracé con fuerza sin hacerle más preguntas que las respuestas que ya me daban sus ojos.

—Las cosas no siempre salen bien, hija —le dije apartándole las lágrimas de los ojos.

—Esta es Sofía —me dijo y yo le cogí a la niña de los brazos al tiempo que ella se agachaba a abrazar a María como si nunca antes lo hubiera hecho.

Capítulo 17

I

Vivimos juntas desde entonces. Yo la cuidaba a ella, ella me cuidaba a mí y ambas nos ocupamos de darle lo mejor a sus hijas, mis nietas. Pepa se puso a trabajar pronto como lavandera en un hotel. Eso ayudaba mucho a la economía doméstica y nos facilitó el no tener que pasar calamidades. Sin embargo, no nos sobraba el dinero, vivimos siempre al límite.

Solía llevarme a María al cine cuando trabajaba de tarde, pero Sofía era demasiado pequeña y mi hermana Ana, que siempre estuvo ahí, se ocupó de cuidarla. Le preparaba todo lo que pudiera necesitar de aseo y de comida para que ella no tuviera que correr con ningún gasto y me hacía el favor de cuidar de ella mientras su madre y yo coincidíamos en el trabajo.

Fueron años muy difíciles, pero conseguimos seguir para adelante con el sudor de nuestra frente. Un año después de aquello se casó mi hijo. Los días de alegría y celebración sirvieron para dejar de lado todas las penas que nos angustiaban. Volvimos a llenar nuestras vidas de felicidad y fiesta y a vestirnos con nuestras mejores galas. Formó junto a su esposa una familia, pero nunca se olvidó de nosotras. Ayudó también a que sus sobrinas pudieran vivir sin ataduras, de hecho, supe que era el autor de algún que otro caprichito de las niñas. Siempre lo quisieron mucho.

Años después Pepa quiso comprar un piso. La verdad es que mi vivienda se nos había quedado bastante pequeña. Ninguna de las cuatro tenía su espacio y nos veíamos obligadas a compartir hasta las camas. Además, se empeñó mi hija en ser ella la que llevara los gastos que implica una casa.

—Tú ya has tirado bastante de nosotras, madre. Ahora me toca a mí cuidar de ti.

Fueron tiempos de cambios, de mirar hacia otro lado y de remover sentimientos que ya parecían quedar atrás. Aquel piso se encontraba muy cerca de la última casa donde viví con Juan José y cada vez que cruzaba por allí se me removían las entrañas. Me enteré por unas vecinas que compraron la casa las hermanas de mi marido. Nunca entendí con qué

finalidad. Tal vez se les presentó la oportunidad de adquirir aquella vivienda y no la dejaron escapar. Porque quiero descartar por completo la idea de que les motivara el morbo por vivir donde había muerto su hermano. Yo me limité a evitar aquella calle y a irme por otras.

II

Parece que me he olvidado de mis hermanos desde hace rato, pero me he centrado tanto en los acontecimientos que se sucedieron en mi casa en pocos años que los he dejado abandonados a cada uno en sus quehaceres.

Sita se casó poco después de morir nuestro padre y se ocupó de formar su propia familia. A veces me hacía sentir mucho más vieja al estar con ella porque mientras yo me convertía en abuela ella tenía niños pequeños a los que atender. Siempre le fue bien y nos llamábamos o visitábamos de vez en cuando para saber la una de la otra. Sus tres hijas fueron creciendo y cuando me di cuenta ya eran unas señoritas. Cuando tenía el día libre, o ya después, cuando me jubilé, me iba con Sita a su casa a enseñar a bordar a sus niñas y ellas me recibían con mucho gusto. Veíamos allí la televisión, aquel trasto que nos impedía mediar palabra, pero que, a pesar de lo reacia a él que fui al principio, me acabé acostumbrando y no pudo negar que también me gustaba. Fue la primera en tener televisión.

En mi casa tuvieron que pasar muchos años hasta que pudimos comprar uno. De hecho, mi nieta María se inventaba su propio televisor con una caja de zapatos y un dibujo que cambiaba según el programa que deseaba ver. No recuerdo si llegamos a tener televisión en blanco y negro, pero me atrevería a asegurar que la primera tele que tuvimos ya fue a todo color. Durante estos últimos años ha sido, sin duda, una gran compañía y entretenimiento.

III

El pobre de Vicente murió muy joven. A veces creo que no me he hecho a la idea todavía. Su muerte fue como un vendaval, como algo que llega de improviso y rápido sin que apenas te des cuenta ni tengas tiempo de detenerte unos instantes para comprender lo que está ocurriendo. Un día estaba bien y al día siguiente se había ido.

Fueron muchas despedidas para muy poco tiempo y aún sigo sin comprender cómo he seguido hacia adelante, cómo hemos seguido todos sin detenernos con lo que nos ha machacado la vida una y otra vez, siempre empujándonos para tirarnos al suelo y nosotros siempre haciendo esfuerzos sobrehumanos para levantarnos, mirar hacia otro lado, y seguir por nuestro camino.

Su mujer, Catalina, se acercó mucho más a nosotras. Y yo le abrí las manos como una hermana, dejando de ser la cuñada que había sido hasta entonces. Sobre todo, Ana y yo entendíamos perfectamente lo que estaba sintiendo y estaba sufriendo por dentro. Sus dos hijos hicieron lo que estuvo en sus manos por ayudar a su madre. La mayor, Francisca, algo mayor que mi Juan José, se puso a limpiar en una casa para ayudar en casa y el pequeño, Juan, al morir su padre se puso a trabajar de albañil allí donde podía. Era apenas un niño de diez años. A su madre se le rompía el alma, pero no podía hacer otra cosa, tenían que comer.

Catalina nunca tuvo que trabajar en ningún lado. Primero, su padre se ocupó de ello mientras ella, sus hermanas y su madre se ocupaban de la casa y de su padre y los hermanos. Después, pasó a ocuparse de su marido, de su casa y de sus hijos. Cuando enviudó, no paró de repetirme llorando que qué haría desde entonces. Yo le animaba como podía. Saldría adelante. Me moví lo que pude por buscarle un trabajo para limpiar en alguna casa, pero que fuera cómodo para ella. Intenté ponerme en contacto con Victoria y fue entonces cuando me enteré de que años atrás decidió poner fin a su vida. Pero le conseguí que se ocupase de la cocina de otra de esas enormes casas del *Paseo de la Estación*. Sólo debía cocinar, a parte tenían a otros

miembros del servicio que se ocupaban de limpiar y servir la comida a la mesa de los señores. Además, trabajaba únicamente por la mañana, lo que le dejaba tiempo para dedicarse a su casa por las tardes.

Con el tiempo, consiguió que también entrara en esa casa su hija. Lo pasó muy mal la pobre con los señores que anduvo anteriormente. Decían las malas lenguas que no la trataban bien. Por suerte su madre le hizo un hueco en aquella casa para ocuparse de los niños. Y así estuvieron hasta que Francisca se casó. Pudo desde entonces dedicarse exclusivamente a sus labores y no a las de nadie más. Su marido podía ocuparse de ella y de las tres hijas que vinieron después.

Pero la desgracia volvió a sacudir la vida de mi cuñada una vez más. A veces me parecía que la vida parece más una historia de terror que la realidad, pero así de cruda es y así de caprichosa. Juan sufrió un horrible y mortal accidente en coche mientras viajaba a Madrid con unos amigos. Aquel accidente fue un antes y un después para Catalina. Dejó la cocina y se acurrucó en sus recuerdos. El dolor era tan grande y el sufrimiento se había hecho tan insoportable que ni fuerzas para llorar tenía ya. Los médicos la tuvieron medicada durante semanas. Estaba como un ser ausente, como el cuerpo que ves, pero que no existe porque en realidad no está con nosotros. Me recordaba tanto a mi madre cuando murió mi marido que temí mucho por su vida entonces. Ana, Sita y yo nos volcamos en apoyarla todo lo que pudimos, más fue en vano. Solo su hija y sus nietas consiguieron que saliera adelante y una vez más se levantara del suelo tras ser apaleada por la vida.

Murió hace algunos años, cuando el alma dejó de darle de sí, y ella pensó que la vida ya le había conferido lo suficiente.

IV

Y Ana, ¡Ay mi pobre Ana! Siempre fuimos uña y carne. Hubo quien aseguró que bien podríamos afirmar que éramos gemelas. Pero si no lo fuimos por naturaleza biológica, porque nuestra madre no nos parió a la vez, sí lo fuimos a lo largo de los años. Tan pocos años nos llevábamos y tantas cosas compartimos que siempre anduvimos juntas. No había día que no supiéramos la una de la otra. Y más desde que el teléfono apareció en nuestras casas para hacernos la vida más sencilla. Me ayudó en cada momento duro de mi vida y yo sentí como mía su felicidad desde que encontró en Manuel al hombre con quien compartir su vida. Y así fue hasta que la vejez la dejó viuda. Su único hijo fue quien le dio las alegrías y las preocupaciones, sin embargo, a diario encontraba el instante para acercarse a mi casa para echarme una mano o disponía su casa a lo que fuera menester y se llevaba a mi nieta pequeña cuando ni su madre ni yo podíamos hacernos cargo de ella por estar todo el día trabajando. A decir verdad, nunca tuve que llamarla para pedirle ayuda, antes estaba ella ofreciéndomela.

La última vez que hablamos fue hace varios meses. La última vez que yo estuve fuera de esta cama, cuando mis piernas todavía me sostenían algunos minutos lejos de esa incómoda silla de ruedas. La última vez que llamó, yo no pude hablar con ella. Me encontraba siendo bañada o acostada, o en cualquier parte de esta casa que me impidió acercarme al teléfono simplemente a despedirme de ella para siempre. En mi lugar lo cogió mi bisnieta más pequeña, quien la saludó y le cogió el recado para mí: un «cómo estás» ya común entre nosotras. Después, colgaron el teléfono y sin saberlo mi bisnieta ni saberlo mi hermana, aquella sería la última llamada que haría en su vida. Dos días más tarde, cayó al suelo para fallecer algunos días después tumbada en la cama sin enterarse de nada.

¡Ay, Ana! ¡Mi Ana!

¿Dónde estarás que no te oigo?

¿Qué harás que no te siento?

V

—¿Cómo va todo, Mina? —Preguntaba nada más coger el teléfono.

Bien, Ana, como va a ir. No me quejo.

La respuesta siempre era igual de positiva. Las cosas no iban mal si no queríamos pesar que así eran. Las cosas mal van cuando hay verdaderas desgracias. Achaques de la edad no significa que la cosa vaya mal. Ya tenía ella más de ochenta años y yo estaba a punto de cumplirlos. Cuando cumplí los setenta y cinco estaba cansada y ya lo tenía todo hecho. Fue cuando empecé a darme cuenta que tal vez ya era hora de descansar. La vida me había dado mucho más de lo que me había quitado, aunque en los malos momentos no quiera darme cuenta de ello.

—Esta mañana he salido un rato a pasear, pero ha sido un paseo muy corto, mis piernas ya me tiemblan cada vez más.

—¡Eso es estupendo, Ana! Yo ya he dejado de contar los días que llevo atada a esta silla de ruedas. No puedo ni ir solo al servicio, alguien tiene que sostenerme por el pasillo porque la silla no entra.

—¡Ay, Mina! Nos hemos hecho mayores —decía entre suspiros.

—Mayores no. Mayores nos hicimos hace mucho tiempo —contestaba burlona entre risas— nos hemos hecho viejas, Ana. —Ella se echaba a reír placentera.

—Recuerdas cuando- recuperó el habla tras segundos de reflexión- creí que padre venía con una señorita en la borrica y eras tú que te habían cortado el pelo. —Ambas reímos al unísono recreando aquella escena que tanto nos hizo reír antaño a todos.

Era verano, y estábamos en el invernadero que tenían mis padres en el campo. Mi padre y yo nos retrasamos un poco porque quería mi madre que me cortaran el pelo. Pero a la mujer se le fue la mano y me dejó completamente pelona. Tanto que más parecía una señorita de alta alcurnia que yo misma. Y así fue como me vio Ana que siendo una muchacha pequeña empezó a gritarle a mi madre que padre venía con una señorita. Mi madre lloraba de la risa imaginándose a mi padre con una querida.

Reíamos las dos cada vez que recuperábamos recuerdos de infancia. Pero esto era en muy pocas ocasiones. Mi inconsciente me ha obligado siempre a situar mi pasado en el momento exacto en el que despierto junto a mi esposo y descubro que él no se despierta, que no responde a mi llamada, que está frío aunque aún me abraza, que aún huele a su aroma corporal que podría reconocerlo hasta con los ojos cerrados, pero que no responde, que no me bromea como otras veces, que jamás va a volver a decirme ninguna de esas tonterías por las que yo le “regañaba” pero que en el fondo me encantaban y me hacían reír, que yo sigo llamándole, zarandeándolo, implorándole a él y a Dios para que me diga algo, para que abra los ojos y agradezca al cielo que aún tenemos un día más. Tardé muchos minutos en asumir aquello. Minutos de los que fue Ana un testigo directo, pero que se mantuvo en un segundo plano hasta que se aseguró de que yo comprendí que debía despedirme de él para siempre.

—No sabía qué hacer —me confesaba a veces—. Siempre tuve la esperanza de que aquello no fuera a pasar.

—No penes, Ana, ya han pasado muchos años.

—Sí, pero la imagen tuya sobre su cuerpo pálido intentando por todos tus medios devolverle la vida es algo que no podré jamás borrarlo de mi cabeza.

—Fui muy feliz con él —señalé.

Ella se mantuvo en un silencio prolongado solo interrumpido por un sonido de afirmación.

—Y daría mi vida si fuera necesario para poder volver a verle una vez más.

Y como si de mi último deseo se tratara se cortó nuestra última conversación.

Capítulo 18

I

Empecé a percatarme de mis manos arrugadas. Mis pies hinchados. Mi rostro envejecido. Mi pelo blanco siempre recogido en un moño bajo. Observaba con nostalgia los instantes en los que fui joven. Siempre me he visto igual, tan solo me he ido sintiendo cada vez más cansada y algo débil. Pero no me había parado a pensar en que había envejecido. Sin embargo, yo seguía siendo la misma de siempre.

Poco a poco, fueron yéndose todos, pero otros muchos llegaron. Poco a poco, mi familia fue cambiando, creciendo y menguando. El paso del tiempo es una simple transformación biológica. La planta que está en la maceta recién plantada apenas aparece ligeramente en la tierra. Luego crece, se fortalece y da su flor o su fruto. Después, hagamos lo que hagamos va a estropearse. Pero sigue siendo la misma planta de siempre. La misma que un día plantamos y de la que tanto nos hemos preocupado.

Yo siempre me he visto igual. Será, supongo, porque me he visto reflejada todos los días en un espejo y a diario no se aprecian los grandes cambios. Mi memoria me ha devuelto a los momentos gloriosos de la juventud y es entonces cuando me doy cuenta de lo que he cambiado. Jamás había estado pendiente de eso. Solo me conformé con seguir adelante y vivir.

Empiezo a oír el gorjeo alegre de los pájaros. ¡Por fin amanece! La noche me ha parecido eterna, pero he superado mis miedos y me he atrevido a revivir los recuerdos olvidados. Me da miedo intentar abrir los ojos por si no puedo. Escucho atenta algún sonido, algún ruido, algo que me indique la presencia humana en el piso. No oigo nada. Solo el gorjeo alegre de los pájaros y el tic-tac monótono del reloj de cuerda. Respiro hondo y decido esperar a que alguien aparezca.

La monjita viene todas las mañanas y mis hijos y mis nietos. Alguien aparecerá. Pero no aparece nadie. Oigo el chirriar de la cuerda en el patio que indica que alguna vecina se ha puesto a tender. Tic-tac. Los alegres pajarillos. Unos pasos se aproximan con sigilo por el largo pasillo. Llevo

tanto tiempo siguiendo ese sonido que me parece que el corredor se ha multiplicado. Al fin siento que alguien se asoma a mi alcoba. Al principio no me doy cuenta, pero el olor me resulta increíblemente familiar. Me resulta tan cercano que expiro varias veces con fuerza para inundarme con el aroma.

—Abre los ojos, Mina —Una voz masculina me susurra al oído y yo ni siquiera había sentido su cercanía a mi cama.

—No puedo —le digo.

—Sí, sí que puedes, ¡ábrelas! —Obedecí y despegué con calma mis párpados.

Aparentemente toda mi alcoba seguía igual. A los pies de mi cama, Juan José me sujeta y besa la mano.

—¿Eres tú? —Le pregunto intrigada.

—Sí, Mina, he vuelto. —No me lo podía creer—. Te dije que, si soñabas conmigo y yo contigo nos veríamos en el sueño, ¿recuerdas? —Jamás olvidé sus últimas palabras. Juan José había regresado al fin—. ¡Vamos, levántate!

Miré inmediatamente mis manos y seguían arrugadas. Él estaba como siempre, guapo y galante. Los años no habían pasado por él. Empecé a llorar silenciosamente, pero sentía como me temblaba la barbilla. Le llevé la mano libre a la cara para asegurarme de que era real y que era él.

—Estás aquí conmigo. —Él asentía mostrando su mejor sonrisa—. Pero ahora yo estoy fea y arrugada —Le digo con miedo.

—Estás preciosa, Mina, como siempre. —Vuelvo a mirarme la mano y las arrugas habían desaparecido. No entendía nada—. ¡Levántate! —Me repitió, esta vez tirando de mí, intentando sacarme de la cama.

Comprendo que lo mejor es hacerle caso. Me levanto sin creerlo, hacía muchos meses que había dejado de andar, y me pongo a buscar en mi armario algo que ponerme.

—Ponte esto —oigo que dice a mis espaldas. Ha cogido de uno de mis cajones un vestido de flores.

—¡Pero si ese vestido es de hace más de cuarenta años! Ni siquiera creo que me entre... —Balancea el brazo de nuevo insistiendo en que me lo ponga. —Está bien, —le digo— pero no te rías si no me queda. —Me lo

pongo algo apurada por su presencia. Hacía demasiados años que no me veía un hombre desnuda.

—No creo que tengas nada que esconderme. — Dijo pícaro.

Termino de vestirme. No puedo creerme que haya entrado en aquel vestido. Las flores me sentaban bien. Sesenta años de luto hacen olvidar lo bien que quedan los colores a los rostros.

Nos cogemos de la mano y salimos felices del cuarto. Andamos mirándonos por pasillo y alcanzamos la puerta.

—Espera —le digo. La puerta del comedor está cerrada. La empujo suavemente, pero tengo que detenerme porque chirría. En el poco hueco que he dejado abierto vemos que Pepa duerme en el sillón orejero.

—Déjala, está dormida. Ya nos buscará ella cuando despierte. —Tiene razón. Es temprano y anoche durmió poco.

II

Salimos del edificio simulando ser dos jovencitos que se esconden para no ser descubiertos. Lo miraba con asombro. Todo había cambiado mucho en todos estos años y él ni siquiera se sorprendía de nada. El ajetreo de los coches nos obliga a esperar que el semáforo cambie al verde. Es temprano, pero la gente ya sale a sus trabajos.

—¿Qué día es hoy? —Me pregunta.

—Lunes, creo, 18 de septiembre.

Parece quedar contento con mi respuesta. Avanzamos sujetados de la mano. Subimos con fuerza la cuesta y aparece ante nuestros ojos un parque que yo juraría que jamás había estado allí.

—¡Pasemos, Mina!

Va tirando de mí y yo no tengo más remedio que correr a su paso porque no me suelta. El parque está desierto. Olvidé coger una rebeca y ahora tengo algo de fresco. Nos cruzamos con muy pocas personas por el parque. No vemos que nadie se fije en nosotros, a pesar de ir yo preocupada por ello. La suave y dulce melodía de una armónica nos conduce como hipnotizados por los caminos arenosos. Me ha soltado de la mano y ahora me lleva abrazada, como si pensara que me iba a escapar o que iba a desaparecer. Va feliz, se le nota el brillo en los ojos. Yo también. Me siento algo confusa porque hay cosas que no logro entender. Pienso que tal vez pueda ser un sueño, que por fin he conseguido quedarme dormida y que pronto pasarán a despertarme. Me entristece pensar que aquello no sea verídico, sin embargo, opto por aprovechar la realidad de este maravilloso sueño en el que me veo sumergida. No podría explicarlo, pero es como si el tiempo hubiese pasado y no lo hubiera hecho al mismo tiempo. El inicio y el final de una cuerda se han unido sin celo ni hilo. Respiro hondo y le devuelvo la sonrisa. Me froto el brazo que llevo enlazado a la mano de Juan José con mi mano libre. Hace frío. El viento revolotea los mechones de mi pelo en la cara y no puedo recordar en qué

momento solté la melena. El pelo vuelve a ser negro, como siempre ha sido.

Nos aproximamos al punto de donde proviene la música. Todo me recuerda demasiado a nuestro segundo viaje a Madrid. Cuando veo el círculo de personas que rodean al músico temo haber regresado a aquel instante. No podría volver a revivirlo todo otra vez de nuevo.

—¿Te acuerdas? —Sus palabras me tranquilizan porque ahora sé que no he regresado al pasado, sino que estoy viviendo el presente.

Le asiento emitiendo ruido. Continúo hasta la masa humana y consigo hacerme un hueco. Me balanceo a ritmo de aquella maravillosa música. Cierro los ojos para concentrarme mejor, pero los abro de inmediato. Si esto es un sueño no quiero despertar. Juan José se me acerca por la espalda y me abraza. Funde su cuerpo con el mío apoyando su cabeza en mi hombro. Empieza a balancearse conmigo al tiempo que tararea la canción que tocan aquellos señores. Me giro para bailar mejor. No es necesario decirnos nada. Las parejas que se acumulaban allí dejan de mirarnos y se ponen también a bailar. Parece que hemos vuelto a romper el hielo. Bailamos, al principio lento. Después se atreve a darme una vuelta y regresarme a sus brazos. Ríe a carcajadas como hacía mucho tiempo que no lo recordaba. Reír a carcajadas limpia el alma y relaja la cara.

—No vuelvas a dejarme sola —le suplico. Me retiré ligeramente de su pecho para poder mirarlo a la cara. No parábamos de balancearnos.

—Jamás —me contesta.

Vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho y continuamos bailando sin presura.

Manzanares, 18 de septiembre de 2014